

SUSIE TATE

Única



Pensó que nunca encajaría..., pero ¿podrán encontrar un lugar donde ser felices juntos?

CHIC



Susie Tate

Única

Traducción de
Eva García Salcedo



A los casos atípicos.

Advertencia sobre el contenido

Esta novela incluye descripciones de agresiones, violencia doméstica y negligencia y abuso infantiles. Léela bajo tu responsabilidad.

Nota de la autora

Para mí, era fundamental retratar a Vicky con sensibilidad y respeto. He ejercido como médica en el Servicio Nacional de Salud (NHS) durante los últimos veinte años y he atendido a muchos pacientes neurodivergentes durante este tiempo, ya sea por problemas físicos, de salud mental o sociales. Algunos de estos pacientes presentaban un grado severo de autismo, mientras que otros tenían niveles mucho más leves; todos eran muy diferentes entre sí y cada uno afrontaba sus propios desafíos. Además, tengo la suerte de rodearme de personas autistas maravillosas.

Por lo tanto, si bien tengo cierta experiencia con la neurodiversidad, no soy autista. Esto me hizo dudar a la hora de escribir una historia desde la perspectiva de una persona autista. Así que, antes de comenzar a escribir el libro, investigué a fondo la neurodiversidad para ampliar mis conocimientos y, con suerte, poder darle a Vicky una voz auténtica. También he contado con la valiosa ayuda de lectores expertos en sensibilidad y de lectores muy amables de mi equipo de revisión de lectura que conocen el autismo de primera mano. Sus aportaciones no tienen precio. Ojalá conectes con la historia de Vicky.

Sin embargo, nuestra protagonista tiene un historial adicional de traumas infantiles complejos, y de ninguna manera pretendo generalizar sobre otras personas autistas, pues sus experiencias pueden ser muy distintas.

Muchísimas gracias a los increíbles lectores que han contribuido a la historia de Vicky.

¡Que la disfrutéis!

Capítulo 1

Seis minutos y cuarenta y cinco segundos



Vicky

Eché un vistazo al gran reloj digital que había junto a la puerta de entrada y fruncí el ceño. Llegaba tres minutos y cuarenta y ocho segundos tarde. ¿Y si no venía? Negué con la cabeza bruscamente; era una suposición ilógica. Claro que vendría. El tío necesitaba pasta —lo confirmé tras echar una ojeada a las cuentas de su empresa— y yo le pagaba un dineral.

No tenía ningún sentido que siguiera encargándose de los repartos. Debería encomendarle esa tarea a otro y que él aprovechara mejor el tiempo construyendo sus maravillosos muebles.

Me vino a la cabeza el breve instante en el que lo vi en su taller hace un par de meses, y se me secó la boca.

Estaba con Lucy, Lottie y Hayley en Little Buckingham buscando un pequeño poni que se había escapado (algo extraño, pero bastante común en Little Buckingham). Lucy pensaba que a lo mejor Legolas había ido directo al taller de su hermano a «enfadarlo de lo lindo». El poni no estaba allí, pero Mike sí, y, como de costumbre, estaba arrebatador. Llevaba una camisa de franela atada a la cintura y una camiseta térmica ajustada que le cubría el torso mientras lijaba una mesa grande; se le marcaban los músculos bajo la tela con cada pasada. Sonrió a Lucy, Lottie y Hayley, pero, como de

costumbre, se le borró la sonrisa al verme. A Mike no le caía bien. Para ser sincera, a casi nadie le caía bien. Pero tenía la esperanza de revertirlo. Lucy y Lottie me habían insuflado la confianza suficiente en los últimos meses como para empezar a creer que, cuando menos, era posible.

Cuando me llevé la mano al pelo para alisármelo, noté que me temblaba. Apreté la mandíbula con frustración. No podía sufrir una crisis. No ahora. No cuando él llegaba cuatro minutos y veintidós segundos tarde.

Así que hice los ejercicios de respiración que me había enseñado Abdul y apreté los puños para controlar los temblores. Al moverme, se me resintieron los músculos. Llevaba cuarenta y nueve minutos de pie en el mismo sitio, frente a la puerta de entrada, tan quieta y tensa que se me había acartonado todo el cuerpo. Sabía que quedarme plantada en el vestíbulo durante casi una hora, con los ojos clavados en una puerta, no era lo normal, pero lo normal no era precisamente mi fuerte.

Cuando me obsesionaba con algo, mis manías se volvían francamente raras. Y podría decirse que estaba muy pero que muy obsesionada con Mike. Estaba casi más obsesionada con Mike Mayweather que con los erizos.

Casi. El problema era que, cuanto más me obsesionaba, más anormal se volvía mi comportamiento. No quería que, encima de caerle mal, creyera que era anormal.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordar uno de los motivos de su aversión hacia mí. Mi memoria puede ser muy útil. Recuerdo momentos, conversaciones y todo lo que he leído o visto con claridad meridiana. En teoría, es una gran ventaja. Sin embargo, cuando has hecho algo tan horrible y erróneo que preferirías olvidarlo por completo, la capacidad de reproducirlo íntegramente, hasta el más mínimo detalle, no es útil; es una maldición.

Todavía recuerdo la cara que puso Lucy Mayweather el día que la acusamos de algo terrible y la echamos de la oficina. También recuerdo las imágenes de la cámara de vigilancia que recuperamos y que mostraban a Lucy siendo agredida segundos antes. Mi cerebro tendía a obsesionarse con cosas inquietantes, por muy ilógicas que

fueran. En consecuencia, había visto innumerables veces a Will Brent estampando a Lucy contra la pared de la oficina y la cabeza de esta rebotando contra el yeso.

Así que no, a Mike no le caía bien... No después de aquello. Cuando más tarde irrumpió en la oficina, aplastando a zancadas el controladísimo ambiente laboral con sus botas de trabajo con puntera de acero y su metro noventa y tres temblando de furia por lo que habíamos permitido que le pasara a Lucy, pensé que no había visto algo tan magnífico en toda mi vida. Creía que tenía carencias en ese aspecto. Bueno, la verdad es que tenía carencias en muchos aspectos, pero con los hombres sobre todo.

Hasta que vi a Mike Mayweather ese día, no me imaginaba dándole permiso a alguien para besarme, y mucho menos para hacerme otras cosas. Pero no hacía más que pensar en cómo sería que Mike me besase, en si su barba sería áspera o suave y en cómo se sentiría su cuerpo tan grande sobre el mío.

Tras años creyendo que no podía sentir la más mínima atracción por nadie, mi atracción por Mike se había convertido en lo único en lo que podía pensar. De ahí que me hubiese quedado como un pasmarote en el vestíbulo, mirando fijamente la puerta de casa.

Durante cincuenta y dos minutos.

Cerré los ojos para concentrarme de nuevo en mi respiración, pero los abrí de sopetón cuando, de repente, dos fuertes aporreo sacudieron la puerta. Sin pensarlo, la abrí al instante para contemplar un enorme pecho cubierto de franela.

Estaba justo ahí. Tan cerca que podía olerlo.

Era muy sensible a los olores en general y bastante intolerante a la mayoría, sobre todo a los de los demás seres humanos. Pero el aroma fresco, amaderado y masculino de Mike era tan agradable que me aturdió un momento. Aquello, sumado a cómo se le marcaba el pecho fornido bajo otra camiseta térmica ajustada, consiguió provocarme un cortocircuito cerebral. Solo podía mirarle el pecho, lo cual era extraño, y lo que menos deseaba en el mundo era tener un comportamiento extraño delante de él.

Carraspeó y mi mirada pasó de su pecho a sus furiosos ojos marrones enmarcados por espesas pestañas. Sus pestañas

contrastaban con el resto de su aspecto, que resultaba extremadamente rudo: una barba tupida que para nada estaba recortada como la de los demás hombres que conocía, un cabello castaño alborotado que llevaba días pidiendo un corte y una piel bronceada por todo el tiempo que pasaba al aire libre.

Nunca había visto algo tan bello.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome todo el día, princesa? —me preguntó con su voz ronca. No dijo princesa con cariño, pero al menos omitió el «de hielo».

Detestaba ese apodo. Princesa de hielo. Sabía lo que implicaba: que era una estirada, que era distante y que me creía mejor que los demás. Sabía que Mike también opinaba lo mismo. Pero este encuentro iba a cambiarlo todo. ¡Que me había puesto vaqueros! Eso sí, Lottie había tenido que probarme un montón hasta dar con uno lo bastante suave como para que yo lo tolerara, y, aun así, seguía estando muy incómoda y ansiaba volver a ponerme mis leotardos de forro polar, o mejor aún, mis suavísimas mallas. Pero el objetivo de ponerme vaqueros era parecer normal.

De hecho, toda mi apariencia, calculada al milímetro, perseguía esa meta: desde mi «moño desenfadado», que había tardado casi una hora en hacerme y que me había obligado a tragarme nada menos que cinco horas de YouTube, hasta mi maquillaje «de aspecto natural», pasando por el jersey holgado de color crema que me picaba un poco; el picor era un verdadero incordio, pero decidí que si podía aguantar los vaqueros, también podría soportar el jersey. Incluso me planteé usar ropa interior *sexy*. De ninguna manera habría tolerado encaje o aros, pero, de haber sido necesario, tal vez habría aceptado algo de satén. Sin embargo, decidí quedarme con mi sujetador y mis bragas de algodón supersuaves y sin costuras de siempre. De momento.

No creía que Mike fuera a aceptar mi propuesta de inmediato. Probablemente se lo pensaría, lo que me brindaría un tiempo precioso para ir acostumbrándome a la ropa interior incómoda y, así, prepararme para usarla en un lugar y un momento predeterminados.

—Llegas seis minutos y cuarenta y cinco segundos tarde.

Sí, eso fue lo que le dije. Soy una persona socialmente incompetente, pero con aquello me llevé la palma. El problema era que tenía la terrible costumbre de decir las cosas según me venían a la cabeza. Y, por mi experiencia, la gente no quería oír la verdad a las bravas y sin rodeos a diario. Aquella solo era una de las muchas demostraciones de que carecía de habilidades sociales. No tenía la capacidad de mentir; ni siquiera podía decir mentiras piadosas.

Ojalá todos se comportaran como yo; sería estupendo. Eliminadas las mentiras piadosas y las medias verdades, todos podríamos vivir en armonía y franqueza, siendo completamente sinceros los unos con los otros en todo momento y sin ofendernos si los demás dijeran la pura verdad.

Pero el mundo no estaba lleno de Vickys. Éramos una rareza. Y se nos consideraba groseros.

Mike cruzó sus imponentes brazos sobre el pecho y se le tensaron los músculos de debajo de la camisa. Se le ensombreció el semblante.

—Madre mía. Acabemos con esto de una vez —me espetó—. No querría que desperdiciaras tus preciosos segundos más de lo estrictamente necesario.

Lo miré y parpadeé.

—Me he cogido todo el día libre para recibirte —repuse, una vez más sin pelos en la lengua y sin pensar en las consecuencias. Mike no daba crédito.

—¡Qué cojones! ¿Por qué?

Abrí la boca para hablar, pero la cerré de nuevo justo a tiempo, conteniéndome para no soltar que me había pasado la mañana preparándome para parecer «normal» y que confiaba en que estuviera dispuesto a negociar conmigo esa tarde.

—Dices muchas palabrotas. —Esta observación fue lo que me salió de la boca, y, a juzgar por sus ojos en blanco, no era mucho mejor que las otras opciones. No es que me molestaran las palabrotas; para nada. Pero, para mí, era un campo minado demasiado difícil de sortear. Si incorporabas palabrotas a tu vocabulario habitual, tenías que tener la conciencia social y la inteligencia emocional suficientes para saber cuándo era apropiado

decírlas y cuándo no. Yo no tenía ni la una ni la otra, así que las evitaba a toda costa.

—Disculpe si he herido su sensibilidad, *lady* Harding. Pero si pudiéramos proceder, este individuo tan grosero y malhablado desaparecería de su vista mucho antes.

Dijo «*lady* Harding» de la misma manera que había dicho «princesa»: con ostensible desprecio. No estaba segura de si era solo desprecio hacia mí o hacia la nobleza en su conjunto. Era amigo de mi medio hermano Ollie, duque de Buckingham, así que dudaba que solo se opusiera a la nobleza. No, sencillamente no le caía bien a Mike Mayweather.

Dudo que lo recordara, pero nunca le había caído bien. Era evidente incluso en las pocas ocasiones en que estuve con él de niña. Y, por aquel entonces, yo era mucho menos desagradable. De niña, no iba por ahí diciendo verdades como puños. De hecho, no hablaba en absoluto. Era una de las muchas maneras en que decepcionaba a mi madre.

Cuando dejé de hablar, decidió que ya estaba harta de mi constante presencia silenciosa en su nueva familia y empezó a dejarme en casa de mi padre biológico durante parte de las vacaciones de verano.

El problema era que mi padre biológico, el anterior duque de Buckingham, tampoco me tenía mucho aprecio, y además no pasaba mucho tiempo en casa, lo cual me convirtió en el problema de su esposa, Margot. Aquello me parecía sumamente injusto, ya que yo era el fruto de la aventura que tuvo su marido mientras aún estaba casado con ella. Pero no podía dejar a una niña de seis años en la calle, así que me acogían, aunque a regañadientes, en la casa familiar durante un máximo de dos semanas cada verano.

La primera vez que vi a Mike Mayweather fue en Buckingham Manor. Llevaba un erizo en las manos.

—Disculpe, *lady* Harding —murmuró a mi madrastra cuando la sangre de sus manos manchó la alfombra—. Es que lo he visto de día y eso puede significar que está enfermo. —La imagen de ese niño grande y rudo acunando con delicadeza una criatura diminuta,

sin importarle que las púas le destrozaran las manos, se me quedó grabada en la memoria desde entonces.

Las pocas veces que seguí a Ollie a la cabaña de los Mayweather, Mike me miraba ceñudo desde la otra punta de la cocinita, claramente molesto por mi intrusión en su espacio. Su madre era una mujer extremadamente amable y no parecía importarle que no hablara, ni que solo me comiera la parte de arriba de los bizcochos Jaffa y solo tomara té en una taza concreta. Asimismo, me daba el tipo de abrazos que toleraba: breves, fuertes y laterales.

Adoraba a Hetty Mayweather.

A pesar de la evidente antipatía de Mike hacia mí incluso entonces, seguía fascinándome. Y, por desgracia, no había dominado del todo mi hábito infantil de mirar fijamente las cosas que me fascinaban. De hecho, no había podido camuflarlo en absoluto; mi única salvación fue el mutismo.

—No soy una dama —le dije a Mike, que seguía mirándome fijamente.

Negó con la cabeza una vez.

—¿Qué dic...?

—Que no soy *lady* Harding —expliqué—. Mi padre no me cedió su título porque soy ilegítima.

Su ceño fruncido se atenuó ligeramente y Mike se movió incómodo.

—Ah —dijo, descruzando los brazos. Se llevó la mano a la nuca, lo que reveló aún más su glorioso pecho, mientras su camisa de franela se tensaba hacia un lado. Carraspeó—. Claro, lo siento, preciosa. No lo había pensado.

Al oírlo llamarme así, despegué la mirada de su pecho para clavarla en sus ojos. Me observaba con una ternura que no reflejaba antes. Eso, combinado con el apelativo cariñoso, me provocó otro cortocircuito cerebral. El pulso me latía en los oídos y me sentía levemente aturdida. Los segundos fueron pasando hasta que llegó un momento en que se le agotó la paciencia a Mike.

—Si te quitas de en medio, a lo mejor...

Sucedió cuando me puso las manazas en los hombros para apartarme de la entrada, pues a todas luces había perdido la

capacidad de hacerlo sola. No me agarró; su toque fue suave y no había nada amenazante en él. Pero no estaba preparada. Tengo que estar preparada cuando la gente me toca. Así que, a pesar de lo mucho que había fantaseado con que Mike me pusiera las manos encima, cuando realmente sucedió, grité y me zafé de él.

Levanté las manos. Me esforcé al máximo y puse en práctica mi entrenamiento para no agitarlas y taparme las orejas con ellas. Cuando por fin hube controlado la respiración y estuve segura de que no iba a entrar en crisis, miré a Mike. Se había alejado de mí y tenía las manos en alto y cara de espanto.

Tragué saliva e intenté hablar, pero como me solía pasar cuando estaba estresada, no me salían las palabras.

—¡La madre que te parió! —me espetó. Su horror se convirtió en ira—. Tranquilízate, joder. No iba a atacarte. Eres la última mujer a la que... —Dejó la frase ahí, pero yo sabía lo que iba a decir.

Ansiaba explicarle mi reacción, pero aparte de que físicamente no podía hablar en ese momento, de haber podido, ¿qué le habría dicho? ¿Que deseaba que me tocara más que nada en el mundo, pero que necesitaba que me avisara porque era más rara que un perro verde? El objetivo de ese día era intentar convencerlo de que no era rara para que aceptara mis condiciones. Confesar que tenía peculiaridades extremadamente complicadas no me ayudaría a lograrlo.

Capítulo 2

Vacío por dentro



Mike

—Mire, señorita Harding —dije entre dientes—. Si no le importa hacerse a un lado, haré lo que he venido a hacer y después me iré y la dejaré en paz.

Ahí estaba: esa hermosa mirada vacía de nuevo. Reprimí mi irritación y decidí seguir adelante con ello, cooperara o no. Una vez que hubiera entregado la maldita mesa de centro, podría largarme y, con suerte, volver a evitar a Victoria Harding.

Me alejé de ella, bajé corriendo los escalones de piedra de su elegante casa y cogí la mesa de centro a medida, que tantísimas horas había tardado en construir. Le había dado forma, la había lijado y barnizado, y todo para que acabara en manos de una mujer fría como el hielo.

—Te ayudo.

Volví a mirar escaleras arriba y la vi plantada en la entrada. ¡Menudo desperdicio! La tía era absolutamente deslumbrante. Su belleza era casi de otro mundo. Y ese día, entre los vaqueros ajustados, el cabello menos tirante y repeinado que de costumbre, los mechones rubios enmarcándole el rostro y los piecillos descalzos que mostraban unas uñas perfectas de un rosa chillón, estaba guapísima.

Pero, aun así, era un desperdicio porque la personalidad de esa mujer era..., bueno, inexistente. Su apodo le iba que ni pintado; era una princesa de hielo en toda regla. Para nada mi estilo.

Por desgracia, por alguna puñetera razón, se le había metido entre ceja y ceja que yo era su tipo. Incluso aquel día que irrumpí en la oficina de Felix para reprenderlos por lo que le habían hecho a mi hermana; incluso entonces, distraído como estaba por la ira, me di cuenta de que me miraba fijamente. ¡Madre mía, qué mirada! Daba repelús.

Al menos, eso era lo que me decía.

Y casi me habría convencido de haber conseguido que mi cerebro olvidase los sueños que tenía con ella cada noche.

En ellos, era de todo menos fría.

«Es que está un pelín obsesionada contigo».

Recordé la explicación de Lucy. Sí, ya. Yo no soy el típico tío con el que se obsesiona una. No me parezco a Felix o a Ollie: chicos guapos, sofisticados y con traje de tres piezas. Soy bruto y avisado, no me recorto la barba y tengo un gusto para la moda bastante discutible.

Las chicas como Vicky se obsesionaban con hombres como yo por un solo motivo: para sacar su lado salvaje y montárselo a lo bestia. Por eso estaba obsesionada conmigo. Y había pedido una de mis obras favoritas solo para chincharme. Por nada del mundo iba a consentir que la entregase otro, y menos después de haberme pasado horas y horas perfeccionándola. Aunque fuera para una autómatas que no apreciaría el arte ni aunque lo tuviera delante de las narices. Me negaba a que se dañara.

—Sin ánimo de ofender —grité, consciente de mi intención de ofenderla—. Pero solo estorbarías. Esta mesa te aplastaría. La llevaré dentro si me haces el favor de quitarte de en medio.

Por suerte, retrocedió a tiempo y pude entrar en pijolandia, pero no me indicó dónde quería la mesa.

Era maciza; todas mis obras eran macizas y pesaban un huevo. Era incómodo estar en medio del vestíbulo de otra persona, sosteniendo una mesa en el aire, sin saber dónde dejarla. Pero esa maldita princesa de hielo seguía mirándome fijamente.

Abrí la boca para decir algo, pero la cerré de golpe al advertir las pequeñas grietas de su gélida fachada. Se le dilataron las pupilas y, por un brevísimo instante, se mordió el labio inferior, carnoso y rosado. Observó los músculos tensos de mi pecho y mis brazos mientras yo sostenía la dichosa mesa en el aire.

—Mi cara está aquí arriba, princesa —dije, con la voz más áspera de lo debido, pero quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. La tía era un pibón y me estaba comiendo con los ojos. Y los recuerdos de la Vicky de mis sueños eran cada vez más difíciles de reprimir.

De inmediato, clavó los ojos en los míos. Entonces, apareció otra señal de humanidad: se ruborizó.

—Si ya has acabado, ¿te importaría decirme dónde va esto?

Carraspeó.

—Ah, déjala aquí mismo.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres que este pedazo de mesa esté en toda la entrada?

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no había pensado dónde ponerla.

Gruñí por el esfuerzo de sostener la mesa, moviéndola ligeramente en mis brazos.

—No soy experto en interiorismo, pero la mayoría de la gente pone la mesa de centro en el salón.

—Ya tengo una ahí.

—Vaaale. —No íbamos a ninguna parte y necesitaba soltar el pedazo de mueble—. ¿Y por qué coño has encargado otra?

—Quería verte.

¡Al grano! Ni pretextos ni excusas. Una confesión directa y descabellada. La tía tenía un par, eso lo admito.

Como no íbamos a llegar a nada con todo el debate de dónde iba la mesa, y como no podía pensar con claridad de lo que me dolían los brazos, decidí dejarla entre nosotros. Estiré los brazos y me crují el cuello antes de volver a centrarme en la mujer menuda que tenía delante.

Seguía mirándome fijamente, pero de cerca su expresión ya no se me antojaba tan vacía. No, de cerca veía que tras sus ojos azul

cristalino ocurrían mil y una cosas, y la intensidad de su concentración era palpable.

La mesa de centro nos separaba, pero me hallaba lo bastante cerca de ella como para distinguir un atisbo de su aroma a lavanda. No era tan intenso como algunos perfumes, sino muy sutil, y, por alguna razón, me erizó el vello de la nuca.

—A ver si lo he entendido bien —pronuncié lentamente—. ¿Has encargado una mesa de centro de dos mil libras solo para verme?

—También me gustaba la mesa, y mucho. Pero sí, mi principal motivación era tener una conversación privada contigo.

Flipé.

—¿De qué coño tienes que hablar conmigo en una conversación privada?

Se mordió el labio de nuevo, lo que hizo que me embargara una necesidad repentina e inesperada de ir hasta ella y sacarle el labio inferior de entre los dientes. ¿Qué mosca me había picado?

—Me pareces sumamente atractivo.

Insisto en que la tía no se cortaba un pelo. No lo dijo en voz baja y entrecortada, con anhelo, sino con rotundidad, sin ninguna emoción perceptible tras la afirmación. Casi como si estuviera a punto de hacer algún tipo de transacción comercial, lo cual me molestó, pues yo solo podía pensar en tumbarla en la maldita mesa que le había hecho y quitarle los vaqueros.

—Se nota, princesa —comenté en voz baja. Se sonrojó aún más. Tuve que apretar los puños para no tocarla—. Pero, por el amor de Dios, ¿en qué momento eso te lleva a encargar muebles que no necesitas?

—Hasta la fecha, mis intentos por acercarme a ti han sido infructuosos —repuso con ese extraño tono profesional—. Esta parecía la opción más conveniente.

Aluciné.

—¿Encargar una mesa de centro carísima y sin igual ha sido la única manera de hablar conmigo que se te ha ocurrido?

—Sí. —Asintió con firmeza—. Sobre todo porque nunca estamos solos y nunca hemos tenido una conversación directa. Mi medio

hermano es extremadamente protector. No aprueba lo... obsesionada que estoy contigo.

Sonreí con suficiencia.

—No me digas. No me extraña que no apruebe a los de mi calaña.

—¿A los de tu calaña? —preguntó.

Me reí entre dientes.

—Princesa, soy más bruto que un arado. El duque de Follangham no me querría cerca de su hermana.

—Media hermana.

Me encogí de hombros. ¿Qué era eso de media hermana y medio hermano? ¿A quién le importaba? Era evidente que Ollie la veía como a una hermana. Qué fría. Pero claro, la tía era un puto témpano.

—Vale —dije, perdiendo la paciencia con esa conversación tan irritante—. Pues aquí me tienes. ¿Qué querías decirme?

Carraspeó y tragó saliva antes de volver a hablar. La única señal de que estaba nerviosa fue que le tembló ligeramente la mano al pasarse un mechón por detrás de la oreja.

—¿N-nos sentamos? ¿Me acompañas a la cocina? Así te preparo un té, como marca el protocolo social.

¿«Como marca el protocolo social»? ¿Pero qué mierda le pasa?

—Dispara, princesa —respondí—. He tenido un día largo y no eres mi única clienta.

—Ah. —Me miró de nuevo. No me molesté en reprimir un suspiro—. Está bien. Bueno, como decía, te encuentro muy atractivo, así que me preguntaba si estarías dispuesto a... a dar un paso más en el aspecto físico y...

—¿Es una forma elegante de decir que quieres que follemos?

Vicky parpadeó. Fue la única señal que me indicó que le había afectado lo que le había dicho.

—Bueno, sí, eso sería parte de...

Me estaba cabreando. Siempre había tenido un poco de mal genio, y, para ser sincero, les tenía un poco de tirria a los de alta cuna. Esta tía pensaba que, como probablemente podía comprarme y venderme a mí y a toda mi familia, eso le daba derecho a hacer y

decir cuanto le viniera en gana. Menudas ínfulas se gastaban los ricos: me encontraba atractivo, así que se creía que con chasquear los dedos me tendría a su disposición.

—A ver si lo he entendido bien —dije rechinando los dientes—. Me has traído aquí engañado cuando ni siquiera necesitas una mesa de centro. ¿Y luego vas y me tiras los tejos porque estás cansada de chicos guapos y ricos y te apetece un poco de sexo duro?

Abrió los ojos como platos, lo cual me alegró: estaba resquebrajando su gélida fachada y provocando una reacción aún más intensa.

—N-no —respondió. Nunca habría dicho que su tono era vacilante, pero comparado con su forma de hablar anterior, me pareció distinguir un matiz—. Me malinterpretas. De hecho, es bastante común cuando alguien como tú interactúa con alguien como yo. Verás, lo...

—¿Alguien como yo? —pregunté furioso en voz baja—. ¿Qué leches significa eso?

—B-bueno, tú y yo somos muy diferentes, y puede que te cueste entender del todo lo que...

—Que trabaje con las manos no significa que sea estúpido, princesa.

—Claro que no. Si me escucharas, entenderías lo...

—Lo entiendo perfectamente. Quieres echar una cana al aire a lo bestia, y no me interesa.

—Pero..., pero sí que te intereso físicamente.

¡Pues sí que se lo tenía creído la tía! Me crucé de brazos.

—Ah, ¿sí?

Me miró embobada.

—Sí, las pruebas apuntan a que me encuentras físicamente atractiva.

—¿Pruebas?

¿Cómo había reunido pruebas? Si apenas había hablado con ella.

—Sí. Cuando estaba en bikini en la piscina de Little Buckingham, te pasaste gran parte del tiempo mirándome, y tuviste que usar uno de los cojines de exterior de Margot para cubrirte las ingles cuando salí de la piscina.

Ahora era yo el anonadado. Se me atascaban las palabras en la garganta mientras me venía a la cabeza la imagen de Vicky con su diminuto bikini. Me avergonzaba admitir que la Vicky que salió de la piscina con el bikini empapado había sido, durante la tira de tiempo, mi recuerdo predilecto en mis noches solitarias. Me molestaba. Y aún más que se hubiera percatado.

Noté que me estaba poniendo rojo. Di gracias a Dios de que mi espesa barba lo disimulara. Era raro que me sacaran los colores, pero esa mujer lo había conseguido. La madre que la parió, ¡que no había terminado!

—Se te van los ojos hacia mí cuando estás con más gente. Se te dilatan las pupilas cuando te miro directamente. Y te han pillado «mirándome el panderero», como dijo Lottie, lo cual entiendo que es una forma infalible de detectar interés sexual. Además, soy consciente de que, en general, soy físicamente atractiva para los hombres. Lo sé desde que llegué a la pubertad a los catorce años o así.

—No tienes abuela, ¿eh?

Arrugó el ceño.

—Al contrario...

—Pues a ver si te enteras, princesa —protesté, con el tono cargado de la ira que ella misma había despertado por ser tan bella pero tan sumamente fría. Ira contra todos los ricachones que había conocido y que se creían con derecho a pisotearme y tratarme como el culo. Pero, sobre todo, ira contra la certeza de que Victoria no era más que un fraude—. No te tocaría ni con un palo. Eres preciosa, y sí, quizá mi cuerpo reaccionase al verte semidesnuda, pero que tuviera una respuesta fisiológica hacia ti no significa que me tentara tocarte. Me gustan las mujeres cariñosas, monas, amables, capaces de expresar emociones reales y con personalidad. Tú... eres como un hermoso jarrón: bonito de ver, pero vacío por dentro. No estoy tan necesitado como para acostarme con alguien como tú solo porque me la pusiste dura una vez al verte en bikini. Así que deja ya de mirarme todo el rato, deja de fantasear con sexo duro y vuelve con los pijos a los que deberías estar cepillándote.

No le cambió la expresión mientras le hablaba. No mostró ni la más mínima emoción. Quizá la ira me hubiera cegado, pero ini que le afectara lo que le decía! Dejé el recibo de entrega sobre la mesa de centro, a lo que sí reaccionó con un breve respingo.

—Un placer, princesa —mascullé mientras me daba la vuelta y salía de su casa.

No miré atrás, pero debería haberlo hecho.

Vaya si debería haberlo hecho.

Capítulo 3

¿Está bien Vicky?



Vicky

Volvían a llamar al timbre. Era consciente, pero, como las anteriores veces, no podía levantarme.

No estaba segura de cuánto tiempo llevaba acurrucada allí, pero sabía que debían de haber sido unas cuantas horas. De hecho, pensándolo bien, antes había oscurecido y ahora había luz. ¿Habría pasado la noche allí?

Aporreaban la puerta y se oían gritos tras la robusta madera, pero todo me sonaba apagado, igual que el timbre.

Cuando me ponía así, tendía a desconectar los sentidos para darle un descanso a mi cerebro hiperactivo. Era como si desconectara del mundo real un rato para evitar el dolor. No gestionaba bien el dolor.

Noté una ráfaga de aire frío y oí el portazo, lo que me indicó que había alguien en casa.

—¿Vics? —Me llegó la voz de Ollie, pero seguía sin poder moverme—. ¿Dónde se habrá...? ¡Ay! —La mesa bajo la que me encontraba se sacudió de repente, lo que me estremeció—. ¿Qué coño hace el trasto este aquí en medio?

—Ollie —oí decir a Lottie con cautela—. Mira debajo.

Seguí mirando al frente, abrazada a mis rodillas.

—Hola, Vics. —La voz grave de Ollie estaba cerca—. ¿Qué pasa?

—Cielo, estábamos preocupados —dijo Lottie desde mi otro lado. Era bueno que Lottie y Ollie por fin estuvieran juntos. Se hacían felices el uno al otro. Cualquiera podía verlo. Que esa clase de felicidad no fuera para mí no significaba que no se la desease a mis allegados—. Como no habías venido a trabajar, me he pasado por aquí esta mañana para ver si estabas bien, pero no había nadie... O al menos eso creía.

—Victoria Harding —exclamó Ollie con ese tono mandón de hermano mayor que reservaba para cuando quería que Claire o yo le hiciéramos caso—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí debajo? ¿Y por qué hay una mesa de centro como las que construye Mike en toda la entrada? Casi me rompo la pierna tropezando con ella.

Lottie carraspeó.

—Vicky, deberías salir ya de ahí. ¿Has comido?

Percibí la preocupación en su tono. No quería que Lottie se preocupara por mí. Quería asegurarle que estaba bien. Decirles a ambos que podían irse. Que se fueran y disfrutaran de su felicidad juntos. No quería retenerlos.

Sabía perfectamente que era una carga para Ollie. De hecho, las palabras de Mike me dejaron muy clarito que era una carga para todo el mundo. Volví a ser presa del pánico cuando recordé la cara que puso mientras me decía lo vacía que estaba por dentro.

Sus ojos, sus preciosos ojos, rezumaban aversión. Sentía aversión... por mí.

¿Cómo se me había ocurrido preguntárselo así? Claro que no querría saber nada de mí. Claro que no era lo bastante buena para él. Lo irónico era que ni siquiera sabía lo rara que podía llegar a ser. Daba la impresión de que creía que le estaba haciendo una especie de propuesta sexual y que él era el siguiente de una larga lista de hombres en pasar por mi cama.

No tenía ni idea de que nunca había besado a un hombre. Me alivió no haberle contado nada más, pues la idea de estar conmigo, aunque fuera solo para algo puramente físico, le resultaba del todo repugnante. Si hubiera logrado expresar con palabras las ganas que tenía de pasar tiempo con él y de quizá —¡quizá!— pasar a tener intimidad física... o darnos un beso, tal vez...

Se habría reído en mi cara.

Al menos conseguí conservar una pizca de dignidad pese a lo horrendo de la situación.

—Vicky. —El tono de Ollie seguía siendo autoritario—. Voy a ponerte la mano en el hombro, ¿vale, querida?

Quise negar con la cabeza, pero seguía sin conseguir que mi cuerpo cooperara. Necesitaba quedarme ahí, muy, muy quieta. No quería que nadie me arrastrara de vuelta al mundo real. Todavía no.

Ollie suspiró.

—No puedo dejarte aquí, Vics —dictaminó mientras me plantaba su manaza en el hombro.

Sin embargo, mi cuerpo sí que reaccionó. Aunque me lo había advertido, me aparté hacia un lado para quitarme su mano de encima. Me resentí del movimiento, pues se me habían agarrotado los músculos de estar quieta en el mismo sitio tanto tiempo.

—Tranquila, Vicky —continuó con ese tono autoritario y decidido—. No te va a pasar nada. Pero hay que sacarte de aquí.

—Ollie —dijo Lottie con tono suave y preocupado—. No estoy segura de que sea buena idea. ¿Y si...?

—¡No! —grité. O al menos lo intenté, pero me salió más bien un grito débil y ronco; tenía la garganta agarrotada y la boca seca por la falta de líquido.

Ollie me rodeó con los brazos y me sacó a rastras de debajo de la mesa.

Luché contra él con todas mis fuerzas, con los músculos agarrotados y quejándome débilmente, pero Ollie era fuerte, así que me sacó y me cargó como si nada. Seguí forcejeando mientras me llevaba a la sala de estar y se sentaba en uno de mis sofás blancos conmigo en su regazo.

Durante unos minutos seguí luchando, pero sus brazos me apretaban con fuerza, y al final me quedé sin energía. Cerré los ojos y me dejé caer en sus brazos, que me estrechaban más fuerte.

No toleraba bien los roces ligeros, no podía coger de la mano a nadie y necesitaba que me avisaran antes de tocarme, pero los abrazos fuertes como el que me estaba dando Ollie desataban algo dentro de mí. Los abrazos fuertes de alguien en quien confiaba

tenían el poder de calmarme, incluso en el punto álgido de una de mis crisis.

No había llorado en todo el día. Simplemente me había acurrucado debajo de la mesa con la mirada perdida. Pero ahora, con mi medio hermano estrujándome y la mano de Lottie en la espalda, dejé salir las lágrimas. Le empapé la camisa a Ollie, que maldecía por lo bajo y me abrazaba más fuerte. No emití sollozos ni ningún sonido, en realidad. Era raro que llorara, pero, cuando lo hacía, siempre era en silencio.

Las crisis que tenía de pequeña solían ser bastante ruidosas. Hasta los seis años, si me angustiaba o me afectaba algo, todo el mundo lo sabía: gritos, aleteo de manos... De todo. Pero mamá me dejó muy, muy claro lo inaceptable que era ese comportamiento. Tan claro que, para cuando cumplí seis años, me quedaba callada todo el tiempo, no solo cuando tenía una crisis.

El silencio era mi mejor baza. Cualquier cosa que dijera solía generar irritación o una absoluta hostilidad, así que desistí. Ya no era muda, pero si me desestabilizaba, era muy raro que gritara como cuando era niña.

La última vez fue cuando mi media hermana por parte de madre me engañó para que saliera con ella y sus amigas, diciéndome que íbamos a un bar tranquilo. El «bar tranquilo» resultó ser una discoteca cuya pista vibraba de lo bullicioso que era el local.

Rebecca me llevó a la fuerza al centro de la pista y me dejó ahí, con las manos tapándome los oídos, en medio de la multitud. No podía abrirme paso entre el gentío, y el ruido era tan fuerte que exploté. Por suerte, un par de chicas, una de las cuales tenía un hermano autista, me vieron de rodillas con las manos en los oídos y me ayudaron a salir. Para cuando me subieron a un taxi, me había desgañitado tanto que apenas podía decir mi dirección. Esa fue la única vez en la última década que había sufrido una crisis nerviosa evidente, pero eso no significaba que no las hubiera tenido. Ahora eran silenciosas, como la de esta vez.

No sé cuánto tiempo me tuvo retenida Ollie en el sofá. Casi ni me enteré de que Lottie se había ido a buscar a Hayley, su hermana de ocho años, al colegio. Al final me tranquilicé lo bastante como para

permitir que Ollie me trajera un té y unos bizcochos Jaffa. Tuve que recurrir a mi querida manía de comerme solo la parte de arriba, pero necesitaba alimentarme, y mejor eso que nada.

Por desgracia, para cuando Lottie regresó con Hayley, me había vuelto a anegar en un llanto silencioso, y Ollie tuvo que pegarme a su costado de nuevo.

—¿Está bien Vicky? —preguntó Hayley con su vocecilla desde la entrada.

—Sí, tesoro —le contestó Lottie en voz baja.

—Pues no lo parece —repuso su hermana. Ahora sonaba más cerca, y había un dejo de auténtica preocupación en su tono.

Por nada del mundo quería que Hayley se preocupara por mí. Ella también sufría lo suyo. Apenas se había recuperado de su largo período de mutismo. Hayley y Lottie ya tenían suficientes problemas sin añadirme a mí.

—¿Vicky? —Oí su titubeante vocecita justo al lado, y su manita se unió a la de su hermana en mi espalda.

Oí un sollozo detrás de mí y me di cuenta de que Lottie también estaba llorando. Tragué saliva e intenté respirar más despacio, como me habían enseñado en terapia.

—P-perdón —formulé con dificultad, entre lágrimas, girando ligeramente la cabeza para mirar a Lottie y a Hayley. Intenté hablar de nuevo, pero la garganta me lo impedía.

—Vics, ha llegado un mensaje de Hogwatch, la reserva de los erizos —me informó Lottie por fin tras unos minutos de llanto silencioso.

Parpadeé un par de veces mientras mi cerebro cambiaba de marcha poco a poco. Conforme mis pensamientos se dirigían a los erizos, la presión que me constreñía la garganta empezó a atenuarse. Relajé los puños, le solté la camisa a Ollie y me limpié las lágrimas.

—¿Qué dice? —pregunté mientras me despegaba del pecho de mi medio hermano.

—Que hay una madre con sus crías en Dulwich, a la intemperie. No saben si dejarlas irse o acogerlas para que pasen la noche con ellos.

Me mordí el labio.

—¿Han mandado fotos?

—Sí, pero no se ve muy bien el seto —me respondió Hayley.

Hayley era mi pequeña aprendiz. La estaba instruyendo para que respondiera a las preguntas de la reserva en mi ausencia.

—A ver —dije, ya con voz firme, mientras se me secaban las lágrimas de la cara y el cuello.

Ollie aflojó los brazos lo suficiente como para que pudiera moverme y sentarme a su lado en vez de encima. Exhaló aliviado. Ollie se preocupaba por mí. Por lo general intentaba ocultarle mis peores crisis porque no quería que se preocupara. Hacía años que no me pillaba así. Todavía me dolía en el alma, pero al empezar a leer la pregunta sobre los erizos, se me estabilizó la respiración y me fui calmando.

No fue hasta más tarde, de camino a Dulwich con una caja de cartón llena de paja en el regazo, con mis mallas suaves en lugar de esos horribles vaqueros, cuando volví a pensar en Mike, e incluso logré esbozar una sonrisilla.

¿Qué era peor: una estirada de clase alta, fría y rica que «quería sexo duro», como había dicho él, y no sentía nada, o una mujer rara, obsesionada con los erizos y neurodivergente que lo sentía todo y se había enamorado de un hombre que la repudiaba?

Ninguna de las dos era lo ideal, pero, por mi orgullo, concluí que sería más prudente ceñirme a la primera opción.

Capítulo 4

Si supiéramos el detonante



Mike

—¿Por qué estamos en otro de vuestros sitios de postín? —refunfuñé.

Felix puso los ojos en blanco.

—Mike, esto no es para nada de postín.

—Quizá no para tus estándares, pero no hay hojas en las mesas de los restaurantes de mala muerte —repuse, atónito. Toqueteé la planta que tenía delante—. Y encima son falsas.

—Por esta zona no abundan precisamente los restaurantes de mala muerte, Mike. Y lo que fueras a pedir allí lo puedes pedir aquí también.

—Y yo voy y me lo creo. ¿Acaso me van a traer unos huevos grasientos con unas tiras bien gordas de beicon y morcilla y judías como condimento?

Felix arrugó la nariz al oír la palabra «morcilla».

—Tus arterias coronarias te lo agradecerán, Mike.

Bufé.

—¿Y qué coño es el asaí? Joder, macho. ¿Esta es su versión de un desayuno caliente? ¿*Dukkah* de almendras? ¿Nos hemos convertido en las tías de *Sexo en Nueva York* o qué? ¡Maldito *brunch* de los cojones! Mira, ya ha llegado el duque de Follangham. Ya podéis emocionaros por el asaí juntitos.

Ollie estaba al teléfono mientras se acercaba a nuestra mesa con cara de máxima concentración. Nos saludó con la barbilla al sentarse, pero no colgó. Suponiendo que estaba liado con sus cosas importantes de siempre, volví a mirar el menú, pero levanté la cabeza de golpe al oír el nombre de esa mujer.

—¿No hay nada en el menú que le guste a Vics? —preguntó. Suspiró al oír la respuesta, fuera cual fuera—. ¿Has probado la cafetería de la esquina? —Hizo una pausa—. ¿Y si les dices que no se lo envuelvan? ¿Y si se lo ponen en el recipiente en el que le gusta guardarlo para que no tenga que tocar el papel? —Hizo otra pausa, inclinando la cabeza hacia delante mientras fruncía aún más el ceño. Bajó tanto la voz que tuve que esforzarme para oír la siguiente frase—. Ha adelgazado mucho, Lottie. Podrías volver a intentar sonsacárselo hoy. Si supiéramos el detonante, podríamos tratar de ayudarla. Ve con tacto, ¿vale?

Hizo una pausa. Dejó de fruncir el ceño y se le dibujó la sonrisa que siempre le sacaba Lottie. Era la mayor cara de panoli sensibloide que le había visto a mi colega en toda mi vida.

Lottie había convertido al duque de Follangham en un oso de peluche gigante. Haría lo que fuera por ella y su hermanita.

—Vale, querida —murmuró. Puso los ojos en blanco cuando fingí que me daban arcadas—. Te dejo, que he llegado al restaurante y ya sabes cómo se pone Mike. —Hizo una pausa y volvió a esbozar la misma sonrisa—. Sí, preciosa, me encantaría —remató en voz baja. Cuando al fin colgó, fui yo el que puso los ojos en blanco.

—Qué asco —gruñí—. ¿Ahora tenemos que escuchar cómo le calientas la oreja cada vez que salimos? Poto. Vete a zumbártela si no aguantas ni una comida sin oír su voz.

—Eres imbécil. Al menos yo tengo a quien calentarle la oreja —masculló Ollie.

Felix se rio entre dientes, pero se le cortó la risa cuando le lancé una mirada asesina. Desde que empezó a tirarse a mi hermana, tenía prohibido cabrearme. Había agotado su cupo de cabreos para la próxima década, y el muy cabrón lo sabía.

Apreté los dientes. Desde que mis dos mejores amigos se habían vuelto unos moñas, quedar con ellos me sacaba de quicio. Los muy

capullos me animaban a que me echase novia, lo que me cabreaba aún más. Claro que quería echarme novia. ¿Acaso creían que era feliz solo en Little Buckingham? ¿Creían que me gustaba el tono petulante que usaban cuando me decían que dejara de ir de flor en flor y sentara la cabeza? No era tan sencillo.

Sí, vale, la nueva camarera de La Madriguera del Tejón me había dejado claro que estaba disponible, y estaba de buen ver, las cosas como son, pero durante los últimos meses no me apetecía coquetear con las mujeres en general. Y menos llevármelas a la cama. La única mujer que veía al cerrar los ojos era la última con la que me acostaría.

Estaba hecho un lío.

Por un instante, recordé cómo le tembló la mano al pasarse el pelo por detrás de la oreja aquel día. Su mano temblorosa y su ligero tartamudeo me atormentaban desde entonces. Esos detalles eran tan pero tan impropios de la mujer fría e impasible que conocía que no concebía que fuera la misma persona. Cada vez que los rememoraba, sentía una opresión en el pecho, casi como si no pudiera respirar.

Cuando no pensaba en la Vicky de mis sueños, repasaba una y otra vez las duras palabras que le había dicho a la Vicky de carne y hueso en su casa aquel día. Vale, me había cabreado, pero ¿hacía falta que fuera tan capullo?

Cuando creía que estaba lidiando con la típica princesa de hielo que solo quería usarme como a un cacho de carne, no me había parecido tan mal. Pero el ínfimo atisbo de vulnerabilidad que mostró me hizo cuestionármelo todo.

—¿Ya estás otra vez pidiéndole a la pobre Lottie que vaya detrás de tu hermana? —pregunté intentando parecer indiferente y despreocupado.

«Ha adelgazado mucho».

Volvió la opresión en el pecho y arrugué el ceño. ¿Estaría Vicky haciendo alguna dieta estúpida de niña rica? Sabía que los de su clase eran propensos a eso: obsesionarse en exceso por su apariencia, hasta el punto de no preocuparse por si ponían en peligro su salud, y matarse de hambre. Joder, no se mataría de

hambre, ¿no? Recordé que una chica del cole tenía anorexia y estuvo a punto de morir cuando yo era adolescente. Miré a Ollie porque el muy cabrón estaba tardando lo suyo en responder. Me observaba ceñudo.

—Lottie no «va detrás de Vicky» —protestó con tono cortante.

Siempre había sido protector con Vicky, incluso de niños. Casi nunca la veía por aquel entonces, pero las pocas veces que vino a la casa de mamá, no se dignaba a hablarnos. Apenas miraba a mi hermana pequeña, que tenía una edad similar, lo cual me molestaba muchísimo, y despreciaba la comida de mi madre, cosa que, para mi yo de entonces, fue la gota que colmó el vaso. No sé por qué, pero mamá le preparaba bocadillos especiales, lo cual aumentaba aún más su ya pesada carga de trabajo al tener que atender a otra niñata rica y pretenciosa.

Ollie nunca soltaba prenda de su hermana. Cuando le pregunté por qué era tan altiva, se limitó a decirme que era «un poco diferente» y no me dio más explicaciones. Como casi nunca tenía contacto con ella, no volví a sacar el tema. Para cuando Felix y ella echaron a mi hermana de su oficina el año anterior, llevaba más de una década sin verla.

Resoplé.

—Es la asistente de Vicky. ¿No consiste en eso su curro?

Ollie me miró con los ojos entornados.

—Lottie es la asistente ejecutiva de Vicky, atontado, no la chica de los cafés. Vicky la necesita para asuntos de vital importancia. Su capacidad para calar a la gente no tiene precio. Vics, en cambio, no... Digamos que calar a la gente no es lo suyo.

—Si Lottie es tan clave, ¿por qué va por ahí intentando conseguirle el almuerzo perfecto a tu hermana?

Ollie apartó la vista y crispó la mandíbula.

—No lo hace porque trabaje para ella, sino porque se preocupa por Vics.

La camarera llegó antes de que me diera tiempo a responder. Todos pedimos algo del menú de postín. Me decanté por la opción con menos espinacas y así que pude encontrar tras comprobar que no había morcilla.

Cuando se fue la camarera, Felix se puso a preguntarle a Ollie por el pringado de su cuñado, pero yo no había terminado.

—¿Y tu hermana no sabe comprarse la comida sola? —interrumpí. Tanto Ollie como Felix se volvieron hacia mí.

—Claro que sabe.

—Entonces ¿por qué obliga a Lottie a hacerlo?

Ollie suspiró.

—A Vicky le pasa algo, ¿vale?

Volví a sentir la opresión en el pecho, tan fuerte que empecé a frotarme el esternón.

—¿A qué te refieres? Has dicho que está adelgazando. ¿Está enferma o algo? —Intenté mantener un tono despreocupado, pero que Ollie me echase una mirada penetrante y Felix ladease la cabeza mientras me miraba intrigado me hizo pensar que no había colado.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó este último—. Creía que no te caía bien Vicky.

Carraspeé y me moví en el asiento.

—A ver, no es santo de mi devoción, pero no la odio ni nada por el estilo. ¿Qué le pasa?

Ollie se frotó la nuca.

—Mira, Vics no soportaría que lo revelase, y menos..., menos a ti.

—¿Por qué menos a mí? —respondí con el tono más inocente que pude.

Felix rio por lo bajo y Ollie volvió a entornar los ojos.

—Lo sabes perfectamente —masculló.

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

—Mike, sabes que le molas —protestó Ollie tras perder la paciencia.

Fruncí el ceño. Nunca habíamos hablado abiertamente del evidente interés que tenía Vicky en mí, pero no me cuadraba algo de lo que había dicho Ollie.

¿Que le molaba? Eso la hacía parecer una adolescente inocente que tenía sentimientos por mí.

Vicky distaba mucho de ser inocente, y fijo que lo único que sentía por mí era el deseo primario de echar un polvo conmigo.

Nada de chorraditas cursis. Era demasiado princesita y perfecta como para considerar pasar a esa fase conmigo.

Me reí por lo bajo.

—¿Que le molo? Seamos sinceros. Vicky no le haría ascos a que le diese duro, pero fijo que no está interesada en nada más.

Ollie le había dado un sorbo al café y se le fue por otro lado al oírme.

Felix le dio unas palmaditas en la espalda.

Cuando Ollie se recuperó, me miró sorprendido a más no poder.

—¿Que le dieses duro? —repitió con tirantez—. ¿Crees que Vicky solo quiere echar un casquete y adiós, muy buenas?

Me encogí de hombros.

—Mira, muchas amiguitas vuestras han querido algo de mí alguna vez. A las pijas les gusta ir a los barrios bajos de vez en cuando. No me molesta, me lo paso bien. —Era mentira. Cuando una de las amigas pijas de Ollie me rompió el corazón a los quince años, me hundí en la miseria. La oí burlarse de mi acento y decirle a su amiga: «Una no les presenta a sus papis a un paleta; se lo tira». Nunca se lo conté a mis amigos, pero después de eso me prometí que nunca iría en serio con las pibas de clase alta—. Vicky no es la excepción. Y no me malinterpretes, está buenísima. Pero me gusta que mis mujeres tengan un poco más de personalidad, aunque sea solo para un revolcón.

Ollie no daba crédito. Me miró fijamente tanto tiempo que me incomodó.

—No conoces nada a mi hermana —afirmó despacio.

Puse los ojos en blanco.

—He conocido a tela de mujeres como tu hermana, te lo digo yo.

—No —replicó brusco—. De eso nada. Si crees que Vicky solo quiere llevarte a la cama para que le des duro y que le falta personalidad, es que no sabes nada de ella. —Su tono se volvió más amenazante. Estaba que trinaba—. ¿Y sabes qué te digo? Que no te mereces conocerla.

Capítulo 5

Qué mal rollo



Vicky

—Ah, estás aquí —dijo mamá decepcionada. Pero ya estaba acostumbrada. No recordaba ni un solo momento en que mi madre se hubiera alegrado de verme. Esa solo era una más de la larga lista de razones por las que mi terapeuta Abdul consideraba que debía evitar el contacto con esa parte de mi familia.

«Te ponen triste, Vicky», me explicó en nuestra última sesión. «Creo que no te das cuenta de lo mucho que te afecta su indiferencia».

En parte ese era mi problema. No siempre me resultaba fácil identificar mis emociones y clasificarlas bien. A alguien ajeno incluso le habría parecido que sentía demasiado poco y que casi todo me resbalaba. Pero Abdul me ayudó a ver que era todo lo contrario: sentía demasiado.

Se cocía todo en mi interior; era casi abrumador a veces. Y la negatividad que mi madre y su familia emanaban hacia mí no me ayudaba lo más mínimo. Lo entendía, pero sabía que no podría apartar a esas personas de mi vida. Se lo debía a mi madre. Ella me había cuidado de niña y me había dado comida, un techo y educación. Mi padre nunca se interesó mucho por mí, pero, claro, yo era un poco un estorbo, pues fui un error que se concibió durante una aventura extramatrimonial. Tanto mi madre como mi padre,

cuando aún vivía, siempre me habían recalcado que era eso, un error.

Curiosamente, la única persona que nunca me consideró así fue Margot, la esposa de mi padre. Y todavía hoy se sube por las paredes cada vez que menciono que lo soy, así que procuro no hacerlo. Margot odiaba a mi madre, lo cual era comprensible dada la aventura que mantuvo con su marido, así que procuraba no mencionarla a ella tampoco.

—Llegas pronto —me espetó mamá.

—Debía llegar a las doce y cuarto —repuse mientras mamá se apartaba para dejarme pasar. A ella ni la abrazaba ni la besaba. Hacía tiempo que mi madre había aprendido que no me gustaba que me tocaran, pero nunca se había molestado en averiguar qué tipo de contacto toleraba, así que no me daba abrazos breves y fuertes como los de Ollie y Margot—. Son y diecisiete —señalé—. Lo que significa que llego dos minutos tarde.

—Victoria, la mayoría de la gente no es puntual. Es más, es de mala educación ser sistemáticamente puntual. Hay que dar unos cinco minutos o así de margen.

Apreté los labios para no volver a señalar que, en realidad, llegaba dos minutos tarde. Por suerte, logré morderme la lengua. Era un truco que había dominado durante ese último año gracias a Lottie, pero me resultaba extremadamente ventajoso a la hora de tratar con mi familia. Bastante complicada les parecía ya sin mi tendencia a corregir a los demás.

Deseé que Lottie estuviera conmigo en ese momento, pero habría sido imposible. No solo no le habría hecho gracia a mi familia que llevara a mi asistente ejecutiva conmigo, sino que me aterraba imaginar a Lottie viéndome con ellos.

La verdad era que me avergonzaba de lo mucho que mi familia me odiaba. Por eso rara vez hablaba de ella con Margot y Ollie, y por eso nunca llevaría a Lottie ahí. Sabía que era una persona difícil de querer, pero la hostilidad y el odio manifiestos de mi propia sangre eran un recordatorio demasiado vivo de lo desagradable que me encontraban algunas personas.

Me vino a la cabeza la mañana con Mike de hacía dos semanas y la sacudí para despejarme. Lo último que necesitaba era revivir malos recuerdos mientras creaba otros probablemente aún más amargos.

—Ya ha llegado —anunció mamá mientras entrábamos en la gran cocina-comedor.

Me dio repelús ver el desorden que había en las encimeras y el montón de cosas apiladas sobre la mesa. Mi madre parecía reacia a guardar sus pertenencias y le encantaba adquirir nuevas, lo cual no era una buena combinación. Para una mujer que no había pegado un palo al agua en toda su vida, tenía una cantidad sorprendentemente grande de cosas. Vivía en una espaciosa casa unifamiliar de cinco habitaciones, en un arbolado barrio residencial a las afueras de Londres, pero tenía enseres suficientes para llenar tres casas mucho más grandes. El caso es que mi difunto padre había accedido a financiar solo una casa, así que se había visto obligada a llenar esa con un sinfín de bienes materiales. Le pagué una ampliación hacía dos años, pero al parecer también la había invadido del todo ya.

—Hola —me saludó mi media hermana Rebecca con una sonrisa forzada. Me quedé tan desconcertada que no pude corresponderle. Era insólito que Rebecca me dedicara una sonrisa, ya fuera forzada o no.

—Hola, Vicky —me dijo mi padrastro Gareth, sentado junto a Rebecca en la mesa de la cocina. Gareth sí que me sonrió, pero era su estilo. Era un hombre muy amable. Estoy segura de que me detestaba tanto como su hija y su esposa, pero siempre se las arreglaba para no demostrarlo tan abiertamente. Además, era el único que me llamaba por el nombre que prefería. Nunca me había gustado lo formal que suena el nombre de Victoria. Era consciente de que yo misma daba la impresión de ser rígida y formal cuando interactuaba con los demás, así que solo me faltaba un nombre estirado a juego—. ¿Todo bien, *cariad*? ¿Te van bien los negocios?

Sonreí a Gareth. Me encantaba que me llamara por apelativos cariñosos galeses como *cariad*, como si me considerara un miembro más de la familia. Mamá aún no me había indicado que me sentara,

así que me quedé de pie en medio de la cocina, intentando no mirar el desorden. Se me antojaba muy difícil lidiar con él. Me resultaba demasiado abrumador y me distraía; me ofuscaba como si estuviera bajo el agua y no pudiera salir a la superficie.

—Las ganancias de este trimestre han aumentado un 7,5 % —le indiqué a Gareth, y entré en detalles sobre cómo había mejorado la estructura de inversión.

Cuando Rebecca puso los ojos en blanco y simuló que bostezaba, parpadeé y me callé de golpe. Darle a Gareth una respuesta, en mi opinión, exhaustiva sobre mi negocio era un error. Siempre caía en la trampa.

Me costaba identificar las preguntas educadas que solo requerían una respuesta breve y superficial. Sin Lottie ahí para apretarme la muñeca, no tenía un mecanismo de seguridad para no «dar la turra», como decían mi madre y mi media hermana.

Sentí un calor sofocante en las mejillas y miré al suelo a la vez que Rebecca reía por lo bajo.

—Hala, papi —dijo con sarcasmo—. ¿A que te encanta que te haya dado el porcentaje exacto de mejora? Qué dato más importante, ¿eh? Fascinante. Sigues siendo una esponja de diversión, ¿eh, Victoria?

«Esponja de diversión» era un insulto relativamente suave comparado con los que me dirigía Rebecca, pero me dolía igual que los demás. Sabía lo que significaba: que yo, como persona, absorbía lo divertido de cualquier situación. Esa era la opinión que tenía Rebecca de mí. Toda la confianza que había ganado en los últimos meses con Lottie y Lucy se desvaneció al oír sus palabras.

¿Acaso Lottie y Lucy me consideraban una esponja de diversión? No daban señales al respecto, pero claro, era consciente de que la gente no siempre decía lo que sentía de verdad. No todo el mundo iba por ahí soltando verdades incómodas a cada rato. Ambas eran amables. Lo mismo me aguantaban porque se sentían culpables.

Entonces, plantada en mitad de la cocina, se me ocurrió una idea aún más aterradora. ¿Y si Lottie solo me soportaba fuera de la oficina porque le preocupaba su trabajo y trataba de complacer a mi medio hermano?

No sabía por qué, pero Ollie era superprotector conmigo. Lottie habría llegado a la conclusión de que tenía que verme fuera del trabajo por obligación.

—¡Eooo! —me espetó mamá, agitando la mano delante de mi cara para que le prestara atención—. Siéntate ya, anda.

—Eso, no te quedes ahí plantada como un pasmarote —dijo Rebecca—. Qué mal rollo.

—Va, Victoria, espabila.

Me quedé paralizada al oír su voz y sus pasos pesados al entrar en la cocina. De haber sabido que asistiría Darrell, no habría ido ni harta de vino.

El novio de mi hermana era la persona que peor me caía del mundo. Lo odiaba con toda mi alma. Así que, cuando me agarró del codo con su manaza para llevarme a la mesa de la cocina, reaccioné por instinto y me aparté de él con tanto ímpetu que me tambaleé hacia un lado y me golpeé en toda la cadera con la encimera de granito. Tras hacer una mueca de dolor, decidí alejarme aún más de él rodeando la isla a toda prisa. Me sentí mucho más feliz al ver la vasta y caótica extensión de granito que nos separaba.

—¡Oye, oye! —exclamó con ambas manos en alto en un gesto de rendición y una sonrisa de suficiencia en su rostro petulante.

Es posible que Darrell fuese considerado convencionalmente atractivo con su cabello rubio peinado a la perfección, su figura alta y delgada y sus rasgos marcados, pero a mí me asqueaba.

—¡Por el amor de Dios, Victoria! —me espetó mamá—. No empieces con tus cosas raras, que Darrell solo intentaba ser cortés. Pensaba que ya habrías superado la fobia esa que tienes al contacto físico, incluso al más respetuoso. ¿No ibas a terapia? Porque no veo yo que te haya curado mucho. Pórtate como las personas normales, hombre.

—Como si Darrell quisiera tocarte —apuntó Rebecca, que me miraba ceñuda.

No me molesté en corregirla. Puede que no se me diera bien calar a la gente, pero estaba segurísima de que Darrell quería tocarme.

La segunda vez que lo vi, hacía un año, me inmovilizó contra la pared a la salida del baño de mujeres y me sobó los pechos. El

magreo ni siquiera fue lo peor. Lo peor fue notar su aliento caliente y asqueroso en el cuello mientras me susurraba al oído: «He oído que no te gusta que te toquen. Qué bien nos lo vamos a pasar, ¿a que sí, hermanita?».

Cuando por fin me soltó, corrí al baño y, apenas llegué a un cubículo, vomité todo lo que había cenado esa noche. Acto seguido sufrí una crisis nerviosa silenciosa durante más de una hora en el suelo del cubículo. Me daba pavor volver a cruzármelo, así que salí del restaurante y volví andando los casi cinco kilómetros que había desde el centro de Londres hasta mi casa de Chelsea, con tacones de diez centímetros.

Estuve tres días sin hablar.

Cuando al fin salí del estupor, fui a casa de mamá a contárselo. Como siempre, le solté la verdad sin tapujos. Sabía que no le caía bien, pero, cuando puso los ojos en blanco y me dijo que era demasiado sensible y nerviosa, que habría malinterpretado a Darrell y que solo estaba de guasa y pretendía ser simpático, me quedé atónita.

Rebecca me gritó cuando intenté contárselo, me llamó «mentirosa de mierda» y me dijo que solo estaba celosa porque nadie se acostaba conmigo porque era «la hostia de rara».

Gareth no estuvo presente durante mi confesión, pero mamá se encargó de llamarme después para amenazarme con toda clase de represalias como se me ocurriese acusar a Darrell con él delante.

La otra persona a la que se lo conté fue Abdul. Y su reacción fue muy diferente y algo extraña. Tras narrarle los hechos, se levantó de repente de la silla, se paseó desde donde estábamos sentados hasta el centro de la estancia y volvió, pero no se sentó. Se quedó de pie detrás de la silla, agarrando el cuero hasta que se le pusieron los nudillos blancos mientras me miraba fijamente.

—¡Joder! —exclamó.

Me estremecí. Abdul normalmente era el ejemplo de terapeuta tranquilo, como debía ser. No creía que ir dando pisotones y soltar improperios fuera su *modus operandi* habitual.

Pero ¿qué sabía yo? No era una terapeuta cualificada.

—Pareces enfadado —comenté, bastante orgullosa de mí misma por haber identificado sus emociones. Era algo en lo que había estado trabajando.

Abdul cerró los ojos despacio mientras dejaba caer la cabeza hacia delante.

—Sí, Vicky —dijo con la voz contenida—. Llevo un cabreo de dos pares de cojones. Dime, por favor, que vas a informar a la policía.

Me quedé perpleja.

—¿A la policía?

—Sí, a la policía. El tío ese te ha agredido.

Negué con la cabeza.

—No ha habido testigos, y ni mi familia me cree. Además, estoy al tanto de la tasa de condenas por denuncias de mujeres por agresiones sexuales. Según las estadísticas, sería una pérdida de tiempo.

—Vale. Pues si no piensas denunciarlo, al menos díselo a tu hermano.

—Medio hermano.

Abdul apretó la mandíbula con frustración.

—Díselo a Ollie.

Miré por la ventana y apreté los labios.

No le contaría nada a Ollie. Bastante carga era ya para mi medio hermano. No lo empeoraría acudiendo a él cada vez que estuviera asustada o triste. Pasaba mucho tiempo asustada y triste; consolarme sería un trabajo a jornada completa, y ya era mayorcita para arreglármelas sola.

Así que, para frustración de Abdul, no denuncié a Darrell. Mi solución fue simplemente evitarlo. La táctica de evasión ni involucraba ni incomodaba a nadie más, por eso jamás de los jamases habría ido a casa de mamá aquel día de haber sabido que estaría allí. Me hallaba en la otra punta de la cocina, frente a Darrell y el resto de mi familia. El corazón me iba a mil mientras apretaba los puños para que no me temblaran. No le quitaba ojo a Darrell. El miedo me había subido a la garganta y no podía hablar.

—Vicky, cariño. —La suave voz de Gareth sonó cerca de mí. Me sobresalté al darme cuenta de que se había levantado de la mesa y

lo tenía al lado. Lo miré de reojo, pero después volví a centrarme en Darrell, que intentaba disimular una sonrisilla—. ¿Estás bien?

Si hubiera podido hablar, le habría dicho que no, que no estaba bien. Porque mentir era algo que nunca había dominado. Pero no podía hablar, así que me limité a negar con la cabeza.

—No, Gareth —le espetó mamá—. No la alientes, que es peor.

De niña oía mucho eso. «No la alentéis» era una de las respuestas favoritas de mamá a mis crisis, mi mutismo, mi miedo a ir a clase porque me acosaban sin cesar y a las sugerencias de mis profesores de que me evaluaran para ver si padecía el trastorno del espectro autista. Me lo diagnosticaron hacía unos años, una vez que Margot y Ollie me convencieron de ir a terapia.

—Darrell —dijo Gareth, cortante—. Tú mejor vete ya.

—Papi —se quejó Rebecca—. ¡Venga ya, tío! Vicky está paranoica. A ver si recapacita de una vez.

Gareth ignoró a su hija y siguió mirando a Darrell. Tras unos instantes, Darrell volvió a levantar las manos.

—Claro, troncos. No hay problema. Me piro. Ya nos veremos, Vicky.

En cuanto oí que la puerta principal se cerraba tras él, tragué saliva y me enderecé por completo, pues me había encorvado un poco sin darme cuenta.

—Ven a sentarte, *cariad* —indicó Gareth con esa voz suave.

Por un momento, me quedé mirando la puerta por la que había salido Darrell. Solo cuando estuve convencida de que no iba a volver, me acerqué a la mesa de la cocina.

—¿Té? —me ofreció Gareth. Asentí, mirando atentamente a mi media hermana y a mi madre mientras ocupaba el asiento vacío que había frente a ellas.

—Tienes que quitarte ya la manía que le tienes a Darrell —protestó Rebecca—. Vas a quedar como el culo en la boda como te dé la neura esta delante de todos.

Capítulo 6

¿Qué razón hay para estresarse?



Vicky

—¿Boda? —logré decir con los ojos como platos, horrorizada.

«Por favor, no me digas que Rebecca va a casarse con Darrell», pensé.

—Sí, boda —repitió Rebecca con una sonrisa falsa—. Ya sabes, la ceremonia que celebran los que tienen una relación de compromiso normal.

No se me daba bien leer entre líneas, pero incluso yo captaba a qué se refería Rebecca con ese comentario: a que nunca había tenido nada que se acercara a una relación normal y que, probablemente, nunca la tendría.

Gareth me puso una taza de té humeante delante. No tenía la intensidad adecuada para esa hora del día, pero claro, Gareth no disponía de mi tabla de colores del té, así que no podía confiar en que fuera a acertar.

Aflojé los puños lo suficiente como para rodearla con mis frías manos.

—Entiendo. —Fue lo único que pude articular con la garganta cerrada.

—Y como eres mi hermana, tendrás que formar parte del acontecimiento —indicó Rebecca a regañadientes.

—Sí, a ver si por un día nos haces el favorcito de ser normal —comentó mamá. Entonces todas pegamos un bote cuando Gareth se retiró bruscamente de la mesa.

Al levantar la vista, vi que miraba a su esposa con rabia.

—Ya vale de tonterías —gruñó. Luego suavizó el tono al centrar su atención en mí—. No dejes que te intimiden, cariño. Si quieres asistir, eres bienvenida. Si no, no se acaba el mundo.

—¡Papá!

—Ni papá ni leches —espetó Gareth a su hija. Abrí los ojos de par en par ante ese inusual giro de los acontecimientos.

Por lo general, Gareth no le gritaba a nadie. Era afable y evitaba las confrontaciones a toda costa. Cuando mamá y Rebecca me regañaban de pequeña, no decía nada. La verdad es que le faltaba tiempo para escabullirse.

Sí, ahora también se iba, pero no sin antes decir lo que pensaba.

—Yo pago el jolgorio, así que, si quieres tu parafernalia, haz lo que te pido y respeta a tu hermana por una vez, hombre ya.

Luego salió hecho una furia y me quedé con el incómodo silencio que siguió.

—Estupendo —soltó Rebecca cuando estuvo segura de que Gareth se había ido de verdad—. Es que te...

Mamá le apretó la muñeca, lo que me recordó a cómo me mandaba Lottie callar cuando hablaba por los codos. Se me hizo extraño, pues Rebecca no tenía las mismas dificultades que yo para interpretar las señales sociales.

—Pues claro que vendrás a la boda —me dijo mamá con una sonrisa forzada—. No es hasta dentro de dos meses, por lo que te hemos avisado con tiempo de sobra. Somos familia. Somos tu familia. No lo olvidarás, ¿verdad, Victoria? No después de todo lo que he hecho por ti.

Esa era otra de las frases favoritas de mi madre: «Después de todo lo que he hecho por ti». Era relativamente efectiva. Mi madre había sacrificado mucho para tenerme y criarme. Y, para colmo, no había sido una niña fácil, ni mucho menos. Por otro lado, a partir de los seis años, cuando enmudecí por completo, ya no molestaba a

mamá con mis crisis y demás, ya que todas transcurrían en silencio... la mayoría de las veces.

Pero para entonces ya me consideraba un problema. Esto se vio agravado por la insistencia constante de mis profesores para que me evaluaran. Mamá ignoró deliberadamente sus toques de atención, pues no quería «alentar mis malas costumbres», ya que creía que solo las exacerbaría.

Todo lo que había aprendido desde que me diagnosticaron siendo adulta sugería lo contrario, pero no tenía sentido rebatir a mamá con esa información.

—Si necesitas que vaya, allí estaré.

Rebecca puso los ojos en blanco.

—Por Dios, ni que te estuviéramos invitando a beber ácido. Es una fiesta. Va a ser la bomba. Aunque ¿qué vas a saber tú de divertirte?

Carraspeé y decidí no refutar lo de «va a ser la bomba». No tenía claro cómo iba a ser la bomba un evento en el que el hombre que me había agredido sexualmente iba a casarse con mi hermana, la cual no me tragaba; pero claro, hacía tiempo que había renunciado a intentar comprender cómo funcionaba la mente de Rebecca.

Al mirar mi té me di cuenta de que no había tomado ni un sorbo. Lo habría intentado, pero, de todas formas, el estrés de los últimos minutos me habría impedido tragarlo. Me fijé en el reloj de la pared de la cocina y volví a mirar a mamá. A veces me costaba calcular la duración de las interacciones. En el trabajo, Lottie estaba allí para guiarme, pero claro, Lottie no estaba ahí conmigo. No estaba disfrutando nada de esa interacción y dudaba que mamá o Rebecca sí. Llevaba dieciséis minutos allí, lo cual sabía que era poco, pero tenía la impresión de que ya habíamos aclarado todos los puntos importantes, y quería irme a casa.

Carraspeé.

—Si no hay nada más que hablar, me voy.

—¡Pero si ni siquiera te has bebido el té! —exclamó mamá con voz de pito, indignada.

Quizá hubiera calculado mal el tiempo necesario. Lottie y Abdul me habían dicho que fuera más abierta acerca de mis dificultades

para que los demás me entendieran cuando hacía algo que pudiera interpretarse como aberrante o grosero. Así que respiré hondo y me expliqué.

—Es que no puedo tragar líquidos ni sólidos durante los periodos de estrés —le dije a mamá para explicar por qué no me bebía el té sin parecer grosera.

—¿Por qué demonios estás tan estresada? —preguntó con un tono aún más estridente. Me mordí el labio para no responder con sinceridad, que era la única forma en que habría podido hacerlo—. Esta es tu casa y has venido a tomar el té. ¿Qué razón hay para estresarse?

Apreté los labios y me contuve para no contestar, pues presentía que solo enfadaría más a mamá. De hecho, cualquier cosa que decía agravaba la situación. Incluso intentar explicarle que no estaba siendo grosera por no tomarme el té solo había empeorado las cosas. Y mucho.

—Ahora que no está mi padre, vayamos al grano —intervino Rebecca. Me giré hacia ella. Tenía una mirada calculadora—. Victoria, tienes que pagarme el vestido, las flores que quiero y el alcohol. Mi padre propone invitar a unas copas de champán y que luego todo el mundo se vaya a un bar de pago. —Hizo una mueca—. No puedo pedirles a mis amigos que paguen las bebidas de mi boda. Sería humillante.

Me quedé a cuadros.

—Creía que tus amigos eran ricos.

Puede que mi padre no fuera el mejor en cuanto a apoyo emocional o incluso reconocimiento cuando se trataba de mí, pero sí pagaba mi manutención. Y no era barata. Además de ser el dueño de la casa en la que vivía mamá, también había sufragado las exorbitantes cuotas de mi internado. En cuanto a la manutención adicional, mamá se la había gastado casi toda en ella y en su otra hija, lo que significaba que Rebecca también había ido a internados de lujo y, al no ser tan borde como yo (puede que Rebecca fuera una mala pécora conmigo, pero sin duda sabía sacar sus encantos cuando hacía falta), hizo muchos amigos allí. Y más aún cuando fue a la Universidad de Durham.

Por lo tanto, todos los amigos de Rebecca nadaban en la abundancia. Podían costearse sus bebidas sin problema, mientras que mi padrastro, que trabajaba duro de contable pero tenía un sueldo modesto, probablemente no podía permitirse barra libre de champán.

—No es que no puedan pagarse las bebidas —aclaró Rebecca entre dientes—. Es lo vergonzoso que sería pedirles que lo hicieran. Me sentiría completamente humillada.

—Gareth no entiende la situación —agregó mamá—. Espera que Becky lleve un vestido que cueste como máximo mil libras.

—Con eso no me llega ni para el velo —masculló Rebecca.

—Un vestido de novia es una pésima inversión —añadí, pensando que sería un dato útil. A juzgar por lo roja que se puso Rebecca, no lo fue—. El retorno de la inversión es nefasto —expliqué, confiando en que le entrara en la cabeza y no le diera un síncope. Iba en serio. Nunca había entendido que alguien se gastase decenas de miles de libras en un vestido que solo se pondría un día—. La reventa, en general, solo rinde aproximadamente un tercio del valor de mercado del vestido una vez usado.

—¿Qué coño dices del retorno de la inversión y del valor de mercado? Mira que eres rara. —Rebecca se puso de un morado preocupante.

Sobran las explicaciones sobre la economía del sector nupcial, eso era evidente.

Mamá suspiró.

—Victoria, no te pongas pesadita y danos el dinero. No podemos permitirnoslo y Gareth no va a cambiar de opinión.

Fruncí el ceño.

—¿Y la paga que te paso?

Mamá abrió mucho los ojos y me chistó a la vez que miraba detrás de mí para ver si Gareth había vuelto a la cocina, supongo.

—Creía haberte dicho que no lo mencionarás nunca.

—Pero debería ser más que suficiente para...

—Me la he gastado, ¿vale? —me espetó. Rebecca se recostó en su silla con expresión rebelde y los brazos cruzados.

Cuando papá murió, dejó de pagar la manutención. Yo tenía veintitrés años, así que técnicamente debería haber parado hacía cinco. Pero creo que mi padre sabía que seguir pagándome la manutención evitaba que mamá me hostigara, y que, si dejaba de pagar, mamá me usaría para sacarle los cuartos.

Puede que no fuera el padre más atento del mundo, pero me dijo que no quería que mamá «te jodiera más de lo que lo ha hecho ya», así que era más fácil mantenerla.

El funeral de papá fue la primera vez en la que mamá sacó el tema del dinero. Cuando me apartó de Margot y Ollie, quienes amablemente me habían incluido en el evento como si fuera de la familia cuando en realidad no era así, me dijo que me correspondía a mí continuar con los pagos ahora que papá había fallecido.

La herencia que me legó mi padre fue muy modesta en comparación con la que les dejó a sus hijos legítimos. De hecho, solo me duró hasta que empecé a ganarme la vida tras graduarme en la universidad. Así que tuve que sufragar la pensión de mi madre con mis propios ingresos. Siendo sincera, parecía la opción más conveniente. Nunca me compraba nada ni hacía nada, por lo que, en realidad, no necesitaba una fortuna ilimitada.

Luego, claro, empecé a trabajar en la empresa de Felix y mis ingresos subieron como la espuma, así que me olvidé de que mantenía a mamá. Pero le pagaba cantidades ingentes. Tanto, que las bebidas y un vestido de novia no deberían haber sido un problema si hubiera ahorrado algo. Pero luego, viendo el desorden, intuí adónde había ido a parar el dinero.

—Me lo debes —gruñó mamá mientras me agarraba del brazo. Intenté zafarme, pero me sujetaba con demasiada fuerza—. Sabes que me lo debes. Para ti es calderilla, y tu hermana lo ha pasado mal últimamente.

El mal trago al que se refería mamá era que habían echado a Rebecca de la *boutique* de lujo en la que trabajaba por «coger prestada» la ropa. Ese era el término que empleaba Rebecca para lo que hacía. La *boutique* lo llamó robar. En su momento se puso furiosa y dijo que ella era un «anuncio ambulante» y que ya solo sus

seguidores de Instagram valían el precio de las pocas prendas que «cogía prestadas».

Sospechaba que eran más que unas pocas prendas, pues Rebecca rara vez se ponía algo dos veces, y casi siempre era de marca.

Necesitaba urgentemente que mamá me soltara el brazo, y sabía que solo lo haría si aceptaba sus condiciones.

—Está bien —dije. Suspiré aliviada cuando mamá me soltó.

Capítulo 7

Mucha gente es mala conmigo



Mike

—Hola, señoritas —saludé al pasar junto a mi hermana Lucy, Lottie y Vicky en las tumbonas, de camino a la piscina.

¡Otra vez llevaba el dichoso bikini! Me atreví a echarle un vistazo fugaz, pero la imagen de su cuerpo delgado y bronceado en una tumbona con su cabello dorado desparramado a su alrededor se me quedó grabada a fuego.

Aquello no iba a contribuir a que dejase de pensar en Vicky en mis citas nocturnas con mi mano; parecía que últimamente era la única forma que tenía de correrme.

O en los sueños febriles que seguía teniendo con ella todas las noches, los cuales se habían intensificado considerablemente desde aquel día en su casa.

Todas me miraron al pasar, y, para mi sorpresa, Vicky chilló. Juro que se le escapó un gritito.

Cuando eché una mirada furtiva al trío, las otras dos observaban boquiabiertas a Vicky. Pero Vicky solo tenía ojos para mí.

Lottie le susurró algo, pero Vicky no reaccionó a sus palabras. Siempre igual. Qué rara era, coño.

—Hola, chicas —les dije sonriendo a Hayley, la hermana pequeña de Lottie, y a Florrie, la sobrina de Ollie, tras zambullirme en la piscina.

—Hola, Mike —saludó Florrie.

Hayley me sonrió tímidamente.

—¡Tío Ollie, haz lo tuyo! ¡Haz lo tuyo! —gritó Florrie, que chilló cuando la aupó del borde de la piscina, la levantó por encima de su cabeza y la lanzó a lo hondo. La chiquilla nadó hasta mí y se subió a mis hombros para que la arrojase de nuevo.

Hayley se animó y todo con un chapuzón mucho más suave y salió con cara de orgullo y una sonrisa.

—¡Muy bien, Hayley! —exclamé—. Me sorprende que hayas aprendido algo de estos pringados, la verdad. Debes de llevarlo en la sangre. ¿Qué tal si aprendes del maestro?

—Tío, supéralo —dijo Felix mientras llevaba a Florrie a caballito—. Nadamos mucho mejor que tú.

Reí por lo bajo.

—Solo porque vosotros teníais vuestra propia piscina, pringados privilegiados.

Florrie estaba ahora sobre mis hombros. La lancé por los aires para devolvérsela a Ollie.

Felix puso los ojos en blanco.

—Tú también tenías acceso a la piscina.

—Bueno, vale. Pues... enseñé a nadar a Lucy.

—Y yo a Vicky —replicó Ollie.

—Lucy era más joven.

—Eso no es nada, Vicky era... —Ollie se vio interrumpido por el chirrido de una tumbona al retroceder.

Todos miramos atrás para ver a Vicky levantarse, ponerse una camiseta de hombre que le iba grande y salir corriendo de la piscina.

—¡Mierda! —masculló Ollie.

—¡Otra palabrota! —gritó Florrie—. ¡Me voy a chivar a la abuela!

Ignoré las amenazas que le lanzaba Florrie a su tío y nadé hasta él. Seguía mirando a Vicky.

—¿Vicky era qué? —pregunté, a lo que me miró ceñudo.

—Mi hermana ni era ni será asunto tuyo, joder —espetó.

—La abuela se va a enfadar muchísimo, tío Ollie —agregó Florrie amablemente.

Me quedé mirando a Ollie un rato, pero apartó la vista cuando llegaron su hermana Claire y el gilipollas de su marido, Blake.

—Venga, Hails —dijo Florrie, seria, mientras ambas observaban a Claire y Blake. Se miraron con complicidad—. Vamos mejor a limpiar a Legolas y Bertie. Dijimos que lo haríamos.

¡Joder, sí que le caía mal su padrastro!

¿Habría huido Vicky por eso? Pero acababan de llegar. No, fue cuando Ollie estaba a punto de decirme algo sobre ella. ¿Por qué iba a salir corriendo? Sabía que llevaba demasiado tiempo últimamente pensando en Vicky, pero no podía quitarme de la cabeza la persistente sensación de que me estaba perdiendo algo. Recordaba una y otra vez cómo le temblaron las manos cuando la traté como el culo aquel día; aquello me oprimía el pecho.

Tomé una decisión y salí de la piscina a toda prisa.

—Hasta luego —murmuré a Lucy mientras pasaba junto a ella y Lottie en las tumbonas y cogía una toalla de mi hermana para secarme de camino.

Lottie me miró con recelo, pero por suerte no se opuso a que fuera en la misma dirección que Vicky. Lottie era su guardaespaldas personal o algo así, lo cual escapaba a mi comprensión. Bajo mi punto de vista, Vicky era perfectamente capaz de cuidarse sola.

Cuando estuve seguro de que ya no me veían, corrí por el césped hacia la casa principal. Era enorme. De niño siempre me había intimidado. La monstruosa casa moderna de Felix ya era bastante atroz, pero Buckingham Estate estaba a otro nivel.

Por suerte, la conocía como la palma de mi mano y sabía por cuál de las muchas entradas habría accedido Vicky. Para cuando llegué a la casa, no estaba empapado, pero aun así dejé huellas húmedas en el suelo de madera. Menuda bronca me echaría Margot luego.

Alcancé a Vicky mientras atravesaba la vasta extensión conocida curiosamente como el naranjal, pues no había naranjos. Medía unos quince metros de largo y era casi todo de cristal, como un invernadero de lujo construido hacía más de doscientos años.

—¡Eh! —grité. Vicky se detuvo en seco y se dio la vuelta para mirarme.

La luz se reflejaba en su larga melena rubia, que ondeaba sobre su hombro con el movimiento. Joder, qué guapa era. Posiblemente aún más sin maquillar, con el pelo suelto y ondulado tras secársele al aire. Lo único que estropeaba la estampa era que llevaba la camiseta de otro. Por alguna razón desconocida, aquello me enfureció, así que olvidé qué quería preguntarle y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿De quién es esa camiseta? —Emití un gruñido bajo y territorial que apenas reconocí.

Madre mía, se me estaba yendo la puta cabeza.

—¿C-c-cómo? —susurró Vicky, lo que me hizo apretar los dientes. Una de las cosas que más me rayó después de mi careo con Vicky al llevarle la mesa fue que tartamudease. Era tan impropio de ella y la hacía parecer tan vulnerable que solo de pensarlo se me revolvían las tripas.

—Mierda —murmuré, llevándome la mano a la nuca para agarrármela con frustración mientras me obligaba a romper el contacto visual con ella y mirar por la pared de cristal.

La estaba asustando otra vez. ¿Por qué me comportaba como un capullo con esa mujer? En definitiva, le molaba. Le molaba muchísimo y yo había sido un maleducado. Debía disculparme y llevarla a un sitio en el que pudiera sonsacarle por qué no comía bien. No tenía por qué gritarle ni interrogarla en su casa. Pero entonces, la miré de nuevo y vi que sus ojos ya no estaban en mi cara; no, estaban fijos en mi pecho, en los músculos que en ese momento estaban contraídos y a la vista, ya que aún no me había vestido y seguía con el bañador de tiro bajo y una toalla en la mano.

Tanto miedo no me tendría, entonces. A pesar de la tensión, sentí el súbito deseo de sonreír. Y decidí que, si Vicky iba a comerme con los ojos, merecía una respuesta a mi pregunta. Avancé hacia ella y retrocedió del susto. Apartó la vista de mi pecho para mirarme a la cara, pero no me miró directamente a los ojos, sino que se centró en mi oreja izquierda.

—Te he preguntado de quién es la camiseta que llevas puesta, preciosa —dije, ya no gruñendo, sino con voz baja y firme. Parpadeó

al oír el apelativo cariñoso y entreabrió la boca un instante para cerrarla de golpe.

—Es de mi medio hermano —respondió, todavía casi susurrando. Medio hermano. Nunca hermano o solo Ollie. Era casi como si tuviera que aclarar la distinción, y, no por primera vez, me pareció extraño. Pero saber que Ollie le había dado la camiseta, y que definitivamente no se estaba zumbando a su medio hermano, me relajó.

—Fui un capullo —le dije.

Se estremeció ligeramente, pero esa fue la única señal que tuve de que me había oído.

Me aclaré la garganta.

—Ah, ¿sí? —preguntó ladeando la cabeza.

Arqueeé las cejas.

—Eh..., sí, preciosa —De nuevo, parpadeó al oír el apodo. Entonces me miró brevemente a los ojos; los suyos, azul cristalino, se clavaron en los míos por una fracción de segundo—. Fui un completo imbécil. Venía a pedirte perdón.

—No lo entiendo —repuso Vicky.

—Vicky, el otro día fui muy cruel contigo. Y sin ningún motivo —dije con voz más suave. Seguía sin entender qué estaba pasando.

Una chica como Vicky habría considerado que era mi deber disculparme y me habría puesto a parir por tardar tanto. Esa mujer me tenía contra las cuerdas. Como le contase a Ollie lo que le había dicho, se pondría furioso, pero estaba claro que no había dicho ni mu. Lo cual ya de por sí era inusual.

Lucy habría acudido a mí si Felix se hubiera portado mal con ella. De hecho, vino derecha a mí en cuanto la echó de su oficina. Me faltó tiempo para arrearle un puñetazo en toda la cara.

¿Y mi puñetazo en toda la cara?

—Debería haber sido más amable al rechazarte.

Vicky se encogió de hombros, lo que me cabreó aún más.

—No es culpa tuya —me dijo con tono neutral—. Mucha gente es mala conmigo. Dicen que puedo ser extremadamente irritante.

Me invadió una furia candente al oír sus palabras.

—¿Quién coño es malo contigo? —pregunté otra vez, gruñendo.

Frunció el ceño, mirándome la oreja izquierda, como confundida por mis palabras.

—Señor Mayweather...

—Mike —la corregí.

—Eh..., Mike —Oír mi nombre de su boca fue algo que no sabía que necesitaba hasta ese momento, pero me atravesó como un puñal—. Puedo ser una persona excepcionalmente pesada. No calo bien a la gente y a menudo la insulto. Por eso, no le queda otra que ser..., pues eso, mala. No es...

Se calló cuando di otro paso hacia ella y le dije con voz grave:

—Cariño, te he preguntado quién ha sido malo contigo.

—¿Cariño? —susurró, abriendo aún más los ojos al retroceder con otro paso vacilante, pero se detuvo al chocar con la gran mesa de roble que tenía detrás.

Mis ojos se posaron en sus piernas y fruncí el ceño al ver el enorme moretón en el que no había reparado. Sin pensármelo dos veces, o, mejor dicho, sin pensar siquiera, levanté la mano y recorrí con los dedos el borde de la mancha sin rozarle la piel.

—¿Cómo te lo has hecho? —pregunté.

—¿Q-qué? —murmuró con voz entrecortada, negando con la cabeza. Parecía más aturdida que asustada.

—El moretón de la pierna, cariño —indiqué en voz baja.

Volvió a negar con la cabeza.

—No es nada.

—De eso nada.

Infló y desinfló el pecho al respirar hondo y apretó los labios. Pues claro que era algo, pero no confiaba lo bastante en mí como para contármelo. De repente, no tener la confianza de Vicky me sentó muy pero que muy mal.

Maldije en voz baja mientras retiraba la mano.

—Siento mucho lo que dije, Vicky.

—No es...

—¿Me perdonas?

—Eh..., no hay nada que perdonar.

Decidí dejarlo estar por el momento y pasar a mi siguiente pregunta.

—¿Por qué no comes?

Arqueó las cejas.

—Ahora mismo no es hora de comer. De hecho, faltan... —Sus ojos se posaron en un reloj de pared y luego volvieron a mi oreja—... tres horas y treinta y ocho minutos para la próxima comida. Aproximadamente.

Sonreí de nuevo.

—¿Aproximadamente? —dije con sorna.

—Bueno, sí —contestó frunciendo el ceño ligeramente—. Solo dispongo del reloj de pared para calcularlo. He intentado convencer a los Harding de que instalen relojes digitales en su casa, pero mi medio hermano se resiste. Así que tengo que usar relojes analógicos imprecisos, a menudo muy antiguos. El de allí tiene doscientos años y se atrasa tres minutos y treinta y ocho segundos cada año. Lo ajusto cada seis meses, o cuando vengo aquí si la frecuencia es menor, pero, en general, Buckingham Estate funciona con tiempos imprecisos. Así que te he dado una aproximación de...

Se calló cuando acerqué la mano a su delicada mandíbula, le incliné la cabeza ligeramente hacia atrás y junté mi boca con la suya. En mi defensa, diré que estaba tan guapa con la luz del sol aún reflejándose en su pelo y en las pequitas de la nariz que normalmente estarían ocultas por el maquillaje, que su adorable diatriba sobre la precisión del reloj me empujó a dar el paso.

Considerando lo dilatadas que tenía las pupilas, lo rápido que le subía y le bajaba el pecho y que sabía que me encontraba «sumamente atractivo», su reacción inicial me sorprendió.

Mis labios solo estuvieron sobre los suyos una fracción de segundo, lo suficiente para percibir su increíble suavidad y para notar la respiración entrecortada que tomó antes de apartarse bruscamente de mí.

Impedida por la mesa a su espalda, se desplazó de lado hasta que ya no le bloqueaba el paso, retrocediendo con la mano en alto como para protegerse. Tenía los ojos muy abiertos, respiraba demasiado deprisa y le temblaban las manos.

¿Qué cojones estaba pasando?

—Dios mío, Vicky, lo siento —dije avanzando hacia ella, pero me detuve en seco cuando volvió a recular. Levanté las manos en señal de rendición—. Tranquila. No voy a volver a tocarte. Te lo prometo. Nunca te habría besado si no hubiera creído que me corresponderías.

Apretaba los labios y, poco a poco, se llevó las manos a las orejas, no para taparlas, sino para que descansasen cerca de ellas, bajo el pelo. Me fijé en que se balanceaba. Era un movimiento sutil, y solo lo noté porque la observaba con atención, pero se balanceaba mínimamente.

Sentí una opresión en el pecho de lo preocupado que estaba.
¿Qué había hecho?

—¿Vicky? —la llamé, dando otro paso vacilante hacia ella. Estaba tan ensimismada que no se dio ni cuenta—. Cariño, ¿estás bien? —El apelativo afectuoso la devolvió a la realidad.

Parpadeó un par de veces y me miró brevemente a los ojos antes de volver a centrarse en mi oreja izquierda.

Ya casi podía tocarla, pero mantuve las manos a los costados.

Tragó saliva y bajó las manos casi como obligada. Tras unos instantes, se aferró a la mesa que ahora estaba a su lado y, como anclándose a la madera maciza, dejó de mecerse.

—Necesito que... —empezó a decir, pero se le quebró la voz. Cerró los ojos un momento y tragó saliva antes de volver a hablar—. Necesito que me avisen —añadió susurrando, como si me estuviera diciendo algo tremendamente vergonzoso.

Fruncí el ceño.

—¿Avisarte? ¿Antes de besarte?

Se aclaró la garganta.

—Antes de cualquier contacto físico.

Asentí.

—Vale, de acuerdo. Avisarte.

Ahora temblaba muy levemente. No estaba seguro de si era por la ligera brisa que soplaba en el naranjal o porque seguía asustada, pero algo en lo más profundo de mi ser intuía lo que necesitaba.

—¿Te ayudaría que... te abrazase? —pregunté y, en vilo, esperé su respuesta.

—Eh..., sí, pero... —Hizo una pausa—. Tiene que ser un abrazo fuerte.

Sonreí mientras salvaba la distancia que nos separaba.

—Vale. Pues fuerte.

Entonces la tuve entre mis brazos: su cuerpo blando pegado al mío, mi barbilla apoyada en su coronilla y mis brazos envolviendo su cuerpecito por completo.

Al principio, estaba rígida y tensa y le daban ligeros espasmos, pero al cabo de unos instantes se relajó, plantó las palmas de las manos en mi pecho y hundió el rostro en mi piel.

Al estrecharla aún más fuerte, sentí que había logrado una hazaña titánica.

Aquello era relevante: que mi abrazo la consolase significaba algo.

«Necesito que me avisen».

«Puedo ser extremadamente irritante».

«Mucha gente es mala conmigo».

«No hay nada que perdonar».

No tenía claro qué coño le pasaba a esa hermosa mujer para creer que estaba bien que la trataran como a un trapo, para asustarse si le daban un pico, para decirme que me encontraba «sumamente atractivo», pero, al mismo tiempo, dar la impresión de que la acojonaba. Pero lo averiguaría. Joder que si lo averiguaría.

Capítulo 8

¿Interrumpo algo?



Vicky

Los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza iban aquietándose poco a poco.

El enorme cuerpo de Mike envolviéndome me devolvió al presente. Había soñado tantas veces con estar en sus brazos, con lo fuerte y cálido que sería..., pero la realidad era mucho mejor.

Los abrazos fuertes siempre me tranquilizaban. A veces, eran la única manera de vencer una crisis, la única forma de calmar la tormenta en la que se convertía mi mente cuando me agobiaba, pero nunca había sentido esa paz en brazos de alguien.

Pero entonces, muy despacio, la realidad empezó a imponerse.

Recordé que casi me dio un síncope cuando me besó. Que era tan defectuosa y tan extremadamente rara que ni siquiera soportaba que un hombre al que deseaba más que a mi vida me besara de forma espontánea.

Esa no era la manera de convencer a Mike Mayweather de que era una persona normal.

Qué bochorno pasé.

—¿Vicky? —Su tono era de preocupación.

Me habría notado tensa en sus brazos. Fijo que le preocupaba que volviera a asustarme. Normal, también te digo. Hacía dos semanas le había dejado claro que me gustaba, y voy y reacciono

como si me hubiera agredido, cuando lo único que hizo fue rozar mi boca con la suya.

El recuerdo del beso me atravesó como un rayo. Sin duda, había sido el mejor momento de mi vida, y voy yo y lo estropeo.

—Eh, princesa. ¿Estás bien?

Princesa.

En cuanto lo empujé, bajó los brazos y retrocedí. Entonces, como si hubieran pulsado un interruptor, me vinieron a la memoria otros recuerdos:

«Pues a ver si te enteras, princesa. No te tocaría ni con un palo. Corta el rollo y deja ya de mirarme todo el rato. Quieres echar una canita al aire y que te den duro, y no me interesa. Eres como un hermoso jarrón: bonito de ver, pero vacío por dentro».

Lo malo de mi memoria era que lo recordaba todo con absoluta precisión. Cada palabra que Mike me había dicho seguía grabada en mi alma. No mentía cuando le dije que no lo culpaba por haber sido un borde. Sabía que yo «rayaba a la peña», como diría Rebecca; era una de las razones por las que no presionaba a Margot, Ollie o Claire, y por las que solo iba a la Buckingham House cuando me invitaban específicamente. No quería agotarlos. No quería que se cansaran de mí. Podía ser muy cansina.

Ahora bien, por alguna razón, Mike me había besado. Analicé los hechos un momento. Era muy atractiva físicamente, eso lo sabía; era un hecho. Punto. Nunca entendería a las mujeres guapas que negaban que lo eran. Si una era físicamente atractiva, la atención que atraía era obvia y constante. Puede que no se me diera muy bien calar a la gente, pero sabía cuándo los hombres intentaban «llevarme al huerto», como diría Lottie. No era tan ingenua.

Así que, entre que era físicamente atractiva y que las circunstancias lo propiciaron, tenía todo el sentido del mundo que me besara.

Primero, iba en bikini. Era algo que sabía que a Mike le excitaba; no podía disimular su reacción física ante eso. Segundo, seguía medio desnuda, y tercero, la última vez que vi a Mike le dejé claro que lo encontraba sumamente atractivo, lo que él interpretó como

que quería una relación sexual inmediata con él. Debido a mi poca destreza para expresarme correctamente, no supe sacarlo del error.

He aquí mi respuesta.

Tuve una sesión especialmente incómoda con Abdul tras mi anterior enfrentamiento con Mike. Cuando le conté lo sucedido, se quedó boquiabierto de la sorpresa durante un minuto entero.

—A ver si lo he entendido bien —dijo despacio—. Le encargas un mueble a este hombre y, cuando te lo entrega, le dices sin cortarte un pelo que te parece atractivo y que quieres proponerle algo, pero te interrumpe para que no sigas más.

—Sí. Pensé que lo más conveniente sería ir al grano.

Abdul suspiró.

—Vicky, ¿alguna vez has visto porno?

Arrugué la nariz con asco.

—¿Porno? No.

—Lo que acabas de describir es un escenario bastante típico de una mujer rica que quiere enrollarse con un atractivo repartidor/fontanero/albañil, lo que prefieras. Seguramente pensó que solo querías echar un polvo rápido y se ofendió.

—Ah.

Abdul volvió a suspirar.

—Mira, Vicky. Sé que te gusta el tío ese, pero, por lo que me has contado, no está interesado. Y lo siento, pero parece algo imbécil... —Abdul se calló y se aclaró la garganta—. Parece una persona antipática. Lo que te dijo no estuvo bien. No creo que fueras a estar segura con él.

Negué con la cabeza.

—No, no es peligroso. Es...

—No lo digo en un sentido físico, Vicky, sino emocional.

Di otro paso atrás. Recordé el montón de horas que me había pasado debajo de la mesa de centro. No me veía capaz de pasar por algo así de nuevo. Seguía sin comer bien; también era culpa del estrés que me generaban Darrell y su inminente boda.

Y ahora, Mike había presenciado que, tras la máscara, era vulnerable. «Enmascaramiento», así lo había denominado Abdul. Con la ayuda de Lottie, y si evitaba agobiarme, enmascaraba que

daba gusto. Pero sabía que desarrollar largas peroratas sobre las imprecisiones del cronometraje analógico y apartarte de alguien que te besaba porque sabía que te sentías increíblemente atraída por él no era un enmascaramiento efectivo. Ni de lejos.

Por no hablar de que minutos antes había huido de la piscina como una loca.

Pero es que no podía quedarme a oír a Ollie contarles a los demás lo laborioso que había sido enseñarme a nadar. Con la paciencia de un santo, poco a poco y crisis tras crisis, consiguió que superase mi aversión al agua.

No soportaba la idea de que Mike pensara que era un bicho raro, que viera más tras la máscara de lo que había visto ya. Quizá si hubiera creído que podría estar a salvo con él, habría sido distinto, pero después de lo que había pasado hacía dos semanas, y con el consejo de Abdul bien presente, sabía que no era así.

No podía confiar en Mike.

—Esto no es buena idea —susurré con la vista clavada en el suelo.

—¿Cómo?

Negué con la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Tú mismo lo dijiste. No soy la persona idónea. Y eso fue antes de que supieras que no... —Bajé la voz—. Que no soy normal. —Le eché una mirada furtiva.

Estaba de brazos cruzados y me miraba con expresión ceñuda.

—¿Quién dice que no eres normal?

Ladeé la cabeza, confundida.

—Pues... todo el mundo.

Se encogió de hombros.

—Me la suda la normalidad.

—Dejaré de mirarte embobada —solté—. Tiendo a concentrarme mucho en... algunas cosas. Pero intentaré dejar de fijarme en ti.

—¿Y si no quiero que dejes de fijarte en mí? —preguntó. Su semblante ceñudo se transformó en uno risueño.

Volví a negar con la cabeza con movimientos bruscos.

—No soy la indicada para ti. Te gustan las mujeres «cariñosas, monas, amables, capaces de expresar emociones reales y con

personalidad».

Me miró atónito. Se le borró la sonrisilla cuando lo cité.

—Madre mía, soy gilipollas.

—No, fuiste sincero. De verdad que aprecio la sinceridad. Me ayuda a juzgar mejor las situaciones.

Mike crispaba la mandíbula.

—¿Podemos olvidar lo que dije hace dos semanas? Hice suposiciones estúpidas y ya te he pedido perdón.

—Y yo ya te he dicho que no tienes nada de lo que disculparte.

—Si no tengo nada de lo que disculparme —dijo en tono frustrado—, ¿por qué coño dices que lo nuestro no es buena idea?

—No tienes nada de lo que disculparte porque solo estabas siendo sincero. Y lo nuestro no funcionaría porque yo no soy tu tipo.

—¿Qué tal si eso lo decido yo? —protestó en voz baja mientras daba un par de pasos hacia mí. Frunció el ceño cuando yo retrocedí otro.

—Ya lo hiciste. Dijiste...

—Joder, ¿podemos olvidar lo que dije?

Me estremecí al oír su tono cortante. Mike soltó un suspiro tembloroso.

—Lo siento, preciosa —se disculpó, ahora con voz suave—. No estoy enfadado contigo, sino conmigo, por lo idiota que soy.

—¿Mike? —dijo Lucy desde dentro de la casa. Ambos giramos la cabeza en su dirección—. Legolas se ha vuelto a escapar y hay que... Anda, Vics. ¿Qué estáis...? —Mike se volvió hacia mí, cerró los ojos un momento y maldijo en voz baja. Su rostro reflejaba frustración. Para entonces, Lucy estaba junto a nosotros, mirándonos con curiosidad—. ¿Interrumpo algo? —preguntó con cautela.

—Sí —le espetó Mike al mismo tiempo que yo respondía con firmeza que no.

—Vale —respondió Lucy lentamente, arqueando una ceja y esbozando una sonrisilla. Parecía feliz. Feliz de que estuviera allí con su hermano. Una punzada de culpa me atravesó de nuevo. Lucy no debería alegrarse por mí, bajo ningún concepto. Puede que hubiera sido hacía meses, pero recordaba con claridad meridiana todo lo que

le había pasado en nuestra oficina y lo mucho que la había decepcionado.

Lucy me había perdonado. Estaba enamorada de Felix, que bebía los vientos por ella y que había logrado volver a estar con su chica tras arrastrarse lo que no está escrito.

Pero yo nunca me lo perdonaría. Y ahora, ahí estaba ella, mirándonos a mí y a su hermano con expresión radiante y esperanzada, como si la posibilidad de que Mike hubiera sucumbido al fin a mi obsesión fuera una noticia fantástica.

No merecía a Lucy, y menos aún a su hermano.

Los Mayweather eran una familia unida. No necesitaban a alguien «vacío por dentro», alguien que no fuera a encajar nunca. Di unos pasitos rápidos hacia atrás.

—Tengo que irme —murmuré, casi tropezando con la silla que tenía detrás, pero me enderecé en el último momento.

Mike intentó seguirme, pero Lucy debió de advertir algo en mi expresión y le puso una mano en el brazo para detenerlo. Sabía que quedaría raro que me fuese pitando, pero el naranjal era larguísimo y estaba empezando a tener pensamientos negativos. Así que, como el bicho raro que era, para cuando llegué al final del largo recinto, eché a correr.

Capítulo 9

Trato hecho



Mike

—Hola, jovencito.

—Mier... Miércoles. Hola, Margot.

¿De dónde había salido? Qué susto, coño. Pero así era Margot, siempre apareciendo donde menos te la esperabas. Hacía lo mismo cuando éramos niños. Aparecía de repente y siempre sabía lo que pasaba. Era de esas mujeres que lo sabían todo de todos y manipulaban las cosas a su antojo, lo que la convertía en una cabrona aterradora, en mi opinión.

A pesar de eso, me caía bien. Era tan pija que era casi como si hubiera roto las barreras de clase con la fuerza de su porte aristocrático. Nadie le decía que no. Pero también era una cachonda. Siempre estaba de guasa y tenía un brillo especial en la mirada.

—¡Madre mía, qué nervioso estás! —comentó con una sonrisita.

Estaba sentado en uno de los muchos bancos del jardín de Buckingham Manor, pateando una piedra con la punta de la bota y pensando que probablemente debería volver al taller. Sin embargo, no quería irme sin volver a ver a Vicky. Estaba rodeado de césped, por lo que Margot realmente había aparecido de la nada. Como he dicho, daba yuyu, pero era la hostia.

—Aunque, por mi experiencia —continuó Margot, de nuevo con ese brillo en la mirada—, siempre son los tipos grandes y

corpulentos los que tienen un carácter más nervioso.

La miré con recelo.

—Yo no tengo un carácter nervioso —protesté entre dientes, lo que le hizo enarcar una ceja.

—Díselo al niño que huyó despavorido y gritando cuando vino Hulk a la fiesta de cumpleaños de mi hijo.

Me puse colorado. ¿Cuándo iba a superarlo?

—Tenía cuatro años, Margot. Y el muy cabrón era enorme. ¿Cómo iba a saber que era Jimbo, de la Madriguera del Tejón?

—Ninguno de los otros niños se asustó, cariño. No pasa nada por ser sensible.

Puse los ojos en blanco.

—No soy sensible.

Hizo un ruidito de disconformidad, pero no respondió mientras se sentaba a mi lado en el banco.

—Quiero a Vicky —dijo de repente, tras un breve silencio.

Me moví incómodo en el asiento y la miré de reojo.

—Vale.

Se giró aún más hacia mí y prosiguió.

—Cree que es difícil amarla. Pero no lo es.

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cuánto sabía Margot?

—Cree que no pinta nada aquí, que no somos su verdadera familia y que simplemente la aguantamos. ¿Te has fijado en que recalca que mis hijos biológicos son su «medio hermano» y su «media hermana»? ¿En que no considera que Buckingham Manor sea uno más de sus hogares, sino un lugar al que va de visita?

Me aclaré la garganta.

—¿Es..., es porque...?

—¿Porque es la bastarda de mi marido?

Me erguí de golpe al oír eso.

—¡Eh! —gruñí, listo para replicar. ¿Cómo se atrevía Margot a llamar así a Vicky?

—Tranquilo, Mike —dijo Margot con tono jocoso—. Puedes relajarte. No pretendía ofender a Vicky. La muchacha no puede evitar las circunstancias de su nacimiento. Pero así es como se ve a sí misma. Así la han hecho sentir todos, incluso yo al principio,

aunque me avergüence admitirlo. Me costó más de lo debido ser cariñosa con esa niña, y cargaré con esa culpa toda la vida. Tenía seis años cuando la conocí, y me impactó. Me sentí herida y humillada. La soporté como la mártir que me sentía, e interactué con ella lo mínimo que pude ese verano. No fue difícil. Como sabes, no decía ni pío. En cambio, Ollie, mi bello y maravilloso Oliver, era diferente. La aceptó de inmediato. Toda su ira se dirigía, y con razón, hacia su padre. A Claire aún le cuesta asumirlo, que es por lo que se ha... distanciado de Vicky.

»En cuanto a mí... Un día entré en la cocina y ahí estaba ella. Una niña silenciosa que miraba fijamente el patio a través de la puerta. Tan quieta y pequeña... Mis hijos comían que daba gusto. Eran ruidosos y siempre estaban en movimiento, pero Vicky, aunque era mucho más pequeña que ellos, estaba muy quieta. Solo sabía que estaba viva porque se le movía el pecho. Entonces me miró. Creo que fue la primera vez que realmente la miré a los ojos. A Vicky nunca se le ha dado muy bien el contacto visual, y yo tampoco lo buscaba. Cuando crucé la mirada con esos ojos azules idénticos a los de mis retoños, de repente vi tanto esfuerzo detrás de ellos que tuve que apartar la mirada. Eso es lo que pasa con Vicky: muchas veces, cuanto más tranquila está por fuera, más cosas le suceden por dentro. Ese día me prometí que consentiría a Vicky. Como si fuera hija mía. Y lo hice. Su madre es... A ver, no tengo muy buena opinión de ella, ya que se acostó con mi marido durante años a mis espaldas, pero también es una de las personas más viles del planeta.

»Así que Vicky ha tenido un trato injusto en general, y no estoy dispuesta a permitir que siga así. Quiero que esa chica tenga lo que desee. Quiero que tenga todo lo que quiera. Y como seguro que sabes, Michael Mayweather, te quiere a ti.

Me entró tos. La impresión que me causaron sus palabras me hizo atragantarme con mi propia saliva. ¿Qué demonios? ¿Margot intentaba actuar como la alcahueta de Vicky o algo así? ¿O tal vez como la mía? ¿Qué estaba pasando?

—Margot, no sé si...

—Ay, Michael, no seas pesadito —me cortó Margot mientras agitaba la mano con desdén, como para disipar mi supuesto tedio—.

Sabes perfectamente de qué hablo. Va, negociemos.

—¿Que negociemos? —Hacía siglos que no me salía esa voz de pito—. ¿De qué narices estás hablando?

—Quiero que te esfuerces al máximo para cortejar a Vicky.

Arqueeé las cejas.

—¿Cortejarla? ¿Te das cuenta de que ya no estamos en el siglo xix, Margot?

Ella puso los ojos en blanco.

—Los hombres llevan cortejando a las mujeres desde el principio de los tiempos, jovencito.

—¿Y si ella no quiere que la cortejen? —pregunté un tanto malhumorado. Me seguía molestando un poco cómo había reaccionado Vicky a nuestro beso y que pensara que no teníamos futuro.

—Te digo yo que sí, ya verás. Te he preparado un horario. Próximamente la familia asistirá a unos eventos, y ahora tú también.

—¿Eventos? —pregunté con cautela—. ¿Qué tipo de eventos?

—Eventos de etiqueta. Tendrás esmoquin, ¿no?

—No me voy a vestir de pingüino solo para hacer de tu *gigolo*, Margot —repuse con un tono aún más gruñón.

—Ya lo creo que sí —dijo por toda respuesta.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Michael, ¿has oído hablar de Highcliffe Investments?

Parpadeé. Se me secó la boca.

—Pues claro. Fueron mi principal apoyo para expandir el negocio.

Lucy se había ofrecido a echarme un cable, al igual que mis dos mejores amigos multimillonarios, pero quise salir adelante por mis propios medios. Mi orgullo no me habría permitido lo contrario. Y mi hermana ya había ayudado a mamá comprándole una casa, entre otras cosas. No quería que me financiara a mí también.

—Mmm —Margot caviló, mirando al jardín en vez de a mis ojos—. Qué suerte, ¿verdad? Un inversor externo llega justo en el momento oportuno, justo cuando necesitabas el capital para expandirte, pero no querías que te lo dieran ni tu hermana pequeña, autora de éxito, ni su novio multimillonario.

El corazón me iba a tope. Todo lo que tenía dependía de esa inversión. Acababa de contratar a un aprendiz. Estábamos obteniendo más beneficios que nunca, y todo había sido posible gracias al increíble acuerdo que cerré con Highcliffe Investments, que valoró la empresa mucho más que cualquier otra con la que hubiera contactado.

—Sería una pena que anularan esa inversión, ¿verdad? —formuló mientras seguía observando el horizonte.

Sentí una oleada de ira mientras el pulso me latía en los oídos.

—No me gusta que me manipulen, Margot —protesté en un tono bajo y furioso que haría estremecer de miedo a cualquier hombre adulto.

Sin embargo, esa pequeña señora de mediana edad se encogió de hombros y me sonrió ligeramente.

—Y a mí no me gusta ver a mi hermosa y sensible hijastra siendo rechazada una y otra vez por un ciego idiota que sé que podría hacerla feliz si dejara de ser tan cabezota. De ahí que fundase Highcliffe Investments con el único propósito de brindarte el incentivo que necesitabas para hacer feliz a Vicky.

Miré al suelo estupefacto y respiré hondo. Si me lo hubiera contado un par de semanas antes, cuando aún no había llevado la dichosa mesa de centro a la casa extremadamente pulcra pero sin alma de Vicky; cuando aún no la había visto con esa camiseta enorme, sin maquillar y con el pelo iluminado por el sol; cuando aún no la había besado, sé que habría mandado a Margot y a su inversión a la mierda. Ya había sacado adelante mi negocio, y volvería a hacerlo, con o sin Highcliffe Investments.

Pero como llevaba semanas soñando con Vicky y ninguna otra me atraía ya lo más mínimo —además, en mi mente, en el momento en que se me acercó en el naranjal, Vicky pasó a ser mía—, no había nada de malo en dejar que Margot pensara que su chantaje había funcionado. Tendría que disfrazarme de pingüino, lo cual significaba que volvería a ver a Vicky, algo que de todos modos tenía toda la intención de hacer. ¿Por qué no dejar que Margot pensara que se había llevado el gato al agua?

—Trato hecho —dije.

En ese momento no me di cuenta, pero llegaría a lamentar esas palabras más que cualquier otra cosa que hubiera dicho en toda mi vida.

Capítulo 10

Que nadie la toque



Vicky

Lottie me apretó la muñeca ligeramente, lo cual era mi señal para detenerme a respirar y conceder a otro la oportunidad de hablar.

Cuando me giré hacia ella, negó con la cabeza muy sutilmente. Ladeé la mía con el ceño ligeramente fruncido, pero logré callarme de golpe, lo cual me fastidió porque tenía mucho más que decir sobre el principio económico de la ventaja comparativa en el comercio.

Por un momento me quedé en blanco. ¿Qué era lo que Lottie decía que debía hacer acto seguido en esta situación?

Lottie tenía un nivel tan alto de inteligencia emocional y estaba tan en sintonía con los demás que era casi como si les leyese la mente. Por eso era valiosísima para mí. Mi inteligencia emocional brillaba por su ausencia, y me costaba calar a la gente. Antes de que Lottie llegara a mi vida, insultaba sin darme cuenta a varios inversores y socios comerciales a diario. Ahora, si estaba conmigo, me ayudaba a corregir mi aberrante comportamiento con las señales no verbales que habíamos ideado juntas.

Me apretó la muñeca de nuevo.

«Si tienes dudas, sonríeles», oí a Lottie decirme mentalmente. Me volví hacia los hombres que me rodeaban para hacer justo eso.

Un par parpadearon sorprendidos por la abrupta transición, pero la mayoría me devolvió la sonrisa.

La voz de Lottie volvió a colarse en mis pensamientos:

—Úsala con cuidado —me había advertido.

—¿El qué?

—Tu sonrisa.

La miré ceñuda.

—¿Qué pasa con mi sonrisa?

—Vics, ¿tienes idea de lo impresionante que estás cuando sonríes? —Me encogí de hombros. Claro que era consciente de mi atractivo convencional, pero ¿qué tenía eso que ver con mi sonrisa? Me miró con paciencia—. ¿Qué pasa cuando se le sonríe a la gente?

—La verdad es que no le sonrío a nadie.

Lottie suspiró.

—Bueno, pues inténtalo por mí. Te garantizo que los hombres o te sonreirán también o se quedarán tan deslumbrados que no harán nada.

Lottie tenía razón. Incluso en la negociación más difícil, si sonreía, llevaba todas las de ganar.

—Lo siento, caballero —formulé en el tono modesto que había practicado con Lottie. Me molestó, la verdad. ¿Por qué iba a pedir perdón si no lo sentía? ¿Por qué iba a disculparme por saber más de economía que ellos? No lo entendía. Pero Lottie me explicó que si quería que la gente estuviera de mi lado, era lo que querían oír—. Es que tiendo a dejarme llevar por la economía.

—El dinero es lo que mejor se le da a Vicky —dijo Lottie, sonriendo.

Se oyó a alguien reír por lo bajo.

Al echar un vistazo en su dirección, me quedé paralizada.

Mike estaba ahí, con un esmoquin que le sentaba como un guante. Se tiraba del cuello de la camisa y desplazaba el peso de un pie al otro, ambos ataviados con unos relucientes zapatos de cuero italiano. El contraste entre este Mike y el Mike normal era tan marcado que sufrí un breve cortocircuito.

—Doy fe —dijo uno de los inversores, sonriéndome—. Las inversiones que has gestionado para nosotros se han duplicado en el

último trimestre.

Otro empezó a hablar, pero perdí el hilo de la conversación. La importancia de causar una buena impresión a los hombres que nos rodeaban, que era uno de los principales objetivos de la noche, se desvaneció.

Solo tenía ojos para Mike.

—Vas trajeado —solté mientras lo miraba fijamente, ignorando todo lo demás.

Una vez que me concentraba detenidamente en algo, no había forma de detenerme.

Mike arqueó las cejas.

—Eh..., bueno, sí. Es casi obligatorio —dijo, tan cascarrabias como siempre.

—Nunca te pones traje. —Advertí vagamente que los de alrededor cuchicheaban confundidos, pero es que no podía quitarle el ojo a Mike. Esa vez, apenas noté el apretón que me dio Lottie en la muñeca para intentar devolverme a la realidad—. Te prefiero con tu ropa de siempre —dije. Se me había borrado la sonrisa y lo miraba ceñuda. Estaba mal que fuese trajeado. Nunca me habían gustado los cambios. Debía hacérselo entender cuanto antes, así que no edulcoré mis palabras ni pensé en lo que podría estar insinuando con ellas—. En concreto, me gusta la camiseta térmica que te pones, la que tiene un pequeño desgarrón en la manga izquierda.

—La madre que la parió —masculó Mike, y se puso como un tomate por encima de la barba.

—¿Quién es ese? —oí susurrar al inversor de Hyde Park a su colega. Ambos ya habían manifestado su interés sexual por mí.

Había mejorado mi forma de rechazar a los hombres. En lugar de mi habitual negativa acompañada de una mirada vacía, fingía estar halagada y simulaba pesar por no estar libre.

Para ser sincera, aún no había conseguido mentir del todo. Ambos habían recibido un no rotundo por mi parte, y los había oído llamarme princesa de hielo más de una vez.

—Vics —dijo Lottie en voz baja, intentando llamar mi atención—. Tenemos que estar pendientes de la hora. Damas y caballeros, discúlpennos un momento. —Advertí que me tiraba del brazo, pero

no podía apartar la vista de Mike—. ¡Victoria! —me espetó, alzando la voz lo justo para sacarme de mi estado de máxima concentración. Parpadeé y me volví hacia ella—. Tenemos que irnos.

Soltó un gran suspiro de alivio cuando asentí. Lottie nos excusó en voz baja y abandonamos el corrillo para cruzar el salón.

—Lo estaba haciendo otra vez, ¿no? —pregunté con tono abatido mientras Lottie se dirigía a la salida conmigo. Había cierto pánico en sus movimientos, y sabía que era porque estaba preocupada por los fuegos artificiales. Bueno, no por los fuegos en sí, sino por mi reacción a ellos. No soportaba los fuegos artificiales. Ollie no quiso que asistiera a la velada por ese mismo motivo.

Uf. ¿Qué clase de persona no aguantaba unos cuantos estallidos?

Una vez que Lottie y yo doblamos la esquina del pasillo que conducía a los baños, se giró hacia mí y me dio un apretón rápido en la mano, que era lo máximo que podía tolerar.

—No pasa nada, cariño —dijo en voz baja.

—Claro que pasa —le espeté, apretando las manos a los costados—. Nunca voy a convencerlo de que se acueste conmigo si piensa que soy defectuosa.

Después de lo que pasó entre Mike y yo en Buckingham Manor, había estado pensando. Quizá no le gustase, lo que lo convertía en una pésima opción romántica. Pero el beso me dio a entender que había cambiado de opinión respecto a lo de tener algo físico.

Si lograba convencerlo de que me aceptara como su proyecto en un sentido sexual, quizá por fin podría dejar de ser virgen. Y dado que era el primer hombre que me atraía, probablemente sería mi única oportunidad. Ser virgen a los veintinueve años era ridículo. Como no me acostase con Mike, nunca dejaría de serlo. Había decidido que valía la pena correr el riesgo pese a que Mike no fuese a brindarme «estabilidad emocional».

Además, no podía dejar de pensar en él. Tras besarnos y estar entre sus brazos, mis pensamientos obsesivos se habían multiplicado por diez. De hecho, agradecía haber vivido veintinueve años de dicha sin que me atormentase el anhelo implacable que experimentaba ahora. Casi todas las noches me despertaba dolorida y sudada después de soñar que Mike estaba encima de mí,

besándome... y haciéndome cosas que jamás habría imaginado posibles. Estaba tomando el control de mi vida por completo.

Lottie frunció el ceño.

—Vicky, no eres defectuosa.

—Anda que no. Soy defectuosa y rara.

—¿Quién quiere ser normal? ¿Qué es ser normal? —preguntó con una sonrisa, claramente intentando que se me pasara el mal humor—. Seguro que es un rollo patatero. Prefiero estar contigo que con alguien aburrido. Y no eres defectuosa, Vicky. Para nada.

Cuando me tomó del brazo y nos llevó al baño de mujeres, sentí una cálida sensación en el pecho. Sí, yo pagaba a Lottie, así que en el fondo sabía que no era una amiga de verdad. Era una relación transaccional, que era el único tipo de amistad que podía cultivar, pero cuando hacía comentarios así, su tono afectuoso hacía que creyera que era real.

—¿Por qué vamos al baño? —pregunté.

—Es lo que hacemos las mujeres para recuperar el aliento —me explicó.

Arrugué la nariz.

—A veces pienso que todo el mundo es raro y yo soy la única normal.

Lottie soltó una carcajada mientras entrábamos en el cavernoso aseo. Ella se dirigió a los espejos y yo al cubículo más cercano.

—¿Ni siquiera vas a aprovechar para vaciar la vejiga? —le pregunté extrañadísima.

No había quien entendiera a la gente, en serio. Después de cerrar la puerta, oí a alguien entrar en el baño y hablar con Lottie, pero el espacio era demasiado amplio para discernir lo que decían. Cuando volví a salir, para mi sorpresa, mi media hermana estaba junto a Lottie en los espejos, mirándola fijamente por el reflejo.

Claire y Lottie siempre se habían llevado bien.

—Para ya —le susurró Claire a Lottie mientras me acercaba—. Déjame en paz.

—¿Claire? —pregunté mientras me acercaba a ellas y las miraba. A Claire le pasaba algo en la cara. Gracias a la intensa luz del baño, distinguí que se le había oscurecido la parte alta del pómulos y noté

una ligera hinchazón—. ¿Cómo es que tienes un moretón en la mejilla?

Claire me fulminó con la mirada un momento y salió corriendo del baño.

Confundida, la vi irse. Claire y yo no estábamos muy unidas. Solo me toleraba, pero nunca era cruel. Y lo último que quería era que saliera herida.

Lottie me puso la mano en el brazo para llamar mi atención.

—Vics, enseguida nos vamos. Ve a avisar a Ollie; ya voy yo a por Claire.

Consciente de que manejar la situación con Claire estaba muy por encima de mis posibilidades, asentí. No le gustaría que fuera a buscarla. Eso al menos lo sabía. Pero también sabía que si mi media hermana estaba herida, mi medio hermano debía saberlo. Informarle era una tarea que sí podía llevar a cabo. Así que respiré hondo y me obligué a abrirme paso entre la multitud para cruzar el salón.

Las multitudes así no me hacían ningún bien. Mi ansiedad aumentaba poco a poco a medida que me abría paso entre el gentío, pero en mi mente solo veía el moretón en la mejilla de mi media hermana.

Si alguien podía solucionarlo, ese era Ollie. No dejaría que le pasara nada a Claire. La protegería.

Pero cuanto más tiempo pasaba rodeada de otras personas, peor me sentía. ¿Dónde se había metido? Vi un hueco que daba a la barra y me colé por él, pero justo cuando me abría paso entre el grupo de inversores con los que había estado hablando antes, uno de ellos me agarró del brazo y me detuvo bruscamente.

—¡Princesa de hielo! —exclamó con voz atronadora, y los de su alrededor rieron.

Intenté zafarme, pero me sujetó con fuerza.

Que me agarrase el brazo con su manaza sudorosa me dio náuseas. Por un horrible instante, pensé que iba a sufrir una crisis de ansiedad.

Sabía lo que Lottie me diría que hiciera. Me diría que sonriera y me excusara educadamente. Tal vez si hubiera podido hacerlo, me

habría soltado. Pero cuando fui consciente de la situación, me quedé paralizada, parpadeando impasible.

—Tenemos curiosidad, alteza —continuó el horrible señor arrastrando las palabras—. ¿Dejáis que alguien os revise los bajos o se os ha congelado la almeja?

Tironeé de nuevo para tratar de alejarme de allí, pero solo sirvió para que me apretase más fuerte. La bilis me subió a la garganta, pero justo cuando creía que vomitaría en sus zapatos, de repente, su mano ya no estaba.

—¿Qué coño te crees que haces, pedazo de gilipollas? —Mike sacudió al hombre por el brazo que me había quitado de encima. Se alzó sobre él y este palideció—. Contéstame, cabrón.

—¡Suéltame, hostia! —gritó el hombre.

Mike le soltó el brazo. El hombre retrocedió un paso mientras se lo masajeaba con la mano.

—¿A que no mola que alguien más grande que tú te agarre y no te suelte? —dijo Mike con tono grave y furioso.

—No ha dicho nada —replicó el hombre—. La habría soltado si hubiera dicho algo.

Me encogí y me abracé, pues de pronto estaba helada. Claro que debería haber dicho algo. Una mujer normal le habría dicho a ese hombre odioso que parara y desistiera nada más ponerle las manos encima. Pero yo no era normal.

Al notar mi movimiento, Mike dejó de mirar al hombre para fijarse en mí. Entonces, para mi total sorpresa, se acercó a mí y, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, me tomó de la mano.

Por primera vez en mi vida, toleré que alguien me diera la mano. Había algo diferente en la mano grande, seca y callosa de Mike; algo tranquilizador.

—Aléjate de ella —le gruñó al hombre. Entonces se giró hacia su séquito, que, acobardado, se apartaba de él—. Y lo mismo os digo a vosotros, capullos. Que nadie la toque. ¿Entendido?

Todos asintieron. El que me había agarrado parecía reticente y seguía masajeándose el brazo, pero asintió de todos modos.

Entonces Mike se giró y me llevó entre la multitud, sorteándola con mucha más eficacia que yo. Cuando llegamos a una zona

relativamente despejada junto a los ventanales y las enormes puertas dobles abiertas que daban al exterior, nos detuvo, y, sin soltarme la mano, me miró fijamente y me preguntó:

—¿Qué coño haces sola?

Capítulo 11

¿Por qué reacciona así?



Mike

—¿Q-qué? —Vicky me miró atónita.

Me sentí como un completo cabrón por haber vuelto a hacerla tartamudear, y más después de lo que acababa de pasar, pero solía enfadarme cuando estaba preocupado, y ver a ese hombre agarrar a Vicky me había quitado cinco años de vida.

Respiré hondo e hice un esfuerzo por suavizar mi tono gruñón.

—Perdona, Vicky —dije con un tono más suave y solo ligeramente gruñón—. No pretendía gritarte. ¿Y Lottie y tu hermano?

—Lottie ha ido a buscar a mi media hermana. Claire tiene un moretón en la mejilla.

Puto borracho de mierda. Siempre me había dado mala espina.

—Aléjate de Blake.

Sí, le estaba dando órdenes a esa mujer como si fuera su dueño. Pero seguía sin soltarme la mano. Estaba despampanante con ese vestido blanco largo y ajustado que llevaba, y yo seguía furioso tras ver a un cabrón agarrándola. Solo de imaginármela a solas con su cuñado me entraban los siete males.

—No entiendo a qué...

—¿Y qué coño hacías con esos idiotas antes?

Me miró ceñuda y me soltó la mano. La sentí alejarse. Sabía que debía controlar mi genio y suavizar el tono, pero no podía.

Llevaba furioso todo el puñetero evento.

Vicky y Lottie habían estado pasando de un grupo de completos imbéciles a otro, seduciéndolos a todos. Y por las caras que ponía Vicky, era evidente que no le hacía ninguna gracia.

Intenté mantenerme en un segundo plano, pero cuando vi la sonrisa forzada que dirigió a un grupo de salidos en concreto, tuve que acercarme. Sentí una inmensa satisfacción cuando la atención de Vicky pasó de los otros hombres a mí en cuestión de segundos.

Sin embargo, todavía me estaba recuperando de lo impactante que había sido que hubiera descrito al detalle la ropa de trabajo que más le gustaba verme puesta a cuantos nos rodeaban. Pese a que odié ser el centro de atención en ese momento, me seguía produciendo un enorme placer la confirmación adicional de que Vicky era mía. Sobre todo después de haber tenido que oír a esos capullos hablar de la princesa de hielo y apostar quién sería el primero en follársela cuando Vicky no podía oírlos.

Pero antes de que pudiera decírselo, Lottie se la llevó a rastras, y la estuve buscando desde entonces hasta que vi a ese cabrón agarrándola del brazo y a ella con cara de espanto.

Arqueó las cejas y se sonrojó más.

—Me ha agarrado. No...

—No me refiero a lo que acaba de pasar. Me refiero a antes, cuando has sonreído a esos mamones y les has hecho creer que podrían tener una oportunidad contigo.

Parpadeó y el rubor de sus mejillas se intensificó.

—Lottie me ha enseñado a sonreír. Me hace socialmente más aceptable.

—¿A quién coño le importa si eres socialmente aceptable para esos imbéciles?

—Tengo que hacer negocios con ellos.

La fulminé con la mirada.

—No vas a hacer negocios con ellos.

—P-pero... —Estaba tan mona cuando la confundía algo que solo quería besarla de nuevo, pero el fuego que anidaba en su mirada me indicó que quizá no fuera buena idea—. Tú no me mandas.

—Si así te mantengo alejada de cabrones como ese, sí.

En ese momento fui consciente de que la parte del cortejo de la noche se había ido al garete. No estaba seguro de cómo se cortejaba en la actualidad, pero sabía que probablemente no implicaba dar órdenes al objeto de tu afecto y enfadarse con él. Vicky me había soltado la mano para ponerse en jarras. Entornó los ojos. Me había criado con una hermana; conocía las señales de advertencia. Pero justo cuando estaba a punto de intentar reconducir la conversación, se oyó la voz del organizador por toda la sala.

—Pues, si estamos listos, ¡ha llegado el momento de la noche en el que exclamáis admirados mientras iluminamos todo el condado!

Vicky parpadeó y abrió los ojos de par en par; su cara era de pánico absoluto.

¿Qué estaba pasando?

A continuación, cuando el primer estallido sacudió la sala, se llevó las manos a los oídos.

El cielo se iluminó con destellos multicolores y el suelo tembló con la fuerza de las explosiones. Entonces, uno de los cohetes, el cual habrían encendido demasiado cerca de las puertas dobles abiertas, se desvió.

Las chispas revolotearon por el suelo del salón y la multitud retrocedió entre grititos de emoción y pánico.

Mientras tanto, a medida que los estallidos del exterior se intensificaban, me di cuenta de que le pasaba algo a Vicky. Se había echado a temblar como un animal acorralado.

Descrucé los brazos y empecé a acercarme a ella, pero Vicky retrocedió un poco. Me sentí del todo impotente cuando empezaron a temblarle las manos con las que se tapaba los oídos. Entonces se me paró el corazón al oír el primero de sus desgarradores gritos.

Se agachó, todavía tapándose los oídos, completamente sumida en su mundo de tinieblas.

—¡Sujétala! —oí gritar a Ollie. Al mirar en su dirección, los vi a él y a Lottie intentando abrirse paso entre el gentío para llegar hasta nosotros—. ¡Mike, sujétala! ¡Ya!

«Tiene que ser un abrazo fuerte».

Eso fue lo que había dicho Vicky en el naranjal. Eso fue lo que la calmó. Antes de que me diera tiempo a dudar de mí mismo, avancé a grandes zancadas y pegué su cuerpecito a mis brazos.

Los gritos cesaron justo cuando Lottie y Ollie llegaron hasta nosotros, pero Vicky seguía tiritando.

Lottie se agachó a recoger el bolso de Vicky, que se había caído al suelo, y sacó unos auriculares con cancelación de ruido.

—Mantén una presión firme —me ordenó Lottie mientras le ponía los auriculares a Vicky—. No la calmes con caricias. Solo ejerce presión. Puedes balancearla muy ligeramente de un lado a otro. Pero nada de toquitos. No soporta los toquitos.

Asentí bruscamente mientras Vicky se hundía más en mi pecho.

Ollie me plantó la mano en el hombro cuando llegó a nuestro lado.

—Dámela —me espetó en plan duque mandón, lo cual me cabreó.

¿Dónde estaba cuando un desconocido estaba agarrando a su hermana?

—Ya puedo yo —le contesté con firmeza, mirando a Ollie con enojo. Luego, en voz mucho más baja, pregunté—: ¿Por qué reacciona así?

—Es autista —me dijo Ollie, y, de repente, todo encajó.

—¿Por qué nadie me lo había dicho?

Lottie negó con la cabeza.

—No quiere que la traten diferente. —Se mordió el labio como si dudara si continuar o no. Cuando volvió a hablar, apenas la oí con los fuegos artificiales—. Y menos tú.

Tanta gilipollez me hizo negar con la cabeza.

Conque la mente de Vicky funcionaba diferente... No tenía nada de vergonzoso. ¿A qué venía tanto secretismo? Joder, cuando pensé en todas las estupideces que le había dicho cuando creía que solo era una señora fría y estirada que vivía en una mansión y quería sexo duro, me sentí mal.

Pero no disponía de toda la información, ¿no?

—Entonces, ¿por qué coño has permitido que pase esto? —protesté, furioso conmigo mismo, pero aún más enojado con el inútil

de su hermano—. Deberías haber previsto cómo acabaría. ¿Qué hace aquí?

Vicky gimió. Sentí que se me rompía el corazón en ese mismo instante, en medio de esa pijotada de fiesta.

La moví para acurrucarla aún más entre mis brazos y ella se arrimó de nuevo a mí.

—En teoría, Lottie se iba a asegurar de que se marchara a tiempo —dijo Ollie apretando los dientes.

—Su hermano eres tú —le espeté.

—¿Dónde estabas tú cuando agredieron a tu hermana? —replicó Ollie, lo que me puso rígido.

Estaba a punto de reprenderlo por esa última y descarada memez (era un hermano ejemplar, ¿vale?), pero otro pequeño gemido de Vicky me impidió desahogarme con el duque de Follangham. Debía priorizar a la pequeña mujer que tenía en brazos. Ya regañaría a ese capullo por descuidarla más tarde.

—Eeeo, ¿podemos concentrarnos en ayudar a Vicky? —preguntó Lottie.

—Vale, sí. Ya la ayudo yo —les dije a ambos.

Estábamos llamando demasiado la atención y presentía que a Vicky no le gustaría que la vieran así. Tomé una decisión rápida y, antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, la aupé, la estreché con fuerza para que su cara quedara pegada a mi pecho, oculta a la multitud de curiosos, y me dirigí a la salida con Ollie y Lottie a la zaga.

Una vez en la entrada, fui directo a mi enorme, antiguo y embarrado Land Rover. Puse a Vicky de pie para envolverla en mi esmoquin, que le iba tan grande que le llegaba por las rodillas, y la coloqué en el asiento del copiloto.

Ollie me bloqueó el paso para que no me pusiera al volante.

—Ya la llevo yo —gruñó—. No sabes en lo que te estás...

Eso fue la gota que colmó el vaso.

—No, no sé en lo que me estoy metiendo porque ninguno de vosotros, cabrones, se ha molestado en decírmelo —medio grité—. Has perdido tu oportunidad, Harding. Es a mí a quien ha acudido.

Soy yo el que la ha acompañado y seré yo quien se asegure de que esté bien.

Ollie me fulminó con la mirada; era obvio que no se iba a apartar. Pero entonces se oyó la voz temblorosa de Vicky por la ventanilla del Land Rover, ahora abierta.

—Me quedo con Mike —dijo, y eso fue todo lo que necesité oír.

A pesar de mi tendencia a ser un completo imbécil, Vicky seguía eligiéndome a mí.

Así que pasé de ellos y me concentré en ella. Una vez en la camioneta, apoyé el brazo en el respaldo del asiento de Vicky para mirar por encima del hombro y dar marcha atrás, y salí disparado de la entrada.

Capítulo 12

No tengo un marco de referencia



Vicky

El abrazo de Mike había iniciado mi recuperación de la crisis, pero lo que me devolvió por completo a la realidad fue su maniobra de marcha atrás, sumamente varonil.

Nunca me había parecido atractiva la forma de conducir de los hombres, pero cuando Mike puso el brazo sobre mi reposacabezas para mirar atrás, con todos sus músculos tensándose bajo su camisa a medida, me olvidé de los fuegos artificiales y se me secó la boca por completo.

Sin embargo, ahora que iba a toda velocidad por el camino de tierra, cambiando de marcha con una mano mientras dejaba la otra sobre el volante —y haciendo que incluso conducir un viejo coche manual pareciera atractivo—, la realidad de la noche se impuso.

«¿Por qué reacciona así?».

«Es autista».

Sabía que Ollie, Margot, Abdul y Lottie tenían razón. No había nada de lo que avergonzarse. Mi cerebro funcionaba de forma un poco diferente. Punto. Veía el mundo y a todos los que lo habitaban de una manera inusual. No todos funcionamos igual ni nos comportamos igual. De hecho, como ya he dicho, si el mundo estuviera lleno de Vickys, todo iría mucho mejor.

Sin duda, todo el mundo sería puntual y diría lo que de verdad quiere decir; sería mucho más eficiente y menos confuso. Pero como yo era la anormal y todos los demás se basaban en mentiras piadosas y sutilezas, era difícil no avergonzarse.

Abdul culpaba de todo a mi madre y a mi media hermana. La negativa de mi madre a que «se etiquetaran» mis dificultades hizo que interiorizara la idea de que tener una etiqueta era malo.

Por no hablar de que Rebecca me llamaba constantemente bicho raro o rarita. Me habían diagnosticado hacía tan solo unos años y, por lo general, no quería que nadie lo supiera.

Cuando, en el pasado, tenía fantasías románticas con Mike, esperaba que pasara por alto mis peculiaridades y se centrara en mi atractivo superior a la media, pero supongo que la apariencia física tiene un límite y no suple la personalidad (o la carencia de ella).

Pensé que sería conveniente ir acostumbrándolo poco a poco a la etiqueta de autista, pero también reconocía que llegaría un día en que tendría que saberlo. Ahora que no albergaba fantasías románticas, sino la intención de tener un encuentro puramente físico —si él accedía—, confiaba en que no se enterase nunca. Pero la crisis de esa noche me había delatado por completo.

Ya no podía ocultarle nada.

Me tensé al ver que giraba en dirección contraria a Buckingham Manor.

—¿Adónde vamos? —logré preguntar. No me hacía especial gracia lo desconocido, y conducir en dirección opuesta a la casa familiar en la que me alojaba era, sin lugar a dudas, territorio desconocido.

Mike tenía las dos manos en el volante y las apretó tanto que se le pusieron los nudillos blancos.

—Te estoy llevando a mi casa —respondió.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué?

—Sí... ¿Por qué vamos a tu casa?

—Vivo ahí.

Cerré la boca de golpe y parpadeé con la vista fija en el parabrisas.

—Pero yo no.

—No hay nadie en Buckingham Manor. Están todos en la fiesta. No vas a volver a ese casoplón vacío después de lo que acaba de pasar. Te vienes a mi casa.

—No tiene sentido.

Arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

—No te caigo bien.

Uy, mi talento especial: soltar verdades incómodas.

Mike dejó escapar un largo suspiro, masculló «mierda» por lo bajini y me miró a mí y después a la carretera.

—Sí que me caes bien, ¿vale? Y alguien tiene que cuidar de ti.

Parpadeé con la vista en el parabrisas, todavía grogui y temblorosa tras la crisis.

—No hace falta que me cuides —susurré, horrorizada de que me considerara tan incapaz, pero supongo que después de presenciar esa crisis, debería habérmelo imaginado—. Y, si necesito que me cuiden, Ollie y Lottie ya...

—¡Como lo estaban haciendo tan bien! —exclamó indignado—. Primero, te llevan de un lado a otro para que sonrías a un hatajo de imbéciles a los que no deberías ni acercarte, y para colmo, uno de esos imbéciles te agarra y te deja unas marcas rojas que con toda probabilidad mañana serán moretones. —La furia absoluta que rezumaba la voz de Mike cuando mencionó la posibilidad de que me saliera un moretón en el brazo hizo que me abstuviese de hablar—. Y encima, cuando lanzaron los fuegos artificiales, ninguno de los dos estaba pendiente de ti. Así que no. No quiero dejarte con ellos después de que te hayas llevado un susto tremendo. Te vienes a mi casa conmigo.

Refunfuñé de frustración por el discursito de Mike, algo totalmente inusual en mí. Pero decidí que tendría que aguantar el cambio de planes por ahora. Cuando llegásemos a su casa, llamaría a un taxi para que me llevara a Buckingham Manor. Implicaría despertar a Janice, que era la única taxista de Little Buckingham, lo cual no le haría ninguna gracia, pero era una emergencia.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde vivía Mike. Tenía un taller en Moonreach, la casa de su

madre, pero yo sabía que en realidad no vivía allí.

Atravesamos Little Buckingham, pasamos por la Madriguera del Tejón y bajamos por uno de los estrechos senderos que se adentraban en el bosque, junto al pueblo.

Cuando la frondosidad menguó, contuve el aliento, estupefacta, al ver la casita que había en medio del claro. En mi vida había visto nada igual. Era toda de madera, pero no estaba hecha a la vieja usanza. Toda la madera estaba cortada con fluidez, siguiendo la veta y los patrones de los árboles de los que provenía. No había líneas rectas.

Ni siquiera la valla que rodeaba el porche de madera de la parte delantera de la casa era recta; estaba hecha de ramas silvestres lijadas y barnizadas.

Las ventanas eran de diferentes formas, como si la propia madera hubiera dictado cómo debían encajar.

Normalmente me gustaban las líneas rectas y el orden, pero al contemplar esa impresionante morada, pensé que nunca había visto una vivienda más bonita. Seguía sentada en el asiento del copiloto, contemplando la casa, cuando Mike me sobresaltó al abrir la puerta del coche.

Por un instante, miró a la casa y luego a mí mientras se rascaba la barba.

—No es mucho, pero es mi casa.

—¿Vives aquí? —musité, aún incapaz de moverme.

Mike se encogió de hombros y se puso colorado.

—Eh, sí. Claro. —Exhaló—. Mira, sé que no es exactamente a lo que estás acostumbrada, pero...

—No, es muy, muy diferente a lo que estoy acostumbrada —confesé, rotundamente sincera.

Nunca había visto una casa así.

—No todos podemos vivir en mansiones elegantes —dijo Mike apretando los dientes. Parecía molesto, pero no entendía por qué—. ¿Sales o qué?

Tal vez le molestó que estuviera ahí sentada contemplando su hermosa casa, sin salir del coche, haciéndole perder el tiempo.

Me aclaré la garganta, me desabroché el cinturón de seguridad y me dispuse a bajar.

—Voy a cogerte del codo —me avisó Mike con un tono gruñón.

—¿Eh?

—Para ayudarte a bajar. Mi Land Rover es alto y llevas unos tacones de la leche. Necesitarás que te ayuden a bajar, y me dijiste que había que avisarte antes de tocarte, así que...

—Ah, claro, gracias.

Asintió y me rodeó el codo con su manaza para sujetarme mientras me apeaba.

Seguía sin poder apartar la vista de la casa. Siempre había algún detallito que me llamaba la atención: las flores plantadas alrededor del porche, la puerta de madera que formaba un arco y tenía una ventanita en la parte superior, la rosa trepadora que ascendía por el lateral de la pared del fondo...

—¿Todo esto es tuyo? —pregunté desconcertada.

Se hizo un breve silencio. Miré a Mike, que me miraba con el ceño fruncido. Aún no me había soltado el codo; me percaté de que me gustaba bastante tener su mano ahí.

—Sí —contestó, y tras otra larga pausa, añadió—: Lo construí yo.

—¿Lo construiste tú? —Arqueé las cejas.

—Va, que hace frío. —Su tono ahora era gruñón—. Pasa.

Asentí. No sé por qué, pero me apenó que me soltase el codo para subir los escalones de madera que daban al porche y conducirme a su casa.

—¿No cierras con llave? —pregunté al verlo abrir la puerta de un empujón.

—No tengo nada que valga la pena robar y no estamos precisamente en un foco de delincuencia.

Apretó un interruptor y una suave luz iluminó la casa.

No estaba de acuerdo con que no tuviera nada que valiera la pena robar. Cada mueble estaba hecho a mano con una madera preciosa. Su cocina tenía un madero enorme y grueso por encimera, de nuevo con ese borde ondulado en el que la veta había dictado la forma. Había una mesa y sillas a juego con la encimera, y en la otra punta de la estancia, un sillón y un pequeño sofá con estructura de

madera, encima del cual había cojines cómodos y mullidos y mantas de colores.

Toda la habitación estaba a doble altura. Miré arriba y vi una claraboya central justo en la parte superior de la casa. Había una escalera de caracol de madera que conducía a un entrepiso, que fijo que sería donde estaba el dormitorio con cama doble.

Cuando Mike rompió el silencio, sonó como si estuviera tenso.

—Mira, sé que no está a tu altura, pero...

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —le pregunté.

Abdul decía que era mejor preguntarle directamente a la gente qué pasaba si no entendía una interacción. Decía que era preferible a permitir que siguiera sin haber buena comunicación. Que si presentía que algo andaba mal, lo dijese sin ambages.

Confiar en las señales sociales no era una opción para mí, y menos sin Lottie.

—No estoy enfadado contigo, Vicky.

—Tu tono es de enfado. Capto el enfado bastante bien.

De niña, era muy frecuente que se dirigieran a mí con voces de ira y frustración, por lo que me había entrenado para detectar las señales desde muy joven. Mike respiró hondo y exhaló lentamente.

—Mierda, lo siento, no quiero que pienses que estoy enfadado contigo. —Su tono era más suave ahora—. Es que me pongo un poco a la defensiva con mi casa.

—¿Por qué te enfadarías conmigo por eso?

Se llevó la mano al cogote y se ruborizó de nuevo.

—Es que pareces un poco desconcertada, y no para bien.

—¿No para bien? —repetí.

—No. Mira, lo siento, no pasa nada si no te gusta mi casa. Sé que no es del agrado de todos.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que no me gusta tu casa?

—Vicky, conozco la clase de sitios elegantes a los que estás acostumbrada, y este...

—Este es el edificio más bonito que he visto en toda mi vida. —Era la pura verdad.

Bajó la mano del cuello y me miró con una intensidad renovada. Apretó los puños a los costados y los abrió al dar un paso hacia mí.

Estaba orgullosa de mí misma porque, después de todo lo que había pasado esa noche, no flaqueé.

Cuando estaba a solo unos centímetros de mí, hizo amago de acariciarme la mejilla, pero se detuvo a un palmo de distancia.

—Cariño —dijo con voz baja y gruñona—. Me muero de ganas de besarte. ¿Puedo?

—Sí, eh..., por favor —logré decir con voz entrecortada.

—También te tocaré la cara. ¿Te parece bien?

—S-sí, tocar la cara está bien.

Esbozó una sonrisilla y me tocó la mandíbula y la mejilla.

Notaba los ásperos callos de sus dedos mientras deslizaba sus manos desde mis mejillas hacia mi cabello. Tuve que echar la cabeza hacia atrás para ver sus ojos marrones, que me escrutaban el rostro.

—Qué guapa eres, joder —susurró con los labios casi rozando los míos. Me quedé en blanco.

La atracción magnética que ejercía sobre mí ese hombre era sencillamente insoportable. Así que, en lugar de esperar a que acortara la distancia que nos separaba, me puse de puntillas, tomé su rostro con ambas manos y pegué los labios a los suyos.

Soltó un gruñido de sorpresa. Por un horrible instante, pensé que quizá hubiera cometido un grave error. ¿Qué estaba haciendo, iniciando un beso así? No tenía experiencia en el protocolo de los besos. ¿Qué demonios tenía que hacer ahora?

Pero justo cuando estaba a punto de ponerme rígida y apartarme, Mike me rodeó con su otro brazo para acercar mi cuerpo al suyo y me devolvió el beso.

Al principio, estaba incómoda, pues me preocupaba que se diera cuenta de que nunca había besado a nadie. Pero a medida que mi cuerpo se fundía con el suyo, envuelta por su fuerza e inmensa calidez, con su aroma amaderado, limpio y varonil invadiendo mis sentidos, olvidé la incomodidad.

Olvidé hasta mi nombre.

Así que, cuando abrió la boca, mi cuerpo tomó el control y lo imité.

Enredé una mano en su espesa cabellera y planté la otra en sus pectorales mientras me arrimaba a él.

No podía acercarme lo suficiente. Era como si se hubiera encendido un fuego en mi interior. Casi sentí que me iba a desmayar de deseo. Oía leves gemidos de desesperación, y tras un momento me di cuenta de que salían de mí.

Entonces, Mike, sin dejar de besarme, me levantó sin esfuerzo y caminó hacia atrás. Me colocó en la encimera de madera de la cocina y se situó entre mis piernas.

Sin la diferencia de altura, no tenía que agacharse tanto, y nuestros cuerpos podían estar aún más cerca.

Bajé una mano hasta el dobladillo de su camisa y luego la subí a la piel cálida que cubría los firmes músculos de su espalda.

Gimió en mi boca; no me había sentido más poderosa en toda mi vida.

Al único que deseaba en ese momento era a él. La confusión de mi mente se silenció, lo cual era extremadamente raro en mí. Pero al único que sentía era a él; lo único en lo que podía concentrarme era en él.

Era la mayor paz que había experimentado en años, y necesitaba más.

Lo necesitaba más cerca.

Le tiré del pelo y subí más la mano, intentando abarcar la mayor parte posible de piel. Sentía que ardía por dentro. Lo deseaba más de lo que había deseado nada jamás.

Empecé a restregarme contra él, con más gemidos saliendo de mi garganta.

Gruñó contra mi boca y, de repente, su calor había desaparecido.

Cuando abrí los ojos, estaba fuera de mi alcance, respirando con dificultad y pasándose las manos por el cabello, lo que hizo que sus mechones oscuros apuntaran en todas direcciones.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué paras? —pregunté una vez que recuperé el aliento.

—Te has llevado un buen susto esta noche —espetó. Volvía a apretar los puños a los costados—. Me estoy aprovechando de ti.

—Para nada —repuse, confundida—. ¿Es porque no soy muy diestra?

—¿Qué? —preguntó, perplejo.

Suspiré.

—En la logística de los besos —dije, y me encogí de hombros—. No estoy nada familiarizada con la logística estándar. Me temo que no tengo un marco de referencia.

—¿La logística de los besos? —Por un instante esbozó una sonrisilla, pero entonces abrió los ojos de par en par—. Un momento. ¿A qué te refieres con que no tienes un marco de referencia?

—A que no tengo ningún dato al que recurrir en lo que respecta a los besos.

¿No era obvio?

—¿Nunca has...? —Mike negó con la cabeza lentamente—. ¿Me estás diciendo que nunca has besado a nadie? Vicky, no... ¿Cómo es posible? Si eres preciosa.

—Nunca había querido besar a nadie. De hecho, la mera idea de besar a cualquier otro ser humano me asquea.

Me ruboricé de la vergüenza.

—Hasta que te conocí. Besarte a ti no me asquea. —Pensé que debía aclarar ese punto, pues no quería que Mike se abstuviera de besarme si volvía a surgir la ocasión—. Besarte hace que sienta que... —Debía dar con las palabras para describir la sensación. Quería ser precisa—. Que ardo por dentro. Que, al fin, tras años de sentirme asfixiada, vuelvo a respirar. Que experimento dolor, pero es un dolor bueno. Besarte silencia el ruido de mi mente, y eso nunca me había pasado.

Mike me miraba fijamente; el intenso marrón de sus ojos despedía destellos dorados y me quemaba. Tenía la mandíbula crispada. Su cuerpo vibraba con energía, como si cada músculo estuviera tenso.

—Eh... —empecé, sin entender bien qué estaba pasando—. ¿Mike? ¿Estás bien?

—No, Vicky. —Su voz era ronca. Apretó los puños a los costados—. No estoy bien.

—Anda, ¿y eso?

—Porque acabo de descubrir que soy quien te ha dado tu primer beso y...

—Si es un problema, no pasa nada. —Arqueó las cejas—. Entendería que hubiera sido un pelín desagradable, así que...

—¿Desagradable? —repitió Mike con voz ahogada.

—Sí, bueno. Supongo que las demás chicas a las que besas son mucho más hábiles y...

—Vicky. —Su voz seguía siendo ronca—. Ha sido el mejor beso que me han dado, con o sin experiencia. Te lo juro. Y me doy cuenta de que lo siguiente me convierte en un puto cavernícola, pero estoy encantado de que no hayas besado a ningún otro antes. Y después de la descripción que me has dado, estoy haciendo acopio de todo mi autocontrol para no levantarte de la encimera, llevarte a mi cama y hacerte mía de todas las formas posibles.

Le sonreí.

—Uy, planazo. Me apunto.

Gruñó.

—Cariño, por favor, ya me está costando Dios y ayuda contenerme. —Volvió a pasarse la mano por el pelo—. No voy a aprovecharme de ti después de lo que ha ocurrido esta noche. Ya me he propasado bastante besándote así. Si me paso de la raya, no esperaré a que tu hermano me dé un puñetazo en la cara; me lo daré yo.

Capítulo 13

Cállate ya



Mike

—Hola.

Levanté la vista de la sartén y vi a Vicky al pie de mi escalera de caracol con mi camisa de franela, mirándome con los ojos muy abiertos. En un gesto de autocontrol sobrehumano, la noche anterior dormí en el sofá después de acompañarla a mi cama y dejarla allí durmiendo sola.

Se aclaró la garganta.

—Siento haber dormido tanto. Debería haberte avisado. Después de un periodo de estrés, yo..., bueno, suelo dormir mucho. Creo que es una forma de que mi cerebro se proteja y se recargue. Al menos, eso es lo que dice Abdul.

Dejé de voltear el beicon para mirarla con recelo.

—¿Quién es Abdul?

Mi intento de hablar con tono desenfadado fracasó estrepitosamente y me puse en plan gruñón, pero sospechaba que era lo máximo a lo que podía aspirar después de lo de la noche anterior.

Sabía que no era razonable, pero el neandertal que llevaba dentro ya había reclamado a Vicky.

Era mía.

«Nunca había querido besar a nadie».

La abrumadora sensación de posesividad que me invadió al oír esa afirmación era, sin duda, propia de un cavernícola. Pero al oír el nombre de otro hombre salir de sus labios, mi cerebro de mono y yo estábamos desquiciados perdidos.

Se encogió de hombros, completamente ajena a mi lucha interna por no ir hasta ella, cargármela al hombro y asegurarme de que solo gritara mi nombre.

Apreté la espátula tan fuerte que se me pusieron los nudillos blancos.

—Es mi terapeuta —contestó en voz baja. Mi lado salvaje se relajó.

Pero entonces me percaté de que se había ruborizado y se tapaba las orejas con las manos. Hizo como que se pasaba el pelo por detrás, pero reparé en que confesarme que tenía terapeuta había desencadenado una reacción en ella.

No entendía bien por qué se avergonzaría de eso, pero sabía que debía ir con pies de plomo.

—Ah, claro. Qué bien que tengas... —Madre mía, qué mal se me daba ser delicado—. Digo, que parece que sabe de lo que habla. Así que guay.

—Yo... —Titubeó, todavía al pie de la escalera y aún demasiado lejos de mí—. Antes no iba a terapia. Mi madre... —Vicky se calló y miró a un lado un momento hasta que volvió a fijarse en mí—. Bueno, que ahora sí, y me ayuda mucho.

—Qué bien, cariño —dije en voz baja. Se mordió el labio y se abrazó a sí misma mientras echaba un vistazo a la cabaña—. ¿Vicky? —pregunté sin perder el tono suave. Me miró—. ¿Hay alguna razón para que estés tan lejos?

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Cariño, ¿te arrepientes de lo que pasó anoche? Porque...

—Para nada —dijo con determinación. Apagué la placa y retiré la sartén del fuego para dejarla sobre el protector de la encimera y rodeé el mueble.

Vicky abrió los ojos de par en par cuando me acerqué a ella, pero no retrocedió, lo que interpreté como una señal para que continuara.

Cuando llegué a su lado, bajé más la voz y le dije:

—Voy a besarte. ¿Te parece bien?

Abrió los ojos como platos y asintió.

Entonces agarré su delicada mandíbula con mi mano. Extendí la palma de la otra en su espalda y la pegué a mí para besarla en los labios. Suavemente al principio, pero al igual que la noche anterior, fue Vicky quien profundizó el beso. Asimismo, como la noche anterior, con un enorme esfuerzo de autocontrol por mi parte, fui yo quien tuvo que interrumpirlo.

Sin embargo, en vez de alejarme, apoyé la frente en la suya y cerré los ojos.

—Si amaneces conmigo en mi cabaña —dije con mis labios casi rozando los suyos, pero no del todo—, así es como quiero que empieces el día. Es más, puedes hacer de este tu saludo habitual en el futuro.

—¿Un beso?

—Sí, un beso. Y quiero que vengas a mí, no que te quedes al pie de la escalera con la mirada perdida.

—Qué mandón eres.

—Ya —repuse con una sonrisa—. Vete acostumbrando. —Entonces la agarré de la mano y la llevé a la isla de la cocina—. Bueno, tengo que alimentarte.

Vicky se subió al taburete que había frente a los fogones y volví a encender el fuego para terminar de prepararle el desayuno.

—No me gustan los sitios nuevos —soltó mientras ponía pan a tostar.

—De acuerdo —dije despacio, pues no sabía adónde quería llegar con eso.

Se mordió el labio y echó un vistazo a la cabaña.

—Normalmente no podría dormir en un lugar al que no estoy acostumbrada, o sin mis cosas, pero esta casa es... diferente.

—¿Diferente para bien?

Asintió enérgicamente.

—Para más que bien. Estar en esta casa es como si me abrazaran todo el tiempo. Es relajante.

Joder. Me aparté de la tetera para sonreírle.

—Qué maravilla —comenté con voz ronca.

Su descripción de la casa que construí con mis propias manos era una de las cosas más bonitas que había oído en toda mi vida.

—Pero sigo sin dominar las interacciones que no tienen límites definidos ni normas sociales que comprenda.

Ladeé la cabeza mientras le pasaba un plato.

—No sé a qué te refieres.

Suspiró.

—Me da apuro no saber qué hacer. Nunca me había despertado en casa de un hombre. —Mi lado posesivo resurgió ante esa afirmación. Joder, qué primitivo era—. Y no sabía si querías que me fuera o me quedara, o si debería ponerme lo que llevaba anoche y quitarme tu camisa, pero me gusta porque es muy suave y huele a ti. Y me gusta tu olor porque es como una mezcla de madera recién cortada y hombre; soy muy sensible a los olores. En fin, que cuando no estoy segura, me quedo paralizada.

Tras saber eso, decidí que no me gustaba que la isla de la cocina se interpusiera entre nosotros, así que cogí el té que le había preparado y se lo llevé al lado. Me detuve justo delante de ella mientras se giraba en el taburete para mirarme.

—¿Puedo tocarte la cara? —pregunté. Asintió. Acerqué la mano a su sien para acariciarle el cabello—. Ahí dentro siempre hay un montón de cosas en marcha, ¿verdad? —dije en voz baja—. Tantos pensamientos rondándote la cabeza... Debe de ser agotador. —Asintió contra mi mano, lo que hizo que su suave y sedoso cabello se colara entre mis dedos—. ¿Se callan alguna vez? —pregunté.

—Había silencio cuando me besabas —susurró.

Una especie de gruñido bajo salió de mi garganta. Volvió a invadirme la necesidad de silenciar sus pensamientos, pero llevaba horas sin comer, y el día anterior había sido duro, así que di un paso atrás y le puse el té delante.

Cuando volví a los fogones, tomó un sorbo de té con cautela y me miró sorprendida.

—¿Cómo sabías cómo tomo el té? —preguntó, y más tarde reparó en el plato que tenía delante—. ¿Y cómo sabías qué me gusta desayunar?

Su tostada estaba cortada en triángulos y encima había dos lonchas de beicon.

Lottie me había dicho que sería «demasiado arriesgado» prepararle huevos. Al parecer, Vicky era bastante tiquismiquis con los huevos. La tabla de colores que me envió Lottie para el té de Vicky ya era bastante exquisita, así que decidí no probar suerte con los huevos.

—Lottie —le contesté.

—¿Lottie? Pero si no está aquí.

—He hablado con ella.

—¿Qué? ¿Por qué haré...?

—Tenía cientos de llamadas perdidas de Ollie y Lottie, y quería saber qué comerías. Estabas dormida, así que la he llamado. —Parpadeó y miró su plato, y luego volvió a mirarme atónita—. No es nada, cielo —aclaré—. Sabía que habías adelgazado un poco y quería ofrecerte algo de comer, ¿vale?

—No es nada —murmuró, negando con la cabeza—. Qué afirmación más inexacta. Para mí lo es todo.

Le sonreí, pero sentí una opresión en el pecho al darme cuenta de lo importante que era para ella que alguien le preparara una comida que le gustase. Pero en lugar de pedirle una lista de los desconsiderados de mierda, cogí mi plato y me senté junto a ella en el taburete de madera hecho a mano.

—Estaba pensando —dijo Vicky, y me asusté. Por las pocas conversaciones que habíamos tenido, me había dado cuenta de que podía soltar cualquier cosa. Y, cuando digo cualquier cosa, es cualquier cosa—. Sí que quería una relación romántica contigo en el sentido convencional.

Casi me atraganto con el té, pero logré tragarme el resto sin problemas.

—¿Querías? —pregunté después de recuperarme—. ¿En pasado?

—Sí. A ver, ahora veo que es poco probable que estés dispuesto a tener una relación romántica conmigo.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué momento de las últimas doce horas te hace pensar eso?

Se encogió de hombros y dejó de mirarme a los ojos para concentrarse en su comida.

—Porque crees que estoy vacía por dentro, carezco de personalidad y no me tocarías ni con un palo.

Cerré los ojos mientras soltaba el tenedor para frotarme las sienes.

¡Qué gilipollas fui!

—Vicky, no...

—No hace falta que te justifiques —dijo, interrumpiéndome con ese tono desenfadado que adoptaba cuando quería ocultar sus emociones, pero me pareció detectar un atisbo de dolor en sus palabras—. Pero lo de anoche y lo de esta mañana parecen indicar que ya has superado tu aversión a tocarme. Así que, aunque quizá no estés abierto a una relación romántica, puede que te interese seguir tocándome.

—¿Tocándote? —pregunté, tomando un sorbo de té, algo muy poco aconsejable en esas circunstancias.

—Tocándome como se toca durante el coito.

Esa vez sí que me atraganté, tanto que Vicky tuvo que darme una palmadita en la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien —respondí con voz entrecortada—. Pero si vas a hablar de relaciones sexuales con un hombre, quizá quieras avisarlo antes.

—¿Eso es un no? —Vicky parecía muy decepcionada.

—Joder, Vicky, no es un no, pero...

—Porque, verás, ningún otro hombre me ha parecido atractivo nunca. Y eso que tengo veintinueve años. O, mejor dicho, que hace quince que alcancé la pubertad. Me imaginaba teniendo intimidad con los hombres a los que conocía y me sentía mal. Pensaba que me pasaba algo. Bueno, aparte de lo obvio. Pero pensar en relaciones sexuales contigo es... —Se calló a la vez que se sonrojaba—. Pues eso, que no me hace sentir mal. Me duele, pero en el buen sentido. Y, para ser sincera, no puedo dejar de pensar en ello. De hecho, me distrae mucho en el trabajo, y normalmente estoy muy concentrada. Pero ahora Lottie me pregunta algo y me doy cuenta de que estaba

tan ensimismada imaginando cómo es tu pecho bajo la camiseta térmica, cómo sería que te tumbases encima de mí, cómo sería verte en bañador y cómo será lo que oculta dicho bañador, que he perdido el hilo. Las fantasías nocturnas son aún peores. De hecho, he tenido orgasmos mientras dormía solo por fantasear contigo. Son tan fuertes que me despiertan, y ni siquiera me he tocado; es solo la idea de estar contigo.

—Vicky —gruñí.

—¿Sí?

—Cállate ya.

—Eh..., ¿estás bien?

La respuesta era no.

No, no estaba bien.

Tenía a la mujer más hermosa que había visto jamás, la misma con la que había fantaseado en secreto durante meses, sentada en la isla de mi cocina, después de haber dormido en mi cama, con mi camisa, describiéndome los sueños sexuales que tenía conmigo y cómo la hacían sentir, para convencerme de que la tocara más.

Jesús, María y José, ¿no se daba cuenta de que no quería hacer otra cosa?

Tragué saliva mientras bajaba del taburete y retrocedía dos pasos rápidamente.

Frunció el ceño. Su expresión me dolió. Me sentía fatal, pero si no ponía distancia entre nosotros, la levantaría del taburete a la fuerza y la subiría a mi cama en cuestión de segundos.

Si nunca la habían besado y la idea de tocar a otro hombre le revolvía el estómago, obviamente era virgen. No iba a perder el control y acostarme con una mujer virgen sin... Madre mía, iba a tener que usar la palabra... Sin cortejarla primero, aunque ella no parecía creerlo necesario.

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar sus palabras.

Aquel día en su casa había sido su torpe intento de insinuarse seriamente, y yo la destrocé.

—Vicky, lo que te dije cuando te llevé la mesa de centro... Estaba equivocado. Te había entendido mal. Así que lo repito: lo siento

muchísimo, preciosa. ¿Crees que podrías olvidar lo que dije?
¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva?

Frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—Recuerdo conversaciones con claridad meridiana, hasta la palabra y el gesto más insignificantes. Me sería imposible olvidarlo. No olvido nada.

Suspiré.

—Pues ¿podrías intentar recordar esto? ¿Podrías intentar recordar lo que te voy a decir ahora? Que incluso cuando tenía una impresión equivocada de ti, me pasé meses soñando contigo. Que la Vicky que está aquí conmigo desde anoche es de todo menos vacía o fría, y que me tiene fascinado. Que me gustas muchísimo. Y que quiero ir en serio contigo, lo cual no debería incluir echarte sobre mi hombro y arrojarte a mi cama sin antes haber tenido una cita como Dios manda.

Me miró parpadeando un buen rato. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro, como si no quisiera arriesgarse a decir las palabras demasiado alto.

—¿Te gusto?

La forma en que lo dijo fue tan desgarradora y vulnerable que tuve que frotarme el pecho para aliviar la pena que se me acumuló ahí.

—Sí, cariño —dije con voz ronca—. Me gustas mucho.

—¿Aunque sea... rara?

Fruncí el ceño y me crucé de brazos.

—No eres rara.

Vicky negó con la cabeza.

—Mike, soy muy consciente de que no cumplo con los estándares de comportamiento normal. Soy única en la sociedad.

—Pues quizá por eso me gustes tanto. ¿A quién le importan los estándares de comportamiento normal? Me gusta que seas impredecible.

Se mordió el labio.

—¿En serio? —Lo dijo tan bajito que, incluso en el completo silencio que reinaba en la cabaña, tuve que esforzarme para oírla.

Ya está. Era imposible que no fuera a plantarme a su lado después de declararme.

Avancé a grandes zancadas y, cuando estaba a un paso de distancia, le pregunté:

—¿Puedo abrazarte?

Vicky asintió, así que la rodeé con los brazos. Mientras se acurrucaba en mi pecho y se aferraba a mi camisa con sus manitas, exhalé con ganas. Solo entonces fui consciente de la tensión que había estado acumulando por no tenerla entre mis brazos.

Capítulo 14

Ensalada verde sin aliñar



Vicky

Sentí un hilillo de sudor bajarme por la espalda mientras miraba el menú. No había nada en él que tolerase.

Cuando miré a Mike, vi que me observaba esperando una reacción. Logré sonreír, o, al menos, eso esperaba. El ceño con el que me respondió Mike me indicó que más bien habría hecho una mueca.

«A ver», me dije, «échale ovarios», como diría Lottie. Debía mantener a raya mis ridículas aversiones a la comida.

Había avanzado mucho desde la infancia, cuando, durante años, solo toleraba pasta sin más, sándwiches de queso y varitas de pescado. Mi madre se desesperaba. Una vez no me alimentó durante tres días para quitarme la mala costumbre, suponiendo que si tenía hambre, comería.

No comí.

Solo cuando la llamaron de la escuela porque casi me desmayo en una reunión estudiantil, cedió.

—Ni siquiera sabes comer como las personas normales —se había mofado Rebecca.

Todavía me parecía oír su voz en mi cabeza. Tenía razón.

Pero había avanzado mucho. Ahora podía llevar una dieta variada, y la seguía con precisión militar, consultando a nutricionistas y

centrándome en mi salud. Solo recaía en los viejos hábitos de no comer cuando estaba triste o estresada.

Pero no soportaba la comida de postín. Me negaba en redondo a comer salsas, al igual que marisco o carne poco hecha. Siendo sincera, cuando estaba tan nerviosa como en ese momento, solo podía comer pollo sin sazonar, brócoli poco hecho (no soportaba que estuviera blando) y patatas o pasta sin más.

Desde luego, no iba a poder comer *chateaubriand*, lenguado al limón o langosta thermidor.

—¿Vicky? —me llamó Mike. Lo miré a los ojos tras mi frenética lectura del menú—. ¿Está bien la carta?

Se aclaró la garganta y cambió de postura en la exquisita silla.

Ese restaurante no le pegaba nada; me sorprendió que me hubiera llevado ahí. Era extremadamente ostentoso y tenía una estrella Michelin y excelentes críticas en *The Guardian*.

Y Mike también presentaba un aspecto diferente. Llevaba camisa, vaqueros elegantes y zapatos de vestir. Aparte del atuendo de etiqueta que se puso la otra noche, nunca lo había visto con otra cosa que no fueran sus botas de trabajo o sus deportivas con pantalones militares desgastados de múltiples bolsillos, o sus vaqueros manchados de pintura.

Esa noche llevaba la barba recortada, pero yo echaba de menos el nido de pájaros de antes.

—Es el restaurante más elegante en el que he podido reservar con tan poca antelación. —Se encogió de hombros—. Estarás acostumbrada a algo mejor, pero no quería esperar y...

—No —dije frunciendo el ceño—. No más esperas.

Cuando me sonrió, me puse colorada.

Después de aquella mañana en su cabaña, Mike me había dicho que no quería adelantar acontecimientos. Quería que saliéramos oficialmente antes de seguir metiéndonos mano.

Me temo que eso me puso de mal humor. Pero cuando me abrazó en su hermosa casa y me hube comido el desayuno que me había preparado tras esforzarse por dar con lo que me gustaba —algo que nadie había hecho nunca por mí, salvo Margot, que no contaba

porque se sentía obligada a cuidarme y era buena persona—, estaba más que lista para acostarme con él.

Estaba lista para hacer de todo con Mike, y sabía que él también; o al menos así lo presentía.

Cuando se lo expliqué en aras de ser completamente transparente, emitió un gruñido de dolor y me apartó de él, diciéndome con voz entrecortada que no dijera «esas cosas», que intentaba «portarse bien» y que le diera «cuartelillo».

El rubor había vuelto a teñir sus pómulos, y sus pupilas estaban tan dilatadas que solo se apreciaba un fino borde marrón dorado.

Aquello me resultaba inmensamente frustrante.

Mike Mayweather era, a todas luces, un caballero. Se había enterado de que no tenía experiencia y creía erróneamente que necesitaba orquestar una serie de interacciones no sexuales antes del coito.

«Me gustas mucho».

Y encima se me había declarado. Llevaba desde el fin de semana rememorando sus palabras una y otra vez. Pero sabía que no debía confiar en lo que había dicho entonces. Sabía que, a diferencia de mí, la gente no siempre decía lo que pensaba.

Sabía que solía haber múltiples intenciones en juego. Asimismo, recordaba con total claridad las otras palabras que Mike me había dicho hacía apenas unas semanas.

Cuando me sonrió, por un momento me quedé paralizada. Sus dientes blancos en contraste con su piel bronceada y su barba oscura eran una imagen tan gloriosa que por poco se me cae el menú.

—Mira que eres impaciente —apuntó con una sonrisa. Puse los ojos en blanco.

—No entiendo a qué viene tanto rollo —dije, todavía fascinada por su rostro sonriente.

—Hazlo por mí —me pidió en voz baja. Me encogí de hombros.

Volvía a quedarme en Buckingham Manor ese fin de semana. Margot me había pedido que fuera a revisar unas cuentas de la fundación benéfica de Buckingham.

Le expliqué que podía hacerlo a distancia, pero insistió en que fuera en persona. Cuando le conté a Mike mis planes, al momento organizó esta cita, lo cual, por alguna extraña razón, tenía a Margot loca de contento.

Aunque, bueno, Margot se comportaba de forma muy extraña en general. Tardé solo diez minutos en comprobar que las cuentas cuadraban, lo cual no me sorprendió, pues Margot ya contaba con un equipo de asesores financieros para eso mismo.

Saltaba a la vista que no necesitaba ayuda. Lo que quería era hablar de la ruptura de Lottie y Ollie. Margot estaba destrozada porque mi medio hermano la había «cagado a base de bien», según sus palabras.

La verdad es que yo también estaba destrozada. Ollie le había dicho cosas terribles a Lottie después de la crisis que sufrí en la gala y la culpaba de lo sucedido, así que Lottie y Hayley abandonaron Buckingham Manor al día siguiente.

Hasta la fecha, Lottie había rechazado rotundamente los constantes intentos de Ollie por recuperarla.

Y yo me echaba la culpa. Si hubiera podido soportar unos fuegos artificiales como una persona normal, Ollie nunca le habría dicho a Lottie lo que le dijo.

Y Lottie estaba triste. Incluso yo, con mi nula empatía, lo intuía. Lottie era una de mis personas favoritas en el mundo entero y no quería que estuviera triste. Me ayudaba muchísimo, de muchísimas maneras, y me resultaba sumamente frustrante no poder ayudarla con esto, y más teniendo en cuenta que creía que era culpa mía.

Había decidido no contarle ni a Ollie ni a Lottie lo de mi supercita con Mike. Ya tenían bastante con lo suyo, y sabía que Ollie se preocuparía por mí. Dado que su tendencia sobreprotectora hacia mí fue lo que provocó que rompiera su relación con Lottie, no quería informarle todavía.

Margot también había aceptado mantener la cita en secreto.

Cuando Mike fue esa noche a buscarme a Buckingham Manor, le expliqué, una vez más, que no necesitaba pasar por nada de eso para tener relaciones sexuales conmigo. Que no necesitaba fingir que le gustaba.

Se enfureció, pero enseguida se le pasó el enfado y me preguntó si podía llevarme a su Land Rover de la mano.

Antes de que pudiera decir nada más, abrió la puerta del copiloto de sopetón, me subió al asiento (después de preguntarme si podía cogerme de las caderas) y se quedó en la puerta, acorralándome y mirándome ceñudo.

—Veo que la conversación que tuvimos el domingo no ha calado del todo —dijo apretando los dientes—. Pero no pasa nada. Total, los actos hablan más que las palabras, así que vamos a tener una puñetera cita y a conocernos, te guste o no. Porque me gustas. ¿Queda claro?

Solo pude asentir. Él cerró la puerta de golpe y se dirigió a su lado del coche. Mientras íbamos al restaurante en silencio, Mike seguía enfadado, así que no quise preguntarle adónde íbamos.

Debería haberlo hecho, porque ahora volvería a parecer un bicho raro.

—¿Qué se les ofrece esta noche?

Mi ansiedad aumentó aún más al levantar la vista hacia el camarero, plantado junto a nuestra mesa. Se hizo un largo silencio.

—¿Vicky? —me instó Mike—. ¿Qué te apetece, cariño?

Tragué saliva con la garganta seca y, para mi horror, sentí que me empezaban a picar los ojos. «Ay, Dios, no vayas a ser tan patética de llorar por pedir algo de comer».

Intenté concentrarme, pero veía borroso el menú.

—Eh... Pues... —Me aclaré la garganta—. Póngame la ensalada verde sin aliñar.

Mike estampó la carta en la mesa, lo que me hizo dar un respingo.

Cuando lo miré, su expresión era de furia.

—Eh, tío —le dijo al camarero—. ¿Nos dejas un momento?

—Sí, claro. —El camarero, completamente confundido, retrocedió.

—Vicky, mírame —me pidió Mike con tono suave, lo que contrastaba radicalmente con lo enfadado que parecía hacía un segundo.

Cuando lo miré, vi que la furia en su expresión se había transformado en preocupación y un poco de frustración.

—Sabes que me pareces preciosa, ¿no?

—Eh..., sí, siempre has expresado tu satisfacción con mi apariencia.

—¿Sabes que no querría que cambiaras nada de ti ni de tu apariencia?

Arrugué el ceño.

—¿A qué viene eso?

Suspiró.

—Vicky, has adelgazado. —Aparté la vista para evitar su mirada inquisitiva mientras proseguía—. Mira, no quiero presionarte, pero cuando llevo a una mujer que me importa a un restaurante con la intención de pasar tiempo con ella y que coma algo, me preocupo un poquito cuando solo pide una ensalada sin aliñar. Cariño, por favor, no necesitas adelgazar. No puedes permitirte bajar de peso. Ya estás en los huesos.

Negué con la cabeza.

—No estoy intentando adelgazar, Mike. No he pedido una ensalada por eso.

—¿En serio? —Arqueó las cejas, incrédulo—. ¿No has estado haciendo una dieta extrema de esas?

Suspiré.

—No. Es solo que si me... estreso, el apetito es lo primero que pierdo. Solía ser bastante restrictiva con los tipos de comida que toleraba, pero he trabajado en ello y he mejorado con los años. Sin embargo, si me afecta algo, se me hace muy difícil comer.

—¿Qué te afecta últimamente? —preguntó, frunciendo el ceño con preocupación.

Lo miré fijamente y me mordí el labio, pues no deseaba admitir la verdad y no confiaba en mi habilidad para mentir.

Parpadeó una vez y palideció.

—Vicky, no...—Tragó saliva y se pasó la mano por el pelo. Cuando volvió a apoyarla en la mesa, dijo—: No te habré afectado yo, ¿no?

Tuve que apartar la vista de él y mirar por la ventana para rehuir su mirada de preocupación.

—Ay, madre —soltó con un gruñido de dolor—. He sido yo, ¿no? Las chorradas que te dije cuando te me insinuaste te estresaron

tanto que has dejado de comer.

Bajé la vista a mis manos, con la vergüenza aflorando en mi pecho.

Cuando hablé, me salió un hilo de voz.

—N-no has sido solo tú, Mike. También ha habido otras..., eh, interacciones estresantes. Otros desencadenantes.

—Vicky, ¿puedo tocarte la mano? —me preguntó en voz baja.

Asentí levemente.

Se inclinó sobre la mesa y me rodeó la mano con la suya, grande, seca y cálida.

Parpadeé un par de veces y me obligué a levantar la vista.

Su expresión era de dolor mientras me miraba fijamente, y, cuando habló, su voz era áspera.

—Cariño, nunca podré retractarme. Lo que hice aquel día es irreversible. Me mata saber que he sido una de las interacciones estresantes que te han quitado el hambre. Pero quiero que sepas que haré todo lo posible para compensarte. ¿Vale?

—Mike, si fuera normal, habría sabido lidiar con lo que me...

—No —me espetó, y luego suavizó el tono—. No. Fui cruel, y dije lo que dije sin conocerte lo suficiente como para juzgarte.

Volví a mirar por la ventana y apreté los labios para no discutir con él.

Suspiró y me apretó la mano.

—Pero, Vicky, conseguiste desayunar en mi casa. Pensé que ya estarías comiendo un poco mejor, así que no entiendo por qué pides ensalada. ¿Crees que podrías pedir una comida de verdad?

Cerré los ojos, derrotada, dándome cuenta de que me salía más a cuenta ser sincera; al menos así no creería que me estaba matando de hambre a propósito.

—No puedo comer nada de este menú —confesé en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Mike, confundido.

Señalé el menú encuadernado en cuero que tenía delante.

—No me entra nada de esto.

—Mierda, sabía que debería haber reservado en un sitio más elegante. Quizá debería haber mencionado a Ollie. El muy cabrón consigue mesa donde le...

—No, no, no lo entiendes —lo interrumpí, presa del pánico al imaginarme teniendo que comer en un restaurante aún más elegante que ese; quizá incluso con platos diminutos, todos ellos llenos de comida horrible y sofisticada que no podía tragar—. La verdad es que no puedo comer en restaurantes así.

—¿Así cómo?

—Caros.

—¿Qué?

—La comida de aquí es demasiado pija. No hay nada normal y corriente en el menú. Y es demasiado formal. Sé que suena raro, pero no puedo comer en ambientes formales. Si tengo una cena de negocios, como antes. Creo que la mayoría de la gente sospecha que tengo un trastorno alimentario, pero, en realidad, es que soy un poco... delicada con la comida. —Había cogido carrerilla, así que decidí contárselo todo—. Además, me he comprado este vestido para esta noche pensando que la tela sería suave, pero me pica una barbaridad y creo que no he quitado bien la etiqueta, así que estoy que me subo por las paredes.

Exhalé con ganas y me recliné en la silla. Qué a gusto me había quedado.

Mike me miró parpadeando, aturdido, y después aliviado.

—Joder, menos mal —acabó diciendo—. Ya temía que te estuvieras matando de hambre. No tenía ni idea de que odiaras esta bazofia sofisticada. Pensaba que al ser una señorita te iba este tipo de comida. —Se levantó de la silla y alargó su mano hacia la mía—. Si lo que buscas es comida sencilla, soy un experto en la materia.

Acepté su mano y él me pegó a su lado. Mientras me llevaba a la salida, le susurró al *maître* un «lo siento, jefe» y le dio un billete de veinte libras al pasar.

—¿Comida de bar? —preguntó Mike, aunque estaba tan absorta viéndolo dar marcha atrás con el brazo en el respaldo del asiento para salir del aparcamiento que no lo oí.

—¿Eh?

Me sonrió antes de volver a concentrarse en la carretera.

—¿Puedes comer comida de bar?

—Depende del bar. Si es un gastrobar, nanay.

Mike rio por lo bajo.

—Nunca he oído a nadie describir la Madriguera del Tejón como un gastrobar, así que estás de suerte.

Capítulo 15

De erizos



Mike

—Pide en la barra, vago —bramó Jimbo—. Ruby está otra vez enferma, me cago en diez, así que no tenemos camarera, y paso de moverme para atenderte. —Puse los ojos en blanco—. No es nada personal, preciosa —añadió dirigiéndose a Vicky.

—Tranquilo —le dijo Vicky—. Agradezco tu franqueza.

Jimbo asintió y volvió a la barra pisando huevos.

Suspiré.

—Te prometí que no sería nada lujoso, y creo que he cumplido.

Me relajé cuando me sonrió.

Llevarla ahí había sido un poco arriesgado, pero el menú de la Madriguera se componía de platos sencillos y poco elaborados. Y al mirarla, valió la pena.

Ya no estaba tensa y tenía buena cara.

Primero la llevé a Buckingham Manor y le dije que se quitara el vestido que le picaba y se pusiera algo más cómodo. Bajó las escaleras con inseguridad, mallas, una sudadera y una coleta.

Cuando le dije «¡qué guapa!» y la besé en la sien, me dedicó la primera sonrisa de la noche.

Ahora era completamente adicto a hacer sonreír a esa mujer.

Margot, que daba saltos de alegría cuando fui a buscar a Vicky, estaba a todas luces preocupada de que hubiéramos vuelto tan

pronto. Pero cuando Vicky se cambió y le saqué esa sonrisa, Margot estaba que no cabía en sí de gozo.

—¡Que os divirtáis, niños! —nos gritó al irnos, como si aún fuéramos adolescentes.

Margot era más pesada que una vaca en brazos, pero era evidente que le importaba mucho Vicky. Y por su emoción casi inquietante al verme salir con su hija, era evidente que había estado preocupada por ella. Muy preocupada.

—¿Está bien la comida, cariño? —pregunté, inclinándome hacia delante para que nadie más me oyera—. Podemos volver a casa de mi madre a por algo si no te apetece lo de aquí.

Vicky abrió mucho los ojos.

—¿A casa de tu madre? —musitó—. ¿Me llevarías a casa de tu madre?

Me encogí de hombros.

—Claro. Mi madre te preparará lo que quieras, y siempre tiene la nevera llena.

—¿A tu madre no le importaría que te presentaras en su casa un sábado por la noche y exigieras que os preparase la cena a ti y a una desconocida?

La fulminé con la mirada.

—No eres una desconocida. Mi madre te conoce. Y se pondría como unas pascuas si llevara a una chavala a su casa, te lo digo yo.

Vicky se aclaró la garganta.

—No se me dan bien... las familias. No suelo causar muy buena impresión.

Se metió las manos bajo las piernas y se balanceó ligeramente adelante y atrás hasta que se dio cuenta de que lo estaba haciendo y se detuvo.

Tuve la sensación de que se había metido las manos ahí para que no se le fueran a las orejas y la delataran.

Algo de lo que acababa de decir la estresaba. Pensé en mi primera impresión de ella y me estremecí por dentro.

—Ya conoces a mi familia —le dije con dulzura, pero ella negó con la cabeza.

—Conozco a Lucy, pero solo vi a tu madre un par de veces cuando era niña. Como no hablaba entonces, no creo que se pueda decir que realmente me conozca.

Recordé las pocas veces que Vicky había estado en la cabaña y me estremecí de nuevo.

—Mira, Vicky, siento haber sido un poco capullo por aquel entonces. No entendía por qué no hablabas. Según mi madre no podías evitarlo, pero yo asumí erróneamente que te creías demasiado buena para juntarte con nosotros, ya que, a diferencia de ti, no éramos de sangre azul. Me saca de quicio todo el rollo ese de las clases sociales.

Vicky rio por debajo de la nariz.

—¿Sabes que ninguneé a los primos de Ollie cuando me los presentaron? —preguntó.

—¿A los primos de Ollie?

—A sus primos, sí.

—¡Hostia, a esos primos! —Los primos de Ollie pertenecían a uno de los linajes más nobles de Reino Unido—. ¿Que los ninguneaste?

—Por lo visto, no dije ni mu. Mi madre se enfadó muchísimo cuando se enteró. Lo que quiero decir es que no hacía distinciones: no hablaba con nadie.

Le sonreí.

—Habría pagado por verlo. —Entonces se me borró la sonrisa—. Lo siento mucho, Vicky. Yo solo entendía que la chica más guapa que había visto en mi vida no quería hablar ni conmigo ni con mi hermana. Ya tenía suficiente con no ser un niño pijo como mis dos mejores amigos. Oí a sus amiguitos del cole preguntarles por qué se juntaban con un paleta cuando vinieron de vacaciones.

Vicky se quedó boquiabierta y me miró de hito en hito.

—¿Pensabas que era guapa?

Sonreí exultante.

—Cariño, eras guapa entonces y eres preciosa ahora. Yo era un idiota entonces y lo soy aún más ahora, pero espero que sigas hablándome esta vez; me encanta tu voz.

—A mí también me gusta la tuya —comentó Vicky en voz baja mientras sacaba las manos de debajo de las piernas y las apoyaba

en la mesa, frente a ella.

—¡Hombre, Mikey! —Una manaza me dio una palmada en la espalda. Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco.

Quería a mis amigos, pero no era el momento.

Vicky ya se había estresado bastante por esa noche, y la gente nueva la estresaba, sobre todo si no estaba Lottie para mediar.

De repente, nuestra mesa estaba rodeada por cuatro tipos corpulentos.

Vicky se encogió en su silla, con las manos bajo las piernas de nuevo, y yo contuve un suspiro.

—Vale, chicos —dije, recibiendo unas palmaditas más en la espalda y varios saludos—. Os presento a Vicky.

Jonny arqueó las cejas.

—¿La hermana de Ollie?

—Media hermana —le murmuró Vicky al menú. Lo hacía por acto reflejo cada vez que decían que Ollie era su hermano.

Los chicos la observaron con curiosidad, sin duda un poco confundidos de que no los mirase a los ojos.

—Ah, eh... Pues vale, media hermana. —Se hizo un silencio incómodo seguido por los chicos saludando a Vicky en voz baja.

Esta logró levantar la vista y dedicarles una media sonrisa forzada, pero para cuando hubieron acabado las presentaciones, los chicos fruncían el ceño, confundidos.

Eran simpáticos, buena gente, llamaban a las mujeres «guapa» y «encanto» y estaban acostumbrados al buen rollo y a la guasa.

Sabía perfectamente lo que pensaban de Vicky: que era una piba fría, presumida y pija que se creía demasiado buena para hablar con un puñado de obreros.

Cuando no creía que la cosa pudiera torcerse más...

—¿Sales con este? Pues sí que está mal el mercado londinense —comentó Mark en tono burlón, poniéndole la mano en el hombro a Vicky mientras me señalaba.

Vicky, visiblemente alterada por la situación, no estaba preparada para ningún contacto físico. Se alejó de Mark con tanta brusquedad que por poco se cae de la silla.

Me levanté como un resorte para apartar a Mark de ella, no fuera a empeorar las cosas.

Mi colega alzó las manos en señal de rendición.

—¡Oye, oye! —exclamó asombrado—. Joder, vale. Solo quería ser amable. No pretendía ofender a nadie. —Estaba rojo y parecía muy molesto.

El resto de mis amigos nos miraban ceñudos. La mayoría había retrocedido un paso como si Vicky fuera una bomba a punto de explotar, y su lenguaje corporal —los brazos cruzados sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos— denotaba que estaban a la defensiva.

Vicky seguía mirando la carta.

Sopesé mis opciones y pensé: «De perdidos al río».

—A ver, chicos —dije—, Vicky es un poco diferente, ¿vale? —La mirada de Vicky pasó del menú a mí. Yo rezaba para no estar cagándola. Le correspondía a ella decidir si revelaba ese dato o no, pero ahí estaba yo, actuando por mi cuenta, como siempre. Sin embargo, no podía quedarme ahí sentado y dejar que los chicos trataran a Vicky como lo había hecho yo cuando podíamos ahorrárnoslo con una explicación sincera—. Tarda un poco en acostumbrarse a la gente y necesita que la avisen si van a tocarla. Y a quien no le guste o me la altere, lo espero fuera.

—¡Mike! —me espetó Vicky. Se me cayó el alma a los pies. ¿Estaría enfadada porque les había contado todo eso? Debería haberlo consultado primero con ella, pero no iba a consentir que el ambiente siguiera tenso y continuaran los malentendidos cuando veía lo molesta que estaba—. ¿Estás amenazando con hacerles daño físico a tus amigos?

Arqueeé las cejas.

—Pues... sí. Si me cabrean...

Se le abrieron los ojos de par en par.

—No puedes hacer eso. Parecen buena gente y son tus amigos.

Dos de los muchachos se rieron, pero les eché una mirada que los calló de golpe.

Pete, con un par de cervezas en la mano, abandonó la barra para unirse a nosotros. Observaba la escena con la cabeza ladeada.

—Unos imbéciles es lo que son —le dije a Vicky—. Y Mark no debería haberte puesto la mano encima.

Vicky ahogó un grito, sorprendida.

—No sabía que reaccionaría como un bicho raro, Mike.

—Tú no eres un bicho raro. Que aprenda a tener las manos quietas. Me la suda si...

—Eh, Vics —la llamó Pete en voz baja mientras se agachaba junto a la mesa para estar a la altura de sus ojos, pero a una distancia prudencial para no asustarla.

Vicky dejó de mirarme fijamente para volverse hacia Pete. Al verlo parpadeó sorprendida.

—Ay, hola, Pete —dijo con voz queda.

Se notaba que se conocían.

—Qué pesadito es Mike a veces —apuntó Pete, lo que me habría cabreado de no haberle sacado una sonrisilla a Vicky.

—Puede, pero aun así me gusta un montón. Aunque es un poco prepotente —le dijo.

—Para gustos, colores. Oye, los animalejos ya están bien. Pero recibimos visitas con regularidad, y Emily les sigue dando la comida que nos recomendaste.

El rostro de Vicky pasó de la cautela a un entusiasmo desenfrenado.

—¿Cuántas crías tuvo al final?

—Contamos cuatro, pero Jimbo creyó ver un quinto la otra noche. Por cierto, hemos hablado con la señora Gibbs de su repelente para babosas y ha accedido a no volver a usarlo.

—Ay, qué bien —respondió Vicky con verdadera emoción.

Hasta aquí habíamos llegado.

—¿De qué cojones estáis hablando?

Vicky se giró hacia mí. Me alivió ver que no quedaba ni rastro de la tensión de antes.

—De erizos.

Capítulo 16

«Me gustas mucho mucho, Victoria Harding»



Mike

—¿Erizos?

—Vics es la experta en erizos de Little Buckingham —explicó Pete—. Encontramos un erizo de día, y Emily se enteró por Lucy de la página web y el grupo de Facebook de Vicky. Siendo sinceros, pensábamos que nos llamaría para darnos un consejo y ya. No que saldría escopeteada de Londres y llegaría en limusina en menos de dos horas.

—Debía evaluar la situación personalmente —explicó Vicky—. Los erizos gestantes o lactantes pueden salir durante el día, pero si no es el caso, es posible que el erizo esté herido o enfermo. Este...

—Barry —dijo Pete, y Vicky asintió.

¿Me estaba volviendo loco o les ponían nombre a los erizos?

—Eso —secundó Vicky—. Barry estaba plagado de parásitos. Si se hubiera roto una pata, habríamos tenido que llevarlo al veterinario, pero los parásitos se pueden tratar en el centro de rescate local. Trabajo con la Sociedad Británica para la Preservación del Erizo.

—Pues eso, que Barry salió adelante gracias a Vicky y ahora es un padre orgulloso. Eh, Vics, ¿quieres venir a verlos? Vienen al jardín casi todas las noches.

—Ay, ¿puedo? —Vicky estaba casi dando botes en su asiento de la emoción. Entonces me miró y le cambió la cara—. Bueno, si a Mike

le parece bien, claro. —Parecía nerviosa de nuevo. Odié verla así.

—Me encantaría ver tu erizo, cariño. —Mark rio por lo bajo y le di un puñetazo en el brazo—. Pero primero iros todos a tomar por culo, que mi señora tiene que comer.

—Siento lo de antes —le dijo Vicky en voz baja a Mark—. A veces me pongo un poco nerviosa y no tolero bien los entornos nuevos.

—Descuida, preciosa —dijo Mark en voz baja—. Soy yo el que no debería ir por ahí poniendo las zarpas en los hombros de las mujeres sin avisar.

—Uy, no, soy yo...

—No pasa nada, en serio. Mi prima tiene... algo parecido a lo que te pasa a ti. Lo entiendo perfectamente.

—Venga a tomar por culo todo el mundo —les espetó Jimbo, el camarero—. Esta señorita tiene que pedir, ¿a que sí, cielo?

—Ah..., vale —le contestó Vicky, insegura—. Pensaba que el protocolo indicaba que había que pedir en la barra.

—El protocolo es el que me sale a mí del nabo, y Vernon fijo que se va a casa en la próxima media hora. No voy a permitir que *lady* Harding se quede en mi bar sin comer. Además, estás en los huesos, cariño.

—Jimbo, sabes que no soy de la nobleza —dijo Vicky en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—Para mí sí. Va, ¿qué te pongo?



Vicky

No era la primera vez que comía en la Madriguera del Tejón, pues los Harding eran clientes habituales. A ver, los Harding eran los dueños de todo el pueblo y, por lo tanto, tenían que mantener el bar. Así que conocía el menú, y Jimbo sabía que me gustaban las hamburguesas sencillas y que la ensalada estuviera en un plato aparte y sin aliñar. Por primera vez, comí bien fuera de casa. Lo cual

era estupendo, porque Mike tenía razón: necesitaba comer. Margot, Lottie y Ollie llevaban semanas insistiéndome.

—¿Seguro que no te importa? —le pregunté a Mike mientras salvábamos la corta distancia que nos separaba de casa de Pete. Mike me sonrió y me pegó a su costado. Nunca había caminado así con nadie. No era el método de deambulación más eficiente, pero era agradable y me sentía increíblemente segura, así que, en este caso en concreto, estaba dispuesta a sacrificar algo de eficiencia.

—Claro que no, cariño —dijo con la mirada fija en mi pelo—. También quiero conocer a Barry y a su familia.

—Bueno, la verdad es que nada nos garantiza que vayamos a ver a los erizos. Su comportamiento nocturno no siempre es predecible, y...

—Vicky, cielo. Me alegro de estar contigo, ¿vale?

—Ah, vale —susurré mientras me arrimaba más a él.

Sí que pudimos ver a los erizos.

Pete, Emily y sus dos hijos ya estaban emocionados cuando llegamos, pues Barry había salido con toda su familia.

Me senté en el suelo de la cocina con los niños, junto a las puertas dobles de cristal, mirando al jardín. Por lo general, me gustaban los niños: eran menos complicados que los adultos y decían lo que querían decir. Maisie, la benjamina de Pete y Emily, se subió a mi regazo y jugó con mi pelo, lo cual era toda la comunicación que se podía tener con ella, pues solo tenía dos años. Su hijo mayor, Marcus, me hizo muchísimas preguntas sobre los erizos. A sus ocho años, estaba casi tan informado sobre los animales de los setos como yo. El año anterior lo había incorporado a mi equipo de amantes de los erizos.

Cuando regresamos a su Land Rover, Mike se quedó sentado un momento antes de volverse hacia mí.

—Eh..., mira —me apresuré a decir—. Sé que ha sido un poco raro. Probablemente las chicas con las que sales no sean tan quisquillosas con el restaurante de postín que has elegido. Ni te obliguen a ver erizos durante una hora. —Me mordí el labio, pensando que no debería haber aceptado la invitación de Pete. Y mucho menos debería haberme puesto en modo concentración

máxima al ver los erizos. A los hombres como Mike probablemente no les gustaba que los ignorasen—. De veras que...

—Voy a besarte, ¿vale? —me interrumpió Mike con ese tono gruñón y mandón que estaba empezando a apreciar.

Asentí y él extendió ambas manos para tomarme del rostro sobre la consola central y juntar sus labios con los míos. Enredé una mano en su espeso y glorioso cabello mientras con la otra lo agarraba de la pechera de la camisa. Cuando cortó el beso, ambos respirábamos agitadamente. Apoyó la frente en la mía.

—Entonces —susurré—, ¿no te aburren los erizos?

—No, cariño —aclaró con un tono suave y un poco feroz al mismo tiempo—. No me aburren los erizos. Me encanta poder compartir eso contigo.

Me recostó en mi asiento y me abrochó el cinturón de seguridad como si fuera una niña, lo cual era inusual, ya que no lo era, pero pude olerlo de nuevo y tenerlo más rato cerquita de mí, así que no me quejaba.

Antes de arrancar, Mike sonrió al parabrisas y, de nuevo con ese tono suave pero feroz, dijo:

—Me gustas mucho mucho, Victoria Harding.

—Eh..., vale —dije—. A ver, tú también me gustas mucho. Pero eso ya lo sabes.

Pues parecía que mis peculiaridades no iban a molestar a Mike, lo cual era estupendo. No quería molestar a Mike. Pero entonces me llevó de vuelta a Buckingham Manor. Cuando nos detuvimos en la entrada, me giré hacia él, ceñuda.

—¿Por qué no volvemos a la cabaña? —le pregunté.

Mike suspiró.

—Preciosa, como te lleve a mi cabaña ahora, después de lo de esta noche, voy a acabar follándote.

—Bueno, esa es la idea.

Negó con la cabeza y se rio entre dientes.

—Por Dios, vas a acabar conmigo, Vicky. No voy a llevarte a casa a follar después de una sola cita.

Hice otro ruido de carraspeo completamente impropio de mí para expresar mi disconformidad con ese plan.

Antes de empezar a pasar tiempo con Mike, creo que no había hecho un ruido tan ridículo en mi vida.

—Pues ¿después de cuántas citas?

Mike volvió a reír, pero esta vez con dolor.

—No te voy a dar una cuenta atrás hasta el día en que follemos.

Me mordí el labio.

—Pero llevo muy bien los plazos y tener parámetros y expectativas precisas.

Se rio de nuevo y se frotó la cara con la mano. Bajó del asiento del conductor, rodeó el capó y me abrió la puerta. Volvió a quitarme el cinturón de seguridad y me levantó del coche hasta que estuve en sus brazos, sin dejar de hacer esas pequeñas comprobaciones para asegurarse de que estuviera contenta con cualquier roce.

Estaba feliz de estar en sus brazos, pero seguía mirándolo con cara de enfado, pues no quería salir del coche. Quería volver a su cabaña.

—No te voy a dar un número.

—Vale —dije mientras hundía la cara en su pecho e inhalaba profundamente—. Pero tengo que volver a Londres mañana.

Así que me fui sin saber cuándo terminaríamos haciéndolo, lo cual me puso muy pero que muy triste.

Capítulo 17

Se supone que debo ir directa a él y besarlo



Vicky

Lottie me apretó la muñeca por debajo de la mesa otra vez, pero no podía concentrarme en la sala de juntas, pues él estaba justo ahí.

Felix se aclaró la garganta.

—¿Vics? ¿Tenías las cifras? ¿Querías...? —Felix se quedó callado al ver que me levantaba del asiento, giraba sobre mis talones y prácticamente salía corriendo de allí.

Mike abrió mucho los ojos cuando crucé las puertas dobles y fui directa a él.

No me detuve hasta que lo agarré de la pechera de la camiseta, pegué mi cuerpo al suyo y eché la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Hola —dijo con una sonrisa divertida, mirándome fijamente. Me abrazó más fuerte y me acercó más a él.

—Hola —musité. Me puse de puntillas para intentar besarlo en los labios, pero era demasiado alto.

Al ver mi intención, Mike acortó la distancia y agachó la cabeza para besarme.

Fue un beso breve y casto, pero, como todo con Mike, fue absolutamente fantástico.

Estar en sus brazos, envuelta en su calidez y su aroma fresco y amaderado, era mejor que cualquier otra cosa que hubiera experimentado. Mejor que ganar mi primer millón de libras...

¡Incluso mejor que los erizos! Lo era todo. Se apartó un poco para sonreírme, y eso también fue fantástico.

—¿De qué iba la reunión que acabas de abandonar? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—De la nueva urbanización en la que está trabajando Felix. Voy a conseguirle los fondos para llevarla a cabo.

Miró a la pared de cristal que había detrás de nosotros. Estaba segura de que todos seguirían sentados a la mesa. Las negociaciones distaban mucho de terminar.

Mike me miró y me estrechó más fuerte.

—¿Y podías salir sin más? Parece que le va a dar un infarto a Felix.

Fruncí el ceño.

—Pues claro. Tú mismo lo dijiste, ¿no te acuerdas?

Arqueó las cejas.

—¿Yo?

—Me dijiste que cuando te saludara, debía ir directa a besarte. — Volvió a estrecharme entre sus brazos, con su cuerpo temblando por una risa contenida mientras se inclinaba para darme otro pico—. ¿De qué te ríes? —pregunté confundida—. ¿He hecho algo mal?

Mike volvió a mirar a la sala de juntas y luego a mí.

—No —dijo con tono petulante—. Es perfecto. Lo has bordado, cielo.

Le sonreí. Me gustaba mucho oír que había hecho lo correcto, y estaba descubriendo que respondía muy bien a los elogios, sobre todo cuando venían de Mike.

Hacía tres semanas de nuestra primera cita oficial y una semana que no lo veía.

Lo había añorado tanto que me preocupaba que fuera una cantidad anormal.

Cuando me concentraba en algo, nunca lo hacía a medias, y estaba muy concentrada en Mike.

Y esperar para tener relaciones sexuales, algo en lo que él insistía, no ayudaba. Tampoco que estar con él fuera tan... fácil.

No me había dicho ni una sola vez que era rara.

En nuestra primera cita, en cuanto supo que no estaba a gusto en el restaurante al que me había llevado, no puso los ojos en blanco ni me llamó «quisquillosa de mierda», lo cual ya me había ocurrido con otros hombres. No, sencillamente nos fuimos.

Desde entonces, volvía a Little Buckingham una vez por semana para verlo. Se ofreció a venir a Londres, pero yo quería volver a ver su cabaña. Esta vez, se aseguró de que me gustara la comida. Cuando le dije que la tienda de pescado con patatas fritas del pueblo de al lado era una de las pocas opciones que toleraba, frunció el ceño al percibir mi tono de disculpa.

—Me flipa el pescado con patatas fritas —declaró—. Uf, no veas lo que me alivia que no me lleves a los garitos de postín que le molan a tu hermano.

Llevamos el pescado con patatas fritas a la cómoda sala de estar de Mike y comimos en su preciosa mesa de centro, viendo *Los erizos secretos de Gran Bretaña* en la tele.

Quitando que Mike seguía negándose a acostarse conmigo, fue prácticamente la noche más perfecta de toda mi vida.

Los continuos dramas de Lottie y Ollie ocuparon gran parte de la semana siguiente.

Por suerte, habían vuelto a estar juntos, lo que significaba que Lottie había vuelto a sonreír, y Ollie ya no me llamaba las veinticuatro horas del día para preguntarme por su paradero, si estaba bien, qué comía o cómo creía que podría conseguir que lo perdonase. Dada mi limitada inteligencia social y emocional, no tenía ni idea de por qué Ollie me había pedido consejo al respecto. Pero incluso sin él, había conseguido recuperarla, y yo estaba muy pero que muy aliviada.

Lottie y Ollie eran dos de mis personas favoritas. Que no pudiera expresar mis emociones de la forma habitual no significaba que no las sintiera. De hecho, sentía demasiado, y su infelicidad y mi incapacidad para hacer algo útil para que limasen asperezas me habían destrozado.

Con todo lo que estaba pasando en Londres y los importantes proyectos que tenía que terminar Mike en Little Buckingham, no habíamos sacado un ratito para vernos.

Pero ahora Mike estaba en mi oficina y yo estaba de nuevo en sus brazos, lo cual interpreté como una buenísima señal.

—¿De qué coño va esto? —El susurro furioso de Felix me sacó de mi embeleso con Mike.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, ceñuda.

Estaba a nuestro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, fulminándonos con la mirada.

Lottie estaba junto a él, pero desde luego no nos miraba con odio; si acaso, habría jurado que se estaba aguantando la risa: apretaba los labios y le temblaban los hombros.

Aquello era bueno, pues desde su pelea con Ollie apenas sonreía.

—Vicky, estamos en plena negociación de un contrato que lleva meses pendiente, impulsado por ti. Yo no sé las cifras. Ni siquiera las entiendo. Nadie en esa sala las entiende. Eso es porque nadie salvo tú entiende las cifras del demonio. Pero coges y te levantas en un momento crucial de una reunión delicadísima, abandonas la puñetera sala como alma que lleva el diablo y corres a besar al grandullón este delante de toda la sala de juntas.

—Es que cuando veo a Mike, se supone que debo ir directa a él y besarlo. Fue muy específico.

Felix arqueó las cejas al oír mi justificación y se volvió hacia Mike.

—Venga ya, tío. ¿En serio le has dicho que haga eso? ¿Ollie está al tanto?

Mike suspiró.

—Deja al duque de Follangham al margen —le pidió a Felix.

—¿Que lo deje al margen? Escucha, carpintero. Llevas meses ignorando a Vicky a propósito. ¿A qué juegas? Ni Ollie ni yo queremos que le tomen el pelo. Así que ándate con ojo. ¿Queda claro?

—Mira, he sido un imbécil. Lo pillo, en serio. Pero no tenía toda la información, ¿no?

—No creo que seas un imbécil —le dije a Mike, molesta.

Se giró hacia mí y sonrió.

—Sí que lo fui, cielo —me dijo en voz baja—. Y Felix tiene razón. No merezco que me des una oportunidad, pero pienso aprovecharla de todos modos.

—Trátala con cuidado, Mike —le espetó Felix.

—Eso hago —replicó Mike—. Por lo que veo, prácticamente soy el único que la ha tratado con cuidado desde hace la hostia de tiempo.

—Felix, ¿por qué estás tan enfadado? —pregunté, totalmente desconcertada—. Ah, ya, perdona. He fastidiado la reunión, ¿no?

La expresión de Felix se suavizó al mirarme a mí.

—Vicky, no solo estoy enfadado por la reunión, aunque sí que tienes que volver ahí dentro, geniecillo. Estoy enfadado porque no quiero que Mike tontee contigo si no está totalmente comprometido, y Ollie opinará lo mismo.

—Pe-pero ¿y a ti qué más te da? —solté—. Soy tu socia. Ah, ¿es porque quizá no esté rindiendo al máximo?

Felix me miraba extrañado.

—Vicky, me importas. Y lo... —Dejó la frase a medias y se frotó la nuca, una señal clara de que estaba incómodo—. Y lo sabes, ¿verdad que sí?

Me mordí el labio. Era una de esas preguntas que Lottie me aconsejaría no responder.

—¿Ves lo que digo, capullo? —masculló Mike. Me dio un abrazo y me apartó un poco mientras se volvía hacia mí—. ¡Ve a deslumbrarlos con tus cálculos! Yo te espero con Lucy.

Eché un vistazo a la pared de cristal que daba al despacho de Felix y vi a Lucy sentada en su asiento junto a la ventana, donde solía pasar el rato y escribir mientras su prometido dirigía su negocio.

Nos sonreía a Mike y a mí y nos saludaba como loca, con cara de emoción.

Conseguí esbozar una sonrisilla y le devolví el saludo. Sentí un alivio tremendo al comprobar que no la exasperaba verme en brazos de su hermano.

Lucy era una de las pocas personas que no tenía ningún interés económico en mí y que aun así quería ser mi amiga. Lo atribuía a su carácter un tanto peculiar, extremadamente indulgente y sumamente amable.

—Vale —dije con un dejo de tristeza.

No quería volver a la reunión. Quería quedarme con Mike. Era la primera vez que no me apetecía nada trabajar. A decir verdad, por lo general solo tenía mi trabajo.

—Aleluya —masculló Felix. Mientras volvíamos a la sala de juntas, le dio un golpe con el hombro a Mike, lo cual me pareció del todo innecesario.

—Qué interesante se está poniendo esto —susurró Lottie, ilusionada, mientras nos dirigíamos a las puertas dobles—. Tranqui, ya me encargo yo de tu hermano.

—Medio hermano —la corregí por inercia.

Capítulo 18

Aprobado



Mike

Joder. No era eso lo que tenía en mente cuando decidí sorprender a Vicky en el trabajo.

Para ser sincero, no lo había pensado bien, pero pensar en Vicky con claridad no era mi fuerte.

Así que, como acabé de hacer las entregas antes de lo previsto, decidí no esperar a la hora acordada para ir a buscarla a su casa y, en un ramalazo de los míos, me planté en su oficina. Conocía bien el lugar.

Felix era uno de mis mejores amigos y el novio de mi hermana. Estaba harto de que mantuviésemos la relación en secreto mientras asistíamos al drama de Ollie y Lottie.

Ya iba siendo hora de que todos supieran que Vicky era mía.

No había imaginado que se levantaría en mitad de la reunión, dejaría plantados a los trajeados que habían estado pendientes de cada una de sus palabras y saldría corriendo directa a mis brazos.

¿Quién se lo hubiera imaginado?

Pero debería haber recordado que se lo tomaba todo al pie de la letra. Si le había dicho que quería que me besara al verla, eso era lo que iba a hacer, fueran apropiadas las circunstancias o no.

Y de ninguna manera iba a rechazarla.

Que les diesen a los trajeados, y eso incluía a Felix.

«Pe-pero ¿y a ti qué más te da?».

Reprimí la ira que me entró al recordar su vocecita y la perplejidad genuina que transmitía.

¿De qué coño iba esa gente? ¿Por qué Vicky creía que no les importaba nada?

En cuanto hubo finalizado su reunión, me dijeron sin rodeos que la cenita para dos que había planeado para Vicky y para mí no iba a poder ser.

Al rato, Ollie entró en la oficina como si fuera el dueño. En su defensa diré que era el dueño de casi todo Londres, y, en parte, su fanfarronería se debía simplemente a la arrogancia innata de los aristócratas. Al fin y al cabo, su familia llevaba más de quinientos años gobernando buena parte del Reino Unido. Pues eso, que su mirada aristocrática, de señor de la mansión, estaba fija en mí. Y no estaba muy contento, que digamos.

—Hola, Ollie —lo saludó Vicky, completamente ajena a la tensión que se respiraba en el ambiente.

Cuando la rodeé con el brazo y la arrimé a mi costado, Ollie se quedó estupefacto.

—Me ha llamado Felix —dijo, mirándonos. Le cogió la mano a Lottie en cuanto se acercó a él—. Qué cambio más radical, ¿no, Mike?

¡Y vuelta la mula al trigo! Deseé con todas mis fuerzas no haber sido tan capullo con Vicky en el pasado. Lo iba a pagar, y caro, además.

¿Por qué habría creído buena idea ignorar a una mujer preciosa que claramente estaba colada por mí y decirles a mis amigos lo pesada que me parecía? ¿Qué mosca me había picado?

Podría llevar meses con Vicky de no haber sido tan idiota.

—Ollie —intervino Vicky—. No seas malo con Mike. Me gusta, y ya no cree que esté «vacía por dentro» ni que «carezca de personalidad».

Ollie echaba humo.

—Un momento. ¿Cómo sabes que pensaba eso?

—Me lo dijo él —repuso Vicky encogiéndose de hombros—. Creía que yo intentaba...

—Vics, ¿qué tal si te vas a charlar un rato con las chicas? —me apresuré a interrumpirla, no fuera a ser que me metiera en más líos con su hermano—. Arreglaré las cosas con Ollie, ¿vale?

—Eso, Vics —dijo Lottie mientras se la llevaba con Tabitha y Lucy—. Tienes que contarnos muchas cosas, golfilla.

—¿A qué coño juegas? —preguntó Ollie una vez que las chicas entraron en el despacho de Felix y ya no podían oírnos—. Creía que no tragabas a mi hermana. ¿Qué ha cambiado?

—Me equivoqué, ¿vale? —dije por enésima vez, o eso me pareció—. Soy un imbécil y me equivoqué. —Desplacé el peso de un pie al otro y me aclaré la garganta. Hablar de sentimientos con mis amigos no me entusiasmaba—. Me gusta mucho, Ols —le confesé en voz baja y con sinceridad—. No habría empezado algo con ella de no ser así.

Ollie se pasó una mano por la cara. Miró al despacho en el que estaban interrogando a Vicky y de nuevo a mí.

—Vics lo ha pasado mal. Me preocupa, y sé que últimamente no le he prestado atención. —Suspiró—. Mira, sé que viste la crisis que sufrió en la gala, pero eso es solo el principio. Un par de semanas antes, Vics... —Dejó la frase ahí, lo que hizo que me bajara un escalofrío de inquietud por la espalda.

Un par de semanas antes de la gala, me enfrenté a ella en su casa porque creí que se me estaba insinuando.

Ollie meneó la cabeza para despejarse.

—Mira, eres un amigo muy preciado para mí y confío en ti, pero tienes que saber en qué te estás metiendo. No le hagas daño, ¿vale? Es vulnerable, Mike.

—No voy a hacerle daño, Ollie —añadí con determinación. Claramente, ya la había lastimado bastante. Debía averiguar qué pasó después de que me cebara con ella como un tonto en su casa.

Debió de sufrir otra crisis nerviosa. Pero no quería presionar demasiado a Ollie en ese momento. Además, ya venían las chicas.

Media hora después, Vicky, Felix, Lucy, Ollie y yo estábamos frente a una pijotada con estrella Michelin en cuyo menú fijo que no habría nada que le gustase ni un poquito a Vicky. Lottie había ido a

recoger a Hayley al cole, así que no podría defender a Vicky como de costumbre.

—No vamos a comer aquí —sentencié, acercando suavemente a Vicky a mí e ignorando la mirada asesina de Ollie.

—No pasa nada, imbécil —contestó Felix—. No vas a dejar de ser un campechano de clase obrera porque comas en un restaurante con una estrella Michelin.

Miré con rabia al muy desconsiderado.

—Elige otro sitio —dije apretando los dientes.

Tener a Vicky pegada a mí solo reforzó mi determinación. Estaba en los huesos, no exagero. ¡Que le palpaba las costillas, por el amor de Dios!

—Mike —me espetó Felix—. Déjate de chorradas y...

—Mike tiene razón —intervino Ollie.

Cuando lo miré, nos observaba a mí y a su hermana con una cara cercana a la aprobación.

—No comeremos aquí.

—¿Qué te parece el sitio que encontramos el otro día, Vics? —sugirió Lucy con voz suave—. El italiano, ¿te acuerdas?

—¿El que me hizo la salsa sin cebolla? —preguntó Vicky.

Lucy sonrió.

—Sí, ese.

Vicky negó con la cabeza.

—Deberíamos decidir por mayoría. Es lo más lógico.

—Pues yo quiero langosta, así que yo voto por el primero. Es... ¡Ay! —Felix fulminó con la mirada a Ollie, que acababa de darle una patada en la espinilla—. ¡Joder, Bucks!

—Comeremos en el italiano.

Nos dirigimos al restaurante sumidos en un silencio incómodo. Me negaba a soltar a Vicky pese a lo tenso que estaba el ambiente.

—A ver si podemos resolver ya este asunto —dijo Ollie, enfrente de mí, cuando al fin nos hubimos sentado.

—No hay nada que resolver. Estoy saliendo con tu hermana —repuse. Era más que obvio, pues no la había dejado separarse de mi lado ni una sola vez y apoyaba el brazo en el respaldo de su silla.

—Media hermana —puntualizó Vicky.

Apreté los dientes para no decir nada.

—Quiero saber cuándo empezó todo esto —me espetó Ollie—. Llevas meses pasando de ella.

—Creo que te olvidas de la gala en la que la pifiaste y yo te salvé la papeleta. De nada, por cierto.

—Te dejé llevar a Vicky a casa después de la gala —dijo Ollie rechinando los dientes—. No te di permiso para hacer lo que quisieras con ella. De hecho, recuerdo que justo te dije que no le pusieras las manos encima, joder.

—Ollie, esa boca —le espetó Lottie al acercarse a nuestra mesa con Hayley.

—Hola, polizona. —La voz de Ollie se suavizó al instante, como siempre que se dirigía a esa niñita.

Es que era una ricura.

Hayley le sonrió, le dio un abrazo y luego saludó con la mano al resto de la mesa. Era una chiquilla tímida. Hasta hacía poco, nunca la había oído hablar.

Hayley sufría mutismo selectivo a causa de un trauma. Su madre era alcohólica y la había descuidado antes de que Lottie se hiciera cargo de ella. Durante mucho tiempo, Hayley solo hablaba con Lottie, pero ahora escuchábamos su voz cada vez con más frecuencia.

Fruncí el ceño. Un trauma infantil. ¿Sería por eso que Vicky no hablaba cuando era pequeña? ¿Cuál fue exactamente su trauma?

Sentí una opresión en el pecho al pensarlo, y acerqué aún más la silla de Vicky a la mía.

Para mi sorpresa, después de abrazar a Ollie, Hayley fue directamente hacia Vicky.

Se miraron un momento y, para mayor sorpresa aún, Hayley habló.

—Mikey te está rodeando con el brazo —señaló Hayley.

—Suele hacerlo —respondió Vicky mientras Hayley acercaba una silla para sentarse a su lado.

—Vale —dijo Hayley en voz baja, mirando a su alrededor al darse cuenta de que todos la estábamos mirando.

Vicky se encogió de hombros.

—A mí me parece bien. Tiene buenos brazos.

Lucy rió tan fuerte por debajo de la nariz que la muy tonta casi escupió la bebida.

Entonces Hayley le sonrió a Vicky y se asomó delante de ella para sonreírme a mí.

Fue la primera sonrisa sincera que le sacaba a la chiquilla, y fue por hacer feliz a su amiga.

Hayley se llevó la mano al pecho y después al de Vicky.

Mi novia repitió el movimiento, y, cuando miré a Lottie, le brillaban los ojos de las lágrimas que se agolpaban en ellos. Cuando captó mi mirada, me sonrió como quien va a llorar.

Cada vez conocía más a fondo a Vicky.

Ollie había estado pendiente del mudo diálogo y vio que Hayley le daba su aprobación.

Apretó la mandíbula por un momento, y, cuando pensé que iba a largarse, miró al techo un instante y clavó los ojos en los míos.

—No la cagues, Mayweather —gruñó.

—Ollie, no tienes que preocuparte por cuándo Mike decidirá que está harto de mí —apuntó Vicky.

Todos la miramos pasmados.

—Ya me lo veo venir, pero te prometo que me esforzaré por no ser una carga emocional ni para ti, ni para Lottie, ni para Margot cuando suceda.

—¿Qué...? —empecé a decir con incredulidad, pero Ollie me interrumpió.

—¿Una carga? —Ollie miraba a Vicky con el ceño fruncido—. Vics, ¿cuándo he dicho yo que seas una carga?

—¿No es por eso por lo que te preocupa mi relación con Mike? Entiendo que eres un hombre muy ocupado. No te obligaría a cargar con mi angustia. —Se giró hacia Felix y añadió—: Y mi rendimiento laboral no se verá afectado. De hecho, cuando estoy triste, suelo ser más productiva. Así que tampoco tienes por qué amenazar a Mike.

—Vicky —dijo Ollie con voz grave y un deje amenazante—. ¿Nos estás diciendo que crees que solo me importa cómo te trata Mike porque me preocupa que te conviertas en una carga?

—¿Y que a mí solo me preocupa que baje tu puñetera productividad? —se sumó Felix.

Vicky frunció el ceño y se volvió hacia Lottie.

—Lo siento. ¿Es una de esas veces en las que no debería decir la verdad?

—No, cariño —dijo Lottie en voz baja—. Si es tu verdad, debemos oírla.

—¡Eres mi hermana! —exclamó Ollie, frustrado, golpeando la mesa con la mano, lo que hizo que Vicky diera un respingo.

—Tranquilízate, Harding —gruñí al notar que Vicky temblaba.

—Media hermana —susurró esta.

—Y deja ya de hablar de medias hermanas y medios hermanos. ¿Qué más dará? —protestó Ollie, frustrado.

—Un momento —intervino Lottie—. Vics, ¿somos amigas? Tú y yo.

—¿Es una de esas veces en las que...?

—No, quiero saber qué opinas. No es momento para mentiras.

—Pues no. No somos amigas en el sentido tradicional de la palabra. Me caes muy bien y eres muy amable conmigo. Superamable. Te lo agradezco. Pero trabajas para mí y eres la novia de mi medio hermano. —Se encogió de hombros—. No te queda otra.

Lottie se puso roja mientras miraba incrédula a Vicky.

Ollie, presintiendo que obviamente iba a estallar, le puso la mano en el brazo, pero fue demasiado tarde. Lottie se levantó como un resorte.

—Tú... —Señaló a Vicky—. Eres una de las mejores amigas que he tenido en mi vida. Te quiero, doña ridícula. Adoro que me hagas reír todos los días. Adoro cómo funciona el cerebro ese tan maravilloso y complejo que tienes; adoro lo generosa que eres, lo amable que eres y lo mucho que te importa la gente, aunque no te entiendan o no quieran entenderte. ¡Así que ni se te ocurra decirme que no somos amigas! —Hacia el final del discurso ya estaba gritando. Acto seguido se dejó caer en su asiento.

Hayley le habló por señas y ella le espetó:

—No, no me calmo. Tú, claro, como Vicky sí que te considera su amiga...

—Y, por favor, deja ya de decir que soy tu medio hermano —añadió Ollie con tirantez—. Te queremos. El grandullón este te va a tratar como a una reina o le partiremos las piernas, y punto.

Vicky estaba tensa en mis brazos, y no me gustaba.

—Eh, vosotros, dejad ya de gritar y de armar tanto follón —les advertí—. Dejadla comer, hombre.

—Yo también te quiero —le susurró Vicky a Lottie con la voz un tanto trémula.

—Lo sé, cari —respondió Lottie en voz baja—. Se acabó lo de considerarte una carga, ¿vale?

Vicky bajó la vista a la mesa, pero asintió brevemente.

El resto de la velada transcurrió sin dramas, sorprendentemente. Felix y Lottie relataron que, ese mismo día, Vicky había despellejado a un grupo de abogados desprevenidos que representaban a un gran inversor. Empezaron la reunión subestimándola por completo y sin tener ni idea de que había investigado a fondo cómo habían fluctuado sus finanzas durante la última década.

—Qué gustazo me ha dado —comentó Lottie—. Me encanta cuando puedo dejarte a tu bola. Los tíos esos se lo merecían, te lo digo yo.

Lottie sabía cuándo mentía la gente; como equipo, Lottie y Vicky rara vez se equivocaban.

—No quería «despellejarlos» —repuso Vicky con el ceño fruncido—. Deberías haberme apretado la muñeca.

—¿Para qué sirve ese gesto? —pregunté—. Te he visto hacérselo a Vicky cuando... —Dejé la frase a medias al darme cuenta de lo que estaba diciendo.

—Cuando estaba hiperconcentrada en ti —acabó ella por mí.

Ollie se atragantó con el vino.

—Me lo hace para que pare. O para que deje lo que estoy haciendo, ya sea hablar o concentrarme en algo que... no me corresponde.

—¿Para que dejes de hablar? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué querría alguien que dejaras de hablar?

Vicky se giró hacia mí.

—Mike, te habrás dado cuenta. Cuando empiezo a hablar de un tema, me pongo muy... intensa. ¿Recuerdas la otra noche, que te hablé sin parar del peligro que corren los erizos del Reino Unido?

—¿Y qué? —objeté, frunciendo el ceño—. Siempre das datos interesantes. Nadie debería interrumpirte.

Capté la mirada de Lottie al otro lado de la mesa. Me sonreía radiante.

—Aprobado —dijo con decisión.

Capítulo 19

Buena chica



Vicky

La furgoneta de Mike no arrancaba. Ya había girado la llave dos veces, pero el motor se había apagado. Su Land Rover, aunque era antiguo y estaba lleno de barro, parecía bastante fiable, pero la furgoneta que usaba para las entregas era harina de otro costal.

—Necesitas un vehículo nuevo —advertí.

—Lo sé, cariño —dijo apretando los dientes.

—Tus muebles —empecé a decir, alzando la voz por la intensidad de mis sentimientos—. Todos y cada uno de ellos son obras de arte. Deberías contar con un transporte adecuado.

Mike se quedó paralizado y acto seguido se giró para mirarme con expresión intensa. Retiró la mano del volante para tocarme la cara, no sin antes detenerse para darme tiempo a asentir.

Me pasó por detrás de la oreja el mechón que se me había soltado del moño tan tieso que llevaba y me ocultaba los ojos, me tomó de la mandíbula y me dio un beso breve y fuerte antes de volver a su tarea.

—A la tercera va la vencida —añadió con una sonrisa mientras la vieja furgoneta cobraba vida.

—No deberían hacer falta tres intentos para que arranque —le aseguré—. No soy mecánica, pero tengo conocimientos básicos de...

—Sustituiré esta tartana cuando reúna el dinero necesario —me interrumpió—. Acabo de ampliar el taller. He tenido que invertir todo el capital en eso.

—Podría...

—No —me interrumpió con decisión.

—¿Es una cuestión de ego masculino?

—En parte, pero también te acabo de oír decirle a una de tus mejores amigas que creías que la única razón por la que pasaba tiempo contigo era para devolverte el favor. ¿Crees que, aunque sea por un segundo, quiero que pienses eso de mí?

—Ah. —No supe qué decir. Por mi experiencia, si ofrecía dinero, lo aceptaban.

Había mantenido a mi madre y a mi media hermana durante años, y ni siquiera fingían que les caía bien. Nunca había visto a nadie rechazar mi dinero por si me hacía dudar de sus intenciones.

Seguía rememorando lo que había pasado esa noche. Mientras repasaba las palabras de Lottie una y otra vez, sentí que algo se desanudaba en mi pecho, algo que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba retorcido.

—Ojalá pudiéramos ir a la cabaña —dije cuando aparcó frente a mi casa. Mi voz sonaba tan abatida como me sentía ante la perspectiva de entrar en mi casa vacía de Londres—. Supongo que aún no hemos llegado al número mágico, ¿no? —le pregunté esperanzada a Mike.

Se rio entre dientes.

—Va, que te acompaño dentro.

Se apeó de un salto y fue corriendo a mi lado a abrirme la puerta.

No me pasaba por alto ese rasgo de Mike. Se creía un bruto, pero sus actos me parecían más caballerosos que los de la mayoría de los hombres de clase alta que conocía.

Detallitos como abrirme la puerta, mantenerme apartada de la carretera, retirarme la silla, ponerme la mano en la espalda para guiarme por lugares concurridos...

El de la mano en la espalda era mi favorito. No estaba segura de que Mike fuera siempre plenamente consciente de lo que hacía, ya que por lo general se cuidaba mucho de pedirme permiso para

tocarme, pero la mano en la espalda le salía sola. Me hacía sentir segura.

No siempre me sentía segura en entornos desconocidos, pero con el calor de la mano de Mike en la espalda, sabía que todo iba a ir bien. Sabía que él no permitiría que me pasara algo malo. A ver, sí, es totalmente ilógico: una mujer adulta no necesita que la guíen por ningún espacio, y normalmente no me gustaba que se dieran situaciones ilógicas como esa.

Pero, por ilógico que parezca, que me pusiera la mano en la espalda me hacía sentir más segura y valorada que nunca.

Mike se detuvo en seco en el vestíbulo al ver que la mesa de centro que él mismo había elaborado seguía en la misma posición en que la había dejado.

—¿Por qué sigue aquí? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Vino Ollie después de... —No quería que Mike supiera lo que pasó después de la entrega—. Después de que la trajeras. Se ofreció a moverla, pero yo insistí en dejarla ahí.

—¿En todo el medio? —preguntó confundido.

—Era un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué?

Suspiré.

—Un recordatorio de que te dejase en paz. Llegaba a casa, veía la mesa de centro y recordaba lo que había pasado. Era para no volver a hiperconcentrarme en ti.

Ladeó la cabeza mientras me miraba. Había intensidad en sus ojos, como si se gestara una tormenta en ellos.

—Antes Ollie me ha dicho algo de ti. Que te pasó algo dos semanas antes de la gala. Y... bueno, sé que fue cuando te entregué la mesa; me dijiste que fue una interacción estresante para ti, y pues...

—Sufrí una crisis nerviosa —admití.

No tenía sentido mentir. Mike necesitaba saber exactamente en qué se estaba metiendo, aunque admitir mi nivel de disfunción me sacase los colores y me revolviere el estómago.

—Ollie y Lottie me encontraron debajo de la mesa. No fue como en la gala. No gritaba ni nada de eso. Pero tuvieron que entrar en mi casa a la fuerza porque desaparecí. Cuando me encontraron, ni hablaba ni me movía. Ollie tuvo que sacarme a rastras y abrazarme para que me tranquilizase.

—¿Fue...? —Miró a otro lado. Tragó saliva y me miró a los ojos al volver a hablar—. ¿Fue por lo que te dije? ¿Por lo cruel que fui contigo?

Sentí una opresión en el pecho al desplazar el peso de un pie al otro y apartar los ojos de su mirada penetrante. En ese momento, deseé con todas mis fuerzas saber mentir.

—Tienes que entenderlo —le dije—. Estaba muy obsesionada contigo y quería causarte una buena impresión. Incluso encontré unos vaqueros que podía ponerme, pero, a decir verdad, fue un error. Ningún vaquero es lo bastante suave como para que lo tolere. Así que, sí, reaccioné mal.

Gruñó y se acercó a mí. Hizo amago de enmarcarme el rostro con las manos, pero antes de tocarme, susurró:

—¿Te parece bien?

Asentí. Pasó de acariciarme la mandíbula a hundirme los dedos en el pelo mientras me observaba con un fulgor intenso.

—Vicky, sé que ya te lo he dicho, pero ni te imaginas cuánto siento lo que te dije aquel día. Por favor, dime que sabes que no eran más que gilipolleces.

—No tienes que volver a pedirme perdón —apunté en voz baja—. De verdad, cualquier otra persona normal habría hecho lo mismo...

—Deja de decir eso. No te atrevas a menospreciarte así —dijo con voz firme y ligeramente gruñona. —Cerré la boca de golpe—. Dios —masculló mientras me abrazaba—. Qué bien que me des una oportunidad. Soy un cabrón con suerte.

Solté una risa contenida contra su suave camisa, disfrutando de la sensación de su cuerpo firme junto al mío.

—Soy yo la «cabrona con suerte» en este caso.

Me estrechó más fuerte mientras negaba con la cabeza y murmuró:

—No tienes ni idea de lo increíble que eres, ¿verdad? ¿Cómo es posible?

No consideré productivo seguir discutiendo, así que me hundí más en su pecho.

Tras un rato se apartó y su mirada tormentosa pasó de mí a la mesa de centro.

—Voy a tirar eso. Se acabaron los recordatorios de lo cabrón que fui. Me la llevo a la furgo.

—No —protesté, interponiéndome entre él y la mesa—. Me encanta esta mesa.

—Pues ya te haré otra —dijo con cariño.

—No. —Mi tono ahora era firme—. Quiero esta.

Suspiró.

—Pues la colocaré en un lugar apropiado. ¿Dónde la quieres?

Se quitó la camisa y se la ató a la cintura, de modo que solo llevaba una camiseta térmica ajustada que le marcaba los músculos. Se agachó y levantó la enorme mesa de centro del suelo como si no pesara nada.

—¿Vicky?

Me quedé mirándolo embobada. Lo único que delataba que se estaba esforzando era lo contraídos que tenía los pectorales y los brazos.

—Cariño —dijo Mike entre risas—. Si ya has acabado de comerme con los ojos, dime dónde pongo esta pasada de mueble.

Me ardían las mejillas al señalar mi salón. Había enmudecido. Tenía calor y frío a la vez. Me embargaba una sensación de anhelo. Como si tuviera gripe. Como si tuviera fiebre y mi cuerpo supiera que la única forma de bajarla era pegarme más a Mike.

—Pues aquí mismo te la dejo —concluyó Mike al entrar en el salón y ver que no decía ni pío.

La puso en el suelo y se enderezó. Se estiró con una mano en el cuello y movió la cabeza de un lado a otro para destensárselo.

Me acerqué a él como si fuera en piloto automático. Mi sangre febril tomó el control de mis actos. Planté las manos en su glorioso pecho y las fui moviendo por su dura musculatura, pero no me bastó. Necesitaba sentirlo a él, no su camiseta térmica. Así que le

metí la mano por debajo y acaricié sus abdominales, que se tensaron con mi roce.

—Joder, Vicky —masculló Mike con voz entrecortada—. Cariño...

—Necesito estar cerca de ti —dije con la voz rayana en una desesperación que ya sentía crecer—. Por favor, Mike.

Fue el «por favor» lo que lo desarmó.

Mike me rodeó fuerte con un brazo y me acercó a su cuerpo mientras llevaba la otra mano a mi pelo y me besaba.

Gemí en su boca y le metí las manos por debajo de la camiseta térmica para sentir el calor de su espalda torneada. Estaba mareada. Lo veía todo borroso. Me había subido la fiebre.

Y Mike llevaba demasiada ropa.

Eché mano a su cinturón, y fue entonces cuando gimió él.

Dejó de besarme para apoyar la frente en la mía.

—Vicky, ¿qué haces? Vamos a... Ah, joder... —Dejó la frase a medias cuando empecé a besarlo en el cuello. Entonces, actuando por un instinto que no creía tener, me puse de puntillas y le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. ¿Era raro morderle la oreja a alguien?

Antes de Mike, la idea me habría desconcertado por completo, pero al oír los ruidos que emitió cuando se lo hacía, pensé que no le parecería raro.

—Quítate la camiseta —le rogué.

No reconocía mi propia voz; el deseo la había tornado áspera y ronca. Pero es que necesitaba estar más cerca de él. Tenía que sentir su piel junto a la mía.

Con ese objetivo en mente, me quité la blusa y me quedé en sujetador. Por primera vez habría deseado tolerar una prenda íntima que no fuera de algodón.

Pero a Mike no pareció importarle. De hecho, ver mi sencillo sostén rosa claro fue lo que terminó por desatarlo.

—Qué buena estás, joder. —Sonaba dolido. Se le había acelerado la respiración. Cuando me miró, fue con intensidad: tenía las pupilas tan dilatadas que solo se apreciaba un círculo de fuego dorado a su alrededor.

—Por favor, Mike —supliqué jadeante. Él gimió de nuevo y me levantó en un visto y no visto. Me abracé a su cuello y a sus caderas sin pensar.

—Al dormitorio —gruñó. Le dediqué una sonrisa gigante, muy poco habitual en mí. Por un momento se quedó atónito—. Qué guapa eres —musitó. Y me besó de nuevo.

No quería que se me distrajera y se olvidara de ir al dormitorio, ya que parecía ser la vía más rápida para conseguir mi objetivo, así que en cuanto pude hablar después de besarnos, le dije:

—Arriba, primera puerta a la derecha.

Subió las escaleras de dos en dos como si no pesase nada y abrió la puerta de mi dormitorio con el hombro. No se detuvo hasta que me tumbó en la cama. Se cernió cuan grande era sobre mí y me escrutó con sus ojos castaño dorado mientras me apartaba el pelo de la frente con delicadeza.

—Podrías estar con quien quisieras —murmuró con un tono casi reverente—. Te das cuenta, ¿no?

—Solo te quiero a ti —le dije con sinceridad mientras lo tomaba de las mejillas y le rozaba la barba—. Siempre te he querido solo a ti.

Gruñó al tumbarse encima de mí. Acepté su peso de buena gana mientras me besaba de nuevo. Sin embargo, esta vez tiré del dobladillo de su camiseta hasta que captó la indirecta y se la quitó con otro ademán increíblemente atractivo: se la agarró por detrás con una mano y se la pasó por la cabeza de un solo tirón.

—Madre mía —musité al contemplar su pecho perfecto. Entonces volvió a aplastarme. Se restregó contra mí mientras me besaba en el cuello.

De repente, ya no llevaba sujetador; me lo había quitado con la misma agilidad de antes. Me arqueé cuando me succionó el pezón. Gemí de nuevo, murmurando una y otra vez «por favor, por favor, por favor». Ni siquiera sabía qué pedía, pues carecía de la experiencia, pero sabía que necesitaba algo.

Volvió arriba y acercó la boca a mi oreja.

—Tranquila, cariño —susurró con voz grave y ronca, lo que me estremeció—. Estoy aquí.

Se echó un poco a un lado para levantarme la falda y presionó con el pulpejo de la mano justo donde más lo necesitaba.

La parte inferior de mi cuerpo se arrimaba por sí sola a él, en pos de más y más fricción.

—Shh —me susurró al oído—. Voy a cuidar de ti, te lo prometo. Ahora levanta un poco.

Alcé las caderas y él me bajó las medias y las bragas con destreza. Entonces volvió a ejercer presión donde la necesitaba.

—Buena chica —murmuró en mi oído. Eso ya me remató.

La tensión no había hecho más que aumentar. La certeza de que ese hombre estaba en mi cama —saber que no era un sueño y que de verdad estaba tumbado encima de mí— fue abrumadora.

Puse los ojos en blanco y me arqueé contra su mano. Entonces, la tensión se rompió y una dicha increíble me invadió en oleadas.

Vi las estrellas mientras todo mi cuerpo explotaba. La liberación fue inmensa.

Mike no retiró la mano mientras se me pasaba el subidón. Con la otra mano me apartaba los mechones que se me habían pegado a la cara por el sudor.

—Joder, Vicky —dijo con voz áspera—. Pero si ni hemos empezado aún.

—¿He...? ¿He hecho algo mal? —pregunté en voz baja, sintiéndome expuesta y quizás un poco rara.

—No, cariño —respondió con firmeza. Volvió a tumbarse encima de mí y me miró a los ojos fijamente—. Ha sido perfecto. Tú eres perfecta. Es que... —Se rio entre dientes—. Has alcanzado el clímax un poco antes de lo que esperaba. —Me notaba la cara caliente, por lo que intenté girar la cabeza para no mirarlo; sin embargo, me sujetó la cara con ambas manos y añadió—: Eh, no es nada malo, Vics. Solo me ha pillado desprevenido.

El anhelo volvió a incrementarse ahora que todo su peso volvía a estar sobre mí, reteniéndome contra la cama. Me gustaba sentir que me sujetaba, que me envolvía, que me reclamaba.

—Creo que ha sido por llamarme buena chica —admití—. Creo que me va ese rollo. Siempre he respondido muy bien a los elogios y a los resultados basados en el rendimiento.

Gruñó y se puso a restregarse contra mí de nuevo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó con la voz rota y la mandíbula crispada.

—Eh..., pues podrías tener relaciones sexuales conmigo —sugerí. A ver, parecía lo más obvio.

—Vicky, eres virgen. Ni siquiera debería estar haciéndote esto.

—Por favor, Mike —susurré—. Te necesito. No soporto esperar más.

Me miró con una intensidad ardiente y mascullo:

—Voy a ir al infierno.

Y me besó de nuevo.

Capítulo 20

El procedimiento habitual



Mike

Vale, no soy un santo.

Sí, era demasiado pronto para ella. Lo sabía. Sabía que estaba mal. Pero tenía a la chica más guapa que había visto en la vida real desnuda debajo de mí, sabiendo que yo era el único con el que quería estar, habiendo soñado con ella durante meses. De ninguna manera iba a ser lo bastante fuerte para hacer lo correcto.

Tras dejar de besarla, le pasé los labios por la mandíbula y le mordí en la oreja como venganza. En cuanto su boca quedó libre, volvió a hablar con ese tono jadeante y desesperado.

—Tomo la píldora anticonceptiva oral —me informó—. La dosis de etinilestradiol es de treinta microgramos y la de levonorgestrel, de cincuenta. Llevo tomándola el tiempo recomendado para asegurar su eficacia. Y he comprado condones. De todo tipo. Había mucha variedad. No sabía cuál preferirías, así que he adquirido una amplia gama. Por lo que ese aspecto está cubierto. Además, si vas apurado, podríamos minimizar el periodo poscoital. He investigado un poco y he averiguado que hay hombres a los que no les gusta acurrucarse, así que podría...

Solo dejó de hablar cuando volví a cubrir sus labios con los míos. Parecía que estuviera defendiendo su causa ante un tribunal.

Como si necesitara que me convenciera.

Como si me preocupara que fuera a ser una pérdida de tiempo. Joder.

—Vicky —dije contra su boca—. Cállate, preciosa. ¿Vale?

—Vale.

—Buena chica.

Se estremeció debajo de mí y sonreí antes de pasarle la boca por el cuello y seguir bajando.

—¿Q-qué haces? —me preguntó con voz trémula.

Ya había llegado a su terso vientre. Me detuve brevemente para quitarle la falda y la besé desde la cadera hasta sus partes.

—¡Ay, madre! —Se arqueó en la cama cuando la lamí—. ¿Es este el procedimiento..., eh, el procedimiento habitual?

Sonreí exultante y la lamí de nuevo; me serví de uno de mis toscos dedos para comprobar lo prieta que estaba mientras mi boca seguía centrada en su clítoris. La conclusión fue que estaba cerradísima, y yo no la tenía pequeña, precisamente. Sentí una punzada de inquietud, pero entonces reorienté mis esfuerzos y volví a llevarla al orgasmo.

—Mike, Mike, Mike. —Coreó mi nombre a modo de plegaria mientras, temblando de arriba abajo, hundía las manos en mi pelo—. No puedo... No es... ¡Ah! —Explotó con un grito. Todo lo que había debajo de mi lengua se contrajo, mientras su cuerpo entero se estremecía ante la intensidad del momento.

Subí despacio hasta su rostro, sin dejar de apretarle ligeramente ahí abajo.

Su cara de grogui satisfecha me infló el ego.

—Te necesito dentro de mí —susurró, intentando tirarme de nuevo sobre ella—. Por favor, Mike, soy tuya. Por favor.

Notaba lo resbaladiza y húmeda que estaba bajo mi mano. Quizás fuera demasiado pronto, pero sabía que estaba lista para mí.

—Vale, cariño —dije con un gruñido bajo y el cuerpo dolorido por la tensión de contenerme. Solo quería penetrarla, pero el recuerdo de lo prieta que estaba y la preocupación de que fuera a dolerle me ayudaron a mantenerme a raya—. Condones —mascullé.

No tenía nada, pero había mencionado los condones, y sabiendo lo mucho que Vicky investigaba todo, imaginaba que querría usarlos.

—En el cajón de arriba de la mesita de noche —indicó.

La besé y me puse de pie junto a la cama. Abrí el cajón y, a pesar de lo tenso que estaba el ambiente, me reí de la sorpresa.

—No exagerabas cuando has dicho que los habías comprado todos. El cajón contenía todas las marcas, tamaños y sabores de condones habidos y por haber.

—No quería equivocarme —murmuró en voz baja. Contuve la risa al ver que volvía a estar como un tomate. Solo me faltaba hacerle pasar vergüenza.

—Lo has hecho muy bien, cariño —dije mientras cogía unos al azar y me bajaba los pantalones y los bóxers a la vez.

Vicky abrió mucho los ojos y me miró fijamente. Lívida, tragó saliva.

La miré ceñudo mientras apartaba los pantalones de una patada.

—Eh —dije con dulzura. Apartó la vista de mi polla y me miró a la cara mientras volvía a tumbarme a su lado—. No tenemos por qué hacer nada más hoy, ¿vale? Si has cambiado de idea, no pasa nada.

Eché un vistazo abajo y al volver a mirar arriba tragó saliva con nerviosismo.

—No, no he cambiado de idea —negó con firmeza, pero le noté un ligero temblor en la voz—. Es que no estaba segura de la logística exacta de todo, eh..., bueno, de si cabría.

Le sonreí.

—Cabría.

—Eh..., vale. —No parecía convencida.

Volví a apartarle el pelo rubio claro y la besé en la comisura de los labios.

—Paremos un momento. —No estaba seguro de que mi rabo fuera a reponerse del todo, pero sí de que quería que Vicky estuviera totalmente de acuerdo si íbamos a hacer eso.

Se le dibujó una expresión de determinación en el rostro y me sorprendió empujándome para sentarse encima de mí, con su calor rozándome la polla.

—No —protestó, testaruda como era—. No aguanto más. Te necesito y... —La agarré de las caderas y la moví hacia mí a un ritmo

lento—. Ah... Sí, qué... —Dejó la frase a medias para emitir un gemidito que casi me hizo perder el control.

—Muy bien, preciosa —la animé al ver que empezaba a marcar el ritmo; su cuerpo sabía por instinto lo que necesitaba—. Qué chica más buena.

Gimió de nuevo mientras me frotaba el clítoris por la base de la polla con una intensidad casi desesperada.

—Mike —musitó—. Te necesito dentro, pero no sé lo que me hago aquí arriba. Creo que... —Antes de que pudiera terminar la frase, la tumbé bocarriba, manteniendo la presión y el ritmo una vez que estuvo acomodada debajo de mí—. Es-estoy lista —dijo poniendo los ojos en blanco—. Por favor, Mike. Creo que estoy lista.

Hice una pausa para ponerme el condón y, por fin, me coloqué encima de ella.

—Vale, vale —murmuré, jadeando por el esfuerzo de contenerme, con todos los músculos del cuerpo tensos—. No voy a poder aguant... Vicky, ¿estás segura de que...?

Entonces me bajó la cabeza para decirme al oído:

—Por favor, Mike. Soy tuya. Siempre lo he sido. Quiero que seas tú. Te necesito dentro de mí.

Ya está. Esas palabras me descontrolaron por completo.

Me adentré poco a poco en su interior caliente, prieto y resbaladizo, mirándola de vez en cuando para ver cómo estaba. Asintió brevemente y me dijo «sí» con voz ronca. Entonces la penetré y acallé su grito con un beso. Cuando estuve completamente dentro de ella, no moví ni un músculo, aunque mi cuerpo me suplicara que la embistiera. Cuando dejé de besarla y vi lágrimas en sus ojos, me quedé paralizado.

—Ay, Dios, Vicky, lo siento mucho —dije horrorizado—. ¿Estás bien?

—Es que... Es que... —Hipaba y sollozaba. Me sentí como si me arrancaran el corazón—. No tolero bien el dolor. Y tú estás muy..., muy bien dotado. Me siento como si me hubieran desgarrado la vagina, y la presión es enorme, pero... No sé, ahora que estás ahí y ya ha pasado todo, me... Bueno, es agradable. Noto una ligera molestia y me siento llena, pero estoy bien..., supongo.

—Vale, entonces ¿ya no te duele? —Apreté los dientes del esfuerzo que me suponía quedarme quieto con su estrechez a mi alrededor.

—No, solo me siento llena. Pero juraría que necesito más. —Hizo una pausa y me miró con el ceño fruncido—. Mike, no pretendo meterme en tus asuntos cuando, claramente, yo soy la inexperta de los dos, pero ¿es habitual hacer una pausa en mitad del coito para conversar largo y tendido? Es que creía que era una actividad mucho más dinámica.

Solté una risita de dolor y de alivio a la vez.

—No, no es habitual, pero quería comprobar que estabas bien.

Por voluntad propia, mis caderas se retrajeron ligeramente y volvieron a balancearse hacia delante.

Vicky gimió.

—Pues ya ves que sí —dijo a toda prisa—. Así que si me haces el favor de seguir, quizá... ¡Ay!

Empecé con embestidas lentas, observándola atentamente para asegurarme de que no le dolía. Pero cuando puso los ojos en blanco y empezamos a movernos a la par, me desmadré.

Para cuando gemía mi nombre con las manos aferrándome la espalda, me había desatado por completo. Solo pensaba en reclamarla.

La idea de que fuera mía y solo mía me volvía casi salvaje. Gruñí contra su cuello mientras se contraía debajo de mí.

—Mike, voy a..., voy...

Notaba sus espasmos, y aquello me llevó al límite; mis acometidas se volvieron erráticas y me corrí más fuerte que nunca.

Vi las estrellas. Casi me pareció que iba a desmayarme del ímpetu.

Por un momento, me desplomé sobre Vicky, con la polla bien dentro de ella y la necesidad de sujetarla y reclamarla aún corriéndome por las venas. Entonces, ya más lúcido, me di cuenta de que seguramente la estaba asfixiando y me apoyé en los brazos para mirarla.

Una fina capa de sudor le perlaba la frente; tenía la mirada perdida y la boca aún entreabierta por el grito que había proferido

al correrse.

Le di un besito y gimoteó cuando se la saqué.

Sin pensarlo, me levanté rápidamente de la cama y fui al baño a ocuparme del condón. Sentí una opresión en el pecho al ver una cantidad considerable de sangre. Tomé una decisión rápida: agarré una toalla —blanca, por desgracia, pero todo en esa casa era blanco—, la humedecí con agua tibia y regresé al dormitorio.

Cuando volví, Vicky estaba sentada en la cama, con las sábanas hasta el cuello. Su cabello, normalmente impecable, era una maraña rubia que le caía por la espalda y los hombros, y tenía rímel bajo los dos ojos.

Se la veía insegura, diminuta, vulnerable y más hermosa de lo que la había visto nunca.

—Eh, pues... ha sido muy satisfactorio —dijo con voz temblorosa—. Al menos desde mi perspectiva. Habiéndote acostado con alguien sin experiencia, obviamente tú no opinarás igual. No estoy segura del protocolo que hay que seguir a partir de ahora. —Tragó saliva con nerviosismo—. Si quieres irte, lo...

—Ni de coña —le aseguré, acercándome a ella.

Exhaló aliviada, lo cual me partió un poco el corazón.

Esa mujer tenía las expectativas tan bajas que creía que la desvirgaría y me iría tan pancho.

Me senté en la cama junto a ella y le quité las sábanas.

—Recuéstate, cariño —le pedí con dulzura.

—Eh..., ¿p-por qué?

—Solo un momento.

Dudó, pero se apoyó en la almohada que tenía detrás.

—¿Q-qué ha...?

Chilló cuando le separé las piernas y acerqué con cuidado la toalla. Una vez limpia, doblé la tela para ocultar la sangre y la tiré a la basura para ocuparme de ella más tarde.

Vicky se incorporó de sopetón y me miró con los ojos muy abiertos.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —susurró.

—Es el procedimiento habitual —aseguré. Era una mentira a medias: en mi vida había hecho eso, pero claro, tampoco me había

acostado con una mujer tan maravillosa como Vicky.

—Ah, pues... vale.

La pegué a mí mientras me tumbaba en la cama a su lado, de modo que su cabeza descansase sobre mi pecho y pudiese abrazar su cuerpecito.

—Mmm... —dijo—. ¿Esto también forma parte del procedimiento habitual?

—Uy, sí —respondí, sonriendo al techo al sentir su cuerpo blando relajarse y su tensión desvanecerse por momentos—. Ya te digo.

Capítulo 21

«*Seis, creo*»



Vicky

Me mordí el labio mientras miraba a Mike desde el otro lado de la isla de la cocina. Iba solo con su camiseta térmica porque yo llevaba su camisa de franela.

No tenía ni idea de si estaba bien seguir robándole la ropa, pero se la birlé mientras se cepillaba los dientes esa mañana y me la probé, deseando impregnarme de su aroma a bosque y sentir la suave tela contra mi piel.

No pareció importarle. De hecho, cuando empecé a quitármela, me la volvió a subir con brusquedad y me abotonó la parte delantera mientras me decía que le gustaba cómo iba vestida.

Me agarró de la mano para que no me pusiera las mallas y me llevó al piso de abajo. Así que ahí estaba yo, en bragas y con una camisa enorme, viendo al hombre más guapo que había visto en toda mi vida pasearse por mi cocina.

—Me apetece prepararte algo, pero no veo que tengas tostadora.

Me bajé del taburete en el que me había sentado Mike y abrí las puertas del armario en el que estaban mi tostadora y mi tetera.

Arqueó las cejas y sonrió.

—¿Escondes tus electrodomésticos? —Su tono era burlón.

Lottie me había ayudado a distinguir cuándo alguien bromeaba y cuándo era cruel. No siempre se me daba muy bien, pero era mucho

más hábil que antes identificando la diferencia.

—Es que no me gusta nada el desorden. —Me quedaba corta, pero no me apetecía entrar en detalles.

Se apartó de la tostadora e invadió mi espacio personal, haciendo la breve pausa que hacía siempre para avisarme. Entonces me abrazó y me besó en la nariz.

—Algo intuí cuando volví a la cama anoche y mi ropa estaba doblada en tu silla, incluidos los calcetines.

—Soy un pelín obsesiva —susurré. Fijo que los calcetines me habían delatado. Rezaba para que no lo desalentase descubrir todas mis peculiaridades de golpe.

Se encogió de hombros.

—Yo también. Quizá no con calcetines y tostadoras, sino cuando estoy elaborando una pieza. «Obsesivo» es poco. Va, que te preparo algo, hombre. ¿Cómo te gustan los huevos?

Me mordí el labio de nuevo.

—Mike, soy muy tiquismiquis con los huevos. Es... complicado.

Me dio un achuchón y suavizó el tono.

—Enséñame cómo los haces, así la próxima vez ya sabré hacerlos yo.

Al decir que habría una próxima vez, lo miré fijamente y esboqué una sonrisa enorme.

Una expresión casi feroz le cruzó el semblante. A continuación, me dio un beso breve y fuerte y otro achuchón y me dejó ponerme con los huevos.

Mientras lo preparaba todo, le pregunté cómo los querría, a lo que me contestó que se los tomaría igual que yo.

Ese nivel de flexibilidad siempre me había intrigado.

Ni siquiera sabía cómo iba a preparar los huevos: cómo de líquida quedaría la yema o qué tonalidad adquiriría el pan tostado. Iba a hacer huevos escalfados. Tenían que cocinarse durante dos minutos y treinta y cinco segundos exactos. El pan tenía que ser integral, pero sin semillas, y tostarse durante un minuto y diez segundos de reloj en una tostadora precalentada.

—Un momento, me lo apunto —dijo Mike mientras yo explicaba de corrido lo que estaba haciendo—. ¿Y cómo es que precalientas la

tostadora?

Me sonrojé, así que agaché la cabeza para no mirarlo a los ojos.

—La enciendo durante treinta segundos para que esté caliente al meter la tostada.

Seguí evitando el contacto visual mientras trajinaba por la cocina. Cuando finalmente le serví los huevos escalfados sobre las tostadas y me senté a su lado en el taburete de la cocina, me quedé mirando fijamente mi plato; me sentía tan rara que ya no tenía hambre.

¿Era raro precalentar la tostadora?

—Eh. —Miré a Mike, que ahora estaba completamente vuelto hacia mí. Agaché la cabeza de nuevo y mi pelo me ocultó el rostro. Sin embargo, fiel a su estilo, Mike me giró el taburete para que lo mirase y, con la otra mano, me pasó el cabello por detrás de la oreja—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no comes?

—Soy un poco... quisquillosa con la comida —respondí—. No es que sea una princesa de hielo ni una mimada. Tampoco es que sea complicada a propósito. Es que...

—Vicky, te estás preparando el desayuno en tu cocina —dijo—. Sé lo quisquillosa que quieras. —Su tono se suavizó—. Y siento haberte llamado princesa. No te conocía entonces y te prejuicé. Sabes que ya no lo pienso, ¿no? —Hizo una pausa y puso una cara que no supe interpretar—. Vicky, adelgazaste en exceso después de que fuese un capullo contigo y Ollie te encontrase debajo de la dichosa mesa de centro. Nunca me lo perdonaré, pero voy a hacer todo lo posible por enmendarlo. No quiero volver a estresarte. Nunca pensaría que eres una mimada o complicada.

Esboqué una sonrisilla.

—Mike, reconoce que un poquito complicada sí que soy.

Arqueó las cejas.

—No lo creo.

Suspiré.

—Tengo una tabla de colores que indica cómo prefiero el té según la hora del día, Mike.

—Ya, bueno, si acaso eso te hace menos complicada —objetó con naturalidad—. Si todo el mundo hiciera eso, se desperdiciaría mucho menos té.

Parpadeé.

—Yo también lo creo —susurré—. Se lo comenté a Lottie y me aseguró que la mayoría de la gente no estaría de acuerdo. No me permite mencionarlo en las reuniones.

Frunció el ceño.

—Llévate la tabla donde te dé la gana, cariño —apuntó, gruñón—. Y que te sirvan el té como te apetece, hostia.

Dejé el tenedor y me volví hacia él.

—Me gustas mucho mucho, Mike Mayweather —le dije. Sonrió. Sus dientes blancos contrastaban con su piel bronceada y su barba; estaba tan guapo que por un momento me quedé absorta.

—A mí también me gustas mucho mucho, cielo —contestó con una voz grave que me pareció notar por todas partes.

Sentí un calor sofocante en las mejillas y me mordí el labio.

Me miró la boca y se aclaró la garganta. Negó con la cabeza como para despejarse.

—Va, cómete los huevos, hombre —dijo con la voz ronca mientras se apartaba de mí—. No quiero ser la causa de que adelgaces más.

—No fue solo por lo que pasó ese día —confesé, pues me negaba a que Mike siguiera echándose toda la culpa—. No fue solo tu rechazo. Hubo otras... cosas, y, bueno..., no fue solo por ti por lo que dejé de comer.

Mike me miró fijamente un buen rato.

—¿Me contarás lo otro cuando estés lista? —me preguntó. Me alegró que no insistiera.

—Vale —acepté en voz baja. Entonces me besó en la sien, me dio un breve abrazo de costado y, de repente, volví a tener apetito.

O al menos así fue hasta que me sonó el móvil y miré la pantalla. Fue como si la hubiera invocado al mencionar que había habido otras cosas que me habían estresado.

Sabiendo que seguiría llamando hasta que contestara, decidí zanjar el asunto cuanto antes.

—Hola, mamá —dije, apartando lo que quedaba de mi tostada con huevos escalfados.

—Tienes que llamar a la floristería para costear los arreglos —me espetó.

Llevábamos más de seis semanas sin hablar. Ni hola ni cómo estás.

—Vale —dije despacio—. Pero, mamá, ya pagué las flores. La floristería me envió la factura la semana pasada. Fueron...

—Hemos decidido que queremos tanto los arreglos de mesa como las cascadas de orquídeas más altas. Serán cinco mil libras más.

—Mamá —dije en voz baja, consciente de que Mike me observaba con curiosidad—. ¿Gareth sabe que...?

—No metas a Gareth en esto, joder —protestó casi gritando.

Mike se puso rígido a mi lado; era obvio que la había oído chillar.

Suspiré. Gareth se disgustaría mucho si supiera cuánto dinero de más se estaba gastando en la boda a sus espaldas, pero no podía hacer nada al respecto.

—Vale, de acuerdo. Llamaré mañana.

—Y no te pongas nada que eclipse a tu hermana.

Parpadeé.

—No voy a...

—No lo permitiré, jovencita.

—Mamá, le he pagado el vestido de novia. Ha costado diez mil libras y es de Oscar de la Renta. Nadie eclipsará a Rebecca. Sería imposible.

—Tú no te pongas nada llamativo.

—Oye, ¿quieres que vaya a tu casa antes de la ceremonia? Gareth me dijo que...

—No. La casa es solo para las damas de honor y la familia cercana.

—Vale —susurré—. Te..., eh, ¿te veo en la iglesia entonces?

—Mmm —dijo mamá para salir del paso.

—Oye, mamá —dije, intentando usar un tono neutral—. De verdad, si prefieres que no esté, no me importa. Sé que os molesto a ti y a Rebecca, y...

—¡Por Dios, deja ya de hacerte la mártir! Ahórrame el melodrama. Tienes que asistir a la maldita boda. Se vería raro que no fueses. Intenta no hablar mucho con la gente. Y, por el amor de Dios, no menciones los erizos ni ninguna otra de tus obsesiones.

Asentí, aunque decepcionada. De verdad que esperaba que me permitiera librarme. Pero me necesitaba allí. Todo el mundo sabía que tenía dos hijas. Estaba en lo cierto; se vería raro que no fuera a la boda de mi media hermana. Pero solo de imaginarme teniendo que pasar un día entero con gente a la que no le caía bien sentía que algo me aplastaba el pecho y por un momento me costó respirar.

A las amigas de Rebecca tampoco les había caído bien nunca. Me hacían bromas, pero no con buena intención. Incluso de niña sabía que no estaban de coña.

—Vale —susurré, pero ya había colgado. Me temblaba la mano cuando dejé el móvil en la encimera de granito.

—No parecía una conversación muy agradable —apuntó Mike con cautela.

Me encogí de hombros.

—Es por la boda de mi media hermana.

—No sabía que tuvieras otra hermana.

—Mi madre se casó con Gareth tres meses después de tenerme a mí. Tuvieron a Rebecca un año después.

—¿Tu padre estuvo alguna vez con tu madre? Sé que dejó a Margot después de que nacieras. ¿Nunca se casó con tu madre?

—Uy, no, mi padre la odiaba. Nunca vivió con nosotras. Fui un error. Me dijo que era el intento de mi madre de retenerlo, pero que no iba a caer en su trampa.

—¿Te dijo eso?!

Mike parecía enfadado. Quizá no fuera un buen tema de conversación.

—¿Qué edad tenías cuando te lo dijo?

—Seis, creo.

—¿Que tu padre le dijo a su hija de seis años que era un error y que su madre solo la había tenido para que no la dejara?

Ay, madre. Estaba alzando la voz. No quería que Mike se enfadara, así que le puse en situación para calmarlo.

—Bueno, era la verdad, y mi padre sabía que me gustaba la verdad y que quería que la gente fuera sincera conmigo. Solo me estaba contando las cosas tal cual eran.

Mike cerró los ojos lentamente y respiró hondo por la nariz.

—No se le dicen esas cosas a una niña de seis años, Vicky, joder.

—No, no lo entiendes. Mi padre...

—¿A qué edad dejaste de hablar?

¿Y eso? ¿A qué venía esa pregunta?

Parpadeé.

—¿A qué edad, Vicky?

—A los seis años —contesté en voz baja. Mike me miró fijamente. Negué con la cabeza al ver lo que insinuaba—. No, ese no fue el detonante.

Arqueó las cejas.

—¿Me estás contando que te pasó algo aún más *heavy* cuando tenías seis años?

Me puse rígida.

Sí, me pasó algo más *heavy* cuando tenía seis años. Pero no iba a entrar en eso.

—No quiero seguir hablando de mi infancia.

Mike advirtió que me había tensado un momento y siguió el movimiento de mi mano mientras me pasaba un mechón por detrás de la oreja. Al percatarme de que aún me temblaba, volví a dejarla en el regazo.

—Vale, cariño —cedió con ternura—. Cómete los huevos.

Hice una mueca al mirar los huevos, ya fríos.

—Es que..., eeh, bueno...

—Te preparo otros —me dijo mientras se bajaba del taburete de un salto.

—No, tranquilo. Ya...

—Vicky, ¿vas a poder comerte un huevo poché frío? Dime la verdad.

—No —susurré. Me sentí una tiquismiquis, pero era la pura verdad.

—Pues ya está —dijo por toda respuesta.

—Pero... —Estaba a punto de ofrecerme a hacerlo yo. Puede que me hubiera observado, pero desconocía los tiempos exactos y...

—No te preocupes —me interrumpió con una sonrisa. Me enseñó el móvil. Se había escrito un párrafo entero con los apuntes y los

tiempos en la aplicación de notas. Lo tituló *Los huevos de Vicky*.

Sonreí y noté un escozor en los ojos, lo cual era ridículo. Solo eran huevos.

—Gracias —dije con voz ronca.

Asintió con decisión y se puso a preparar mi segundo desayuno.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó como si nada.

—¿Q-qué?

—La boda de tu hermana, esa de la que hablabas con tu madre. ¿Cuándo es?

—Ah... El sábado que viene.

—Vale, ¿a qué hora te recojo?

Me quedé boquiabierta.

—¿Me recoges? —exclamé con voz de pito por la sorpresa.

—Para ir a la boda.

—¿Vas a recogerme para ir a la boda?

—Cariño —dijo con convicción—, si crees que después de oír la charla que has tenido con tu madre te voy a dejar ir sola a la boda, te falta un tornillo. —Ni se me había pasado por la cabeza que Mike estuviera dispuesto a llevarme a la boda de Rebecca. El peso que me aplastaba el pecho desapareció al saber que me acompañaría—. ¿Vicky? —Dejó lo que estaba haciendo para mirarme—. ¿Estás bien?

—Gracias —dije, poniendo todo mi corazón en esa palabra, que salió un pelín entrecortada por lo cerrada que tenía la garganta.

Me miró fijamente un momento con expresión feroz. Entonces dejó la sartén y rodeó la isla de la cocina para colocarse a mi lado. Giró mi asiento hacia él con ese ademán autoritario suyo y me besó. Cuando se apartó para apoyar la frente en la mía, su semblante era afable.

—No hay de qué.

Capítulo 22

¿Po-podrías quedarte conmigo hoy?



Mike

Vicky estaba triste, y lo odiaba.

Desde que la había recogido hacía una hora, no hacía más que mirar por la ventanilla de mi viejo Land Rover. El contraste entre esta Vicky y la Vicky con la que había salido dos noches antes era abismal.

Después del desastre de la primera cita —llevarla a un restaurante elegante donde ni siquiera podía probar bocado—, una segunda comiendo pescado con patatas fritas en mi sofá (algo que parecía entusiasmarle, pero que yo consideraba muy poco galante), y una tercera interrumpida por los cotillas de nuestros amigos y familiares, quería que esta fuera perfecta.

Así que intenté pensar en algo que Vicky considerara perfecto.

Le dije que se pusiera sus mallas y su sudadera más cómodas, la recogí en su casa y la llevé a un escondite en Regent's Park que usaba la Sociedad Zoológica de Londres para vigilar a los animalejos espinosos.

Era la primera vez que preparaba un pícnic, pero ya había hecho mis pesquisas. Lottie me explicó con todo lujo de detalles cómo hacer un sándwich que Vicky fuera a comerse.

Valió la pena por ver su cara al llegar al escondite. Me miró como si le hubiera bajado la luna, cuando en realidad le había preparado

un sándwich y me había colado en un parque de noche. Era una imagen casi etérea.

—¿A ti también te gustan los erizos? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

La abracé y le dije «a mí me gustas tú» con la boca pegada a su pelo.

Cuando me aparté, parpadeaba rápidamente, lo que hizo que reparase en que tenía los ojos anegados en lágrimas.

La madre que me parió. ¿De verdad había pensado que esa mujer quería ropa de diseño y coches de lujo? ¿De verdad había pensado que se creía mejor que los demás?

Después de eso, se puso a hablar de erizos y preservación de la vida silvestre durante una hora entera. Cuando tuve que decirle con delicadeza que se comiera el sándwich, parpadeó como si saliera de un trance y se mostró profundamente avergonzada.

—Lo he vuelto a hacer, ¿no? —preguntó, con la cara roja como un tomate.

—¿El qué, cariño? —pregunté de vuelta frunciendo el ceño.

—Dar la brasa con mis obsesiones. Lo he vuelto a hacer. Deberías haberme parado.

—Oye, que yo también quiero saber sobre los erizos. No te guardes todos los datos para ti, hombre. Egoísta. No es justo.

Ladeó la cabeza.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? —Su voz era estable, pero percibí un ligero deje de dolor.

Sentado en mi silla plegable, me giré completamente hacia ella.

—Vicky, no. No bromeo. Me gusta oírte hablar de los erizos. Me gusta oírte hablar de cualquier cosa que te haga feliz. Ayer te di yo la brasa con la soldadura.

Tras una larga pausa, se abalanzó sobre mí y me besó.

Esa noche, la conversación llegó a otro punto muerto cuando le dije que podríamos dormir juntos pero no tener relaciones porque estaría dolorida. No le sentó nada bien. Luego me negué a enseñarle la «logística de una mamada», lo cual tampoco le sentó nada bien.

Acabamos llevando a cabo una negociación ridícula.

Vicky quería saber el número exacto de «citas» que tendríamos antes de que le enseñara. Qué disparate. Claro que quería que me la chupase, joder. Pero hacía tres días esa chica era virgen, e íbamos a ir despacio, hostia.

Pero ahora, sentada en el asiento del copiloto, no estaba parloteando sobre erizos ni sobre la renta universal (otra de sus obsesiones favoritas a la que di pie la noche anterior hablando por teléfono, lo que dio lugar a una explicación de una hora); era algo realmente fascinante, y me encantaba oír ese entusiasmo desenfrenado en su dulce voz. No, no estaba hablando de nada. Y parecía muy muy distante. Como si se hubiera alejado de mí; como si se hallara de nuevo tras una muralla.

Le toqué la pierna.

Se estremeció como si se hubiera olvidado de que estaba ahí.

—Perdona, cariño —me apresuré a decir—. ¿Te parece bien?

Antes de que pudiera retirar la mano, me la agarró con fuerza, como si se aferrara a un salvavidas.

—Sí. Muy bien.

—¿Estás bien?

Se mordió el labio y respiró hondo, pero antes de que pudiera responder, ya habíamos entrado en el aparcamiento de la iglesia.

—Va, entremos —dijo, mirándose el reloj—. Faltan siete minutos para que empiece la ceremonia.

Asentí.

—Vale.

Quise preguntarle por qué no venía con la familia. ¿No era eso lo que solían hacer las hermanas en las bodas? Pero claro, ¿qué sabía yo? Mi hermana se casaba y me había pedido que la llevara al altar, así que no iba a estar entre el público de la iglesia.

Pero quizá los ricos hicieran las cosas de otra forma. Quizá quedasen fuera de la iglesia.

—Mike, ¿voy muy..., voy muy llamativa?

Arqueeé las cejas.

Vicky llevaba un vestido recto azul claro. Era sencillo y elegante. Lo había combinado con un sombrero de esos que no se les caían a las chicas de milagro.

—Estás preciosa —le dije sinceramente.

Volvió a mirar por la ventanilla con el ceño fruncido mientras se mordía el labio inferior. Me dio la sensación de que había dicho algo malo.

Al entrar en la iglesia, Vicky mantenía la cabeza gacha, les dio las gracias en voz baja a los acomodadores cuando le dieron el programa y pasó por su lado en un periquete. Nadie la saludó. Nadie fue a abrazarla. Qué raro todo.

Entonces, para más inri, una vez en la iglesia fue corriendo a sentarse en la última fila. ¡Era su hermana! ¿Por qué demonios se sentaría en la última fila?

Cuando me senté a su lado, se acurrucó contra mí, lo más cerca que pudo, a pesar de que teníamos todo el banco de la iglesia para nosotros.

No es que me quejara, pero casi parecía que le diese miedo algo.

—Vicky —susurré—. ¿No deberías estar delante, donde se sienta la familia? Puedo quedarme aquí atrás si quieres.

Quizá no quisiese colar a un desconocido en la boda de su hermana.

A ver, parecía muy entusiasmada, casi desesperada, por que fuera, pero entendía lo incómodo que podía ser que estuviese ahí sin conocer a esa parte de su familia.

—¿Po-podrías quedarte conmigo hoy? —me preguntó en voz baja—. Lo siento. Sé que parezco un pelín empalagosa, pero solo por hoy, ¿podrías asegurarte de que te vas a quedar conmigo, eeh..., todo el tiempo?

Empezaba a sentirme un poco incómodo. El instinto me gritaba que cogiera a Vicky, la sacara de la iglesia y la pusiera a salvo en mi cabaña.

Ya ves tú qué tontería.

Estaba con su familia. Debería ser un gran día.

La conversación con su madre había sido un poco extraña; ¿por qué Vicky había costado el vestido de novia de diez mil libras de su hermana? No me gustó nada el tono que empleó esa señora, ni cómo le habló a su hija, pero cuando le insistí a Vicky para que me

hablase de su familia, me dijo que eran majos. Pero ¿por qué estaba en ese estado de pánico si eran majos?

Ahí había gato encerrado.

—Claro, me quedaré contigo —aseguré con firmeza.

—Ay, gracias —repuso aliviada.

Cuando me giré hacia ella, me sonrió; era la primera sonrisa que esbozaba en todo el día. Pero cuando volvió a mirar a la parte delantera de la iglesia, ocurrió algo rarísimo. Se le borró la sonrisa y palideció mientras se hundía en el asiento.

Seguí la dirección de su mirada, y ahí estaba el novio. Miraba fijamente a Vicky y sonreía.

¿Por qué ella no le devolvía la sonrisa?

Mi inquietud aumentó, sobre todo cuando el chico reparó en mí, dejó de sonreír y se volvió hacia el altar. La iglesia enmudeció cuando una rubia con un sombrero enorme enfiló el pasillo en dirección al frente, deteniéndose para saludar a los diferentes grupos de invitados.

Supuse que sería la madre de Vicky, pero ni siquiera miró a su hija, y encima Vicky se encogió y se pegó aún más a mí cuando entró.

Me incliné para susurrarle al oído:

—Vicky, ¿pasa...?

Me interrumpieron el órgano y el vicario diciéndonos que nos pusiéramos en pie para recibir a la novia.

¡La Virgen! La hermana de Vicky llevaba el vestido más complejo que había visto en mi vida. Tenía un huevo de encaje y la cola cubría casi todo el pasillo.

La acompañaban cinco damas de honor adultas, todas ataviadas con vestidos del mismo rosa salmón que las flores que adornaban la iglesia por dentro.

La ceremonia duró lo suyo. Se leyeron más de cinco textos, que se dice pronto, y una de las damas de honor cantó una canción horrible durante la firma del registro.

Y, en ningún momento, ni un miembro de la familia saludó a Vicky. Ni una sola vez. Fue rarísimo.

Fuera de la iglesia, la cosa se puso aún más rara.

Vicky se mantuvo separada del resto mientras los acomodadores y las damas de honor organizaban a la gente en filas para lanzar confeti a la feliz pareja y tomarles fotos saliendo de la iglesia.

Luego, la comitiva nupcial al completo se hizo fotos en grupo. Seguían sin interactuar con Vicky.

Empezaba a pensar que no se habían dado cuenta de que estaba ahí, hasta que, de repente, su madre se plantó ante ella con cara de vinagre.

Fue entonces cuando recordé lo que me había dicho Margot hacía unas semanas:

«No tengo muy buena opinión de esa mujer, ya que se acostó con mi marido durante años a mis espaldas, pero es que además es una de las personas más ruines del planeta».

—Tienes que salir en la foto familiar —le espetó su madre, agarrándola del brazo por encima del codo. —Vicky se estremeció ante el repentino contacto y me apretó más la mano—. En serio, Victoria —protestó la mujer—. No me avergüences. Hoy no. Y, por Dios, intenta sonreír. No es tan difícil.

Me faltó poco para explotar al ver cómo la agarraba del brazo y cómo se dirigía a ella —por no hablar de que no la había abrazado ni saludado, solo le había gritado órdenes—, pero lo que sucedió a continuación me obligó a actuar.

—¿Y bien? —preguntó, sacudiéndole el brazo con fuerza, lo que a su vez la zarandeó entera y le hizo emitir un gemidito gutural de angustia; una versión más tenue de los sonidos que hizo cuando estuvo estresadísima por los fuegos artificiales.

Di un paso al frente, llevé a Vicky detrás de mí aprovechando que aún le daba la mano y puse la otra en el brazo de su madre para apartarla de su hija.

—¿Qué cojones pasa aquí? —pregunté con voz grave y furiosa.

La madre de Vicky me miró perpleja.

—¿Y tú quién eres?

—El novio de Vicky. ¿Y tú?

Se le fueron los ojos de mí a Vicky y luego los entornó.

Decidí que no me había gustado ese gesto, así que chasqueé los dedos delante de la cara de la mujer.

Se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

—No la mires —le espeté—. Mírame a mí. Me ibas a explicar quién coño eres y por qué coño estás agrediendo a mi novia delante de todos.

—Soy su madre.

—Pues perdona la confusión —añadí—, pero la forma de saludar a tu hija no me ha parecido muy maternal, que digamos.

—Mike, no pasa nada —comentó Vicky detrás de mí.

—Claro que pasa, Vicky —dije sin apartar la vista de esa víbora.

La madre de Vicky nos miró a su hija y a mí con una frialdad calculadora y esbozó la sonrisa más falsa que he visto en mi vida.

—Santo cielo, todo esto es un malentendido. Es que estoy un poco tensa por tener que preparar tantas cosas. —Se giró hacia Vicky; parecía que le doliese horrores sonreír—. Querida, preséntame a tu noviete como es debido. Qué calladito te lo tenías, pillina.

—Mamá, este es Mike —dijo Vicky, todavía con un hilo de voz—. Y Mike, esta es mi madre. La señora Williams.

—Ay, por favor, llámame Janet. —Ahora era toda dulzura, lo que me puso enfermo. Pero cuando me tendió la mano, Vicky me apretó la otra, así que decidí no oponerme más.

—Janet —repetí en voz baja, dándole un apretón de manos breve pero tal vez demasiado fuerte.

—¿Me permites que te robe a mi hija un momento?

«¿Po-podrías quedarte conmigo hoy?».

Recordé lo que me había pedido Vicky antes con ese tono ligeramente aterrado.

Le apreté la mano.

—Tú primero.

Capítulo 23

¿Eres el cuidador de Vicky?



Vicky

—¿Cuánto le has pagado? —me preguntó mamá entre dientes después de que el fotógrafo nos hubiera colocado donde quería.

—¿Q-qué? —susurré.

—Al tío ese. ¿Cuánto le has pagado para que viniera?

—N-no...

—Vale, señoritas —interrumpió el fotógrafo—. Mirad aquí y sonreíd.

Me volví hacia la cámara e intenté que mis labios cooperaran y que las comisuras se me levantaran aunque tuviera el estómago revuelto por las náuseas.

—La señorita de azul claro. —Parpadeé y pasé a mirar al fotógrafo. Me sonrió—. Sí, tú, guapa. Hazme el favor de sonreír.

—Qué rara es, coño —oí murmurar a Rebecca.

Darrell, a su lado, se rio por lo bajo y mi madre me dio un fuerte codazo en las costillas.

Enseñé los dientes rezando para que pasase por una sonrisa. Por suerte, bastó para satisfacer al fotógrafo, porque, tras un par de minutos, habíamos terminado.

—Es el día de mi boda —me espetó Rebecca tras hacernos la foto.

—Ya lo sé —dije, buscando a Mike detrás de ella, pero dos damas de honor lo habían interceptado.

Lucinda y Fiona eran amigas de Rebecca y disfrutaban de lo lindo siendo malas conmigo.

Fiona se inclinaba hacia Mike y le tocaba la solapa de la chaqueta.

Se me formó un nudo en la garganta. Mike estaba arrebatador con ese traje.

Debería habérmelo imaginado. Debería haberme imaginado que las mujeres se le pegarían como moscas.

Aparté la vista de los tres.

Fiona era muy guapa y encantadora. Si quería quitarme a Mike, podía hacerlo. Fue ingenuo por mi parte no haberlo pensado antes.

Mike y yo acabábamos de empezar a salir, y yo ya estaba demostrando lo difícil que era. Lo sabía. Todos siempre decían lo difícil que era. Así que era lógico que, con el tiempo, alguien como Fiona me lo quitase.

El dolor y los celos que sentí al pensarlo casi bastaron para provocarme otra crisis.

Tenía que recomponerme.

—Si sabes que hoy es un día importante —continuó Rebecca, aún destilando desdén—, ¿podrías intentar ser menos rarita? ¿Tanto cuesta sonreír, macho?

—Sí, vale, lo intentaré —le dije a Rebecca sin pensar, retrocediendo un pasito.

Rezaba con todas mis fuerzas para que terminara pronto esa conversación. Por lo general, una vez que me llamaba bicho raro o rara y dejaba claro lo mucho que la molestaba, me dejaba en paz.

De niñas, la cosa era distinta. Incluso jugábamos juntas de pequeñas; siempre dirigidas por Rebecca, claro, ya que jugar no era uno de mis puntos fuertes.

Después de enmudecer, pasaron años hasta que Rebecca comenzó a ser abiertamente desagradable. Pero luego, al llegar a la adolescencia, Rebecca fue ciñéndose más a las indicaciones de nuestra madre, y nuestras interacciones se volvieron mucho más conflictivas. La situación empeoraba si Rebecca no obtenía la reacción que deseaba de mí. No lloraba con facilidad, lo que a menudo provocaba insultos y maldades prolongados por parte de

Rebecca, quien luego reclutó a sus amigas. La más hostil de ellas era precisamente Fiona.

—¿Adónde vas? —Rebecca estaba furiosa cuando retrocedí otro paso.

Me encogí de hombros.

—Daba por hecho que esta interacción había terminado.

—Yo decido cuándo acabo contigo, bicho raro —soltó Rebecca—. Ni se te ocurra...

—Va, Becs —la interrumpió Darrell mientras le pasaba el brazo por los hombros—. Tranquilízate. Ha venido, ¿no? —Se giró hacia mí. Me tensé al percibir la amenaza velada—. Hola, hermanita. Dame un abrazo, hombre, que ya somos familia.

Cuando avanzó un paso, entré en pánico.

Correr hacia atrás con tacones en un cementerio no es buena idea. Uno de los tacones se me clavó en el césped, me golpeé en el jarrete con una lápida y, antes de darme cuenta, estaba tirada en el suelo entre dos tumbas. Darrell me sonreía con suficiencia y las damas de honor se reían a mi alrededor.

Cuando dio otro paso hacia mí, retrocedí aún más, sin importarme haberme manchado todo el vestido.

Levanté la mano para alejarlo, pero, de repente, solo veía a Mike frunciendo el ceño.

Me invadió un alivio tremendo al inhalar su familiar aroma a bosque.

—Hola, cariño —dijo en voz baja—. ¿Te importa si te levanto?

Aquí estaba.

La consideración que mi familia nunca me había mostrado.

Siempre me pedía permiso para tocarme. Lo irónico era que ya ni tenía por qué hacerlo. Su roce me resultaba tan familiar que ya no necesitaba que me avisase.

Asentí. Me agarró de debajo de los brazos y me levantó con sus robustas manos como si no pesase nada.

Cuando volví a estar de pie, se plantó frente a mí de tal modo que no veía ni a Rebecca ni a Darrell.

—¿Estás bien? ¿Quieres largarte?

—No puedo irme —le susurré a sus pies.

—¿Hola? —le espetó Rebecca desde atrás. Mike se tensó al oírla—. ¿Y tú eres...?

—Soy Mike, el novio de Vicky —respondió, volviéndose hacia Rebecca. Igual que hizo cuando vino mi madre, me mantuvo ligeramente detrás de él y le ofreció la mano—. Enhorabuena. Tú debes de ser Rebecca.

Rebecca se quedó un buen rato mirando a Mike, boquiabierta y sin aceptar su mano, lo cual era un gesto feo, ya que se suponía que debía estrecharle la mano de vuelta; hasta yo lo sabía, aunque no solía ser capaz de hacerlo.

Por suerte, mi padrastro acudió al rescate.

Gareth se unió al grupo y aceptó la mano de Mike.

—Encantado de conocerte, Mike —señaló con una sonrisa y un firme apretón de manos—. Tendrás que disculpar a mi hija; este día es un poco agobiante. Me alegré mucho cuando Vicky me dijo que vendría acompañada.

Oí risitas detrás de nosotros: las damas de honor otra vez, sin duda.

—Vicky —me dijo después de soltarle la mano a Mike—. Qué bien que hayas venido, *cariad*.

Rodeé a Mike, y Gareth se acercó a mí, dudando hasta que asentí. Me abrazó rápidamente y con la presión justa.

—Papi —se quejó Rebecca detrás de nosotros—. ¿Te importaría llevarnos a los coches en vez de preocuparte por ella? Que la que se ha casado soy yo.

Gareth suspiró al soltarme.

—Suerte, macho —le dijo Mike, dándole una palmadita en el hombro con esa actitud masculina de admiración.

Gareth le sonrió.

—Gracias, la voy a necesitar.

—¡Papi!

Gareth puso los ojos en blanco. Me miró con afecto y me guiñó un ojo.

—Nos vemos luego, Vicky —aseguró, y acompañó a su hija, a su flamante yerno y a su esposa a los coches que aguardaban.

Darrell observaba a Mike con fastidio mientras se alejaba.

Cuando me pilló mirándolo, levantó una ceja y sonrió con suficiencia, lo que me dio escalofríos.

Mike me puso la mano en la parte baja de la espalda y me guio por el cementerio para llegar a su camioneta. De camino, tuvimos que sortear a mi tía Teresa, quien, como siempre, me habló como si fuera retrasada mental.

Su sorpresa cuando Mike se presentó fue palpable.

—¿Tu novio, querida? —dijo, mirando a Mike de arriba abajo, con las cejas en el nacimiento del cabello—. No me lo esperaba con tus, eeh..., dificultades.

—¿Qué dificultades son esas? —preguntó Mike con tono cortante—. ¿Su carrera tremendamente exitosa? ¿Su inteligencia? ¿Ser la mujer más bella del mundo? ¿Ser amable, divertida y generosa?

La tía Teresa lo miró boquiabierta un momento. A continuación hizo un ruidito vago con el que pretendía disculparse y escapó.

—¿De qué va? —me preguntó Mike cuando ya no nos oía.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué te habla así?

—Mi familia cree que estoy un poco... Bueno, mi tío John me llamaría chiflada o corta de entendederas. No fui una niña fácil y, como sabes, estuve muchos años sin hablar. —Me encogí de hombros—. Así al menos se lo explicaba mi madre a todo el mundo.

—Joder, tu familia es un hatajo de capullos, y tu madre es la reina de los capullos.

—¿La reina de los capullos? —repetí. Me temblaban los labios. Entonces ocurrió algo que no habría creído posible el día de la boda de mi media hermana, un día que llevaba semanas temiendo.

Me reí.

Comenzó como una risita nerviosa, pero para cuando llegamos al Land Rover de Mike me reía tan fuerte que me cayó una lágrima por la mejilla.

Mike me abrió la puerta del coche con una sonrisa de oreja a oreja.

Una vez que me hube sentado y se me cortó la risa, me secó la lágrima con el pulgar y me besó en los labios, aún sonrientes.

—Creo que esta será mi nueva afición —advirtió con ternura.

—¿El qué? —pregunté.

—Verte reír.

Me observó el rostro mientras se me borraba la sonrisa.

—Solo tengo que averiguar cómo hacer que suceda más a menudo, nada más.

Me estampó un beso firme en los labios y me cerró la puerta.

Lo intenté, pero, mientras nos dirigíamos al convite, no pude aferrarme a esa sensación de ligereza que me había aportado haber escuchado a Mike llamar a mi madre reina de los capullos.

Volví a mirar por la ventanilla en silencio. No quería estar callada con Mike, y sabía que no debía recaer en esa mala costumbre, pero la perspectiva de pasar tanto tiempo con mi familia era demasiado abrumadora.

—Tu padrastro parece majo —comentó Mike—. Pero los demás son para darles de comer aparte, coño.

Me encogí de hombros.

—Gareth es amable.

Mike resopló.

—Saludar a tu hijastra con una pizca de cariño no es ser amable. Es lo normal.

Hice un ruidito ambiguo; ni lo confirmaba ni lo desmentía. Solo deseaba que se acabase el día de una vez.

Por suerte, cuando llegamos al convite y revisé la distribución de las mesas, Mike y yo estábamos lo más lejos posible de mi familia más cercana.

Mike no se sintió tan afortunado.

—¿Qué cojones pasa aquí? —gruñó mientras le cogía una copa de champán a un camarero que pasaba. Me la dio y se pidió una birra—. Primero la iglesia, y ahora esto. Vicky, ¿de qué va tu familia?

Me sonrojé. Agaché la cabeza para hablarle al céspedes.

—No pasa nada, Mike. Mi familia... Entiéndelo, han tenido que aguantarme desde pequeña. Y era una niña muy difícil. A día de hoy sigo importunándolos, así que les cuesta ser...

—¿Qué gilipollez es esa? —me espetó. Ay, madre, mi explicación no lo estaba tranquilizando en absoluto—. ¿Que eras una niña difícil? ¿Esa es su excusa para tratarte como a un trapo?

—Mike, de verdad que era complicada. Sufría un montón de crisis. Hasta los seis años, montaba un buen escándalo si me molestaba algo. Mi madre se moría de la vergüenza. Pero, con el mutismo, adiós al problema, porque pasé a vivir casi todas mis crisis en silencio. Sin embargo, el silencio también se consideraba anormal. A mi madre le repateaba. Y no creía necesario que me evaluaran, así que...

—Un momento —me interrumpió Mike—. Sufriste crisis frecuentes durante años, luego enmudeciste, también durante años, ¿y tu madre nunca solicitó que te evaluaran?

Me encogí de hombros.

—El colegio lo intentó, pero mi madre lo impidió. No cree en las etiquetas. Y pensó que si me alentaban, empeoraría.

—¿Y tu padre?

—La verdad es que no lo veía mucho. Margot era la que estaba en Buckingham Manor. Como ya sabrás, mi padre rara vez se pasaba por allí.

—Entonces ¿le dijo a su exmujer que se ocupara de la hija de su amante y se las piró?

—Sinceramente, no le quedaba otra. Mi madre no soportaba estar conmigo todo el verano, así que mi padre me dejó en la mansión. Al principio a Margot no le hizo mucha gracia, pero, con el tiempo, se adaptó; ya sabes cómo es. Ollie, sin embargo, fue majísimo y me aceptó enseguida.

—¿Y Claire?

—Claire me saca siete años. Solo coincidía con ella un par de semanas durante algunos veranos, y más bien me ignoraba. Luego tuvo a Florrie muy joven y no contó con el apoyo del padre. Nuestra relación mejoró un poco entonces. Florrie siempre ha estado muy unida a mí y me gusta mucho lo directa que es. Pero cuando Claire se casó con Blake, cambiaron las tornas. Odio a Blake.

—¿Y quién no?

Negué con la cabeza.

—No, yo siempre he odiado a Blake. Y no se me da bien mentir. Así que Claire tenía varios motivos para tenerme entre ceja y ceja. Primero, quería a su padre y me veía como la culpable de que se

hubiese alejado de su madre, y segundo, notaba que no tragaba a su marido. Lo entiendo.

Lo que no dije fue lo desconsolada que me sentí cuando Claire me rechazó. Lo mucho que anhelaba tener una media hermana que no me odiara. Que la ojeriza que me tenía Claire solo reforzó la certeza de que no merecía ser amada.

Mike apretó la mandíbula. Un camarero le ofreció una cerveza. Le dio un buen trago y volvió a centrarse en mí.

—Pero Ollie nunca ha sido un capullo contigo, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Ollie es muy protector por naturaleza. Se siente obligado a protegerme, y él no es de los que eluden sus obligaciones.

—¿Crees que solo eres una obligación para Ollie?

Asentí.

—Claro. Y Margot sintió lástima por mí, así que, con el tiempo, también me convertí en una obligación para ella.

—Te quieren, Vicky —me dijo Mike con dulzura. Sentí una opresión en el pecho al responder con otro ruidito que ni lo confirmaba ni lo desmentía—. Tus parientes de los cojones tienen buena parte de culpa de que pienses así.

Suspiré.

—Creo que no me he explicado bien. Tienes que entender que...

—Como vuelvas a decir que eras difícil o pesada, no respondo.

No creía que ese fuera el mejor ambiente para que Mike «no respondiera», así que apreté los labios para no decir nada más.

El aperitivo no duró mucho, por lo que enseguida estábamos sentados en nuestra mesa, a una distancia prudencial de mi familia. Estaba al lado de mi tío, que también me hablaba como si fuera retrasada mental, pero era mejor que la hostilidad sin tapujos.

Por desgracia, Mike tenía al lado a Fiona, quien no paraba de manosearlo y sin duda estaba borracha para cuando sirvieron el plato principal. Parecía ajena al creciente enfado de Mike.

—¿Cuánto te ha pagado? —oí que le decía al oído arrastrando las palabras. Ella pensaría que estaba susurrando, pero fijo que los de la otra punta también oyeron su pregunta.

Mike, que hasta entonces había hecho un admirable esfuerzo por comer, dejó el tenedor en el plato muy despacio.

—¿De qué coño hablas? —le preguntó.

Fiona soltó una risita.

—De Vicky. ¿Cuánto te paga por estar aquí? Venga ya, parece sacado de un catálogo. ¿Te ha pedido por correo?

—Soy el novio de Vicky, y no, no me ha pedido por correo.

Fiona rio por lo bajo.

—¿La rara esa se ha echado un novio como tú? Será coña. ¿Pertenece a algún programa de ayuda comunitaria o algo así?

—Ah, ¿es eso? —preguntó mi tía con curiosidad desde el asiento de enfrente tras haber oído lo último—. ¿Eres el cuidador de Vicky?

Me puse como un tomate. Ya no podía más.

—Ahora vuelvo —le susurré a Mike al oído. Salí disparada hacia los baños, o, al menos, eso esperaba.

El convite se celebraba en una casa señorial. Tuve la impresión de que me había equivocado de camino cuando me metí en un pasillo lleno de retratos. Pero cuando me di la vuelta para volver sobre mis pasos, se me cayó el alma a los pies.

Darrell me bloqueaba el paso y la salida y esbozaba una sonrisa lobuna con la que enseñaba todos los dientes.

—¿Adónde vas, hermanita? —me preguntó, dando un paso hacia mí.

Con el corazón a mil, yo también di un paso, pero hacia atrás.

Capítulo 24

¿La última vez?



Vicky

—Al-l-léjate de mí. —Quise parecer decidida, pero apenas me salía la voz.

Le brillaron los ojos, como si disfrutara del desafío.

—Dime —dijo en tono distendido, como si estuviéramos de cháchara y no me estuviera acosando deliberadamente—. ¿Sigues siendo la virgencita que me dijo tu hermana que eras? ¿O el Increíble Hulk ha penetrado la capa de hielo que te recubre, princesa?

—No d-d-deberías hablarme así —objeté—. Se lo diré a mi...

Darrell soltó una carcajada.

—¿A quién? ¿De qué te sirvió la última vez?

Se abalanzó sobre mí. No fui lo bastante rápida para escapar.

Paralizarse era el mecanismo de defensa humano más inútil.

Deseé ser atleta, aunque a saber si habría llegado lejos con los tacones. Además, sospechaba que Darrell disfrutaría persiguiéndome.

Me sujetó por ambos brazos y me pegó a su cuerpo.

Forcejeé un momento, pero me zarandeó con brusquedad, lo que bastó para paralizarme de nuevo.

Se aprovechó de que no movía ni un músculo para llevarme a un hueco de la pared, entre dos retratos, y arrinconarme ahí.

Me entró claustrofobia y empecé a respirar con dificultad. La cabeza me daba vueltas. Entonces, me sentí como si hubiera abandonado mi cuerpo; como si estuviese flotando entre Darrell y yo, observando cómo me subía el dobladillo del vestido hasta la cadera.

Atenazada por el terror y sabedora de que no podría quitármelo de encima, dejé de oponer resistencia y cerré los ojos.

Pero entonces, visualicé el rostro de Mike: Mike vacilando antes de tocarme, Mike tomándome de la mano, Mike diciéndome que le gusto, Mike averiguando cuál es el tipo exacto de sándwich que puedo comer.

¿Cómo coño se atrevía Darrell a tocarme?

No era suya, sino de Mike.

Así que respiré hondo y grité a todo pulmón.

—¡Loca de mierda! —me espetó Darrell, horrorizado. Intentó taparme la boca con una manaza mientras bregaba por mantenerme pegada a la pared con la otra.

Pero yo ya no estaba paralizada. Estaba luchando. Recordé el consejo favorito de Ollie: «Vicky, tú ve siempre a por los huevos».

Levanté la rodilla y se la hiqué a Darrell en el paquete.

Aulló de dolor. Se llevó la mano con la que me tapaba la boca a la entrepierna y con la otra me agarró de la raíz del pelo y me pegó la mejilla a la pared. Pero entonces, de repente, desapareció.

Para ser más exactos, salió volando hacia atrás.

Mike lo agarró por la espalda de la chaqueta y la camisa y me lo quitó de encima. Lo levantó como si no pesara más que un saco de harina.

Darrell intentó zafarse. Agitaba los brazos para tratar de escapar, pero Mike lo mantenía a cierta distancia, ligeramente suspendido del suelo por la nuca, como si fuera un gatito travieso.

—¿Qué coño haces? —gritó Mike, sacudiendo a Darrell con fuerza. Yo me consideraba pacífica, pero qué gusto me dio ver a Darrell recibir su merecido.

—¡Si lo estaba deseando! —exclamó Darrell, el muy insensato—. Es una calientapollas. El rollo ese de la princesa de hielo no es más...

—Darrell no pudo seguir porque Mike le asestó un puñetazo en toda la cara y cayó a sus pies.

—Esto... Disculpen la interrupción —dijo la organizadora de bodas unos metros más allá, en el pasillo (sabía quién era porque tuve que entrar en su página web para pagarle sus servicios). Sus ojos, muy abiertos, estaban clavados en nosotros tres.

Reparé en que seguía con el vestido subido, así que me lo bajé de un tirón.

Mike se puso hecho una furia al verme hacerlo.

—Pe-pero están a punto de empezar los discursos y...

—Diles a la novia y a sus padres que vengan —le espetó Mike—. Cagando leches.

—Ah, eeh... Vale. —Parecía aliviada de poder escurrir el bulto.

Mientras tanto, Darrell se iba alejando de Mike. Se había manchado la impoluta camisa blanca y la horrible corbata rosa salmón con la sangre que le salía de la nariz.

—Ah, no —masculló Mike, acercándose a él y agarrándolo de nuevo por la nuca para levantarlo—. Tú aquí quietecito.

—¿Qué narices está pasando aquí? —Mamá enfiló el pasillo como un vendaval, con la cara roja de rabia, seguida de Gareth y Rebecca.

—¡Madre mía! ¡Darrell! —gritó esta al ver a su flamante marido—. ¿Qué te ha pasado? Cariño, ¿estás bien? —Fue hasta él e hizo amago de tocarle el rostro ensangrentado (era del todo imposible que Rebecca se arriesgara a mancharse el vestido de sangre, por mucho que su flamante marido estuviera herido)—. ¿Qué le has hecho? —le espetó a Mike en tono acusador. Entonces me fulminó con la mirada—. Mejor dicho, ¿qué le habéis hecho?

—Sabía que pasaría esto —dijo mamá, histérica perdida—. Sabía que lo estropearías todo. ¿No puedes ser un poquito normal y dejarnos vivir a los demás? Tienes que fastidiarlo todo. Como llevas haciendo toda la vida. Como haces siempre.

—¡Cállate, Janet! —la cortó Gareth, que se volvió hacia Mike—. Eeh..., hijo, ¿podrías bajar a Darrell un momento?

—Claro —gruñó Mike. Soltó a Darrell sin miramientos. Este se estampó contra el suelo y se puso de pie tambaleándose y mirándonos con furia a Mike y a mí.

—Esta zorra me ha clavado un rodillazo en las pelotas y el Arnold Schwarzenegger este me ha pegado un puñetazo —explicó con una voz aguda y quejumbrosa que sonaba muy nasal debido a la sangre que aún le manaba de la nariz.

—Dios —dijo Rebecca mientras me echaba una mirada asesina—. Harías lo que fuera con tal de chafarme el día, ¿eh? Sabía que no descansarías hasta vengarte de mí. Sabía que...

—¿Vengarse de ti? —preguntó Gareth con una determinación que rara vez le había oído mientras se cruzaba de brazos.

—Olvidalo, papi. —Rebecca le restó importancia con un gesto, pero por un instante se había asustado.

Darrell volvía a escabullirse poco a poco.

—Tú ahí quietecito, cabrón —le espetó Mike, lo que detuvo su avance hacia la salida. Entonces, ignorando a todos los demás, Mike se plantó justo delante de mí—. ¿Puedo? —me preguntó con ternura.

Temblorosa, asentí. Despacio, me puso la mano en las caderas y, con delicadeza, me bajó del todo la falda. Se hizo el silencio en el pasillo. Cuando miré a mi alrededor, me di cuenta de que nos estaban observando todos.

—¿Me dejas que te vea?

Asentí. Con la mandíbula crispada, me ladeó suavemente la cabeza para inspeccionarme la mejilla, que notaba tirante y dolorida.

—Cariño, ¿qué más te ha hecho?

—Me ha sujetado contra la pared —susurré—. Pero no..., eh, no ha podido... hacerme lo de la última vez.

Mike se tensó de arriba abajo. Su semblante reflejaba una furia pura y dura.

—¿La última vez? —gruñó.

—Vicky siempre se está inventando historias —empezó a decirle mamá—. No es normal. Tiene problemas de salud mental. Sea lo que sea lo que te haya dicho, se...

—¡Cállate la puta boca! —le espetó Mike. La fuerza de sus palabras y la ira que transmitían me estremecieron—. Acabo de ver al cabronazo este agredir a tu hija. Tenía la falda por las caderas.

Estaba acojonada. —Mike se había girado hacia todos ellos, protegiéndome una vez más.

Le toqué el brazo, y al hacerlo advertí que estaba tenso y le temblaban los músculos de la rabia contenida.

—En serio, Mike, déjalo. Ya intenté contárselo a mi madre y a Rebecca la última vez. No vale la pe...

—¿Que se lo contaste? —Se volvió hacia mí.

—Sí, pero...

—¿Que te lo contó?! —le gritó a mamá.

Mamá, en un acto muy pero que muy imprudente, puso los ojos en blanco.

—Vicky solo intentaba llamar la atención y yo...

—¿Qué coño has hecho?

Parpadeé atónita al ver a Gareth coger a Darrell y estamparlo contra la pared con toda su rabia.

—¡Papi! ¿Qué haces? —chilló Rebecca.

—No te metas, Becky —le dijo Gareth—. Ahora hablamos tú y yo. Pero primero el cabronazo de mi yerno me va a decir qué coño ha estado haciendo.

—Gareth, esa boca —musitó mamá, escandalizada.

—Janet —repuso Gareth con voz grave y amenazante—. ¿Cómo es que he costado una boda para que mi hija se case con un violador?

—Que no la he violado —balbuceó Darrell—. ¡Joder! Apenas la he tocado esta vez. Y en la anterior ocasión... —Su rostro ensangrentado palideció al darse cuenta de lo que había revelado—. Tampoco la violé —remató con un hilo de voz.

—Tú no pagas ni la mitad del bodorrio —intervino Mike—. Sé de buena tinta que Vicky paga el vestido de novia, las bebidas, la banda y casi todo el local. La he visto cargar con los gastos.

—La Virgen —soltó Gareth, todavía con su yerno contra la pared, pero abatido—. Te lo devolveré, *cariad* —me aseguró. Se volvió hacia su hija y le dijo con voz gélida—: Te advertí que no podíamos permitirnos una boda por todo lo alto. Sabía que me estabas mintiendo con los gastos.

Rebecca se enrabietó.

—¿Por qué tengo que celebrar un convite de poca monta en un salón de fiestas? No es justo que ella esté forrada y nosotros tengamos que arreglárnoslas para cubrir las necesidades básicas. Nos hemos tirado años aguantando sus rarezas. ¡Que nos lo compense! Fijo que su padre le dejó un pastón y...

—Mi padre no me legó una herencia sustanciosa —la corregí—. Y, al fallecer, seguí corriendo con los pagos que le daba a mamá, pero con mi propio dinero.

Rebecca rio por debajo de la nariz.

—Como si el puñetero duque no te hubiera creado un fideicomiso.

—Solo tenía un pequeño fideicomiso, que usé para pagarme la universidad.

—Entonces ¿cómo has amasado tu fortuna?

—Trabajando, niñata malcriada —le soltó Mike. A continuación se volvió hacia mí—. Por eso te importa tanto ganar dinero, ¿no? Lo necesitabas para escapar de esta panda.

Me encogí de hombros.

—El dinero aporta seguridad. Necesitaba sentirme... —Dejé la frase a medias y me miré los pies.

—Necesitabas sentirte a salvo —acabó Mike por mí—. ¿Os habéis enterado? —le dijo a mi familia—. Necesitaba dinero para sentirse a salvo... ¡de vosotros!

Mamá rio por debajo de la nariz.

—No tienes ni idea de lo difícil que era de...

—Janet —la interrumpió Gareth—. No decía ni pío. Ni siquiera cuando tú y nuestra hija os ensañabais con ella una y otra vez. No decía ni mu.

—Porque es un bicho raro —soltó Rebecca, con la cara roja de ira.

—¿Qué le has hecho, jovencita? —preguntó Gareth, volviéndose hacia su hija—. ¿Por qué creías que se iba a vengar de ti?

Rebecca apretó los puños a los costados y torció el morro.

—¡Es mi día, joder! —Dio un pisotón—. Me está arruinando el día ¡y estás dejando que lo haga!

—Bueno, ya —intervino Mike mientras me arrimaba a su costado—. Me tenéis hasta los huevos. Suerte, Gareth; la vas a necesitar.

Vicky y yo vamos a hacer lo que habría que haber hecho hace tiempo: ir a comisaría a denunciar esta agresión y la anterior.

—A la poli no le va a interesar... —empezó Darrell, presa del pánico, pero Mike lo interrumpió.

—Uy, ya lo creo que les interesará. Aparte de las pruebas físicas...

—¿Qué pruebas físicas? —preguntó mamá en voz alta.

—La cara hinchada y los moretones que le están saliendo ya en los brazos.

—Eso no es nada —le espetó mamá—. Le salen moretones con solo mirarla.

Mike se quedó de piedra; se podía cortar la tensión con un cuchillo.

—Por favor, dime que lo que acabas de decir no significa lo que creo que significa. —Su tono era tan amenazante que mamá retrocedió un paso hacia Gareth—. Dios mío —musitó con incredulidad—. Zorra asquerosa. ¿Le pusiste las manos encima a una niña?

—N-n-no puedes hablarme así. Gareth, dile que no puede...

—Cállate, Janet —la interrumpió Gareth, completamente derrotado—. Cállate, por Dios. —Se giró hacia Mike—. Llévatela, hijo.

Mike asintió y pasó por delante de ellos, conmigo todavía a su lado.

Al pasar junto a Gareth, este lo agarró del brazo.

—¿La cuidarás?

Mike volvió a asentir, y entonces Gareth se giró hacia mí.

—Lo siento, *cariad*. —Ahora estaba ronco—. Debería habértelo dicho hace mucho, pero de veras que lo siento.

Capítulo 25

¿Qué hace aquí tu madre?



Mike

Me pitaban un poco los oídos por la furia residual mientras agarraba el volante con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

Vicky no dejaba de echarme miraditas furtivas durante el trayecto, sin duda preocupada por mí.

Sí, preocupada por mí.

Mientras nos alejábamos de la mierda de boda en la que habían agredido a mi novia, Vicky me preguntó si estaba bien.

La habían agredido a ella y me preguntaba a mí cómo estaba.

Le dije la pura verdad: que no, no estaba bien. Me estaba costando Dios y ayuda no dar media vuelta y rematar al cabrón ese y despacharme a gusto con el resto de su familia.

Nunca había tenido tantas ganas de hacerle daño a una mujer como a la madre y la hermana de Vicky.

«Le salen moretones con solo mirarla».

Esa señora estaba como una puta cabra.

—Vaya —respondió Vicky en voz baja—. Lo siento.

—¿Que lo sientes? —dije apretando los dientes—. ¿Qué coño es lo que tienes que sentir?

—No debería haberte llevado a la boda. Es mi familia. Debería haber afrontado el trance sola.

—Tú tranquila —dije con absoluta convicción—, que nunca, bajo ninguna circunstancia, volverás a enfrentarte sola a ningún miembro de tu familia. ¿Me he explicado bien?

—Ah..., vale.

Luego tuve que presenciar el interrogatorio de Vicky en comisaría, donde contó lo que ese violador, Darrell, le había hecho hacía dos años y lo que le había hecho ese día. Les dije a los agentes que era autista, y la verdad es que se portaron muy bien con ella, pero fue un proceso la hostia de largo.

Nos dieron las diez y Vicky estaba exhausta.

—¿Adónde vamos? —me preguntó, lo que me hizo darme cuenta de que estaba tan consumido por la furia y la preocupación que ni me había molestado en ponerla al corriente.

Me obligué a agarrar más flojo el volante y a comportarme como una persona racional y cariñosa. Miré a Vicky y se me vino el mundo encima. Carraspeé e intenté suavizar la voz al hablar.

—A la cabaña.

—Ah.

Pensaba que se opondría, pero cabe destacar que estaba un poco grogui; probablemente no tenía fuerzas para discrepar.

Al cabo de media hora, cuando llegamos a la cabaña, noté que se relajaba mientras cruzábamos el camino de entrada. Suspiré aliviado al pensar que quizá hubiera hecho lo correcto. Pero cuando aparcamos fuera, se tensó de nuevo al mirar la puerta principal.

—¿Qué hace aquí tu madre? —susurró, mirándola fijamente. La mujer, pletórica, se acercaba al coche dando botes.

Me froté la frente.

—Lo siento, pero tenía que llamarla.

La había telefoneado mientras Vicky estaba con el agente realizando los últimos trámites. Siendo sincero, estaba muy preocupado por ella, y sabía que mamá sabría qué hacer.

—Suponía que no habrías comido, y mi madre lo..., lo mejora todo. Sé que me ayudará a animarte.

—Hola, cariñito —saludó mamá mientras abría la puerta del copiloto.

Vicky la miró con recelo y dio un respingo cuando le desabroché el cinturón.

—¿Bajas? —le preguntó mamá mientras me apeaba yo de un salto. Fui hasta ellas y vi a Vicky salir poco a poco del Land Rover.

—Mikey me ha contado qué ha pasado —le informó mamá con dulzura—. Siento mucho que te hayan hecho daño.

Vicky nos miró a mamá y a mí y se abrazó a sí misma.

—No ha sido culpa suya, señora Mayweather —susurró.

—Lo sé, cariño —repuso mamá, aún más dulcemente—. Pero no por ello lo siento menos. Eso sí, lo que me sabe peor es no haber estado ahí con mi rodillo para partir cabezas.

Vicky enarcó las cejas y casi sonrió. Quizá pensara que mamá bromeaba, pero yo sabía de primera mano que Hetty Mayweather era de armas tomar cuando se enfadaba.

—Sé qué anima a mis niños cuando les pasan cosas feas.

¿Niños? Era un hombre de treinta y cuatro años.

—Un abrazo. ¿Puedo abrazarte? No pasa nada si no quieres.

Vicky dudó, pero al final asintió despacio.

Mamá se la acercó y le dio un abrazo clásico, al estilo Hetty Mayweather: afectuoso y envolvente.

Los brazos de Vicky permanecieron inertes a sus costados durante unos segundos, pero luego le devolvió el abrazo, sollozando levemente contra el jersey de mamá.

—Desahógate, cielito —dijo mamá en voz baja mientras mecía a Vicky con suavidad de un lado a otro—. Has sido una chica muy valiente durante mucho tiempo, pero ahora estás a salvo. Aquí nadie te va a hacer daño. Mi hijo no permitirá que te pase nada.

A mamá le temblaba un poco la voz, y cuando me miró por encima del hombro de Vicky, vi que también tenía los ojos vidriosos por las lágrimas.

Pasó un buen rato hasta que Vicky se apartó. Cuando lo hizo, mamá le quitó el rímel de debajo de los ojos y le secó el resto de las lágrimas.

—Ya está —añadió mamá con ternura—. Niquelada. Va, que os preparo unas tostadas de queso fundido y sopa de tomate.

Mientras mamá nos metía a toda prisa en la cabaña, le susurré al oído:

—¿Recuerdas que a Vicky le gusta...?

—Sé lo que le gusta, cariño —repuso ella—. Siempre era muy fácil complacerla de niña, ¿a que sí, Vicky? Nunca he visto a nadie tan feliz con un sándwich de queso. Va, ve a ducharte mientras cocino. Te he dejado la camisa más suave de Mike en la cama y los pijamas que te regalé el año pasado por Navidad, Mike. Los que te quedaban pequeños. Sin etiquetas ni nada de eso, ¿vale?

—Eh..., vale —dijo Vicky despacio, mirando a mi madre como si viniera de otro planeta.

Al cabo de una hora, estaba convencidísimo de que llamar a mi madre había sido el mejor plan que se me podría haber ocurrido.

Vicky estaba acurrucada a mi lado en el sofá, con una manta encima, después de haber comido un sándwich de queso e incluso un poco de sopa, con el pelo recogido en una trenza que le había hecho mamá con su consentimiento.

Antes de marcharse, la abrazó de nuevo.

—Los hombres así intentarán arrebatarte una parte de ti —advirtió mamá con delicadeza—. Pero tú sigue entera y no dejes que te arrebaten nada. —Su tono se volvió vehemente—. No les pertenece. ¿Entendido?

—Sí —susurró Vicky.

—Así me gusta —dijo mamá mientras se apartaba y se colgaba el bolso al hombro. Luego se giró hacia mí—. Te encargarás de esa gentuza, ¿no, Michael?

Era una orden que mamá esperaba que cumpliera.

—Descuida —señalé con determinación—. Enseguida me ocupo de ellos.

Vicky y yo volvimos dentro y vimos el resto de *Los erizos secretos de Gran Bretaña*. A los cinco minutos, se quedó dormida en mi pecho. La subí a mi cama y se aovilló con ademán protector; era una bolita tan pequeña que apenas se notaba que estaba debajo del edredón.

Me quedé despierto durante unas cuantas horas, mirando al techo y rabiando por dentro.

Cuando por fin me dormí, no me extrañó nada que, apenas unos instantes después (o eso fue lo que yo sentí, porque en realidad era a la mañana siguiente), aporreasen la puerta sin cesar.

Vicky seguía fuera de combate, hecha un ovillo en la cama, y no quería despertarla, así que saqué mi corpachón de la cama procurando molestarla lo menos posible y bajé corriendo a decirle a quienquiera que llamara que dejase de tocar los huevos.

Lo que me encontré al abrir la puerta fue a Ollie, cabreadísimo, flanqueado por Lottie, preocupada, y por Margot, visiblemente alterada.

—¿Y Vicky? —gruñó Ollie, intentando entrar en la cabaña a empellones.

Lo detuve plantándole una mano en el pecho y lo empujé al porche.

—Está durmiendo, imbécil —le espeté—. ¿Qué coño hacéis aquí?

—Me ha llamado esa horrible mujer —intervino Margot, con la voz ligeramente temblorosa—. Me ha dicho no sé qué de la policía y algo relacionado con Vicky, y me pedía que no le dejase presentar cargos. La verdad es que parecía demente. ¿Ha ocurrido algo?

Me crucé de brazos y suspiré con ganas.

—Volved luego, anda. Hablaré con Vics y, si está dispuesta...

—Eh, tú, que estás hablando de mi hermana —me advirtió Ollie con su tono de duque de Follangham, el aristocrático que le gustaba usar para obligar a los insignificantes mortales a obedecer—. Si le han hecho daño, quiero verla ahora mismo.

—No me digas. —Me estaba cabreando—. Si tan buen hermano eres, ¿dónde demonios has estado las dos últimas décadas?

Ollie parpadeó.

—¿De qué hablas? La he protegido toda su...

—Mentira.

—¿Qué?

—Que mientes. Si siempre la has protegido, ¿por qué me dijo ayer su madre que, y cito, «le salen moretones con solo mirarla»?

Margot ahogó un grito, pero tenían que oír la verdad que, a todas luces, siempre habían ignorado.

—¿Por qué nunca la evaluaron de niña para ver si era autista? ¿Y por qué coño no sabíais de la boda que tuvo lugar ayer? ¡Que iba a ir sola, joder! A saber qué habría sido de ella si no le hubiera quitado a ese cabrón de encima.

—¿Qué? —bramó Ollie a la vez que palidecía—. ¿A quién le quitaste de encima?

—Al novio de las narices. Y, por lo visto, no era la primera vez que lo hacía el muy cabrón. ¿Dónde estabas cuando la agredió hace dos años?

—Dios mío —musitó Ollie—. Hace dos años... fue cuando se encerró en sí misma durante semanas, ¿te acuerdas, mamá? Siguió trabajando, pero, aparte de eso, parecía un fantasma. Nunca nos contó qué le pasó.

—¿Cómo es posible que no tuvierais ni la más remota idea de cómo la tratan su madre y su hermana? —pregunté con incredulidad.

—¡Esa mujer! Era... —Margot se encogió de hombros con impotencia—. Era horrible. Siempre pensé que era mejor evitarla. Y cuando Hugh me dijo que tenía que cuidar de su bastarda durante las vacaciones de verano, no me hizo mucha gracia. Me costó un poco... —Margot tragó saliva—. Me costó más de lo debido conocer en profundidad a Vicky.

Suspiré.

—Cree que es una carga para todos vosotros. Oyó muchas de las discusiones que tenías con su padre cuando la llevaba a Buckingham Manor. No digo que no tuvieras todo el derecho del mundo a enfadarte, pero...

—Pero solo era una niña —terminó Margot por mí, y se echó a llorar—. ¿Crees que no lo sé? Un par de semanas después, me di cuenta de que había metido la pata hasta el fondo cuando llegó a la mansión; reparé en lo mucho que me necesitaba. Pero, para entonces, estaba muy retraída. No hablaba. Nada de nada. Y cuando intenté que la evaluaran, la mujer esa puso el grito en el cielo.

—Si sabéis lo mala que es su familia, ¿por qué le dejáis verla?

—Yo no lo sabía —se defendió Ollie.

—Pero ¿se lo has preguntado alguna vez? —preguntó Lottie en voz baja—. No sabía de la otra familia de Vicky, ni que eran... problemáticos. Pero sí que algo andaba mal.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Ollie apretando los dientes—. Quiero saber qué cojones le va a pasar al tío que ha agredido a mi hermana.

—¡No nos estamos desviando del tema, capullo! —grité, porque, francamente, ya estaba harto—. Su familia la ha maltratado emocional y físicamente desde niña, y vosotros habéis hecho todo lo posible por lavaros las manos. Esta no es más que la última de una larga lista de putadas que le han hecho, y que os la han sudado lo más grande. Le di un puñetazo en la cara al tío ese, y, a juzgar por la llamada de la cabrona de su madre a Margot, confío en que la poli ya lo haya arrestado. No podemos hacer mucho más. Y no vais a irrumpir aquí y molestar a Vicky. Hoy es mía. Quiero que veamos juntos programas de erizos y de organización en la tele, que le prepare huevos escalfados con tostadas justo como a ella le gustan y que le enseñe a soldar. Así que ya os estáis largando.

—¿Me enseñarás a soldar? —me preguntó Vicky desde atrás. Cerré los ojos despacio mientras me apartaba de la puerta. Estaba plantada algo más atrás, envuelta en mi camisa de franela y arrastrando los pantalones de pijama.

—Hola, Vics —la saludó Ollie con dulzura.

Ella lo saludó con la mano, pero no hizo ademán de acercarse.

—Querida, lo... —comenzó a decir Margot, pero entonces se le contrajo el rostro y empezó a llorar desconsoladamente.

Entonces Vicky pasó por mi lado para ir con ella. Tras un instante de vacilación, le dio una palmadita torpe en el brazo.

—Esto... Margot —dijo en voz baja—. ¿Estás bien?

Margot sollozó aún más fuerte.

—¿Me lo preguntas tú a mí?

—Sí —gruñí—. Suele hacerlo. Bienvenida a mi mundo.

Lottie se acercó a Vicky, se detuvo un momento para que Vicky asintiera levemente y luego la abrazó fuerte.

—Lo siento mucho —lamentó Lottie contra su pelo, con la voz un poco entrecortada ella también.

—¿Cómo sabéis lo...? —empezó a preguntar Vicky después de recibir más abrazos de Ollie y Margot.

—Tu madre, cariño —le dije.

Asintió.

—Debe de estar enfadadísima. De hecho, me sorprende que no me haya llamado o...

—La he bloqueado, Vicky —le confesé.

Vicky me miró estupefacta.

—¿Que la has... bloqueado?

—Sí, cariño.

—N-n-no lo entiendo. Es mi madre. No puedo...

—No vas a volver a hablar con esa mujer, nunca más —le espetó Margot.

Vicky se volvió hacia ella con expresión perpleja.

—Pero, Margot, tú misma me dijiste que no debía darle la espalda a mi familia. Que eran la única familia que tenía y que debía aceptarlo.

—¿Qué? —susurró Margot, horrorizada.

Vicky se encogió de hombros.

—Cuando tenía nueve años y no quería irme con mi madre, me escondía en la bodega.

—Ay, querida. —Margot ahora sonaba dolorida, como si previera lo que iba a decir Vicky.

—Cuando el personal me encontró, te enfadaste muchísimo.

—Estaba preocupada por ti y...

—Me dijiste que tenía que volver con mi verdadera familia. Que mi sitio estaba con ellos.

Margot no daba crédito.

—Dios mío, Vicky —musitó—. No... —No pudo seguir; se le anegaron aún más los ojos. No tenía ni idea de que *lady* Margot Harding fuera capaz de emocionarse hasta ese punto—. Querida, estaba muy preocupada, así que me enfadé y no lo gestioné muy bien. No iba en serio.

—No se me da bien distinguir si alguien va en serio o no —aclaró Vicky simplemente—. Así que te creí a pies juntillas.

—Y a mí también —dijo otra persona detrás de Margot, Ollie y Lottie. Margot se hizo a un lado para mostrar a Claire, que estaba con Hayley y Florrie—. Perdón, es que las niñas querían ver a Vicky —explicó con voz tensa—. Estaban preocupadas. Se dieron cuenta de que pasaba algo.

Las dos chiquillas subieron corriendo las escaleras de la terraza al ver a Vicky. Frenaron en seco frente a ella para esperar a que les diese permiso para abrazarla.

Vicky, anticipando el gesto, ya se había agachado.

Florrie le contó que había visto una familia de ratones de campo en Buckingham Manor mientras que Claire estaba paralizada y observaba a Vicky con el rostro pálido.

—Niñas —dijo Margot con dulzura—. Id un rato al taller de Mike, anda.

—¿Me dejas tu hacha? —me preguntó Florrie.

Esa chica no perdía una para negociar.

—No.

—¿Y tu soplete?

—Vale —intervino Lottie, poniendo los ojos en blanco—. A ver, vosotras dos. Está claro que no es buena idea que vayáis al taller sin supervisión. Os acompaño.

—Perdón, Vicky —dijo Claire una vez que las niñas ya no la oían.

—¿Perdón por qué? —preguntó Vicky con confusión genuina.

—Perdón por haber sido tan mala contigo cuando eras pequeña. Perdón por guardarte rencor. Perdón por no haber sido mejor hermana.

—Media hermana —la corrigió Vicky por inercia.

Claire cerró los ojos como si le hubiera dolido.

—También empecé eso, ¿no?

—¿El qué?

—Lo de media hermana y medio hermano. Te corregía. Joder, lo siento muchísimo, Vicky. Me cabreó que papá tuviera una aventura; luego me entristeció que muriera y no llegase a reconciliarme con él, y más tarde tuve celos de que Ollie estuviese tan pendiente de ti. Luego me enfadó que evitaras al mierdas de mi marido.

Vicky se encogió de hombros.

—Claire, no te caigo bien —dijo llanamente—. No pasa nada. No tienes que disculparte porque no te caiga bien alguien. No soy precisamente encantadora.

—Sí que me caes bien.

A esa confesión le siguió un silencio.

Vicky se mordió los labios como para no pronunciarse.

Margot seguía llorando.

Vicky volvió a darle una palmadita torpe en el brazo.

—No entiendo muy bien por qué os disculpáis —admitió—. Es muy amable por vuestra parte que os preocupéis, pero no es culpa vuestra que me hayan agredido. Y, de niña, agradecía mucho pasar una temporada aquí cada verano. Siempre habéis sido muchísimo más majos conmigo que mi familia.

—¿Más majos que tu madre y tu hermana, que te maltrataban física y emocionalmente? —apuntó Ollie con brusquedad—. No sé yo si es un cumplido.

—Sigo agradecida de que toleréis que me involucre en vuestra familia.

—¿Toleréis? —preguntó Ollie, horrorizado—. Vicky, no es que te toleremos.

Hubo una pausa y Vicky volvió a hablar.

—Vale.

No es que estuviera conforme. Además, lo dijo con ese tono resignado y ligeramente derrotado que usaba cuando se retiraba de una confrontación que no entendía. Retrocedió hacia mí y yo la pegué a mi costado. Cuando se dejó caer un poco, señal de que estaba agotada, decidí que hasta ahí habíamos llegado.

—Bien. Pues bueno, ya os podéis ir todos a tomar por culo.

—¡Mikey! —gritó Florrie desde mi taller—. ¡Que hay menores delante!

—Las palabrotas las oye a la legua, macho —masculló Ollie.

Florrie y Hayley vinieron corriendo.

—¿Nos enseñas a soldar a nosotras también hoy, Mikey? —preguntó Hayley con voz queda. Y, a pesar de la tensión reinante, todos la miramos.

Hayley aún estaba aprendiendo a soltarse después de guardar silencio tanto tiempo, y casi nunca hablaba ante un público tan numeroso.

—Vicky lo ha pasado muy mal, cielo —empecé a decirle con delicadeza—. Creo que...

Pero Vicky me dio un apretón y me interrumpió.

—Claro que sí —dijo—. Me lo ha prometido a mí también.

La miré a la cara y sus ojos esperanzados me devolvieron la mirada. Cómo no. La mujer a la que habían agredido el día anterior, que acababa de tener un encontronazo familiar emocionalmente agotador y que sí o sí debería seguir en la cama, quería aprender a soldar.

Escapaba a mi comprensión que hubiese un tiempo en que la considerara una princesa de hielo rica y presumida.

—Vale —cedí—. Os enseñaré a vosotras tres.

Las dos niñas chillaron y Vicky sonrió entusiasmada.

—Pero los demás largaos ya.

Capítulo 26

¿Qué quieres? ¿Matarme?



Vicky

Me quedé mirando el móvil.

Para ser sincera, no me lo creía. Después de lo que me había hecho Darrell, casi lo primero que pensé fue que mi madre y mi media hermana me lo harían pagar. Me imaginé el aluvión de mensajes y llamadas.

Cuando me agredió hacía dos años, me amenazaron una y otra vez; tantas que al final me estremecía cada vez que me sonaba el móvil. Pero ahora... nada.

Porque Mike había pulsado unas teclas y las había bloqueado. Y cuando mi tía me llamó unos días antes y me dijo a voces que había traicionado a la familia y herido a mi media hermana, que sabía que era retrasada mental pero que no era excusa, Mike me quitó el teléfono, colgó y la bloqueó también.

Pero me hallaba en un sinvivir. No estaba preparada para creer que fuera a ser tan sencillo desconectar de mi familia.

Durante años me habían inculcado lo afortunada que era de tener una familia que me tolerara. Así que bloquearlos me causaba ansiedad, pero sabía que contactar con ellos sería peor.

Además, era feliz en la cabaña.

Mike nos había enseñado a las niñas y a mí a soldar. Aquello supuso que Mike maldijera sin parar y se lamentara de lo mucho que

deseaba tener una novia y unas sobrinas que quisieran ir de compras un domingo en vez de incendiar su taller; una evaluación injusta, en mi opinión, pues fuimos muy cuidadosas con el soplete y solo le prendimos fuego a algo una vez.

Luego, cuando las chicas se fueron a casa, llamó a Felix.

Al parecer, faltaría al trabajo la semana siguiente y me quedaría con Mike en la cabaña. Jamás se me había pasado por la cabeza no ir a trabajar. Casi nunca me cogía días libres. Le conté a Mike que había seguido trabajando tras la última agresión pese a que sufría crisis de ansiedad en silencio.

Se lo dije como si nada, pero no lo tranquilizó; de hecho, a juzgar por el rubor que apareció en lo alto de sus pómulos y la mirada furiosa que me dirigió, es posible que hubiese agravado la situación.

—Pues ni de coña vas a trabajar la semana que viene —me dijo, seguido de una retahíla de palabrotas de todo tipo.

Como parecía muy importante para él y yo me sentía mucho más segura en la cabaña, acepté.

Y, a pesar del finde traumático, esa última semana fue la mejor semana de mi vida. Mejor que la semana en que gané mi primer millón. Mejor que la primera semana en que me mudé a una casa en la que podía mantener mi hábitat seguro y ordenado.

Mejor que cualquier cosa.

Sin embargo, la segunda noche discutimos. Mike me había prometido que me enseñaría a hacer una felación después de seis citas más. Llevaba la cuenta.

Le dije que consideraba una cita ir al taller (aunque también hubiera dos niñas de ocho años) y que debíamos proseguir.

Parecía escandalizado. Me dijo que estaba traumatizada y que no debía sentirme obligada a tener relaciones con él. Que estaba encantado con que nos acurrucásemos en el sofá y viésemos programas de organización.

Pero yo me moría de ganas de aprender a hacer una felación y Mike ya había abusado bastante de su poder.

La verdad es que no me había opuesto porque bloquear a mi familia y quedarme en la cabaña eran cosas que realmente deseaba hacer. Pero su arrogancia y su actitud mandona me sacaron de mis

casillas, lo cual era muy poco frecuente. Hasta levanté la voz, algo que rara vez hacía, y lo llamé mentiroso y emisor de falsas promesas, lo que hizo que esbozara una sonrisilla muy inoportuna y me enfadase aún más.

Finalmente, levantó los brazos en señal de derrota y exclamó:

—Vale, vale. Puedes hacerme una mamada. ¡Esto me pasa por ser majo!

Se me pasó el enfado al instante y sonreí al ver que me había salido con la mía. Me arrodillé frente a él, sentado en el sofá.

—A ver —anuncié—. Me he documentado a fondo, pero quizá deberíamos repasar unos detallitos logísticos antes de empezar. Habría visto porno para prepararme, pero me temo que me da asco ver a otras personas desnudas.

—¿Unos detallitos logísticos? —preguntó Mike con los ojos como platos y una voz más chillona de lo normal—. ¿Q-qué detallitos?

—Tengo un problema con la parte de la eyaculación.

—¿Qué? —dijo débilmente mientras le iba desabrochando los botones de los vaqueros.

—No tolero muy bien el desorden, y a juzgar por mi aversión a las salsas, probablemente no me guste tener semen en la boca.

Mike se frotó los ojos y me sujetó las manos.

—No hace falta que te lo tragues, Vicky —apuntó con voz áspera. Sonreí.

—Menos mal, porque es lo único que creo que no iba a soportar. Tener un pene en la boca sí que me parece bien, aunque el tuyo sea un pelín grande. Ya me las apañaré. Soy muy perfeccionista y me concentro mucho en las tareas, así que quiero hacerlo bien.

—Vale, bien —dijo con voz ronca—. Vicky, haz lo que hazas será perfecto, te lo prometo.

Creo que hice un trabajo decente.

A ver, tuve que parar a preguntarle... un montón de veces, pero no parecía molestarle tener que instruirme.

De hecho, cuando hube terminado, me cogió en brazos y me estrechó contra él mientras murmuraba sin cesar lo perfecta que era, lo guapa que era... Y así.

Por lo que no debí de hacerlo tan mal.

La próxima vez lo haría mejor. Aunque, cuando se lo dije, me contestó con la voz de pito de antes: «Joder, ¿qué quieres? ¿Matarme?».

El resto de la semana mejoró por momentos.

Durante el día, aprovechando que me habían enviado las cosas que tenía en Londres, incluido el portátil, asistía a algunas reuniones por videollamada desde la cabaña.

Lottie se quedaba en Buckingham Manor con Hayley porque la niña estaba de vacaciones, así que se venía conmigo y me hacía señales como cuando estábamos juntas en la sala de conferencias. Su habilidad para calar a la gente no era tan fina cuando teletrabajaba, pero aun así logró identificar embustes en un par de negociaciones.

Mike me dejaba verlo lijar, barnizar, soldar y tallar en su taller.

Siempre me habían dicho que mirar fijamente era de mala educación. Desconcertaba a mucha gente, pero a Mike no parecía importarle que lo mirara. De vez en cuando, levantaba la vista y me sonreía, o me preguntaba algo, o soltaba sus herramientas y venía a besarme.

En un par de ocasiones no solo me besó. Una vez incluso demostró lo fuerte que estaba de cintura para arriba: me aupó, me pegó a la pared y, ahí anclada, me poseyó mientras me susurraba al oído todo tipo de elogios obscenos y me decía lo buena chica que era.

No tenía claro qué era lo que hacía tan bien, pues no era yo quien se deslomaba, pero acepté el elogio de todos modos. En otra ocasión, me inclinó sobre la lisa madera de su banco de trabajo. Al acabar le comenté que esa postura era mi segunda favorita, justo después de esa en la que me sujeta contra la pared, y que me gustó que me inmovilizase y me agarrase del pelo.

—Vas a acabar conmigo —masculó con voz entrecortada.

De hecho, cuanto más me sujetaba, más segura me sentía. Me hacía sentir a salvo, igual que un buen abrazo.

Así que, bajo mi punto de vista, el sexo era una pasada. No estaba segura de que Mike opinara lo mismo. Él juraba que sí, pero

yo era extremadamente inexperta y sabía que él había tenido un montón de relaciones sexuales.

En el pasado, oía a chicas hablar de él en la Madriguera del Tejón, y veía a sus ex, tanto las de Londres como las de Little Buckingham. No tenían pinta de detenerse a media felación para preguntar si habría que usar la mano en la zona que no cubre la boca, para luego cuestionarse en voz alta si tienen la coordinación necesaria para ello, y descubrir que no, que para nada.

A ver, a Mike no pareció importarle en ese momento, pero sabía que, a diferencia de mí, la gente no siempre decía lo que pensaba.

El lunes por la noche me llevó a casa de su madre, algo que me inquietó.

Hetty siempre se había portado muy bien conmigo, y fue muy amable el día de la boda, pero la verdad es que no la conocía mucho. Cuando llegué, me sorprendió ver a Lucy y Felix sentados en su cocina, esperándonos. Como si no fuera impensable que Felix estuviera en Little Buckingham a mitad de semana.

—Pero ¿quién dirige la empresa?! —pregunté. Una pregunta lógica, pues ambos estábamos allí.

—Tranqui, Vics —dijo Felix, dándome un abrazo fuerte—. He estado allí hoy. Hemos venido a pasar la noche.

—¿Por qué?

Felix me miró como si hubiera dicho un disparate.

—¿Cómo que por qué? Vicky, queríamos verte. Estábamos preocupados por ti.

—Ah.

Que yo supiera, el interés de Felix por mí se limitaba a que éramos socios. Le hacía ganar un montón de pasta. Punto.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó Lucy, dándome también un abrazo fuerte tras una breve pausa y un asentimiento por mi parte.

—Sí —respondí, desconcertada por toda la atención.

—¿Quieres ver mis nuevos mapas? —ofreció.

Sonreí.

—Sí, por favor.

Lucy era una exitosa autora de fantasía épica. Sabía que me encantaba cómo estructuraba sus mundos y la complejidad de los

mapas que su ilustradora creaba para ella.

Entonces los perros entraron corriendo y se abalanzaron sobre mí.

Hetty tenía dos *golden retrievers* enormes. Solo los había visto de lejos, y siempre me habían parecido preciosos. El más pequeño, Samsagaz, se emocionó tanto al verme que me saltó al pecho y me lamió la cara.

Mike me lo quitó de encima y le gritó que bajara, pero yo me agaché para que ambos perros pudieran lanzarse, y los abracé por el cuello. Samsagaz se emocionó de nuevo y me derribó, y luego decidió sentarse con sus patas delanteras sobre mi pecho, inmovilizándome con su peso mientras el perro mayor, Frodo, me lamía la cara.

—Pero ¡bueno! —gritó Lucy—. Mamá, a ver si los adiestras, que esto ya pasa de castaño oscuro.

Mike me apartó a los perros para que pudiera ponerme de pie.

Cuando levanté la vista, Lucy y Felix intentaban sacar a un poni gordo de la cocina.

Los perros seguían restregándose contra mis piernas, así que hundí las manos en su espeso pelaje.

—Lo siento, cielo —se disculpó Hetty, que no parecía arrepentida en lo más mínimo—. A veces mis peluditos se pasan un poco de cariñosos. Es su manera de decirte que les caes bien.

—Mamá —le espetó Mike—. Vicky no quiere que...

—No importa —le interrumpí, sonriendo a los «peluditos» de Hetty. Había un labrador negro en Buckingham Manor. Lo quería más que a nada.

De niña, el contacto físico me resultaba más difícil, pero no con los animales.

Mientras cenábamos, el poni gordo se abrió paso por las puertas dobles y se comió mi ensalada con su hocico aterciopelado.

De las mejores comidas a las que he asistido. Hacía años que no me reía tanto.

Al día siguiente, cenamos de nuevo en la Madriguera del Tejón, pero en lugar de volver directamente a casa, Mike me llevó a casa de Pete y Emily para ver a los erizos.

Margot vino dos veces. La segunda ya no lloró, lo que me pareció un avance. Sin embargo, por alguna razón desconocida, Mike no parecía del todo cómodo con ella. Es más, la miraba como si fuera una bomba a punto de explotar cuando estaba cerca de mí.

Y sus visitas le provocaban ansiedad. Como si estuviera preocupado por algo. Cuando se fue la segunda vez, los vi por la ventana discutir acaloradamente junto a su coche.

No oí lo que decían, pero Mike parecía alterado y la miraba ceñudo mientras hablaba. Le pregunté al respecto después, pero le restó importancia. Entonces, pensando que de nuevo estaba tratando de mostrarse protector, le aseguré que Margot siempre había sido maja conmigo y no tenía por qué preocuparse por ella cuando estuviéramos juntas.

—Lo sé, cariño —dijo en voz baja, aún con expresión preocupada—. Te quiere con locura. Créeme, lo sé.

Y la reacción de Mike cuando me ofrecí a comprarle una furgoneta nueva después de que se averiara por segunda vez también fue extraña. Se opuso rotundamente, hasta el punto de resultar ridículo.

La verdad es que no entendía su actitud. Era un disparate que no dispusiera de un vehículo en condiciones.

—Invierto en negocios a diario —argumenté cuando intentó callarme a besos, lo que, para ser sinceros, le había funcionado bien hasta entonces.

Cuando mencioné que invertía, se puso rígido y se apartó.

—No necesito tu dinero, Vics —me soltó—. No estoy contigo por eso, ¿vale? Te quiero por cómo eres.

Lo miré extrañada.

—Ya lo sé, Mike. Nunca tendría tan mala opinión de ti. Eres más íntegro que cualquier persona que conozco.

Le cambió la cara cuando dije eso. No se me daba bien interpretar emociones. Si tuviera que apostar, habría dicho que parecía asustado, pero no podía ser.

¿Qué temía Mike?

Pero antes de que pudiera preguntarle, me abrazó con tanta fuerza que me faltó el aire.

—Lo digo en serio, Vicky —insistió contra mi pelo, con voz ronca—. Solo te quiero a ti, ¿vale?

Su camisa ahogó mi asenso, pero lo tranquilizó lo bastante como para relajar los brazos y permitirme coger el oxígeno que tanto necesitaba.

Mike era muy cauteloso con las finanzas. Las finanzas eran lo mío, como diría Lottie. Si alguien podía ayudarlo a cuadrar las cuentas, esa era yo. Asimismo, tenía claro que Mike necesitaba expandirse. No daba abasto con tantos pedidos. Debía ampliar su plantilla y necesitaba un repartidor. Pero era testarudo.

Yo también, así que no me rendiría.

Pero, mientras tanto, yo era algo que no había sido en mucho tiempo, si es que alguna vez lo había sido.

Era feliz.

Tan feliz que bajé la guardia.

Olvidé quién era yo, quién era Mike, y lo improbable que era que alguien como él estuviera con alguien como yo sin un motivo.

Capítulo 27

Vicky no tiene ni idea



Vicky

—¿Vicky? —La suave voz de Claire provenía del fondo del patio. Al volverme, la vi caminando hacia mí—. Esto... Eh, ¿necesitas ayuda? Florrie está en casa de Hetty con Legolas, así que podría ayudarte a limpiar el estiércol.

Había venido a acariciar los hocicos aterciopelados de los caballos y ver si Tony, el encargado del patio, me dejaba quitarle algo de trabajo de encima. Tony fue durante décadas el encargado del patio en Buckingham Manor. Era un hombre tranquilo y estoico que se hallaba más a gusto con los animales que con las personas.

De niña, me encantaba haber dado con alguien casi tan callado como yo; alguien que no me acribillase a preguntas.

Tony era más de acción que de palabras. Cuando fui aquel día, me ofreció una carretilla y una horca y me señaló con la cabeza uno de los establos.

Había acabado de adecentar uno y me dirigía hacia Bertie, el caballo de Margot.

—¿Quieres ayudarme a limpiar el estiércol? —pregunté, no sin curiosidad.

A Claire le encantaban los caballos, pero mientras que a mí me interesaba más cuidarlos, ella solo los montaba, y únicamente cuando estaban prestos, ensillados y listos para ella.

Yo no montaba a caballo. Las quincenas que pasaba en Buckingham Manor en verano eran un tiempo demasiado breve para aprender como es debido, y además de ofrecerme pocas lecciones, siempre me había aterrorizado perder el control. Prefería mantener los pies en la tierra. Solo les faltaba a los pobres caballos que tuviera una crisis nerviosa sobre su lomo.

Claire se encogió de hombros.

—¿De qué te sorprendes? Sé limpiar cuadras. Además, es un buen ejercicio.

—Bueno, vale —cedí mientras le tendía una horca de repuesto.

Al cabo de unos minutos trabajando codo con codo, volvió a hablar.

—Sé que tienes a Lottie para ayudarte a interpretar a la gente y las situaciones —comentó. Asentí—. Pero creo que juzgas mejor el carácter de los demás de lo que crees. Tenías razón con Blake.

Me encogí de hombros de nuevo.

—Observo los cambios físicos y los patrones de comportamiento. Así fue como supe que Blake tenía un problema con el alcohol. Además, era muy malo conmigo. Los individuos como Blake se ensañan especialmente con la gente como yo, con la gente a la que consideran vulnerable.

—Vicky, ¿por qué nunca me dijiste lo malo que era? —preguntó Claire.

—No parecías estar dispuesta a escuchar lo que opinaba de tu marido.

—Exmarido —recalcó con firmeza.

—Exmarido —repetí—. Cada vez que intentaba transmitirme mis dudas sobre Blake, me mandabas callar.

Se hizo un silencio durante el cual Claire, rastrillo en mano, se quedó mirando la puerta del cubículo muy quieta.

—Joder, es verdad —masculló—. Soy una hermana de mierda, ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—Claire, solo soy tu media her...

—¡No lo digas! —me espetó, haciendo que me sobresaltara—. Perdona. —Suavizó el tono—. No quería asustarte, pero, por favor,

deja ya la chorrada esa de que solo eres mi media lo que sea. Me pasé tres pueblos cuando te dije todo eso de adolescente. Soy tu hermana. Punto.

—Eh..., vale —respondí, sin saber muy bien qué pensar de esta nueva Claire que ansiaba ser mi hermana.

Limpiar un establo es un trabajo duro. Después del segundo viaje al montón de estiércol, estaba sudando a mares, así que, sin pensármelo dos veces, me quité el jersey y mis brazos quedaron al descubierto.

—¡Dios mío, Vicky! —exclamó Claire con asombro. Sabía lo que veía. Lo mismo que hizo que a Mike se le tensara la mandíbula y se le encendiera la mirada—. Tus brazos. ¿Todo esto te lo hizo el tío ese de la boda?

—Eh..., bueno, algunos me los hizo mi madre —aclaré encogiéndome de hombros.

Claire ahogó un grito.

—¿Cómo?

—Los del brazo me los hizo mi madre. Me agarró después de la ceremonia. Los de las muñecas y los antebrazos me los hizo Darrell.

—¿Que tu madre te hizo eso?

—Bueno, en parte.

—Ollie dice que... —Claire hizo una pausa para tragar saliva y enderezar los hombros—. Dice que tu madre te pegaba cuando eras pequeña.

Me encogí de hombros.

—Molestaba a mi madre y a Rebecca. No era una niña fácil. A ti también te molestaba, ¿te acuerdas?

Claire había palidecido mucho mientras me miraba fijamente.

—No sabía que... —Dio un paso hacia mí, pero se detuvo y se frotó la cara. Acto seguido se cruzó de brazos—. Te trataba fatal cuando éramos niñas y...

—No me tratabas fatal —repuse, confundida.

Claire suspiró.

—Vicky, creo que tienes una idea equivocada de lo que es que te traten fatal. Pasaba de ti. S-s-siempre he pasado de ti.

—Bueno, pasar de mí no es tratarme fatal. Nunca me hiciste daño.

—Anda que no. Hería tus sentimientos.

Parpadeé mientras me giraba hacia Bertie, que estaba atado junto a su establo. Me rozó la cara con el hocico y yo acaricié su aterciopelada nariz. Recordé mi llegada a Buckingham Manor a los seis años, lo imponentes que se me antojaron el edificio y sus jardines, el miedo que sentí cuando mi madre me sacó del coche a empujones y se marchó, la frustración que rezumaban todos porque no quería hablar, la vergüenza que pasé la primera noche cuando me senté a cenar en familia, pues no había nada en mi plato que pudiera comer. Ollie aún no había vuelto del internado, así que solo estábamos Claire, Margot y yo sentadas a la mesa. Nunca había conocido a gente tan pija y glamurosa.

Incluso Claire, con catorce años, parecía salida de una revista.

Esa noche me escabullí de mi cuarto. No podía dormir del hambre que tenía, pero me detuve en mitad de las escaleras al oírla gritar.

—¿Por qué tenemos que aguantar a la bastardilla de papá y su afán de notoriedad? Es raro, mamá. ¿Cómo voy a explicárselo a mis amigos? Uy, sí, perdonad, os presento a mi hermanita ilegítima. A mi padre no solo le gusta tirarse a todo lo que se menea, sino que espera que nos hagamos cargo de las consecuencias.

—Me hace tan poca gracia como a ti —le espetó Margot—. Pero me aseguraré de que no te dé la lata. No te fastidiará mucho el verano, querida.

—Más le vale.

Subí corriendo las escaleras, demasiado preocupada por que me pillaran como para arriesgarme a ir a la cocina a por algo de comer. Después de eso, resolví que no le daría la lata a Claire.

Para cuando Ollie regresó a casa, ya había perfeccionado el arte de no molestar a nadie. Pero una mañana, después de llevar una semana en casa, al ver que volvía a no desayunar, me llevó a la cocina y vació casi todo el frigorífico y los armarios. Me enseñó los alimentos uno a uno hasta que asentí. A ver, no me preparó el desayuno él mismo —al fin y al cabo era el futuro duque—, pero se lo pidió al cocinero.

Un día, incluso, fue a buscarme a mi cuarto y me dijo:

—Ah, conque aquí es donde te escondías...

Y me llevó a los establos. Así que no todos me ignoraban, pero es verdad que Claire no me hacía ni caso.

Con el paso de los años, y tras la muerte de papá, sentí que la animosidad manifiesta de Claire disminuía. El nacimiento de su hija Florrie sin duda contribuyó a ello, ya que, incluso de bebé, Florrie siempre se acercaba a mí en las reuniones familiares a las que me invitaban.

La inesperada devoción de Florrie me pareció sumamente especial; fue una de las primeras personas en darme un abrazo espontáneo. Pero a pesar del incomprensible afecto que me profesaba su hija, Claire mantuvo las distancias. El padre de Florrie nunca estuvo presente, y luego Claire se casó con Blake, lo cual no ayudó en absoluto a mejorar mi relación con ella.

Odiaba a Blake con toda mi alma. Fue el primero en apodarme Princesa de Hielo y siempre apestaba a alcohol rancio. Tengo el olfato muy desarrollado, y ese hombre me daba arcadas si estaba a menos de metro y medio de mí. Por suerte, ya no era de la familia.

Suspiré.

—No pasa nada, estaba invadiendo tu espacio, tu hogar.

Claire resopló.

—Qué invadir ni qué invadir, si apenas te veía. No tenía ni idea de cómo era tu familia materna. Pero ya antes de lo ocurrido y de que saliera a la luz la verdad, me sentía fatal. Sé que he sido una mala hermana, pero...

—Media hermana —la corregí por inercia.

Claire suspiró. La oí cruzar el empedrado para acercarse a mí.

—Hermana, Vicky, ¿vale? —me corrigió en tono afable—. Eres mi hermana. Mi hija te llama tita. Eres de la familia.

—Ah. —No sabía qué más decir.

—Debería haberlo hecho hace mucho, pero... ¿puedo abrazarte? Sé que te gusta que te abracen de una forma concreta. He estado ensayando con Ollie para que me saliera bien.

—¿Has practicado cómo abrazarme? —Me giré hacia ella. Sentí una opresión en el pecho y me ardía la garganta.

Cuando miré a Claire, vi que tenía los ojos húmedos.

—Hombre, claro. No quería cagarla la primera vez que abrazase a mi hermana.

Se hizo un silencio brevísimo durante el cual la miré fijamente a los ojos, anegados en lágrimas. Entonces, por instinto, me lancé a sus brazos.

—Ah, vale —dijo sorprendida, devolviéndome el abrazo con fuerza—. Pues ha sido más fácil de lo que pensaba. —Y agregó susurrando—: ¿Me perdonas, querida?

Me aparté y retrocedí un paso para observarla con extrañeza.

—No hay nada que perdonar, Claire. No fuiste cruel ni mala conmigo.

—Sí que lo fui —protestó con vehemencia—. Crees que si ni te insultan ni te pegan, puedes darte con un canto en los dientes. Te han enseñado a esperar poco de los demás. Y en buena medida es culpa mía. Pero cambiaré, te lo prometo. Dicho esto, venía a buscarte. Vamos a jugar al cróquet y tu macho está que trina porque no estás en casa.

—¿Mike está aquí? —pregunté sonriendo.

Era sábado y Mike tenía que hacer unas entregas en Londres, así que le dije que lo esperaría en la cabaña. Sin embargo, después de que se fuera, me abordaron todos los Harding en masa, además de Lottie y Hayley. Me pidieron que fuera a Buckingham Manor para celebrar un día en familia, y ahora que no estaba mi carcelero, habían venido a secuestrarme. Ollie fue quien describió a Mike como mi carcelero. Al parecer, no le hizo mucha gracia que me hubiera acaparado toda la semana.

La verdad es que pasé un buen día con ellos.

Hetty vino con Bianca, la madre de Felix, y el personal de Buckingham nos preparó la merienda: té con bollos y sándwiches diminutos, incluidos los sencillos de queso que podía comer.

Florrie, Hayley y yo nos pasamos más de una hora mirando el seto para ver si veíamos a la familia de topillos que había avistado Florrie.

Pero echaba de menos a Mike.

Me volví hacia Claire mientras caminábamos por el amplio jardín en dirección a la casa.

—En serio, Claire. —Me protegí los ojos del sol para mirarla—. No tiene ningún sentido que te echés la culpa. Estoy muy agradecida de que me hayáis permitido alojarme en Buckingham Manor y...

Dejé el discurso a medias cuando reparé en que Claire se había detenido en medio del jardín, con los brazos extendidos a los costados y las manos cerradas.

—Vicky, como vuelvas a decir que estás agradecida de alojarte en esta casa, cuando te corresponde por sangre, no respondo. Eres la hija de papá, eres mi hermana y mereces estar aquí como la que más. ¿Queda claro?

—¿Estás enfadada? —le pregunté en voz baja.

Claire cerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Sí, Vicky —contestó. Me estremecí, pero entonces abrió los ojos y se le relajó la expresión—. Estoy cabreadísima, pero sobre todo conmigo. No contigo. Y estaría mucho mejor si tú también te enfadaras conmigo.

Me mordí el labio inferior.

—Eeeh... A ver si se me ocurre un motivo para estar enfadada contigo. ¿Reciclas?

Claire dejó de torcer el gesto y sonrió al oír mi pregunta.

—No me gusta enjuagar los envases de plástico en los que viene el pollo crudo. A veces los tiro sucios a la papelera.

La miré con recelo.

—Vale, sí, ya estoy enfadada contigo.

—Maravilloso —concluyó, y reemprendió la marcha.

—Oye, Claire —dije mientras avivaba el paso para alcanzarla—. ¿Y si metes los recipientes en el lavavajillas? Así no tendrías que lidiar con los restos de pollo y...

Claire se rio al entrar en el vestuario.

—Vics, te prometo que a partir de ahora limpiaré los restos de pollo, o, al menos, le pediré al servicio que lo haga. ¿Contenta?

Suspiré aliviada y ella volvió a reír. Entonces oí la voz de Mike a través de la pared. Estaba hablando con Margot.

—Ve, anda —me instó Claire.

Salí al vestíbulo principal. Pero justo cuando estaba a punto de abrir la puerta de la cocina, me detuve al oír mi nombre.

—Vicky no tiene ni idea de que diriges una empresa de inversiones fantasma —dijo Mike, cortante y molesto—. Y tampoco se lo vas a contar.

—Ya lo hemos hablado, Mike. Claro que no le diré que estoy detrás de Highcliffe Investments. De eso se trata. Tiene que creer que tu relación con ella se desarrolló con total naturalidad y que entraste en razón solo. No quiero que sepa que necesitaste que te diera un empujoncito. Y recuerda, no le hagas daño. Sin mi dinero, tu negocio ya estaría en quiebra. Si sigues haciéndola feliz, me aseguraré de que no te falte capital de Highcliffe Investments en el futuro. Te vendría bien una furgoneta nueva, por ejemplo.

Bajé la mano del picaporte y, al retroceder, choqué con Claire, que estaba justo detrás de mí.

El zumbido de los oídos era tan fuerte que no oía nada más, y empecé a ver borroso.

Mike en la cena de gala, cuando nunca había ido a una.

Mike cuidándome cuando tuve una crisis nerviosa.

La cara de asco de Mike cuando me trajo la mesa de centro hacía tantas semanas. Mike diciéndome que no me tocaría ni con un palo.

Asentí un par de veces, murmurando: «Vale, vale. Claro. Sí». Porque, sinceramente, tenía todo el sentido del mundo. Y encajaba con el resto de mis relaciones.

O bien se me acercaban por obligación familiar o por interés económico, y Mike Mayweather no era la excepción.

Claire me tocó el hombro y me aparté sobresaltada. Vi que movía los labios a toda velocidad, pero el zumbido de los oídos me impedía oír lo que decía.

Trastabillé hacia atrás y la puerta de la cocina se abrió de golpe. La enorme figura de Mike, pálido y con cara de espanto, llenó el umbral. También movía los labios, y aunque sentía que la habitación vibraba por el timbre de su voz grave, tampoco pude distinguir qué decía.

Entonces se acercó a mí y oí un chillido de angustia, eso sí.

Mike se estremeció. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo había proferido yo.

Levanté la mano para protegerme, pero él se detuvo, con las manos en alto en señal de rendición, como si yo fuera un animal salvaje al que no quisiera asustar. En el fondo, sabía que debía controlarme. La situación ya era bastante vergonzosa sin que me diera una crisis de las gordas. No creía que mi orgullo se recuperara si Mike, que cobraba por salir conmigo, me sacaba de la mansión en brazos.

Así que tragué saliva, enderecé los hombros y me mantuve firme. Recordé las técnicas que me había enseñado Abdul e inhalé profunda y lentamente por la nariz y exhalé por la boca varias veces.

—Mar-Margot —empecé a decir, pero me callé al darme cuenta de lo temblorosa que me salía la voz. Tragué saliva y me aclaré la garganta antes de volver a hablar—. Acabo de caer en que tengo que volver a Londres para preparar la reunión de mañana.

—Vicky, cariño, por favor. —Ya oía a Mike. Parecía presa del pánico, casi desesperado. Pero su remordimiento me traía sin cuidado. Había visto una oportunidad y la había aprovechado. Dios sabe que llevaba siglos espiándolo. Fijo que creyó que podría matar dos pájaros de un tiro: cobrar y librarse de mí de una vez por todas—. No lo entiendes. Nunca fue por el dinero. Ni siquiera sabía que Margot...

—¿Que no fue por el dichoso dinero? —espetó Ollie al entrar en la casa. Humillada total, cerré los ojos—. ¿De qué coño estás hablando, Mayweather?

—Todo esto es un malentendido —gritó Margot, palideciendo—. Invertí en la empresa de Mike, y, bueno..., puede que lo haya animado a...

—¡Hostia puta, mamá! —le espetó Ollie, furioso—. ¿Qué has hecho ahora?

—Estoy con Vicky porque quiero estar con ella —le dijo Mike a Ollie antes de volverse hacia mí—. Estoy contigo porque quiero estar contigo, cariño. Por favor. Te quiero. Por favor, Vicky, tienes que creerme.

Quería creerle, de verdad que sí. Pero demasiadas voces negativas me rondaban la cabeza:

«Princesa de hielo».

«Bicho raro».

«Vacía por dentro».

«¿Por qué no puedes ser normal?».

«¿Por qué lo estropeas todo?».

«¿Eres su cuidador o algo así?».

Claro que querría que le pagaran. A los cuidadores se les pagaba; a los amantes, no.

—Te habría dado el dinero —susurré—. Si me lo hubieras pedido, te habría dado lo que fuera.

—Cabronazo —bramó Ollie mientras se lanzaba a por Mike y acababan los dos en el suelo.

—¿Qué cojones pasa aquí? —gritó Felix mientras entraba corriendo por la puerta, seguido de Lucy, Lottie, Hayley y Florrie.

Me aparté un poco mientras Felix intentaba separar a Ollie de Mike, el cual no contraatacaba. Tantos años de práctica para tratar de volverme invisible en esa casa al fin dieron sus frutos: corrí al hueco que había detrás de la despensa y atravesé a toda prisa un pasillo que sabía que conducía a la entrada.

¿Y ahora qué? Mi coche y mi chófer estaban en Londres.

Entonces, una lluvia de grava me cayó a los pies y retrocedí un paso, sobresaltada. Parpadeé al ver el Aston Martin de Ollie ahí delante. Se bajó la ventanilla y Claire me miró desde el asiento del conductor con gafas de sol y expresión decidida.

—Vámonos cagando leches.

Capítulo 28

Lo único que siempre he querido



Mike

—Oye, macho —me dijo Felix mientras se acercaba a mí por el pasillo—. Vete ya a tomar por culo.

Intenté mirar detrás de él, a la sala de juntas en la que había visto a Vicky sentada entre Lottie, con cara de preocupación, y Tabitha. Al cruzar la mirada con Lottie, esta frunció el ceño y negó bruscamente con la cabeza. Luego, al verme Felix, actuó de inmediato.

—Necesito verla —supliqué—. No lo entiendes. No puedo...

—Es su lugar de trabajo, imbécil. Está ocupada.

—Al menos dime si está bien. Me estoy volviendo loco. Volvió a reunirse con la poli, pero no me dejaron entrar en comisaría cuando fui. No me devuelve las llamadas. Creo que ni siquiera lee mis mensajes.

Felix se llevó la mano a la nuca y suspiró. Parecía igual de perdido que yo.

—Lo siento, Mike. No puedo decirte cómo está porque no lo sé. Arrugué el ceño.

—¿Cómo que no? Pero si trabajas con ella a diario.

—Me he dado cuenta de que a Vicky se le da de puta madre esconderse a plena vista. En los últimos tres años, ha habido momentos en que se ha encerrado en sí misma. Creía que era una

más de sus peculiaridades. Pero cuanto más lo pienso, más creo que se debía a una especie de detonante cada vez: la agresión de hace dos años, lo que pasó contigo y la mesa de centro, su familia materna las otras veces, seguramente... Y la historia se repite. Trabaja con más ahínco si cabe. Pero no se relaciona con nadie, la verdad. Así es ahora. Indiferente. Como un zombi. Así que no, no sé si está bien. No habla conmigo, ni con Lucy..., ni siquiera con Lottie. Viene a trabajar, habla cuando es estrictamente necesario, se va a casa y no queda con nadie fuera del horario laboral.

—Mierda, mierda, mierda —canturreé mientras me frotaba la cara con las manos.

—¿Mike? —Bajé las manos al oír la voz clara de Vicky. Al mirar hacia arriba, la vi venir hacia mí desde la sala de juntas. Se detuvo junto a Felix y nos observó impasible—. Felix, te necesitan en la reunión —comentó con ese tono monocorde que tanto detestaba—. Yo me encargo de Mike.

Felix titubeó.

—Vics, ya me...

—Esto es poco profesional —me cortó, todavía con ese tono monótono.

Me iba a dar algo.

Había vuelto a adelgazar y se le marcaban las ojeras pese al maquillaje. El brillo que había ido irradiando cada vez más fuerte durante las semanas que estuvimos juntos se había apagado por completo. Su mirada estaba hueca y vacía. Daba la impresión de que la hubiesen desenchufado y actuase en piloto automático.

—Vuelve. Te necesitan para acabar de cerrar el trato.

—Vale, Vics —respondió Felix con tono afable—. Si estás segura...

Vicky asintió bruscamente y Felix suspiró y me miró de reojo, como advirtiéndome que tuviera cuidado.

—Vicky... —empecé a decir cuando se hubo ido.

—He llegado a la conclusión de que probablemente te sientas muy culpable por lo que ocurrió entre nosotros —comentó en el tono monótono de los cojones. Me moría de ganas de abrazarla fuerte, de devolverle la luz a la mirada con un beso, pero me obligué a dejar las manos en mis costados y las apreté con fuerza—. Pero te

garantizo que tu culpa es infundada. La inversión de Margot en tu empresa fue muy acertada. En todo caso, necesitas aún más dinero para expandirte. Hiciste bien en no ponerla en peligro. Habría preferido que me hubieras explicado la naturaleza de nuestra relación antes de empezarla, pero lo cierto es que incluso si hubiera sabido que te pagaban, la habría iniciado. Hasta ese punto me gustabas.

—Dios mío, Vicky, escúchame, por favor. El dinero no tuvo nada que ver con...

—¿Fuiste a la gala después de que Margot te amenazara con retirar su inversión? —preguntó Vicky, arqueando las cejas.

—Sí —confesé apretando los dientes—. Pero te deseaba mucho antes, incluso antes de besarnos en el naranjal. Habría ido a por ti con o sin Margot. Ni siquiera la primera vez que te tuve entre mis brazos fue por el dinero. Te juro que fuiste mía desde ese instante; independientemente de lo que hiciera Margot con su inversión, no iba a dejarte marchar. Volver a abrazarte durante los fuegos artificiales no hizo más que consolidarlo.

Por un segundo se le iluminaron los ojos y creí ver una chispa en ellos. Pero entonces volvió a apagársele la mirada.

—Me cuesta creer que una mujer adulta que sufre una crisis nerviosa por unos fuegos artificiales sea tan atractiva, Mike.

—No...

—Pero te garantizo que, aunque hubiera preferido estar al tanto del acuerdo, te estoy agradecida por haberme dedicado tanto tiempo.

—¿Qué cojones dices? —musité muy despacio.

¿Que estaba agradecida de que le hubiese dedicado tiempo?
¿Hablabas en serio?

—Nunca pensé que podría tener una relación física con nadie, y mucho menos una como la que tuvimos tú y yo, la cual, bajo mi punto de vista, fue absolutamente maravillosa. Soy consciente de que a ti te merecerá otra opinión, dadas mi falta de experiencia y la necesidad de que me guiasen, y que te habrá resultado... tediosa. Así que, si crees que no has recibido la compensación adecuada por tu tiempo, dado que cuando cerraste el acuerdo con Margot no

sabías que era virgen y que la relación requerida exigiría un esfuerzo considerable por tu parte, con gusto te compensaré con cualquier pago adicional que consideres insuficiente.

¿Tediosa? ¿Creía que me había parecido tedioso desvirgarla y disfrutar de sus primeras veces, las cuales pasaron a ser unas de las experiencias más increíbles y alucinantes de toda mi vida?

Joder, ¡si iba a volverme loco de lo mucho que la deseaba! Era fiebre para mis venas, ¿y aun así creía que lo vivido me había parecido «tedioso»?

¿Qué coño estaba pasando?

—Vicky —gruñí—. Te lo voy a explicar bien clarito. Estar contigo era todo lo contrario a tedioso. Si crees que fingí la atracción que sentía por ti, te equivocas pero bien. Todo contigo estaba a un nivel muy superior al que hubiera alcanzado con cualquier otra. Quizá suene a cavernícola, pero me hacía una ilusión que te cagas ser tu único amante; era todo un honor. Cada vez que cierro los ojos, te veo desnuda en mi cama y oigo los ruiditos que haces al correrte. Si me concentro lo suficiente, casi me parece saborearte. De noche sueño contigo y de día me distraigo con el anhelo que siento por ti. Me da igual que no te creas nada más, pero, por favor, al menos créete esto, te lo ruego.

Me miraba boquiabierta y con los ojos como platos.

Bien.

Por fin había resquebrajado su expresión vacía.

A ver, quizá decirle en su oficina que me la imaginaba desnuda y que me parecía saborearla no fuera del todo apropiado, pero no iba a permitir que creyera ni un minuto más que lo nuestro me había parecido un coñazo.

—Yo... Es que... —Su tono monótono había desaparecido y volvía a hablar con su voz trémula de siempre. Cerró la boca con fuerza y tragó saliva mientras me miraba fijamente. Tenía las pupilas dilatadas y la respiración agitada.

Lo estaba consiguiendo.

—Vicky, cariño, por favor. Te quiero. Si...

—¡Para! —me espetó. Reprimí una maldición furiosa. Su expresión se había vuelto opaca de nuevo, pero no antes de que vislumbrara

un dolor real cruzarle el semblante—. No digas que me quieres.

—Lo diré, Vicky. —Me temblaba la voz de la frustración—. Y no pararé hasta que me creas.

—Es cruel, Mike —susurró ella, y, para mi sorpresa, se le humedecieron los ojos—. Margot no va a retirar su inversión. No tienes por qué hacer esto. Además...

—¡Que les den por culo a Margot y a su inversión! —exclamé—. Eso no me importa. Solo me importas tú.

Cerró los ojos, y cuando le cayó una lágrima por la mejilla, se estremeció y se la secó rápidamente, como si le sorprendiera encontrársela ahí.

—Lo único que siempre he querido es que alguien me ame por cómo soy. Solo por ser yo. No por algo que pueda darle. No porque se vea obligado. Solo porque me haya elegido a mí. Así que es cruel que me digas eso ahora.

Se alejó de mí. Su rostro volvió a transformarse en esa máscara inexpresiva y se le apagó la mirada mientras se secaba otra lágrima. Parpadeó hasta que se le quedaron los ojos secos y sin vida.

—No eres un hombre cruel. Sé que no. Así que, por favor, no insistas. Y, por favor, no intentes verme. Si hubiera sabido del acuerdo, habría podido mantenerme más distante, pero no lo sabía. Y una vez que me obsesiono con algo, me resulta muy difícil desengancharme. Así que mantente alejado de mí.

—Por favor, Vicky...

—Me has destrozado, Mike —susurró—. No soy tan fuerte. No puedo soportar verte sin romperme aún más, y necesito una oportunidad para recomponerme.

Se dio la vuelta para regresar a la sala de juntas.

La vi irse, con los puños aún apretados a los costados para no tocarla.

«Lo único que siempre he querido es que alguien me ame por cómo soy».

Notaba una opresión tan grande en el pecho que apenas podía respirar.

De momento no iba a conseguir nada, pero no iba a rendirme.

Jamás me rendiría.

Capítulo 29

Yo no amenazo



Vicky

No sabía a qué esperaba.

Permanecer veinte minutos sentada en el coche, mirando a la nada, no era productivo. Debía levantarme y obligarme a entrar en esa casa.

Cortar la comunicación con mi madre y Rebecca no había sido tan sencillo como bloquear sus números y ya. Vale, no les abrí la puerta cuando vinieron a casa, pero los incesantes golpes no eran lo ideal, pues vivía en un barrio tranquilo.

Por no hablar de los mensajes que dejaban en la recepción de mi oficina.

Por nada del mundo podía permitir que se entrometieran en mi vida profesional.

Lo único que tenía era mi vida profesional.

Así que ahí estaba yo, sentada en mi coche, frente a su casa, veintiún minutos y treinta y dos segundos más tarde de la hora acordada. Me habían prometido que Darrell no estaría presente y que el acoso disminuiría si me reunía con ellas ese día. No tenía claro si creerles o no, pero el coche de Darrell no estaba ni ahí ni en las calles cercanas (las había rastreado).

—Es seguro —me susurré mientras cerraba los ojos—. Estás a salvo. Tú puedes.

Unos fuertes golpes en la ventanilla me sobresaltaron. Al abrir los ojos del susto, vi a mamá frunciendo el ceño.

—¿Entras o qué? —preguntó, retrocediendo un poco y cruzando los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

Respiré hondo y exhalé lentamente antes de obligarme a abrir la puerta del coche.

«No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», diría Margot. «Haz lo difícil primero, no lo pospongas».

Mientras acompañaba a mamá a casa, seguí haciendo los ejercicios de respiración que me había enseñado Abdul. No le haría gracia que estuviese ahí ese día. Estaba totalmente de acuerdo con Mike y los demás en que no debía tener contacto con mi familia.

—Rara vez recomiendo un distanciamiento prolongado, Vicky —me había dicho la semana anterior—. Pero tampoco me he topado con gente tan despreciable como tu madre y tu hermana.

Así que no, Abdul no creería que fuese buena idea. Y si yo me hubiera empeñado en ir, sin duda habría querido que me acompañaran Ollie, Felix u otra persona. Antes de revelarle lo de la inversión de Margot, también me habría sugerido a Mike, pero ahora parecía casi tan decepcionado con él como yo. Incluso lo llamó gilipollas en una de las contadas ocasiones en que dejaba de mostrarse profesional.

Pero, aunque creí a Ollie, Claire y Margot cuando insistieron en que me consideraban parte de la familia, sabía que, dijeran lo que dijeran, debía ser un miembro dócil. Ya había dado una cantidad inaceptable de problemas ese mes; no necesitaba añadir más arrastrándolos a mi embrollo.

Se me cayó el alma a los pies al entrar en la cocina y ver todo el desorden.

—Hola —me saludó Rebecca en voz baja, sentada a la mesa con todos los platos y tazas sucios apilados frente a ella.

—Hola —respondí con cautela.

Rebecca no llevaba su habitual ropa de marca. Es más, ni siquiera iba maquillada y tenía ojeras.

—¿Y tu padre?

Mamá me miró con los ojos entornados.

—Gareth no es asunto tuyo —me espetó—. No eres su hija.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, era cierto.

—Bueno, ¿qué queréis? —dije, manteniendo un tono neutral.

—Que retires los cargos contra Darrell —me contestó mamá, iracunda.

Me dieron unas ganas terribles de taparme los oídos, pero sabía que me llamarían bicho raro si lo hacía.

—No puedo hacer eso —repose con sinceridad—. Ya he prestado declaración.

—Pero si solo estaba bromeando —argumentó mamá—. ¿Quién narices va a la poli por una simple broma?

Ladeé la cabeza sin dejar de observarla.

—Me hizo daño —alegué con voz queda.

Mamá puso los ojos en blanco y Rebecca se hundió aún más en su silla. Me sorprendió que no quisiera gritarme también.

—Siempre has sido una sensiblon. Déjalo estar. De todos modos, es tu palabra contra la suya.

Negué con la cabeza.

—Hubo testigos.

—Un testigo —recalcó mamá—. Y te lo tiras, por lo que no costaría mucho silenciarlo.

—Mamá —intervino Rebecca, levantándose de su asiento en la mesa de la cocina—. ¿Puedes dejar de decir...?

Interrumpí a Rebecca.

—No me lo tiro —dije por toda respuesta.

—¿Ya se ha cansado de ti? —se mofó mamá—. Sabía que le pagaban por estar contigo.

Palidecí y di un paso atrás.

¿Cómo podía saberlo?

Me empezó a dar vueltas la cabeza y se me hizo un nudo en la garganta.

Mamá me observaba con una sonrisa de suficiencia, como si le complaciera turbarme.

—Esto es ridículo. —Me sobresalté al oír la voz fuerte y seca de Margot. Al volverme, la vi entrar en la cocina con paso ligero, haciendo ruido con las botas al pisar el embaldosado—. Janet,

Rebecca, como siempre, un fastidio. Veo que vuestras habilidades para con las tareas del hogar no han mejorado con los años.

Mamá se enderezó de golpe y miró con odio la otra punta de la cocina.

Rebecca observaba a Margot con recelo mientras esta se plantaba a mi lado.

—Vicky, querida —me dijo—. ¿Qué diantres haces aquí con esta gente?

—Te-tenía que...

—No, no tenías por qué. Siento haber insinuado que debías mantener contacto con tu madre biológica.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí! —le gritó mamá—. ¡Largo de mi casa!

Margot se giró hacia mamá, irguiéndose y ajustándose el bolso al hombro. Dio la impresión de que la temperatura de la estancia había bajado unos cuantos grados.

—¿Tu casa? —preguntó Margot. Observé con fascinación que mamá se quedaba lívida—. ¿Que esta es tu casa, dices? —Se hizo un breve silencio. La mirada gélida de Margot se posó en mamá, quien se rindió primero y apartó la vista—. Esta casa forma parte de Buckingham Estate, al igual que los terrenos que la rodean. Ha pertenecido a Buckingham Estate durante más de quinientos años. Mi hijo es el dueño de esta casa.

—¡Joder con los aristócratas! ¡Sois los dueños del país, macho! —le espetó mamá, con el rostro enrojecido por la furia.

Margot sonrió y asintió.

—Estoy de acuerdo. Al menos del setenta y cinco por ciento, así que sí, de la gran mayoría. —Bajó el tono y dejó de sonreír—. ¿Crees que una familia que ha mantenido una fortuna tan grande como la nuestra lo ha hecho sin cierta crueldad? —Y le susurró con una voz grave y letal—: ¿Crees que una familia así permite que la gentuza como tú putee a sus miembros? ¿Que les ponga las manos encima?

Mamá parecía que estaba a punto de vomitar.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con voz trémula.

Margot esbozó una sonrisa que parecía más bien un gesto de enfado. Mamá se estremeció.

—Para nada. Yo no amenazo; yo sentencio. Antes de que acabe el mes estarás fuera de esta casa. No volverás a hablar con Vicky ni tratarás de contactar con ella por ningún medio. Ya he hablado con tu futuro exmarido, que nunca estuvo a favor de este pacto, y está completamente de acuerdo en buscar otra vivienda. Aunque, dado lo disgustado que está por cómo tratas a Vicky y lo mucho que se enfadó al enterarse de que has abusado física, emocional y económicamente de tu hija durante todos estos años, supongo que no la compartirá contigo.

—N-n-no puedes hacer eso —tartamudeó mamá.

—Mi familia ha hecho lo que le ha dado la gana durante más de quinientos años. Ten por seguro que puedo y que lo haré. Con razón o sin ella, cuento con el apoyo de los tribunales, la policía local y el poder judicial. Tengo un ejército de abogados a mi disposición y un equipo de excelentes investigadores privados que ya han desenterrado suficientes trapos sucios vuestros como para empapelaros a las dos.

—No es tu lucha, Margot —murmuró mamá entre dientes—. Ni siquiera es tu hija. Es la bastarda de tu marido, fruto de sus revolcones conmigo cuando se cansó de ti. ¿Por qué te importa?

—Mi marido era un cabrón sin escrúpulos. Y tú eres un despojo humano. Pero Vicky es, y siempre ha sido, absolutamente maravillosa. Es hermana de sangre de mis hijos, y la reconozco como mi hija por elección propia.

—¡Lo que dices no tiene sentido! —exclamó mamá, alzando la voz—. Deberías odiar a Vicky. Deberías...

—Si crees que debería odiar a tu hija, ¿por qué la dejaste en mi casa cuando tenía seis años?

—No había quien la aguantase —protestó mamá.

—Pues yo sí la aguantaba —replicó Margot—. De hecho, creo que Vicky era la niña más dócil que he conocido. ¿Por qué la trajiste sin avisar? ¿Por qué no intentaste cuidar de tu propia hija? ¿Qué clase de monstruo insensible...?

—¡No paraba de gritar! —estalló mamá.

Retrocedí un paso.

—¿Qué di...? —empezó Margot, pero mamá la interrumpió.

—Tu maridito le dijo que era un error, y nada más hacerlo, la niña empezó a gritar y no paraba. Venga a gritar y gritar.

—¿Qué le hiciste? —susurró Margot.

Eché un vistazo a Rebecca, quien, pálida, miraba a mamá.

—¿Qué iba a hacer? No se callaba. El duque se piró y el muy capullo me dejó con la loca esta. No me funcionó nada: la zarandeeé y la abofeteé, pero seguía gritando. Tenía que hacer algo.

—¿Que la zarandeaste y la abofeteaste? —se escandalizó Margot en alto—. ¿Y no se te ocurrió abrazarla?

—¿Abrazarla? ¿Estás de coña? ¿Recompensarla por ese comportamiento? ¡Ni hablar! —Mamá se sonrojó y apretó los puños a los costados—. Los vecinos la oían. Fue horrible. Así que hice lo único que se me ocurrió.

Noté una opresión en el pecho y se me cerró la garganta. Era como si volviera a estar allí. Las paredes frías, las arañas, el pánico que me daba quedarme sola y no saber cuándo volvería mamá.

—¿Qué le hiciste? —repitió Margot, casi susurrando.

—La encerré en el sótano —dijo mamá entre dientes—. Y la dejé salir cuando...

—Cuando dejé de gritar —logré decir pese al nudo de la garganta. Horrorizadas, todas guardamos silencio—. Me dejaste salir cuando dejé de gritar. Pero no fuiste tú quien me dejó salir, mamá.

—Fue idea mía dejar a Vicky a tu cargo, Margot —dijo Gareth desde la puerta principal. Todas nos volvimos hacia él. Entró y cerró la puerta, dejó caer las llaves en una mesita auxiliar y se giró hacia la cocina. Parecía mayor desde la última vez que lo vi. Tenía un aspecto derrotado—. Cuando llegué a casa y vi lo que había hecho Janet... —Se le rompió la voz al final de la frase mientras negaba con la cabeza. Miró a mamá y añadió—: Te justifiqué. Me ocultaste lo peor, pero justifiqué cómo tratabas a esa chica. Pero cuando llegué a casa aquel día... y pregunté dónde estaba... La casa estaba en silencio. No quisiste decírmelo. Cuando por fin la encontré y la dejé salir, el silencio era ensordecedor.

—Fue entonces cuando dejaste de hablar —concluyó Margot, volviéndose hacia mí. Para mi sorpresa, vi que tenía los ojos llenos

de lágrimas. Se los secó rápidamente y se volvió hacia mi madre y Gareth—. Me enviasteis a una niña traumatizada sin avisar.

—Vicky era un alma en pena cuando la encontré en el sótano. Tenía la mirada perdida, como si estuviera aterrada, y moretones en los brazos —confesó Gareth en voz baja—. Pensé que se trataba de un caso aislado. Que a Janet le habría podido el estrés y habría explotado. Que necesitaba un respiro. Pensé que pasando una temporada fuera, Vicky se recuperaría, y... y la verdad es que no soportaba su silencio. —Se volvió hacia mí—. Te he fallado, *cariad*. Lo siento mucho.

Agachó la cabeza, avergonzado. Me acerqué a él y, tal y como me hacía Lottie, le puse la mano en el brazo.

—Tú siempre fuiste amable conmigo —le dije—. Eso no es fallarme. Era importante para mí.

Él negó con la cabeza.

—Debería haberte protegido, cariño.

—¿Protegerla de qué? —le espetó mamá—. ¿De mí? ¡Por Dios! Si solo estuvo encerrada unas horitas. ¿Qué más da que tuviese moretones? Tuve que sujetarla; era una fiera.

—Yo también lo siento, Victoria —murmuró Rebecca.

La miré atónita.

Rebecca nunca pedía perdón.

Me echó una mirada incómoda. Sus pálidas mejillas se habían enrojecido e, inquieta, desplazaba el peso de un pie al otro.

—Te he tratado como el culo. No sabía lo del sótano, pero...

—Eras un año menor que yo, Rebecca —la interrumpí—. Nada de eso es culpa tuya.

Se encogió de hombros.

—Sabía que mamá la tenía tomada contigo, la veía agarrarte con demasiada fuerza cuando éramos pequeñas, y yo aun así era un mal bicho. Y luego lo de la disco. Qué horror. Después me avergoncé de lo que había hecho, pero era demasiado orgullosa para admitirlo.

—¿De qué hablas, Becky? —preguntó Gareth con voz cansada.

—Le propuse a Victoria que se viniera conmigo y con mis amigas a la discoteca y la dejé en medio de la multitud, sabiendo que la estresaría. Pero no pensé en...

—No pensaste en que me daría una crisis de las gordas —intervine—. No sabías que me caería al suelo y que tendrían que sacarme en brazos.

—Por Dios, Becky —musitó Gareth mientras se frotaba la cara con las manos—. Como si esta familia no le hubiera hecho ya bastante.

—Lo siento mucho, Vicky —se disculpó Rebecca con un hilo de voz. Por primera vez en años me llamaba por el nombre que me gustaba. ¡Que se le habían humedecido los ojos!—. Estaba celosa de ti.

—¿Celosa? —pregunté extrañada—. ¿De qué ibas a estar celosa?

—Eras exitosa, guapa. Tenías una familia mucho más pija que la mía.

Enarqué las cejas.

—Nunca se me ocurrió que pudieras estar celosa de mí.

Rebecca negó con la cabeza.

—Nunca te has visto con claridad. Era una arpía celosa y amargada cuando debería haber estado agradecida por el apoyo económico que seguías brindándonos a mamá y a mí, un apoyo que no merecíamos. Y Darrell no tiene excusa.

—¡Rebecca! —exclamó mamá—. ¿Qué dices? Darrell es...

—Darrell es un violador de mierda, eso es lo que es —la interrumpió Rebecca. Y, mirándome, agregó—: De hecho, muchas de mis amigas se han puesto en contacto conmigo. Por lo visto esto de que sea un cerdo asqueroso viene de lejos, pero no querían decir nada. Algunas quieren ir a la poli a apoyarte, Vicky. Voy a animarlas a hacerlo.

—¡Rebecca! —gritó mamá.

—He roto con él, mamá —le dijo su hija—. Ya me la suda la pasta que tenga y todo eso. Vamos a disolver el matrimonio. No voy a seguir con el tío que agredió a mi hermana, y, francamente, estás como una chota por animarme a hacerlo. Aunque tampoco me extraña, porque estás para que te encierren. Solo he aceptado quedar con Vicky hoy para disculparme.

—Pero ¿qué pensará todo el mundo? —exclamó mamá horrorizada.

—¿A quién cojones le importa lo que piensen las estiradas de tus amigas? —bramó Gareth—. Si no te obnubilara tanto lo que piensan los demás, tal vez no habrías maltratado a tu propia hija por ser un poco diferente ni le habrías sacado los cuartos para organizar la boda de las narices. Venga, Becky, cariño, nos vamos.

—¿Os vais? —chilló mamá—. ¿Cómo que os vais?

—Me voy de casa, y Becky se viene conmigo, Janet. Ha estado demasiado expuesta a tu toxicidad. Ojalá no sea tarde para enmendar su vida.

Rebecca estaba ahora al lado de su padre. Se detuvieron frente a mí al salir mientras mamá gritaba insultos de fondo.

—Cuídate, *cariad* —me dijo Gareth—. Eh..., ¿te parece bien? —Abrió los brazos.

Asentí y me dio un abrazo breve pero firme.

—Cuenta conmigo —añadió pegado a mi pelo—. Probablemente no desees que te ayude, pero, si me necesitas, cuenta conmigo para lo que sea. Ojalá te hubiera ayudado desde el principio, pero es una espinita con la que tendré que vivir.

Me apartó de él y se dirigió a la puerta. Entonces Rebecca también se plantó delante de mí.

—De nuevo, lo siento —susurró, pasándose el pelo por detrás de las orejas.

Asentí. Por suerte, no intentó abrazarme, sino que salió de la casa con su padre.

—Bueno —intervino Margot con aire de superioridad—. Ya hemos perdido suficiente tiempo en esta pocilga, Vicky. Vámonos. Janet, ha sido un auténtico fastidio. Me pondré en contacto contigo para hablar de tu desalojo.

Acto seguido me acompañó a la salida y cerró la puerta para no seguir oyendo a mi madre despotricar a voz en cuello.

Media hora después, me encontraba en la salita de Buckingham Manor con una elegante taza de té de porcelana delante y un gato sentado en mi regazo. Podría haber discutido con Margot, pero no creí que hubiera servido de nada. Le pidió a mi chófer que llevara mi coche a la mansión mientras me metía a toda prisa en el suyo. Por lo

visto, debíamos tener una «breve charla», y esa mujer no aceptaba un no por respuesta.

—¿Cómo has sabido que estaba en casa de mi madre? —le pregunté.

—Ah, eso —dijo Margot con desdén mientras levantaba su taza de té del platillo para darle un sorbito. Estábamos sentadas en los sillones antiguos, pero comodísimos, con vistas a los jardines. No sé cómo, pero el servicio ya había preparado una bandeja de varios pisos de pastelitos y sándwiches de pepino y la había dejado en la mesa de al lado—. Cuando me di cuenta de que había descuidado mi deber para con tu bienestar y que no podía confiar plenamente en que actuaras en tu propio interés, decidí que un equipo de seguridad privada te siguiera con discreción. Sabían que debían informarme de cualquier actividad inusual, sobre todo si tu madre o tu hermana se acercaban a ti, o incluso si tú ibas a verlas.

La miré fijamente un buen rato.

—Nunca has descuidado tu deber —aseguré.

No mencioné el tema de la vigilancia; de todos modos, no habría podido impedir que hiciera lo que quisiera. Siendo lógicos, debería estar indignada. Pero sabía que Margot era muy entrometida con sus seres queridos. La verdad es que ser el blanco de su atención agobiante y su actitud autoritaria era... agradable. Fue uno de los motivos por los que perdoné lo suyo con Mike.

Al menos se había preocupado lo suficiente por mí como para chantajear a alguien para que saliera conmigo.

Madre mía. Empezaba a darme cuenta de que considerarme una carga para todo el mundo durante toda mi vida tal vez me había pasado factura, aunque fuera solo un poco.

Margot volvió a colocar la taza de té en su platillo y luego, con delicadeza, dejó la taza y el platillo en la mesita que había junto a ella. Hizo ademán de darme la mano, pero esperó a que le diera permiso. Cuando asentí, me rodeó la mano con la suya. Su agarre era firme y su mano estaba seca, así que lo toleré mejor de lo que esperaba.

—Sí que lo descuidé —repuso en voz baja—. Y no volverá a pasar. Eres de la familia, lo que significa que soy... ¿Cómo dicen los

jóvenes? Ah, sí, el perejil de todas las salsas. —No estaba muy puesta en el argot actual, pero estaba bastante segura de que los jóvenes que conocía Margot no decían eso—. Dicho esto —continuó. Me soltó la mano y se reclinó—. Tenemos que hablar de Mike.

Me tensé.

—Margot...

—Primero, te pido disculpas. Soy una vieja chocha que se mete donde no la llaman, y siempre me acaba saliendo el tiro por la culata. Pregúntale a tu hermano.

—Tenías buenas intenciones. Y, si no hubieras intervenido, Mike nunca habría...

—¡Tonterías! —me interrumpió—. Ese chico no te quitaba ojo desde mucho antes de que yo le diera un empujoncito.

Parpadeé y negué con la cabeza.

—Lo recuerdas mal. Yo era la que espiaba a Mike, no al revés.

Margot se echó a reír.

—Mike Mayweather siempre te ha estado observando, Vicky. Ni de niños te quitaba la vista de encima. Por aquel entonces, cuanto más lo ignorabas, más se enfurruñaba.

—No lo ignoraba.

—Yo sé que no, pero Mike no entendía por qué no le hablabas. Tu madre... —Margot dejó la frase a medias y apretó la mandíbula. Había vuelto a coger la taza de té y tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que sujetaba el asa. Se aclaró la garganta, cerró los ojos un instante y continuó—. Tu dichosa madre no estaba a favor de que te evaluaran ni de que se «te etiquetara», como ella decía, así que no podíamos dar ninguna explicación a gente como Mike. Siento no haber hecho nada, Vicky. Deberías haber recibido apoyo en el colegio. Deberías haber tenido acceso a servicios especializados. Te fallé.

—No era tu responsab...

—Eras una niña a mi cargo. Vale, tal vez solo eran dos semanas al año, y tal vez no tenía la patria potestad, pero podría haber hecho más.

—No soy tu hija —dije con voz queda. Se le suavizó la expresión.

—Eres hermana de mis hijos, querida, y eso te convierte en mi hija por defecto. Por aquel entonces, me temo que tu padre había herido mi orgullo. Pero, francamente, que le den por culo a tu padre. ¿A quién le importa si se tiraba a todo lo que se meneaba? Total, para cuando viniste a vivir con nosotros ya le había dado puerta. Mi orgullo y tu padre nunca fueron lo importante. Los niños erais lo importante, y durante las dos primeras semanas que pasaste con nosotros con tan solo seis añitos, dejé que Ollie te cuidara cuando debería haber sido yo quien lo hiciera.

—Sinceramente...

—No. No quiero oír hablar más del tema. Me equivoqué y punto. Mi trato con Mike también estuvo mal, pero tendrás que superarlo, porque no hay tiempo que perder. Como no actuemos ya, Mike cometerá un error garrafal y jamás me lo perdonaré.

Me había prometido que no preguntaría por él, que no volvería a caer en eso. Sabía que no me convenía, pero...

—¿Qué ha hecho Mike?

Capítulo 30

Vas a tener que currarte más lo de arrastrarte



Mike

—Buah, chaval —dijo Lucy, arrugando la nariz mientras me observaba despatarrado en el sofá—. Das pena.

—La madre que te trajo, Mayweather —intervino Lottie desde la cocina. Iba recogiendo latas de cerveza mientras se acercaba a mí—. Estás para el arrastre. ¿Cuánto hace que no te duchas?

—¿Qué más da? —mascullé—. Solo estoy yo. Y siempre voy a estar solo yo.

Después de ir a su oficina y que me rechazara, probé la táctica de acompañarla a casa que había empleado Ollie con Lottie. A él le había funcionado, así que ¿por qué a mí no?

Pero la diferencia estribaba en que Vicky estaba a dos pasos en llegar a su casa: lo que tardaba en bajarse del coche y entrar. No era un trecho lo bastante largo como para convencerla de que me perdonara y de que la quería, y menos cuando salvaba esos dos pasos a la carrera y casi siempre iba con auriculares con cancelación de ruido.

Desde entonces, había tocado fondo y me pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, bebiendo *whisky* o abrazando la almohada que aún olía a su pelo.

De esa guisa me encontraron mi hermana y Lottie el segundo domingo: regodeándome en la autocompasión.

—¡Por Dios, qué melodramático eres! —exclamó Lucy. La miré ceñudo desde el sofá—. ¡Levántate, Mikey!

—Estoy destrozado —balbuceé.

—Estás borracho —repuso Lottie, arrugando la nariz, sin duda por el pestazo a alcohol que se respiraba. Había palidecido un poco, lo que me hizo sentir culpable.

La madre de Lottie había sido alcohólica, y sabía que ese olor le daba náuseas.

—Lo siento, Lots —me disculpé con voz pastosa. Entonces reparé en mi hermana, que estaba en cuclillas frente a mí.

—Ve a ducharte —ordenó con un tono cortante, tan diferente al que solía emplear Lucy que me costó creer que fuera mi hermana quien hablaba. Lottie intentó quitarme la almohada, pero no la solté. Se había vuelto mi mantita de apego, por así decirlo.

—¿Por qué sois tan malas conmigo? —murmuré.

—Ay, la Virgen —protestó Lottie—. Mira que creía que Ollie exageraba, pero eres un gallina, tío.

—Me duele el corazón —les dije.

Lucy suspiró.

—Mikey, como no espabiles, no recuperarás a Vicky.

—Me ha rechazado una y otra vez.

—¿Y vas a rendirte así como así? —preguntó Lottie, incrédula—. Vas a tener que currarte más lo de arrastrarte, macho. ¿Nunca has oído hablar del gran gesto? Algo que le demuestre que lo es todo para ti.

Parpadeé y traté de asimilar lo que decía pese al pedo que llevaba. Probé a incorporarme, pero me dejé caer en el sofá bufando.

—Total, si tampoco estaba a su altura —contesté al fin, abatido.

—Pues no —intervino mi hermana. La miré mal—. Pero ¿sabes qué? Que Vicky te quiere.

—Podría estar con quien quisiera.

—Pero te quiere a ti.

—He traicionado su confianza.

—¡Pues haz que vuelva a confiar en ti! —gritó Lucy, frustrada—. ¡Uf, qué tonto eres!

Un dolor agudo me recorrió la pierna.

—¡Me has dado una patada! —exclamé, incrédulo.

Mi hermana, antes tan dulce y pacífica, me había pateado en la espinilla.

La última vez que se puso violenta fue cuando le robé uno de sus millones de cuadernos cuando ella tenía ocho años, pero entonces pude contenerla sin problema: le puse la mano en la frente mientras lanzaba los puñitos hacia mí.

—¡A ver si así me haces caso! —respondió con impaciencia—. Tienes que volver a demostrarle tu amor a Vicky. Tienes que hacerle entender que la quieres y que no era por el dinero de Margot.

—¿Y cómo se lo demuestro?

—¡Eso piénsalo tú, idiota! —me espetó Lottie.

Uf, me atacaban arpías por todos lados. ¿Por qué mis dos mejores amigos no mantenían a sus mujeres ocupadas para que no metieran las narices en mis asuntos?

—Te necesita, Mikey —dijo Lottie con ternura.

Y, al final, eso fue lo que me convenció. A pesar del mareo, por fin me incorporé.

—¿Y eso? —pregunté con voz ronca.

—Te necesita. ¿Sabías que Janet y Rebecca la están acosando?

—¿Qué?! —grité, pero al intentar ponerme de pie, me mareé y me caí otra vez. Madre mía, las arpías tenían razón: daba pena—. Pero ¡si las bloqueé!

Lucy rio por lo bajo.

—Llevan años aprovechándose de Vicky. ¿Creías que bloquearlas las detendría? Han estado yendo a su casa e incluso se han personado en la oficina.

—¿Está bien?

—¿Mereces saberlo acaso? —preguntó Lottie con tono afable pero acusador.

Gemí y me llevé las manos a la cabeza.

—No —mascullé—. No, no me lo merezco, pero necesito saberlo de todos modos. Y sé que no la merezco, pero aun así la quiero.

—¿Solo estabas con ella para conservar la inversión de Margot? —preguntó Lottie mirándome con suspicacia.

—¡No!

Ay, coño. Mi grito me había provocado un dolor de cabeza tan fuerte que creí que iba a vomitar.

—No —repetí más bajito—. Nunca fue por eso. Acepté ir a la gala, pero en cuanto abracé a Vicky, el dinero dejó de importarme. La quiero un huevo, ¿vale?

Miré a Lottie, que me observaba con recelo. A continuación ladeó la cabeza y sonrió.

—Pues demuéstalo.



Llevaba sin probar ni gota de alcohol desde que vinieron a verme Lucy y Lottie. De eso hacía ya dos semanas.

Tardé unos días en caer en la cuenta, pero al fin había dado con la solución. Sí, la cabaña era mi sueño, pero ya no lo quería sin ella.

No quería nada sin Vicky.

—¿Dejamos todos los muebles? —me preguntó Pete. Asentí.

Sabía que debía alegrarme de que el comprador quisiera conservarlo todo, pero mientras acariciaba con los dedos la mesa de la cocina, esa que había lijado durante dos días y cuyas patas de madera flotante tardaron semanas en secarse y hubo que tratarlas adecuadamente para poder usarlas, me costaba sentirme agradecido.

Pete negó con la cabeza.

—Joder, tío. No me creo que vayas a renunciar a esto. Es tu sueño.

Me encogí de hombros.

—Los sueños cambian.

—¿Sabes quién la ha comprado?

—Un magnate londinense que busca una segunda residencia. Es lo que me dijo la inmobiliaria.

Menudo cabreo se pillaron todos cuando se enteraron de que ponía la cabaña en venta.

Ni que decir tiene que Ollie y Felix se ofrecieron a comprarla. De hecho, se ofrecieron a darme el dinero. Pero los mandé a tomar por saco. No entendían nada.

Tenía que devolverle la inversión a Margot yo mismo. Era mi única esperanza de recuperar la confianza de Vicky. Así que cuando la inmobiliaria me habló de la oferta, la acepté sin titubear. El comprador no solo estaba dispuesto a pagar un veinte por ciento más del precio de venta, sino que también quería mis muebles. Todos, del primero al último, incluidos mi cama y hasta el sofá que estaba para tirar.

Como ahora viviría en casa de mamá, en el pisito que hay encima de mi antiguo taller, la verdad es que no necesitaba muchas cosas, así que me pareció bien, y más cuando me dijeron la cantidad adicional que el comprador estaba dispuesto a pagar de una tacada para conservar el mobiliario.

Por lo que no solo recuperaría lo suficiente para devolverle la inversión a Margot, sino que ganaría más del doble. De sobra para expandir el negocio, comprarme una furgó nueva e incluso contratar a un repartidor. Daba la impresión de que, justo cuando mi vida personal se había ido al garete, mi vida profesional iba viento en popa. Tampoco es que me consolara. Nada me consolaba.

Añoraba a Vicky con una intensidad casi abrumadora.

Así que allí estaba yo, en mi sala de estar, con Pete ayudándome a abandonar para siempre la cabaña que había construido con mis propias manos.

—Espero que no te arrepientas de haber renunciado a esta casa —comentó Pete mientras sacaba la última caja por la puerta.

—Sé lo que me hago —le aseguré.

—Pusiste tu alma y tu corazón en construir esto —replicó Pete.

Me volví hacia él y, señalando la cabaña, le dije:

—Mi alma y mi corazón no están aquí. Ahora mismo están en Londres, con la mujer más hermosa por dentro y por fuera que he conocido jamás. Y debo recuperarlos.

Capítulo 31

Necesitas a alguien fuerte



Vicky

La niebla se disipó lentamente, pero se disipó. Para cuando Margot y yo nos acabamos el té, empezaba a sentirme más viva.

Tras haberme pasado casi un mes en estado de letargo, era casi doloroso volver a sentir emociones. Como cuando te quedas dormida encima del brazo y notas un hormigueo horrible al recuperar la sensibilidad.

Lo sentía todo. Y añoraba a Mike. Lo echaba tanto de menos que casi me daba miedo. Ya había estado sola y asustada demasiado tiempo. Decidí que había llegado el momento de ser valiente.

—Tengo que irme —anuncié. Dejé la taza en el platillo con un ruido metálico y me levanté como un resorte.

—Me imaginaba que dirías eso —repuso Margot con una sonrisa.

Entonces, conforme salía de la mansión con mi coche, vi la furgoneta de Mike aparcada frente a la casa de campo de la finca que Claire usaba como residencia campestre. Al lado había un coche deportivo de baja altura. ¿Estaría Ollie también?

Concentrada en mi misión, le pedí a mi chófer que aparcara frente a la entrada y corrí hacia la casa. Solo podía pensar en que Mike estaba ahí y, después de lo que me había contado Margot, tenía que verlo.

Pero me quedé paralizada en la entrada al oír la voz de Blake.

¿Qué hacía él ahí?

—¡Esta es mi casa, joder! —gritaba. Parecía furioso—. No voy a permitir que me eche un empleado de medio pelo. ¡Lárgate de una puta vez, Mayweather!

—No soy un empleado —replicó Mike—. Y claro que te voy a echar. Esta sigue siendo la casa de Claire y Florrie, aunque ahora vivan en Buckingham House. Claire ha tenido que pedirme que viniera a ponerte de patitas en la calle en cuanto se ha enterado de que estabas aquí, porque a mí me pillaba más cerca y no quiere que su madre de sesenta y cinco años tenga que hacer de gorila de discoteca. Aunque, entre tú y yo, creo que Margot podría contigo, macho.

—Vete a la mierda —le espetó Blake—. ¿Te crees que ya tienes la vida resuelta solo porque tienes un curro de la hostia, chulito? Te ocupas de la rubia y sus manías y de paso te la zumbas. Eres su cuidador con derecho a roce. —Blake se rio y me bajó un escalofrío por la espalda. «¿Cuidador con derecho a roce?»—. Eso si es que la muy frígida acepta follar contigo; supongo que es poco probable, porque es tan rara que ni siquiera puede estrechar la mano sin que le dé un jamacuco. Suerte, macho. Espero que te esté pagando bien.

Entonces se armó un alboroto. Oí una silla volcarse y gritos, pero el zumbido de los oídos me impedía distinguir bien las palabras. Solo podía concentrarme en lo que había dicho Blake. Lo tenía en bucle: «Cuidador con derecho a roce».

Recordé la vergüenza que sentí al oír casi el mismo comentario en la boda de Rebecca, dicho nada más y nada menos que por un pariente mío.

Sabía que Blake era un ser despreciable, pero ¿se había equivocado tanto al elegir sus palabras?

Mis peculiaridades, mis restricciones respecto a lo que podía hacer y lo que podía tolerar. La vez en la Madriguera del Tejón en que ni siquiera pude mirar a sus amigos a los ojos ni saludarlos como una persona normal.

Y Mike era un buen hombre. Sabía que lo haría. Me cuidaría. Pero ¿no acabaría frustrándose por no tener una pareja a su nivel o por

que yo no fuera normal?

Parpadeé y trastabillé hacia atrás para alejarme del alboroto de dentro. A continuación di media vuelta y corrí hacia mi coche. Me senté en el asiento trasero y observé la casa un buen rato mientras intentaba tomar una decisión.

—¿Nos vamos ya, Vicky, cariño? —me preguntó con dulzura Richard, mi chófer.

Me aclaré la garganta.

—Sí, por favor —contesté en voz baja.

En ese instante, Blake salió disparado por la puerta principal, que se cerró de golpe tras él. Le sangraba la nariz, pero se puso de pie y pateó algunas piedras del camino de entrada. Se dirigió a su coche a grandes zancadas, pero antes de abrir la puerta, me pilló observándolo. Ladeó la cabeza y puso cara de asco.

—Rara —me dijo solo con los labios. Abrió con brusquedad la puerta del vehículo y se marchó a toda velocidad.



Una semana después, me quedé atónita al ver la figura que me esperaba en la acera cuando llegamos a la puerta de mi casa. Era tan guapo que me dolía el corazón y me costaba respirar. Pensaba que Mike se habría cansado de acompañarme del coche a la puerta. No me habría extrañado: lo ignoraba en todo momento y casi siempre llevaba los cascos puestos. Pero cuando dejó de aparecer, una pequeña parte de mí se llevó un chasco, aunque nunca lo admitiría.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó Richard, mirando a Mike con recelo. Sabía que mi chófer se había preocupado por mí, como también que culpaba a Mike de haberme roto el corazón, así que volver a verlo imponente y en todo su esplendor frente a mi casa no le iba a sentar nada bien—. ¿Quieres que me quede un rato?

—Estoy bien, Richard.

—Siempre dices lo mismo —me espetó justo cuando iba a abrir la puerta. Me sorprendió—. Y sé que no es verdad. Sé que no estás

bien. Llevo diez años siendo tu chófer. Me importas.

—Ah, claro. Perdona, no pensé que...

—Ya sé que no pensaste. ¿Acaso crees que no me doy cuenta de cuánto tiempo libre tengo? ¿Acaso crees que no me di cuenta de que le compraste a mi mujer una habitación infantil llena de muebles después de oírla llorar por teléfono porque creía que no estábamos preparados para recibir al bebé?

—Eeh... Suelo detectar problemas e intento solucionarlos. No pretendo...

—Ya, sí, se te dan bien los problemas ajenos. Sin embargo, los tuyos, no tanto. Si necesitas que le dé un puñetazo a ese mamonazo, voy ahora mismo.

Me quedé boquiabierta. Mike era al menos el doble de grande que Richard.

—Tranquilo, Richard —le dije con cariño—. Y gracias por..., eh, gracias por preocuparte por mí. —Me incliné y le di una palmadita en el hombro con torpeza.

Cuando abrí la puerta, Richard le gritó a Mike: «¡Cuidadito con lo que haces!», pero él ni se inmutó. Simplemente saludó a mi chófer a lo militar, lo que pareció una muestra de respeto.

—Eeh..., hola —saludé a Mike mientras me apeaba. Richard se fue—. ¿Qué...? Digo, ¿qué haces aquí?

Mike respiró hondo y se cruzó de brazos. Estaba incomodísimo.

—Sé que me dijiste que me mantuviera alejado. Pensaba darte más tiempo, pero luego me enteré de que fuiste a casa de tu familia, y... —Tragó saliva, descruzó los brazos y se metió las manos en los bolsillos—. Estoy preocupado. No quiero que estés cerca de esa gente, Vicky.

Volvía a preocuparse por mí. Reprimí un suspiro profundo. Tenía una pinta horrible: los ojos rojos y ojerosos y el rostro demacrado por el estrés.

—No volveré a verlos, Mike —le aseguré con firmeza. Mike debía dejar de preocuparse por mí y seguir con su vida—. Margot se ha encargado de que así sea. —Di un paso hacia él y todo su cuerpo se puso en alerta. Cuando volví a hablar, lo hice con tono afable—. Ya no tienes que preocuparte por mí. —Le toqué el pecho porque Mike

estaba ahí y punto. Era tan grande y fuerte... y me envolvía su aroma a bosque.

Se le contrajeron los músculos bajo mi mano y me miró fijamente. Le brillaron los ojos y apretó la mandíbula con fuerza.

—Vicky —musitó. Tras un brevísimo instante de duda, me rodeó con sus enormes brazos. De repente, Mike me estaba abrazando.

Me permití disfrutar de esos escasos segundos. Un momento más que atesoraría y reviviría una y otra vez, cuando estuviera a solas, tal y como había hecho durante la última semana desde que Margot me contó lo que había hecho, y desde que se había disipado la niebla.

Inhalé el olor de su camisa mientras me derretía en sus brazos.

—Madre mía, te echaba tanto de menos —dijo Mike mientras me besaba en el pelo de la coronilla—. Estaba preocupadísimo por ti. No podía creer que hubieras vuelto con esa gente. Y sé que no estás comiendo bien. Ollie me ha dicho que...

Me aparté de golpe y retrocedí un poco.

Otra vez preocupándose por mí. Queriendo cuidarme y velar por mí.

Negué con la cabeza.

—N-no debería haber hecho eso —susurré. Mike me miró ceñudo.

—Por favor, cariño —me imploró con un deje desesperado. Hizo amago de tocarme, pero me aparté bruscamente, lo que le dolió en el alma.

—Lo nuestro no funcionaría —dije lo más segura que pude. Me molestó no haber podido disimular del todo que me temblaba la voz.

—Claro que sí, joder —gruñó Mike con tono obstinado—. No pienso rendirme.

Reconozco que eso me sorprendió. Cuando le dije a Mike que lo nuestro no iba a funcionar, pensé que regularía como la otra vez; pero en esta ocasión sin remordimientos, porque lo había intentado, aunque por dentro estaría aliviado de no tener que ser el cuidador de nadie. Y cada uno nos iríamos por nuestro lado.

No me imaginaba que me gruñiría y desestimaría mis más que razonables argumentos.

Volvió a la carga.

—Si lo dices por Margot y el dinero...

—No —le espeté—. Lo digo porque deberías estar con alguien a quien no tengas que cuidar. Necesitas a alguien fuerte. —Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que parpadear rápidamente para que no se me humedecieran los ojos.

A juzgar por la expresión de Mike, no lo logré.

—Vicky, cariño, por favor. Estás diciendo tonterías. —El tono de Mike era más suave ahora, pero igual de autoritario—. Si ese es el único problema...

—Te quiero —susurré. Por un momento se quedó paralizado de la sorpresa. Entonces se le relajó el semblante y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Alargó la mano hacia mí de nuevo, pero la bajó al ver que me apartaba de él.

—Vicky, sabes que yo también te quiero. Podemos...

—Te quiero demasiado como para cargarte con alguien como yo.

Ahora distaba mucho de sonreír. De hecho, se puso como un basilisco.

—¿De qué coño hablas?

—Adiós, Mike —me despedí mientras retrocedía hacia mi puerta. Me fulminó con la mirada.

—No hemos terminado, cariño —dijo con ese tono pertinaz.

—No voy a cambiar de opinión, Mike.

—Ya veremos.

Capítulo 32

Me encanta. Me encantas



Mike

—¿Qué cojones pasa aquí? —mascullé mientras Ollie, Felix y yo entrábamos en la Madriguera del Tejón.

—Menos mal que habéis venido —dijo Jimbo—. No aguanto más. ¡Mira cómo están! ¿Qué hace el poni de las narices en mi bar? El muy gordinflón se ha cagado al lado de la barra. Ya sé que por aquí no somos tan elegantes como los sitios de lujo a los que vais vosotros en Londres, pero no queremos boñiga de caballo en el suelo, coño.

—La madre que me parió —exclamó Felix mientras se frotaba la cara—. Pues sí que se han desmadrado rápido.

—¡Mi marido! —gritó mi hermana—. ¡Mi futuro marido! Tan grande y guapo. ¡Está aquí! —Se puso de pie como para ir hacia él, pero se tambaleó—. Uy, qué mareo. —Se desplomó de nuevo en su asiento cual muñeca de trapo—. A este paso va a tener que llevarme en brazos —les dijo a las demás mujeres de la mesa—. A veces lo hace. —Bajó la voz hasta susurrar, pero habló casi más fuerte que de costumbre—. Es muy *sexy*.

—Me encanta que hagan eso —comentó Lottie, mirando embelesada a Ollie.

La tía ni siquiera podía culpar al alcohol, pues no bebía.

—A mí también me gusta mucho —intervino Vicky, lo cual me sorprendió, pues pensaba que se había quedado dormida en el hombro de Claire. Tenía los ojos cerrados y sonreía ligeramente—. Me siento querida y protegida. Es posible que sea mi detalle favorito.

—Uf, poto —le espetó Claire, que cogió un chupito que tenía delante—. Qué asco dais. Debería estar prohibido que os lleven a cuestas. Que no sois bebés, joder. Va, brindemos.

—Eso, queridas —balbuceó Margot, que tenía el brazo alrededor de mi madre—. No dejéis que os lleven en brazos. Da mala imagen.

—Pues yo no le haría ascos —dijo mamá, quien, para mi horror, le guiñó un ojo a Jimbo poco a poco.

—¡Mi niño! —exclamó Bianca al ver a Felix.

Felix pasaba con creces del metro ochenta, así que de niño nada. Pero se le borró la sonrisa al vislumbrarnos a los demás.

—Qué pillines sois. Hoy es noche de chicas. Solo gallinas. Nada de gallos.

A Lucy le entró la risa mientras se tomaba el chupito.

—Eso, nada de gallos, chicos.

Luego se giró hacia Felix y le guiñó un ojo como buenamente pudo.

—Hasta más tarde —volvió a susurrar en voz alta.

—Poto otra vez —dijo Claire—. Venga, uno, dos, tres...

—¡Salud! —gritó Bianca.

Los tres nos abalanzamos sobre ellas al verlas levantar los chupitos llenos —salvo Lottie, que alzó una lata de Coca-Cola— y corear a Bianca, pero no fuimos lo bastante rápidos y se los bebieron de un trago. Todas menos Vicky, que afortunadamente seguía dormida en el hombro de Claire.

—Creo que voy a vomitar —anunció Claire después de un momento, con el rostro de una palidez antinatural, mientras se iba a toda prisa.

Vicky se tambaleó cuando se quedó sin su almohada humana, pero me lancé al asiento para sujetarla y que no se cayera de bruces en la silla de al lado.

Sostuve su cuerpecillo entre mis brazos; su aroma a lavanda mezclado con tequila me envolvía. La oí soltar un leve suspiro

mientras se acurrucaba más contra mi pecho. Se le fue una manita a mi paquete. Apreté los dientes. No quería que se me empalmara en presencia de mi madre y mi hermana.

—Tengo que llevarte a casa, cariño —murmuré pegado a su cabello.

—Me encanta la cabaña —susurró, lo que me dejó de piedra.

Los demás intentaban espabilar a las otras.

Mamá discutía con Felix por la hora.

—Hetty —dijo Felix con la paciencia de un santo—. Son las tres de la mañana. Jimbo quiere que os larguéis y os llevéis a Legolas. Es que ¿por qué lo has traído?

—Es la despedida de soltera más rara que he visto en mi vida —comentó Ollie mientras él y Lottie intentaban que Margot levantara el culo.

Lottie se estaba riendo tanto que no era de mucha ayuda.

Sabía que debería haber ido a echarle un cable a Felix, el cual tenía que lidiar con mi madre, con la suya y con mi hermana, pero pasé de todo el mundo y me concentré en lo que acababa de decirme Vicky.

—¿Te gusta la cabaña, cielo? —le pregunté con dulzura.

—Me encanta —aseguró, cada vez más bajito conforme se iba relajando—. Me encantas.

El corazón me iba a tope. Tuve que tragar saliva para poder hablar de nuevo.

—Y tú a mí, preciosa.

Entonces, para mi horror, me noté la camisa mojada.

Vicky estaba llorando.

—Eh —le dije, acercándola más a mí—. ¿Por qué estás triste?

—Te echo de menos —susurró.

—Y yo a ti, joder. Muchísimo.

—No es para mí.

—¿Qué no es para ti?

—Tú.

—Mayweather —me espetó Ollie, que estaba tirando de su madre para sacarla de la silla mientras Lottie seguía tronchándose en vez de ayudar—. Nos vamos, tío. Jimbo está que trina.

Así que me levanté con Vicky en brazos. Dormía como un tronco.
—Y una polla no soy para ti —mascullé con decisión.

Cuando salimos del bar, el aire frío nos golpeó con tanta fuerza que despertó a Vicky.

Fue abriendo los ojos despacio. El frío debió de haberla espabilado un poco, porque se puso rígida.

—Bájame —ordenó.

—Vicky...

—¡Que me bajes! —Alzó tanto la voz que el variopinto grupo que nos rodeaba enmudeció y nos miró—. Hablo en serio, Mike.

No tuve más remedio que ponerla de pie.

Se tambaleó un instante. Extendí la mano para sujetarla del codo y estabilizarla, pero se apartó bruscamente.

—¡No! —gritó a media voz.

Levanté ambas manos en señal de rendición.

—Vale, cariño. No te tocaré.

—Me duele demasiado —dijo con la voz rota. Volví a sentir una opresión en el pecho. Negó con la cabeza.

—Yo también sufro, cariño. Yo también te echo de menos. Si tan solo...

—¡No! —exclamó casi a grito pelado. Trastabilló hacia atrás y a punto estuvo de caerse, pero el poni pequeño y regordete estaba detrás de ella. Hundió la mano en su pelo y se dejó caer encima de él. Lo abrazó por el cuello y ocultó la cara en su tupido pelaje.

Legolas resopló suavemente y la acarició con el hocico.

—Mike —me llamó Ollie, poniéndose delante de mí para impedirme ver a Vicky abrazada a Legolas—. Déjalo por esta noche. Ya la llevo yo a la mansión. No está en condiciones. Y, de todas formas, tienes que ayudar a Felix.

Miré a Felix, que se esforzaba por guiar a su madre y a la mía hasta su coche mientras Lucy se aferraba felizmente a su cuello. Suspiré frustrado al darme cuenta de que tenía razón.

«Me encanta. Me encantas».

—Oye —continuó Ollie, sacándome de mis pensamientos—. Sé por experiencia lo que es arrastrarse. Pero hay que saber elegir

cuándo. Es la primera vez que Vicky se emborracha. No es momento de cogerla en brazos cual cavernícola y llevártela a casa.

—Está hecha polvo, Ollie —dije apesadumbrado—. Se está haciendo polvo, cuando yo podría hacerla feliz. Sé que sí. Ha vuelto a adelgazar. Y diría que no duerme. Estoy preocupado.

—Está bien. La...

—No está bien —le espeté—. He estado investigando, y las mujeres autistas e inteligentes tienen ocho veces más probabilidades de... —Dejé la frase ahí y parpadeé para que dejaran de escocerme los ojos. No me veía capaz de repetir las aterradoras estadísticas que había encontrado—. Como la pierda...

—Mike —me interrumpió Ollie con firmeza. Me agarró del codo con una mano y me plantó la otra en el hombro—. La estamos cuidando, te lo prometo. Cuando no está con mi madre en la mansión, está bajo vigilancia las veinticuatro horas en Londres. Y ya no la dejaremos esconderse cuando esté mal. La hemos decepcionado como familia, pero eso es agua pasada. Así que no está sola.

—Vale —dije con la voz rota.

—Tendrás tu oportunidad —me aseguró. Me dio una palmada en la espalda y, antes de alejarse, añadió—: Pero no será esta noche.

Sorbí por la nariz, respiré hondo y enderecé los hombros. Me costó mucho alejarme de Vicky y dejar que Ollie la despegara del poni.

—Pero bueno, Jimbo —oí decir a mamá arrastrando las palabras mientras Jimbo salía del bar y les echaba una mirada asesina a ella y a todos los de su alrededor—. ¿Qué te pasa, guapo?

Entonces mi madre abrazó al dueño del bar y le dio un beso en la mejilla.

Lo que alcanzaba a ver del rostro de Jimbo bajo su espesa barba adquirió un tono rosa chillón. Abrió los ojos de par en par.

—Esto..., Hetty —murmuró, extendiendo los brazos a los lados—. Estás un poquito perjudicada. Tal vez cuando estés sobria y no te acompañe ningún poni, podríamos...

—¡Me chifla tu barba! —gritó mamá. Hasta aquí habíamos llegado.

Separé a mi madre de Jimbo, aterrorizado, y acto seguido Felix y yo los metimos a todos en nuestros coches.

Ollie ya había alcanzado a Vicky y se dirigía a su coche, donde ya había dejado a su madre y a Lottie. Al pasar junto a mi parabrisas, Vicky me miró fijamente. Estuve a punto de salir corriendo del coche para ir con ella.

Dolía ver la tristeza y la añoranza que reflejaba su mirada.

Apreté los dientes al arrancar y sacudí la cabeza para despejarme, pero no podía olvidar sus palabras.

«Me encanta. Me encantas».

Capítulo 33

Carpintero



Vicky

—¿Qué haces?

Al mirar arriba vi a Lucy frente a mí con los brazos cruzados. Estaba furiosa.

—Ver el ensayo de tu boda —contesté, desconcertada.

¿Qué iba a hacer si no?

—¿Desde el fondo de la iglesia?

Miré al altar. Allí se habían congregado Felix, Lottie, Ollie, Mike, Margot, Hetty, Claire, Emily, Hayley y Florrie.

—Lucy, creo que deberías volver con la comitiva nupcial.

Me miró atónita.

—Vicky —pronunció lentamente—. ¿Por qué crees que te pedí que vinieras hoy?

Me mordí el labio y exhalé.

—Para ser sincera, no lo tengo claro. Nunca he ido al ensayo de una boda.

—¿No fuiste al de Claire? —preguntó Lucy, extrañada.

Miré al suelo.

—Pues...

—No, no fui porque no se me puede decir nada. —Claire se acercó y se plantó al lado de Lucy.

Me encogí de hombros.

—Dije que tu vestido de novia tenía pinta de picar. Fue la respuesta equivocada.

—Aun así debería haberte invitado al ensayo. —Claire se movió incómoda—. Y encima te dejé sentarte al fondo de la iglesia el día de la boda.

—No impor...

—Sí que importa —me contradijo con vehemencia—. Me dije que estarías más a gusto ahí, pero, si soy sincera, seguía siendo una mala pécora enfadada porque su papá había dejado a su mamá y había tenido otra hija; enfadada contigo por estar ahí; enfadada porque sabía que serías la mujer más guapa de la sala y nadie podría quitarte los ojos de encima, cuando se suponía que era mi día. Pero no debería haberte excluido. Eres mi hermana. Estuvo mal, y sí que importa. ¿Vale?

Estaba tan furiosa que se le encendieron los ojos y el rostro. Pensé que lo mejor sería asentir y decir «vale» en voz baja.

No la tranquilizó lo más mínimo.

Lucy ya no se mostraba tan impaciente.

—Vics, tonta, tú también formas parte de la comitiva nupcial. Tu sitio no está aquí al fondo.

La miré parpadeando.

—N-no te entiendo.

Sabía que Ollie era el padrino de Felix, y Mike sería su otro padrino y llevaría a Lucy al altar. No tenía muy claro qué pintaba yo ahí.

—Emily, Lottie, Claire, Hayley, Florrie y tú sois mis damas de honor —me explicó Lucy pacientemente—. Así que levanta el culo y vente delante. Me lo prometiste en la despedida de soltera, ¿no te acuerdas?

La miré parpadeando.

La despedida de soltera de Lucy fue la primera vez que bebí en exceso. Pero estaba triste por lo del cuidador y confundida con Mike después de la revelación de Margot, y, por primera vez, sentí que podía confiar lo suficiente en la gente que me rodeaba como para perder el control.

Tenía un vago recuerdo de Ollie, Felix y Mike apareciendo casi al final, a pesar de que se suponía que solo asistiríamos chicas. Pero no estaba segura de qué pasó exactamente después. Lo único que sabía era que me desperté en Buckingham Manor a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza.

Y de verdad que no recordaba haber aceptado ser dama de honor, lo cual era muy desconcertante, pues siempre recordaba todo lo que vivía casi a la perfección. Claro que tampoco estaba acostumbrada a tomarme tantos chupitos de tequila.

¿Qué más se me habría olvidado?

—¿Seguro? —le pregunté. Y para que no me oyeran los demás, susurré—: No hace falta que me lo pidas.

Lucy me puso mala cara.

—¿Por qué crees que no querría que fueras mi dama de honor? ¡Eres una de mis mejores amigas!

Parpadeé.

—¿En serio?

—La madre que... —maldijo Lucy—. Vics, me estoy esforzando mucho por no ofenderme. Pero sí, eres una de mis mejores amigas.

—Ah...

—Así que vente al altar.

Asentí y la seguí hasta donde estaban los demás. Cuando el sacerdote empezó a explicar la ceremonia y dónde nos colocaríamos, saqué el móvil y lo puse en el altar después de darle a grabar.

—¿Vics? —me susurró Lottie al oído—. ¿Qué haces?

—Ah, estoy grabando la información para consultarla luego y repasarla mentalmente con el audio. Así memorizaré las palabras correctamente y no necesitaré la grabación, pero puede que se me escapen algunos matices, así que le pediré a Abdul que me los interprete cuando se lo ponga. Probablemente haga un PowerPoint en casa.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No quiero agobiarme ese día. Si sé qué esperar, no me alteraré. No quiero avergonzar a Lucy y a Felix.

—Vale, cariño —dijo suavemente, dándome un apretón rápido en la mano. No era una de nuestras señales; había llegado a comprender que era la forma en que Lottie expresaba afecto. Que sintiera afecto por mí por grabar a un sacerdote hablando se me antojaba un misterio. Aunque también es verdad que solía haber aspectos del comportamiento humano que se me escapaban.

—No es un examen, cari —señaló Lucy, ceñuda—. No tienes que estresarte por eso, ¿vale?

Me moví incómoda, pues me abrumaba la atención de los demás. Ya lo estaba fastidiando todo.

—Ya..., es que...

—Déjala en paz —le espetó Mike—. Sigamos con este circo.

Lucy fulminó con la mirada a su hermano y se puso en jarras.

—Es mi boda, cenutrio. No un circo.

Mike puso los ojos en blanco mientras Hayley preguntaba en voz baja:

—Si va a ser un circo, ¿se pueden traer ponis?

—¡Ay, sí! —gritó Florrie—. ¡Legolas llevaría los anillos superbién!

—Ese poni no va a formar parte de mi boda —aclaró Felix entre dientes. Y, sinceramente, sentí su dolor. Había aguantado muchos desaires por parte de los animales de los Mayweather durante su noviazgo con Lucy.

Cuando miré a Mike, me dedicó una leve sonrisa y un guiño.

Aunque ya ni estábamos juntos, él seguía cuidándome. Desvió la atención de mí en cuanto notó que estaba incómoda, y lo hizo sin pensárselo dos veces.

Parpadeé y aparté la mirada.

Ese día estaba especialmente guapo. Se había arremangado la camisa, lo que dejaba a la vista sus musculosos antebrazos; el pelo, un pelín largo, le rozaba el cuello de la camisa, y su barba pedía un buen recorte.

Sentí un fuerte impulso de hundirle los dedos en el pelo. Apreté los puños y enderecé los hombros. No importaba lo atractivo que fuera Mike; no iba a obligarlo a volver a ser mi cuidador. Así que me pasé el resto del ensayo ignorándolo. Supuse que, una vez terminado, podría volver escopeteada a Londres.

Lo que no preví fue que mi madrastra se entrometiera.

—Bueno, queridas —intervino Margot mientras salíamos de la iglesia—. Ya que estamos todas aquí, he pensado que podríamos decidir qué nos pondremos para la boda. ¡Que empiece la prueba de vestuario!

Antes de darme cuenta, los coches se habían llenado de gente, y el único hueco que quedaba para mí era con Mike, que parecía irrazonablemente satisfecho con la situación. Solo cuando notó que me temblaban las manos al alejarnos de la iglesia, se le borró la sonrisa.

—Vicky, cariño —murmuró suavemente, con un tono de preocupación en su voz—. Si no puedes más, te dejo en Buckingham Manor. No hace falta que...

—D-deja de cuidarme, Mike Mayweather —le espeté.

Dejó escapar un gruñido de frustración mientras apretaba la mandíbula y se le ponían los nudillos blancos de lo fuerte que agarraba el volante.

—Y si quiero cuidarte, ¿qué?

Negué con la cabeza.

—Deberías buscarte a una mujer adecuada; una que no requiera eso —le aconsejé.

—Me cargaría a tu madre y a tu hermana —soltó Mike, furioso.

Yo fruncí el ceño, confundida.

—¿Qué tienen que ver ellas con esto?

—Todo —aseguró—. Todo, pero te han sorbido los sesos y no te das cuenta.

—No me han sorbido los sesos —repliqué, ofendidísima—. Siempre abordo todo con racionalidad y sensatez.

—No. Lo nuestro no —protestó, taciturno—. Cuando se trata de nuestra relación, eres la mujer más ilógica que he conocido.

Con esa críptica declaración, Mike aparcó en paralelo frente a la tienda, fue a abrirme la puerta con paso airado y me hizo pasar con la mano en la parte baja de la espalda. Yo me esforcé por no llorar; echaba muchísimo de menos que me tocara así.

Para mi alivio, los hombres se fueron a una sección de la tienda, y las mujeres, a otra.

Cuando Lucy se probó el vestido, guardé silencio. No quería que se repitiera lo que pasó en la prueba del vestido de novia de Claire, cuando lo único que pude decir del vestido fue que tenía pinta de picar.

Pero ¡es que sí que picaba! Era puro encaje. No podía verle nada al vestido aparte de que picaba.

Pero, para mi sorpresa, esta vez fue muy diferente. Esta vez, cuando vi el encaje del vestido de Lucy y no pude pensar en otra cosa, Claire se acercó y me dio un fuerte abrazo de lado.

Lucy lo notó y bajó del pedestal que le habían puesto.

—Sé que parece que pica, pero el encaje es muy suave —aclaró. Hizo una pausa—. ¿Quieres tocarlo?

Me mentalicé para que picase y, despacio, pasé el dedo por el cuello. Parpadeé. Era sorprendentemente suave. Sonreí a Lucy.

—Estás preciosa —le comenté en voz baja—. Y sabes que es verdad, porque nunca miento.

—Gracias, cari —me dijo radiante—. Ahora te toca a ti.

Cuando la dependienta trajo un perchero con vestidos de dama de honor, empecé a sentir náuseas. Todos tenían etiquetas, había tul, encaje y todo tipo de telas ásperas. Di un paso atrás, pero me topé con lo que se me antojó un muro de ladrillos.

—Nada de encaje, ni costuras, ni etiquetas, ni esas cosas vaporosas —soltó Mike desde atrás. Enarqué las cejas mientras saltaba hacia delante para alejarme de él.

—¿Qué haces aquí? —le espeté.

—No voy a permitir que te sientas incómoda —respondió, y luego miró por encima de mi cabeza a la dependienta—. No se va a probar nada que la haga sentir incómoda.

—Tranqui, grandullón —dijo Lottie con una sonrisa.

De hecho, todas estaban sonriendo.

No entendía qué tenía de gracioso que Mike irrumpiera en la prueba del vestido de las damas de honor de su hermana para dar órdenes a gritos, pero estaba claro que todas habían perdido el juicio.

—Sé mucho más sobre las preferencias de ropa de Vicky que tú. ¿Crees que por un segundo la dejaría sentirse incómoda? —preguntó

Lottie.

—Vete, cariño —le dijo Hetty con un gesto despectivo a su hijo—. Estorbas.

Mike resopló, pero hizo caso a su madre.

—Lo siento mucho, Lucy —murmuré, roja como un tomate.

—No, no te disculpes por mi hermano. —Lucy sonreía de oreja a oreja y daba saltos de alegría—. Sé de primera mano lo protector que puede ser. Me alegra mucho que por fin estéis arreglando las cosas.

No tuve ocasión de corregirla. De hecho, no pude hacer nada más que probarme vestidos.

Nos decantamos por uno de satén suave con costuras ocultas y, milagrosamente, sin etiquetas. No era muy diferente de los camiones que ya usaba, así que sabía que podría soportarlo. Probablemente incluso podría dormir con él; era comodísimo.

Elegida la ropa, decidimos ir a la Madriguera del Tejón a tomar algo después de la prueba de vestuario. Y aunque sentía que se me estaba agotando la paciencia por culpa de Mike, me dejaron claro que yo también iría.

Ahora bien, culpo de lo que pasó en el bar a que estuviese un poco abrumada por la situación. Esto incluía que Lucy me hubiera dicho que era una de sus mejores amigas, que Mike me hubiese tocado, cuando soñaba con él todas las noches y deseaba tanto tocarlo que me moría, y la copa de champán que ya me había tomado en la prueba del vestido.

La furia contenida que sentí cuando acorralaron a Mike de camino a la barra casi me asustó.

Reconocí a Olivia: era una amiga de los Harding, igual de pija, guapa y extremadamente encantadora. Su familia vivía en la finca de un pueblo vecino, por lo que no era tan raro que hubiera ido al bar.

Cuando desplegó sus mil encantos con Mike, me paralicé y me preparé para que le sonriera y viera en ella a una potencial compañera que encajara de verdad con él y se olvidara de alguien que necesitaba que la cuidasen.

—Uf. —Lucy bufó cuando me vio mirándolos desde nuestra mesa —. Lleva un tiempo detrás de Mike. Tú pasa de ella.

Pero no podía pasar de ella. No podía quitarle el ojo de encima.

Sin embargo, en lugar de inclinarse hacia ella y sonreírle, Mike se tensó.

Cuando Olivia le plantó la mano en el pecho, reconocí la cara que puso Mike.

No se me dan bien las expresiones faciales —muchas me resultan difíciles de interpretar—, pero casi podía palpar la emoción que transmitía esa. Quizás porque yo misma la había sentido muchas veces cuando alguien a quien no quería cerca me tocaba. Era una mezcla de horror, asco y claustrofobia.

Me levanté de mi asiento tan de repente que arañé el suelo con un chirrido.

—¿Vics? —preguntó Lottie, mirándonos a Mike y a mí cada vez más alarmada—. No creo que...

No me quedé a oír el resto de lo que tenía que decir. Me abrí paso hacia la barra. Mi único plan era hacer que esa mujer le quitara las manos de encima. Tuve que armarme de valor para abrirme paso entre la multitud, ya que no quería estar tan cerca de la gente, pero no podía sacarme su expresión de la cabeza.

—Olivia, lo siento —le oí decir mientras me acercaba—. He intentado ser amable, pero es que no me interesas.

—Venga, carpintero —le susurró Olivia con tono seductor. Me quedé de piedra. ¿Carpintero? ¿Quién se creía que era?—. ¿Qué te pasa? —Le echó mano al paquete. Eso fue la gota que colmó el vaso.

—¡Deja de tocarlo! —grité. El murmullo del bar menguó—. Él... Él no quiere que lo toques.

Olivia me lanzó una mirada fulminante, pero apartó las manos de Mike.

Suspiré aliviada.

—Tía, relaja —dijo, levantando las manos en señal de rendición—. No sabía que seguías juntándote con la plebe.

La miré con recelo.

—¿Con la plebe?

Se encogió de hombros.

—Tenía entendido que lo habías dejado. Si no quieres que un bruto te dé duro, déjanos probar a las demás.

—No es ningún bruto —protesté—. Es amable, honrado, guapo, leal e inteligente. Me hace reír, algo que no siempre es fácil. Es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Y no se merece que le hayas puesto las manos encima sin su consentimiento. —Negué con la cabeza bruscamente—. No se merece que lo llamen carpintero, cuando es un artista talentoso.

—Madre mía. —Olivia retrocedió con las manos en alto—. Cálmate, joder. Puedes quedarte con tu semental de clase obrera.

—No deberías llamarlo...

—Eh, eh —me interrumpió Mike con tono afable y divertido. De repente, su corpachón me impedía ver a Olivia. Lo miré parpadeando. ¿Por qué sonreía?—. Cariño, creo que ya lo ha pillado.

—No debería hablarte así —dictaminé, tensa, mientras Olivia se iba al otro extremo de la barra echando humo.

—Vale —dijo él, aún sonriendo.

Negué con la cabeza.

—Y no debería tocarte si no quieres que te toque.

—Ya —añadió—. Estoy bien, te lo prometo. —Se acercó a mí y me cogió de las manos. Ahí fue cuando me di cuenta de que las estaba apretando—. Puedes echar el freno, cariño. —Bufé con rabia. Aún no se me había pasado el enfado—. ¿Volvemos a la mesa?

Me llevó con los demás, otra vez con la mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Por qué estáis todos tan contentos? —pregunté.

Capítulo 34

Nuestra cabaña



Mike

Vicky seguía furiosa por mí. Parecía una bolita de indignación y rabia. Llevaba semanas sin sentirme tan bien.

Esta Vicky —la Vicky que temblaba de ira a mi lado— era sin duda mejor que la Vicky inexpresiva de antes, la que se mostraba impasible.

Con esta Vicky sí que podía lidiar.

—Se lo has dejado claro, eso seguro —advirtió Ollie, divertido.

Felix reprimió una risotada.

—Sí, has salvado al pobre Mikey de la malvada supermodelo que iba a embaucarlo.

La rabia de Vicky disminuyó, pero la duda apareció en su rostro cuando Felix mencionó que era supermodelo.

Lo miré mal.

—Cállate, Moretti —le espeté—. ¿Quién dice que no necesitaba que me salvaran?

Vicky se mordió el labio.

—Quizás podrías habértelas apañado solo —susurró—. Es que te estaba manoseando y...

—Me alegro mucho de que la hayas puesto en su sitio, cariño —le aseguré en tono afable.

—No me ha gustado que te tocara —susurró.

—A mí tampoco —le respondí también susurrando.

—Qué bonito ha sido lo que has dicho, cielo —le dijo mamá a Vicky con dulzura.

—¿Verdad? —secundó Lucy.

Vicky se sonrojó y agachó la cabeza.

—No debería haberlo hecho —murmuró. Volvió a encerrarse en sí misma. Percibí que se refugiaba tras sus muros. Las bromas de buen rollo que le habían dirigido la habían afectado. Pijos de mierda. Les habría borrado la sonrisa de un puñetazo—. Sería mejor pareja para ti de todos modos.

Esa última frase fue la gota que colmó el vaso. Todas esas semanas de aguardar pacientemente, de anhelarla, de preocuparme por ella, me hicieron estallar.

Me giré hacia Vicky y la miré mal.

—No, no es cierto —aclaré lentamente, apretando los dientes.

—Mike, yo no...

—Estoy hasta los cojones de oír lo que no eres, Vicky —dije, alzando la voz. Me dio igual con quién estuviéramos y quién nos oyera—. Lo único que he oído salir de tu boca estas dos últimas semanas es que no eres normal, que no eres lo que necesito, que no eres lo suficientemente buena. ¿Cuándo vamos a empezar a hablar de lo que sí eres? Porque eres preciosa.

Vicky se estremeció ligeramente al oír esa afirmación. Sabía que era hermosa, así que no debió de parecerle un gran halago. Al fin y al cabo, odiaba el apodo de princesa de hielo y la percepción que la mayoría de los hombres tenían de ella: que era intocable.

Pero aún no había terminado, ni mucho menos.

—Eres amable, eres un auténtico genio, eres una gran hermana, una gran hijastra, una gran amiga. Eres la persona más desinteresada que conozco. Gracias a ti mi hermana se sintió a gusto cuando se mudó a Londres.

—No es cierto —gritó, con los ojos llenos de lágrimas—. Decepcioné a Lucy.

—Cometiste un error.

Maldita sea, sabía que aún le remordía la conciencia.

Felix fue más canalla que ella, y mi hermana se iba a casar con ese canalla, pero aun así Vicky no se lo perdonaba.

—Pero antes de eso, cuidaste de mi hermana, y lo has seguido haciendo desde entonces.

—No...

—Lottie y Ollie jamás se habrían reencontrado de no ser por ti. Puede que Lottie ni siquiera tuviera la custodia de su hermana si no hubieras insistido en que trabajara para ti. No tengo ni idea de por qué crees que eres una carga y que hay que cuidarte.

Vicky abrió los ojos de par en par. Abrió y cerró la boca varias veces, pero no le salió ninguna palabra.

Bien, porque tenía más que decir.

—En definitiva, eres una buena amiga. Eres divertidísima; nunca me he reído tanto con una mujer como contigo. Ninguna me ha parecido tan interesante como tú.

—¿Interesante? —repitió Vicky, sorprendida—. ¿En serio? ¿Incluso cuando doy la brasa con mis estúpidas obsesiones?

—¡Oye, que los erizos no son estúpidos! —protesté—. Me encanta saber más de ellos. Y todos deberíamos preocuparnos más por el medio ambiente.

—Me estás tomando el pelo —susurró Vicky, y se me formó un nudo en el estómago. Se la veía tan insegura y triste..., pero en el fondo había un atisbo de esperanza en su voz.

—No te estoy tomando el pelo, cariño —dije suavemente. Y entonces hice lo que debería haber hecho hacía semanas: la abracé y le aparté el cabello de la cara, manteniéndola ligeramente inclinada hacia atrás para mirarla a los ojos mientras le decía el resto—. Eres todo eso, Victoria Harding. Pero, sobre todo, eres la mujer de la que estoy locamente enamorado.

Se hizo un largo silencio. Daba la impresión de que todo el bar contenía el aliento.

Vicky me miró parpadeando: miedo, ansiedad y esperanza se mezclaban en sus ojos.

—¿Me quieres? —susurró.

—Desde el momento en que me dijiste que estar en mi casa es como que te abracen todo el tiempo.

—Yo me enamoré de ti nada más verte —me confesó.

Me reí.

—Vicky, cariño, tenías seis años.

Asintió.

—Lo sé. Llegaste a Buckingham Manor con un erizo herido. Te sangraban las manos por las púas, pero te dio igual. Caminaste tres kilómetros cargando un erizo.

Buah, había olvidado que Vicky estuvo ahí. ¿Cómo había podido olvidarla? Pero claro, apenas le presté atención las pocas veces que la vi de niña.

—Siento haber pasado de ti entonces —añadí.

—No pasa nada. Yo era...

—Claro que pasa. Era un cretino inseguro y resentido, y me desquité contigo entonces y de nuevo hace unos meses, cuando te me insinuaste. Pero ahora que lo hemos arreglado todo, ahora que eres mía, no vas a volver a aceptar ese comportamiento de nadie. ¿Entendido?

—¿Soy tuya? —susurró. La esperanza venció al miedo mientras se animaba más de lo que la había visto en semanas. Y con eso me bastó.

Se acabó esperar para reclamarla. Se acabó tantear el terreno.

Enredé ambas manos en su pelo y la besé.

Se sobresaltó un instante, pero después se derritió en mis brazos y abrió la boca para mí.

Pero entonces se oyeron los primeros vítores y se puso rígida.

Las muestras de afecto en general eran algo nuevo para Vicky; las demostraciones públicas de cariño debían hacerse poco a poco.

Además, mi madre estaba sentada a pocos metros, así que me aparté un poco y la rodeé con un brazo.

—Nos vamos —les anuncié a los de nuestra mesa, los cuales nos sonreían.

—Ya era hora, Mayweather —masculló Felix.

—Aunque tenga que echarme lejía en los ojos, estoy muy contenta —añadió mi hermana mientras daba botes en su asiento.

—Ahora cuídala —me dijo mamá con ternura.

—Eso —apuntó Margot—. No la cagues, Michael. Me he esforzado mucho para arreglar lo vuestro.

Puse los ojos en blanco y señalé a Margot.

—No te metas más.

—Desagradecido...

—Ahí Mike le ha dado, Margot —dijo Lottie con tono jocoso.

Margot resopló.

—Nadie aprecia mi esfuerzo.

—Bueno, nos vamos —mascullé, alejando a Vicky de los locos de nuestros familiares y amigos.

Pensé que se opondría un poco al menos mientras la llevaba a mi Land Rover, pero, en todo caso, se arrimó aún más a mí.

Cuando llegamos a la puerta del copiloto, la giré hacia mí para observar su rostro. Parecía un poco aturdida, pero, para mi alivio, no había ni una pizca de indiferencia en su expresión.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté con dulzura.

—¿Hablabas en serio ahí dentro? —me preguntó—. Yo no soy como Lottie. No sé detectar si la gente miente.

—Jamás te mentaré, Vicky —le aseguré—. Jamás.

Bajó tanto la voz que tuve que esforzarme para oír lo que dijo a continuación.

—¿De verdad piensas todo eso... de mí?

—Todos lo pensamos, cariño.

—¿De verdad me quieres? —susurró. Noté una opresión muy fuerte en el pecho al percibir la esperanza y el anhelo en su voz.

—Te quiero tanto que me falta el aire si no estás —dije, abrazándola—. Llevo más de un mes sin poder respirar como Dios manda.

Plantó sus pequeñas manos en mi pecho mientras me miraba fijamente, como si escudriñase mi rostro. Fuera lo que fuera lo que vio en él le impactó, porque, para mi sorpresa, se puso de puntillas y me besó.

Tardé un momento en recuperarme, pero una vez que lo hice, no perdí el tiempo. Enredé una mano en su cabello y con la otra la pegué a mí.

—Buena chica —murmuré contra sus labios mientras se abrazaba a mis caderas con las piernas y soltaba uno de esos gemiditos que tanto me gustaban.

—Te he echado de menos —susurró entre besos—. Te quiero.

Gemí. El sonido que hizo la puerta del bar al abrirse me devolvió al presente, por lo que dejé de besarla y apoyé la frente en la suya.

—Te vienes a casa conmigo —gruñí.

—Sí —musitó, asintiendo con entusiasmo al oír mi propuesta—. Sí, Mike. Llévame a casa.

Pero mientras conducía hacia mi taller, Vicky negó con la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. Por ahí no se va a tu casa.

La miré extrañado.

—Vics, cielo, ahora vivo encima del taller de Moonreach. ¿No te lo ha dicho Margot? He vendido la cabaña para devolverle su inversión.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó con cariño.

—Ya lo sabes —respondí con voz tensa—. Debía demostrarte que solo te quería por quien eres. Me equivoqué al no contarte lo de la inversión de Margot. Siento haber herido tus sentimientos, preciosa. Nunca fue por dinero. Lo sabes, ¿no?

—Sí —dijo por toda respuesta. Suspiré aliviado—. Llévame a la cabaña.

—Vicky, ¿no lo entiendes? La he vendido. —Sentí el dolor familiar de la pérdida al pronunciar esas palabras, pero luego sacudí la cabeza para despejarla.

Sí, construí la cabaña con mis propias manos. Sí, era mi sueño desde crío, pero solo era un edificio.

No importaba.

Lo único que importaba era la confianza de Vicky. Y, de todos modos, no había sueño sin ella.

—Llévame —me volvió a pedir, terca. Suspiré. Quizá necesitase ver la cabaña ocupada por otra persona para asimilar la realidad.

—Está bien, cariño —acepté con resignación—. Podemos ir a verla, supongo.

Pero no quería ver que vivía otra persona en la cabaña. Quería ir ahí y abrir la puta puerta que yo mismo había tallado. Quería llevar a Vicky al altillo y follármela en la cama que yo mismo había fabricado.

Apretaba el volante con demasiada fuerza. Conducía como un bruto mientras descendíamos por el largo sendero de grava.

Al llegar, había una furgoneta enorme frente a la casa. Era justo de la misma marca que había estado ojeando la semana anterior para comprármela. Mientras la miraba extrañado, Vicky aprovechó para abrir la puerta del copiloto de mi Land Rover y saltar al suelo de grava.

—¡Vicky! —exclamé cuando fue directa a la puerta principal—. ¿Qué haces? No puedes...

Me callé al verla abrir la puerta y colarse dentro.

—Mierda —masculé. Fui con sigilo desde el Land Rover hasta la puerta abierta.

Cuando entré en la casa, Vicky estaba de pie en medio de la vasta estancia y me observaba con cautela.

—Cariño —dije, acercándome a ella mientras buscaba a los nuevos dueños. Fijo que estarían furiosos. Pero no había nadie más—. No sé cómo has conseguido la llave, pero no puedes entrar así sin más. No es...

Cuando me planté justo delante de ella, Vicky me cogió la mano, me la giró, dejó caer un juego de llaves en la palma y me cerró los dedos.

—Me enfadé mucho contigo cuando me enteré de que ibas a vender la casa —dijo.

Miré atónito las llaves que tenía en la mano. Estaba petrificado de la sorpresa.

—Es tu cabaña, Mike. No permitiré que nadie más ponga un pie en la casa que construiste.

—Nuestra cabaña —la corregí, levantando la vista de las llaves para mirar a Vicky.

—¿Cómo?

—Nuestra cabaña —repetí con decisión mientras apretaba las llaves.

—Nuestra cabaña —susurró Vicky, con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa trémula.

Solté las llaves y me lancé hacia ella para auparla. No iba a estar ni un minuto más sin esa mujer.

Le cayó una lágrima, pero sonrió más ampliamente mientras me abrazaba por el cuello.

La besé una vez, un pico fuerte y breve, y me dirigí a la escalera. Al llegar a la cama, nos desplomamos en ella conmigo encima.

Dos lágrimas más se deslizaron por sus sienes y se adentraron en su cabello mientras me sonreía.

La besé en una y luego en la otra mientras le enmarcaba el rostro con las manos.

—Cariño, has recuperado nuestro hogar —murmuré con voz grave. Asintió—. Vivirás aquí conmigo —dije. Torcí el gesto solo de imaginármela volviendo a Londres—. Puedes ir a trabajar y volver. A ver, podemos pasarnos por tu casa de Londres de vez en cuando, pero más que nada...

—Viviré aquí contigo —me interrumpió Vicky. La tensión que me atenazaba el cuerpo y de la que ni siquiera era consciente se disipó.

—Te casarás conmigo —añadí.

—Vale —dijo por toda respuesta.

—Serás la madre de mis hijos —insistí.

—Vale, Mike —respondió con tono afable mientras me acariciaba la mejilla.

Suspiré aliviado. Después de tanto tiempo pensando que la había perdido, sentí la necesidad de retenerla de todas las formas posibles.

¡Joder, vaya manera de pedirle matrimonio! ¡Qué poco romántico!

La mayoría de las mujeres querrían flores y diamantes, y tal vez París, no que un patán gigante las inmovilizase contra la cama en una cabaña de madera en medio del bosque y les anunciase que se iban a casar con él sin preguntarles siquiera.

—Lo haré como es debido —murmuré, besándola en la comisura de los labios.

—¿Como es debido? —musitó, restregándose contra mí mientras dejaba caer las piernas a ambos lados de mis caderas.

—Pedirte matrimonio —respondí contra su cuello mientras iba dejando un reguero de besos hasta su clavícula—. Te lo pediré como es debido.

—Mike. —Levanté la cabeza para mirarla—. No podrías habérmelo pedido mejor. Claro, conciso y sin ambigüedades.

—Vicky...
—¿Soy tuya?
—Ya te digo —gruñí.
—¿Y tú eres mío?
—Siempre.
—Pues con eso me basta y me sobra —dijo sonriendo.



Vicky

Me desperté por el sol que se colaba a raudales entre las vigas de madera. Al desperezarme, advertí que me dolía todo. Sonreí.

El primer polvo que eché con Mike la noche anterior fue rápido e intenso, como si ambos estuviéramos demasiado desesperados para ir despacio; demasiado marcados por nuestra separación.

Mike me inmovilizó y me poseyó con una urgencia igual a la que sentía yo. Llegamos al clímax juntos. Vi las estrellas y él rugió al eyacular.

Luego Mike nos preparó sándwiches con los ingredientes con los que llené la nevera el día anterior, y nos los comimos en la cama. Era la primera vez que comía algo en la cama. Aún no me había acostumbrado del todo a las migas. Después tiró los platos al suelo y me hizo el amor, lento y con suma delicadeza, hasta que ambos volvimos a desmelenarnos.

Al acabar me abrazó y susurró contra mi pelo:

—Te echaba tanto de menos que me daba miedo. —Se le quebró la voz al final de la frase. Me sorprendió verle los ojos húmedos cuando lo aparté para mirarlo a la cara.

—Eres mi persona favorita —aseguré. Fue el mejor cumplido que se me ocurrió.

Me miró de hito en hito un buen rato, luego me levantó y me llevó a la ducha. Una vez bajo el agua caliente, me hizo poner las manos en los azulejos y me dijo que no las moviera. Me llamó buena chica por obedecerlo.

El sexo en la ducha era una pasada. Implicaba tres de mis cosas favoritas: limpieza, que me llamara «buena chica» y tener por lo menos dos orgasmos.

Cuando busqué a Mike a tientas, noté que su lado de la cama estaba frío. Abrí los ojos de golpe y me incorporé. Me giré para echar una ojeada a la cocina a través del balcón y suspiré aliviada al ver a Mike con el torso al aire, todo musculoso, metiendo pan en la tostadora.

Cuando vi que ponía el temporizador en el móvil, sonreí.

Pues claro que iba a prepararme el desayuno justo como yo quería.

Cruzamos miradas cuando bajé la escalera de caracol; su expresión se tornó posesiva al ver que solo llevaba puesta su camisa del día anterior. Abrió los brazos. Me lancé a ellos y me puse de puntillas para darle un beso.

—Hola —susurré al separarnos.

—Hola —respondió dándome un apretón—. Vicky, ¿la furgoneta que hay aparcada en la entrada es nueva?

Miré por la ventana que daba a la furgoneta estacionada.

—Sí.

Mike me miró ceñudo.

—¿Por qué has comprado una furgoneta?

Me encogí de hombros.

—Necesitabas una.

—Vale. Límites, ¿de acuerdo? —Asentí—. No me compres nada más.

—Mmm. —Me mordí el labio al pensar que entonces no le haría mucha gracia la nueva sierra circular industrial que le esperaba en su taller.

—Lo digo en serio, Vicky —insistió Mike con vehemencia mientras me levantaba la cara por el mentón y me miraba a los ojos—. Quiero cuidarte yo. No al revés.

Lo miré ceñuda y apoyé la cabeza en su pecho desnudo para disfrutar de la sensación de su piel bajo mi mejilla.

—Si ya me cuidas —susurré mientras escuchaba el fuerte latido de su corazón bajo mi oído. Justo en ese momento, sonó la alarma

de su móvil—. Me preparas los huevos como a mí me gustan.

Su risa grave y cavernosa reverberó bajo mi cara.

—Preparar huevos no es igual que comprar una furgoneta y una casa.

—No, es más. Lo es todo. Es amor.

Epílogo

¿Una plasta entrometida y controladora?



Vicky

—¿He hecho algo mal? —le pregunté a Lottie mientras miraba la carta mecanografiada que me acababa de entregar.

—Claro que no, cielo —dijo con dulzura—. Pero me toca pasar página. Como sabes, ya me he graduado en Psicología, y el siguiente paso, mientras me preparo para trabajar con niños, me va a requerir mucho más tiempo.

Fruncí el ceño.

—Te doblaré el sueldo. *Ipsa facto*.

Lottie se rio. Saltaba a la vista que no era consciente de la gravedad del asunto.

—Vics, cariño, ya me has doblado el sueldo estos dos años. No es cuestión de dinero.

Negué con la cabeza.

—Pues te necesito, así que no puedes irte y punto. Me niego.

—Pues bien que no te quejaste cuando estuve de baja por maternidad.

—Era distinto. Sabía que sería temporal.

Lottie suspiró.

—Vics, tú quieres que sea feliz, ¿no?

—Pues claro. Eres feliz trabajando para mí.

—Me encanta trabajar para ti, cariño. Pero quiero trabajar con niños. Ayudarlos a superar sus traumas, igual que los terapeutas ayudaron a Hayley. Es mi vocación.

—Pero es que necesito que me ayudes —protesté refunfuñando.

—Victoria Mayweather —dijo Lottie bruscamente. Levanté la vista de la carta para mirarla a los ojos. Lottie rara vez me hablaba con un tono cortante, pues sabía que me afectaba, como también sabía que me molestaba lo formal que sonaba mi nombre completo—. No me necesitas.

Arqueeé las cejas.

—Eso es mentira. Me decepciona muchísimo que intentes engañarme.

Lottieladeó la cabeza.

—¿Por qué crees que me necesitas?

La miré confusa.

—Para que deje de hiperconcentrarme, para que deje de insultar a la gente, para interpretar la situación, para ayudarme a distinguir si me están mintiendo o no...

—Vale, vale, lo último lo pillo. Es mi superpoder. Y Felix me necesita tanto como tú en ese sentido. Le he prometido que asistiría a alguna reunión de vez en cuando, cuando sea necesario; saber interpretar la situación os da ventaja en las negociaciones. Pero ¿que impida que Vicky sea Vicky? Y una polla, francamente.

—Has dicho una palabrota.

Lottie me sonrió.

—Ya.

—Tú nunca dices palabrotas.

—Pues con este tema sí, me cago en todo. —Su tono era fiero—. No estoy de acuerdo con que tengas que medir tus palabras para complacer a los demás todo el tiempo. Tu franqueza os puede ser muy útil, y si no te aceptan tal y como eres, ¿por qué querrías hacer negocios con ellos?

Abrí la boca para responder, pero me di cuenta de que no tenía una respuesta lógica a lo que había dicho Lottie. Eso me irritó muchísimo. Sin embargo, a pesar de mi irritación, sus palabras me alegraron el corazoncito.

—¿No crees que necesite...? —No tenía claro qué estaba preguntando—. ¿Crees que está bien que sea... yo misma?

—¿Te puedo abrazar de lado? —me preguntó Lottie. Asentí. Vino a donde yo estaba sentada, me rodeó con el brazo y me estrechó fuerte y con una presión firme y constante, justo como me gustaba—. Siempre debes ser tú misma, cariño. Eres suficiente. Lamento que los demás te hayan hecho sentir que no lo eras. Incluida yo.

Me aclaré la garganta cuando Lottie se apartó. Recé para que dejaran de escocerme los ojos. Al fin y al cabo, estábamos en una oficina; no era el lugar apropiado para tener interacciones emocionales. Así que sorbí por la nariz y parpadeé varias veces. Cuando estuve segura de que todo volvía a estar en orden, proseguí.

—Te voy a echar de menos —solté—. Sabes que no me gustan los cambios. Que no vayas a estar en la oficina es inaceptable.

Lottie me sonrió.

—Yo también te echaré de menos, cariño. Pero nos veremos a menudo. ¿Olvidas que estoy casada con tu hermano? ¿O que vivimos casi siempre en el mismo pueblo? Me verás constantemente.

—Te veré menos, y eso sigue siendo un cambio inaceptable.

—Pero tú quieres que sea feliz, ¿no?

—Pues claro.

—Pues trabajar con niños me hará feliz.

Uf. Que los demás fuesen autónomos era un verdadero incordio. Pero sí, claro que quería que fuera feliz. Me importaban mucho Lottie y su felicidad. Me crucé de brazos.

—Sigue sin convencerme que lo mejor para la empresa sea que yo sea yo misma. Le iría mucho mejor si...

—¿Qué dices tú ya? —me interrumpió Mike con su voz grave, lo que me hizo levantarme de un bote. Bueno, lo habría hecho de no ser por el enorme bebé del tamaño de Mike que él había engendrado. Así que, más que dar un bote, di un respingo lento en el que me serví del escritorio y del brazo de la silla como apoyo.

Para cuando me puse en pie, Mike ya había entrado en mi despacho, así que no tuve que caminar mucho para llegar hasta él. Entonces, planté ambas manos en su pecho mientras él me rodeaba con sus brazos, barrigón incluido, y me puse de puntillas para

besarlo. Este seguía siendo el saludo habitual de Mike, incluso estando los dos casados y yo embarazada de su hija.

Unos meses antes, a raíz de que sus amigos de la Madriguera del Tejón se burlaran bastante de él, le pregunté si quería cambiar de costumbre. Resultó ser una pregunta imprudente, pues lo sacó de sus casillas. Les dijo a sus amigos que se fueran a tomar por culo, que besaría a su parienta cuando le saliera de las pelotas y que los muy cabrones no deberían incomodarme, lo cual me pareció extremadamente grosero, pero a juzgar por sus sonrisas y sus efusivas disculpas, se lo tomaron con muy poca animadversión.

—Hola —dije sonriéndole. A veces, sonreír a Mike lograba distraerlo. Había aprendido a usarlo a mi favor. Me dio un apretón y me miró ceñudo. Estaba claro que esa vez mi táctica no estaba surtiendo efecto.

—¿Por qué preguntas si está bien ser tú? ¿Te han dicho algo?

—Tranqui, grandullón —respondió Lottie entre risas—. Nadie le ha dicho nada a Vics. —Cuando volvió a hablar, su tono era más amable—. Estábamos charlando de mi dimisión, pero Vics no está del todo de acuerdo.

—Ah, vale —repuso Mike. Apoyé la cabeza en su pecho para que me retumbase su voz grave. Era una de las mejores maneras que conocía para calmarme si me molestaba algo—. ¿Y crees que necesitas a Lottie aquí?

Me encogí de hombros.

—Lottie está siendo ilógica.

—¿Por qué lo dices?

—Porque dice que no necesito que me ayude a cambiar de actitud. Que al parecer debería ser yo misma.

—¿Y por qué es ilógico eso? Yo te quiero tal y como eres.

Aparté la cabeza de su pecho a regañadientes para mirarlo mal.

—Tú, Mike Mayweather, eres la excepción que confirma la regla. La semana pasada ofendí tanto a un grupo de contratistas que salieron de la oficina echando pestes.

—Ay, sí —soltó Felix desde la puerta—. Deberías haberlo visto, tío. Fue la leche.

—No fue la leche, Felix —protesté—. Podría afectar al progreso del proyecto y...

—En serio, Vics —me interrumpió Felix—. Cuanto antes sepamos que son gilipollas, mejor, que luego cuesta horrores sustituirlos. Solo les hiciste unas preguntas. No es culpa tuya que sepas más de ingeniería estructural que ellos. Eso ya es una señal de alerta. Si fueran competentes, podrían haberte plantado cara.

Me puse a una distancia prudencial de Mike; lo adecuado en una oficina. Pero la separación no duró mucho, pues enseguida me rodeó con el brazo y me arrimó a él.

—Pues si te parece bien que vaya por ahí sin... morderme la lengua, prepárate para tener muchos más clientes y contratistas descontentos.

Felix suspiró.

—Vics, ¿no crees que te convendría ser más sincera? —me dijo con cariño. No daba crédito—. ¿Y qué si perdemos clientes? Como ya te he dicho en alguna ocasión, ¿quién querría trabajar con ellos?

—Ocultar quién eres a cada segundo no te hace ningún bien, cariño —murmuró Mike a mi lado. Me pegó aún más a él.

—Ah —dije en voz baja, con los ojos escociéndome de nuevo. Me habían dicho demasiadas veces que ocultara quién era. Cambiar esa mentalidad exigiría un esfuerzo mayúsculo.

—Quiero que seas la Vicky de verdad, la que no se muerde la lengua —continuó Felix con decisión. El escozor me empeoró con el nudo de la garganta. A Felix se le relajó el semblante al ver que me caía una lágrima—. ¿Puedo darte un abrazo? —me preguntó. Asentí—. Eh..., Mike, suéltala un momento, macho. No quiero comerme tu barba.

—Vale —gruñó Mike. Dejó caer el brazo para que Felix me diera un abrazo breve y fuerte. Enseguida volvió a arrimarme a él.

—Me disculpo por esta muestra de emoción tan poco profesional en mi lugar de trabajo —murmuré, tensa.

—Los mellizos trajeron ayer un cerdito a la oficina, Vics —apuntó Felix con tono seco—. A profesional no te gana nadie.

—Sí, qué acontecimiento más... inusual para un jueves por la mañana.

Felix se encogió de hombros.

—A Bea le ha dado por los cerdos últimamente y Lucy pensó que un cerdito animaría al personal.

—Fue entretenido —añadió Lottie—. Pero los chillidos sobraban.

—Y eso que solo fue Felix —dijo Tabitha mientras le daba unas palmaditas en el brazo.

Sonreí. El cerdito había sido entretenido, aunque no del todo apropiado para el ámbito laboral. Entonces me entró un cansancio monumental, así que me apoyé más en Mike y reprimí un bostezo.

—Bueno, me llevo a mi mujer de este manicomio —anunció Mike—. Está que se cae.

—Si solo son las tres de la tarde.

—Y tú estás de treinta semanas de embarazo, cariño —repuso él.

—Y te has quedado dormida en la sala de juntas hace un rato —se sumó Lottie.

La miré con suspicacia.

—Lo has llamado tú, ¿no?

Se mordió el labio.

—¿Puede?

—El embarazo es un estado fisiológico natural —le dije—. No requiere de ningún tratamiento especial. Que me duelan los pies porque mi bebé es enorme no significa... —Dejé la frase a medias porque Mike me levantó en brazos—. ¿Qué haces?

Me miró confundido.

—Levantarte del suelo.

Dio media vuelta y abandonó el despacho conmigo en brazos como si no pesara nada. Nada más lejos de la realidad.

—Mira que eres mandón —dije sin acritud mientras hundía la cara en su cuello e inhalaba el aroma a Mike con ese toque amaderado.

—Lo sé —murmuró mientras se giraba para llamar al ascensor. Estaba hecha polvo, así que, por más absurdo que fuera que me llevaran en brazos siendo una mujer ya crecida en cuyo útero crecía otro ser, decidí dejarlo pasar—. Va, ahora aprovecha y duérmete en el coche de camino a la cabaña.

Sonreí contra su cuello mientras entrábamos en el ascensor y las puertas se cerraban a nuestra espalda.

—Me encanta la cabaña —comenté adormilada.

Me dio un achuchón.

—Lo sé, cariño.

—¿Mike?

—Dime.

—¿De verdad crees que debería ser yo misma?

—Pues claro, cielo.

—¿Y si me paso de sincera por ser yo misma? —expresé mi temor en voz baja.

—Te queremos, Vicky —dijo Mike con firmeza—. Nunca pensaremos que te pasas. ¿Y qué si hay quienes no te entienden? Que les den. Lo mejor es ser uno mismo. Total, los demás ya están cogidos.

Dos años después



Mike

—Harding, hay una niña pequeña en un poni en mi jardín delantero... otra vez —dije por teléfono mientras miraba por la ventana.

—¡Menos mal! —exclamó Ollie aliviado—. La hemos estado buscando por todas partes.

—Tiene tres años, tío —dije mientras veía a la niña trotar hacia la puerta trasera—. ¿Cómo se os escapa tanto?

—No es una niña de tres años normal —masculó Ollie con tono siniestro mientras un puñito llamaba a mi puerta.

Ante el repentino ruido, alguien empezó a ladrar como un descosido en el sofá. Miré justo a tiempo de ver a Bilbo forcejeando para escaparse de los brazos de Vicky, donde un segundo antes había estado tumbado plácidamente.

Entre risas, Vicky, esquivando su barrigón, bajó al suelo con cuidado al regordete cachorro de *golden retriever*, que salió disparado hacia la puerta. Suspiré al teléfono.

—Tu hija ha despertado a mi esposa embarazada.

No me hizo ninguna gracia que interrumpieran mi domingo, ni la siesta que se estaba echando Vicky con nuestro nuevo cachorro y que tanta falta le hacía.

Vicky puso los ojos en blanco.

—No pasa nada —aclaró, y, mientras pasaba por mi lado para ir a abrir, añadió en alto—: Hola, Ollie.

Bilbo ya se había chocado con la madera y la arañaba para llegar hasta la chiquilla que se hallaba al otro lado.

La pequeña Margot aguardaba con los brazos abiertos al emocionado cachorro cuando Vicky abrió la puerta. El poni gordo que la acompañaba se abrió paso entre la niña y el perro y entró en mi cocina tan campante.

—Hola, Margot —saludó Vicky con una sonrisa, como si fuera lo más normal del mundo que un poni y una cría se nos metieran en casa. En nuestra vida de locos era lo habitual, sí.

Vivir tan cerca de amigos y familiares tenía sus ventajas y desventajas. Ahora todos iban a trabajar y volvían. La empresa de Felix y Vicky era tan exitosa que podían imponer sus condiciones a sus inversores, lo que incluía que Vicky ya no vistiese formal. Si tenía que ir a Londres, lo hacía en mallas y jerséis suaves, y nadie decía ni mu.

Vicky ya se defendía mucho mejor. Tenía más confianza que nunca. Y ya no le daba miedo usar etiquetas.

Le traía sin cuidado ser diferente, ser única.

A menudo, incluso se aprovechaba de ello cuando le daba ventaja en los negocios.

—Vale, Legolas —le dijo al poni, que le estaba empujando la pierna con el hocico.

—¡Eh, tú! —le grité al cabroncete peludo—. Deja de empujar a mi mujer.

Vicky cogió una manzana de la cesta de frutas y se la dio a Legolas, que volvió a resoplar. Se alejó trotando y se tumbó en la alfombra que teníamos delante del sofá.

—¡Saca al poni este de aquí! —ordené a Ollie entre dientes.

—Voy a buscar a Margot. Si quieres echar a Legolas, pídeselo a tu hermana. Sabes que el bicho ese me odia.

Me colgó. Gruñí mientras me guardaba el móvil en el bolsillo trasero.

Vicky fue a la puerta cual pato y la cerró tras Margot, que ahora sujetaba al nervioso cachorro.

—Margot Harding —la reprendí con severidad. Ella me miró mal—. Te has vuelto a escapar.

—Quería ver al «perito» —respondió, testaruda—. Ayer solo lo abracé una vez. Henry, Bea y Theo lo abrazan muchísimo más que yo.

Me froté la cara con las manos.

—A mí me parece que tiene toda la razón —argumentó Vicky.

—Vics, se ha escapado.

—Aunque no es lo ideal, me parece injusto que unos abracen más al cachorro que otros.

Vicky fue al sofá a sentarse con Margot y Bilbo.

Legolas apoyó la cabeza en su regazo y Bilbo se tumbó sobre los de Vicky y Margot con las patas en alto para que le acariciasen la barriga.

Suspiré.

—No te vas a mover de aquí, ¿no, Margot?

—No, tío Mike —respondió Margot con seriedad—. Tengo que estar con el «perito».

—De acuerdo —dije con resignación. Saqué el móvil.

A los pocos minutos de escribir con tono gruñón en el grupo familiar de WhatsApp que viniese alguien a por el poni y la niña, ya habían quedado para comer asado en mi casa y jugar una partida de cróquet en el jardín de Buckingham Manor después.

Entonces oí un ligero llanto a través del monitor.

Miré a Vicky, que seguía con el perro y la niña acurrucados a su lado en el sofá.

—Ya voy yo —murmuré mientras me dirigía a la ampliación de la planta baja que construí hacía dos años—. Hola, preciosa —saludé a mi hija con una sonrisa.

Estaba de pie en su cuna, con su cabello rubio revuelto, sus ojazos azules bien abiertos y una gran sonrisa desdentada.

—¿Ya te has levantado de la siesta?

—¡Gogo! —gritó. Puse los ojos en blanco.

Claro, eso era lo que la había despertado.

Harriet adoraba a Margot.

—Pues va, venga —dije suavemente. La aupé y la besé en el cabello mientras se acurrucaba en mi cuello, igual que su madre.

De camino al salón eché un vistazo al móvil; como era de esperar, el WhatsApp estaba que echaba humo.

—¡Uf! ¿No puede uno pasar un domingo tranquilo en familia o qué? —refunfuñé. Miré mal a Margot, pues me había quitado el sitio.

—¡Gogo! —gritó Harriet, extendiendo los brazos hacia Vicky y Margot.

—Tío, que vivimos en el puñetero bosque. Pilla la indirecta, hombre. —Me dirigí al sofá dando pisotones y enarqué las cejas—. Va, hacedme sitio.

Los tres se hicieron a un lado y yo me senté junto a Vicky y la abracé.

Harriet se subió encima de su madre, que la besó y abrazó rápidamente porque enseguida se acurrucó entre Vicky, Margot y Bilbo.

Le di un beso en la coronilla a Vicky, que suspiró.

Las niñas se reían entre ellas, alternando entre jugar con el cachorrito inquieto y «escuchar al bebé» pegando la oreja a la barriga de Vicky.

—A tu madre le preocupa que no esté comiendo suficiente, es eso.

Gruñí.

—Menuda excusa. ¡Si este mes has mejorado un montón!

El primer trimestre del embarazo de Vicky fue horrible, lo cual nos extrañó, pues con Harriet no tuvo náuseas matutinas. Le costaba horrores digerir la comida y estuvimos a punto de ingresarla en el hospital.

Como siempre que estaba agobiado, llamé a mamá, y, como siempre, ella lo arreglaba todo. Sus galletas de jengibre caseras y el té de menta solían ser lo único que toleraba Vicky.

La Margot mayor se puso hecha una furia porque Hetty había triunfado donde ella había fracasado, así que, una vez que Vicky mejoró, se presentó en casa con Bilbo, y así continuó la guerra por ver quién era la mejor abuela.

Incluso ahora se estaban peleando en el grupo de WhatsApp por ver quién traería las patatas asadas; también discutían sobre si los pudines de Yorkshire de Lucy eran mejores que los de Lottie.

Personalmente, deseé que mamá se encargase de los pudines; ni mi hermana ni Lottie los hacían lo bastante blandos para mi gusto.

Resoplé.

—Cree que no te cuido bien.

Vicky se rio.

—No es eso, es que es...

—¿Una plasta entrometida y controladora?

—Maravillosa —susurró Vicky. Solté un largo suspiro.

Vale, quizás no estuviera tan mal tener familiares y amigos demasiado metomentodo que no respetaban los límites.

Si hacía sonreír a mi mujer, bienvenido fuera.

Fin

Agradecimientos

Empezaré dando las gracias a los maravillosos lectores de sensibilidad que tanto me habéis ayudado con el manuscrito. Mil gracias a los lectores de mi equipo de revisión de lectura con experiencia personal en autismo que habéis tenido la amabilidad de leer las primeras versiones y dedicar parte de vuestro tiempo a enviarme valiosos comentarios sobre *Única*.

Por supuesto, gracias también a mis lectores. Jamás habría imaginado que alguien sacaría un ratito de su tiempo para leer las historias salidas de mi peculiar imaginación. No puedo expresar lo honrada que me siento. Asimismo, estaré eternamente agradecida a los críticos que habéis apostado por mí: vuestras reseñas han tenido una influencia decisiva en mi obra y son el motivo de que haya podido hacer de la escritura no solo mi pasión, sino también mi trabajo.

A los tejones lectores de Susie (Susie's Book Badgers): sois personas maravillosas y vuestro apoyo significa muchísimo para mí.

A mis primerísimas lectoras, Jane, Jess, la pequeña Suse, Aurelia, Carly, Ruth, Katie y Andy: sois fantásticas. Vuestras aportaciones han sido clave y las valoro mucho.

Gracias a mi agente, Lorella Belli, por tu apoyo y tu ánimo.

A Jo Edwards, mi excelente editora y amiga del alma: ¡gracias, gracias, y perdón por tanto punto y coma!

Gracias también a mi editorial, Keeperton. Me ha flipado veros tan entusiasmados con esta trilogía y con *Única*.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi galán de novela particular. Os quiero a ti y a los chicos hasta el infinito y más allá.

Sobre la autora



Susie Tate es una autora superventas de novela romántica contemporánea. Escribe historias adictivas, reconfortantes y conmovedoras que hacen reír y llorar a los lectores a partes iguales. Sus protagonistas masculinos, carismáticos aunque imperfectos, deben esforzarse mucho para ganarse el perdón de sus heroínas, pero al final siempre logran redimirse.

Susie vive en el hermoso condado de Dorset con su maravilloso esposo, sus tres preciosos hijos y un perro encantador.

Los temas reales y crudos que Susie plasma en sus novelas suelen estar inspirados en sus experiencias como médica en el NHS (el Servicio Nacional de Salud de Reino Unido) durante los últimos veinte años.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a
Única, de Susie Tate.

Esperamos que hayas disfrutado de la lectura
y te invitamos a visitarnos
en www.chiceditorial.com,
donde encontrarás más información
sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos
a través de Facebook, Twitter o Instagram
utilizando tu teléfono móvil
para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: junio de 2026

Título original: *Outlier*

© Susie Tate, 2025

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2026

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.

Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Keeperton

Imagen de cubierta: Unsplash - Vitalii Arkhypenko

Corrección: Pablo López

Publicado por Chic Editorial

C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10

08013, Barcelona

chic@chiceditorial.com

www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-76-0

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

[Advertencia sobre el contenido](#)

[Nota de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Dos años después](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

